
ALEX LIDELL
EL VELO
DE LA
MEMORIA
POWER OF FIVE BOOK 5

EL VELO DE LA MEMORIA

POWER OF FIVE

LIBRO CINCO



ALEX LIDELL

ÍNDICE

1. Lera
2. Lera
3. Lera
4. Lera
5. Lera
6. Lera
7. Coal
8. Lera
9. Lera
10. Lera
11. Lera
12. River
13. Lera
14. Lera
15. River
16. Lera
17. Lera
18. River
19. Lera
20. Lera
21. Lera
22. Coal
23. Lera
24. Arisha
25. Lera
26. Coal
27. Lera
28. Lera
29. Coal
30. Lera
31. Lera

32. Lera
33. Lera
34. Lera
35. River
36. Shade
37. Lera
38. Lera
39. Lera
40. Lera
41. Coal
42. Lera
43. Lera
44. Lera
45. Tye
46. Tye
47. Lera
48. Tye
49. Lera
50. Lera
51. Lera
52. Lera
53. Coal

🇺🇸 Other Books by this Author:
🇺🇸 About the Author

Copyright @ Alex Lidell 2026

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Edición de Mollie Traver

Formateado con Vellum

LERA



Con la magia curativa de Shade todavía haciéndome cosquillas en la piel, entré en lo que una vez fue el salón formal de Griorgi, el padre de River, pero que ahora se asemeja a una mezcla entre despacho y biblioteca. Unos ventanales inundan la estancia de una luz solar brillante que ilumina los coloridos frescos de la historia de los fae que cubren cada pared. Las sillas de madera tallada y respaldo alto de Griorgi han sido desterradas en favor de muebles de cuero más cómodos, y un olor a vino dulce y chocolate amargo anuncia que tanto Tye como Autumn, la brillante hermana de River, ya se han puesto cómodos.

«*Las barreras que protegen el reino mortal de la magia se han agrietado».* Las palabras de River resuenan en mi mente, retorciéndose y girando en busca de alguna explicación plausible. Hace un milenio, después de que los fae y los humanos esclavizados en el oscuro reino de Mors se liberaran, los inmortales más poderosos combinaron su magia para separar el mundo en tres reinos. El oscuro reino de Mors, donde gobiernan los aterradores qoru de piel gris; el reino inmortal de Lunos, para los fae; y el más grande, el reino mortal, donde todos los reinos humanos encuentran su hogar.

El año pasado, Griorgi intentó una alianza con el emperador de Mors, abriendo un portal entre Lunos y Mors. Esa peripecia casi destruyó Blaze, una de las tres cortes de Lunos. Una incursión en el

reino mortal, cuyos habitantes apenas conocen a los fae y no tienen forma de defenderse, sería infinitamente más letal.

—¡Lera! —Autumn levanta la vista de un mar de libros de consulta mientras sus muchas trenzas rubias plateadas se mecen. Su atuendo, como de costumbre, deja en ridículo mis sencillas prendas de cuero negro de combate: un vaporoso vestido de seda verde y turquesa ceñido a su diminuta cintura. La plata que brilla en sus orejas, muñecas y cuello la convierten en la princesa que es de los pies a la cabeza, aunque es la pequeña gorra de cuero que lleva sobre la oreja izquierda lo que acaricia con más frecuencia; un regalo de su amante, Kora—. River ha dicho que estás herida.

Le lanzo a River una mirada asesina.

—Creía que River quería hablar de barreras rotas, no seguir preocupándose por tres arañazos.

River enarca una ceja, con sus ojos grises indescifrables.

—Puedo preocuparme y hablar a la vez.

—Olvida que he preguntado —dice Autumn rápidamente, dedicándome una veloz sonrisa cómplice antes de volver a sus libros.

—¿Ha ardido Mystwood hasta los cimientos? —pregunto mientras me dirijo a mi sillón favorito. Un escalofrío me recorre al pensar en el profundo y místico bosque que separa Lunos del reino mortal. Un bosque en cuyo linde yo solía vivir. Fue creado para evitar que los fae —y otras criaturas inmortales mucho más oscuras— entraran en tierras mortales, un hecho que mis hombres pudieron eludir para venir a buscarme solo gracias a una llave de paso extremadamente rara y poderosa.

—Mystwood sigue en pie —dice River, haciéndose a un lado mientras el lobo de Shade cruza la habitación como una flecha.

—¡Ni se te ocurra! —le grito a la bestia, que ya está saltando del suelo.

Demasiado tarde. Con un bufido de satisfacción, Shade aterriza con ligereza en mi silla y da varias vueltas sobre sí mismo antes de enroscarse en una gran bola gris, con una pata, la cola y la lengua estratégicamente extendidas para reclamar todo el asiento.

Un ojo amarillo me parpadea con aire piadoso.

Lo fulmino con la mirada.

—Quita de ahí o me sentaré encima de ti.

—Eso no es un gran impedimento, Chica Lila —dice Tye, sentándome en su propio regazo mientras se acomoda en el sofá. Los poderosos músculos de sus muslos se mueven para sostener mi trasero, mientras sus brazos cubiertos de seda blanca y su aroma a pino y cítricos fluyen a mi alrededor como el agua. Cuando me retuerzo para liberarme, unas diminutas y peligrosamente bien situadas chispas de magia de fuego me pellizcan bajo mis ajustados pantalones de cuero.

Ahogo un grito y Tye chasquea la lengua junto a mi oreja.

—Deberías quedarte quieta, chiquilla. Por seguridad y todo eso.

—Basta —dice River desde el centro de la habitación, con las manos entrelazadas a la altura de la espalda. Con una sacudida de barbilla, señala la mesa baja donde ya hay un mapa y una pila de papeles extendidos. Informes de los exploradores, por lo que parece. Un montón de informes—. Mientras estábamos fuera jugando con los sclices, el Consejo de Ancianos nos ha traído noticias inquietantes. Aunque Mystwood está intacto, hay una debilidad en el tejido que separa los reinos mortales de la Luz y la Penumbra. Se han avistado criaturas como los sclices en el mundo humano, y nuestros exploradores fae han sentido incluso rastros de su propia magia, cuando el reino mortal debería haber encadenado su poder por completo. Si no se soluciona, este único punto de debilidad se extenderá como una grieta en un cristal.

—No entiendo cómo es posible si Mystwood sigue en pie —digo.

—El bosque de Mystwood es un muro —dice Autumn, levantándose y apartando a River con suavidad para ponerse frente a nosotros. Coloca una mano perpendicular a la otra palma, con sus ojos grises encendidos por los resultados de su investigación—. Este muro detiene la magia y prohíbe el paso entre Lunos y el mundo humano, pero no se extiende infinitamente. Si te adentras lo suficiente en la Penumbra, puedes pasar por debajo del muro, pero como no puedes *salir* de la Penumbra en el lado mortal, esto nunca ha importado.

—Hasta ahora —termino por ella.

—Sí —dice Autumn—. Como Mystwood está intacto, pero han aparecido rastros de magia y alimañas de Mors en el mundo humano, creemos que hay un desgarro en el tejido. Afortunadamente, todas las anomalías se concentran en un único lugar. Por ahora. Como ha dicho River, si no se controla, el desgarro se extenderá y el impacto será catastrófico.

—El territorio con las anomalías pertenece a la Academia Great Falls, en el reino mortal. —Relevando a su hermana, River se acerca a la mesa y traza un área en el mapa. Su dedo calloso rodea lo que parece una pequeña ciudad rodeada por una gran extensión de naturaleza boscosa—. ¿Has oído hablar de ella, Leralynn?

Hago una mueca. Incluso durante mi vida aislada cuidando caballos en la finca de Zake, había oído hablar del lugar; su reputación lo precede. Y con creces.

—Great Falls es la escuela más prestigiosa del continente, para la realeza y los nobles de los diez reinos de la Alianza Continental. El rey de Ckridel la fundó hace doscientos años, cuando se formó la alianza por primera vez, siguiendo la teoría de que si aíslas a los futuros líderes de los diez reinos en una miseria conjunta y de alta calidad durante unos años, saldrán no solo bien entrenados, sino con aversión a masacrarse unos a otros en el futuro. Y ha funcionado.

—No es mala idea. —River se pasa una mano por el pelo—. Pero bastante inconveniente en este momento, ya que ese es el único lugar real desde el que lanzar una misión de reconocimiento.

—Supongo que el Consejo de Ancianos quiere que vayamos a averiguar el tamaño y la causa de esta grieta y la arreglemos antes de que los sclices se coman a los futuros gobernantes de la Alianza para cenar, ¿no? —dice Coal, aunque todos sabemos que esos roedores serían el menor de los problemas de los humanos si se abriera un paso completo entre la Luz y la Penumbra. No todos nuestros antepasados tuvieron la suerte de escapar de los qoru, y Coal todavía se despierta con pesadillas de su tiempo allí como esclavo. El emperador Jawrar aprovecharía otra oportunidad para encontrar un punto de apoyo más allá de las fronteras de Mors, un

pensamiento que hace que un pavor helado se arremoline en mi interior.

—Sí. —River suspira—. Dado que Leralynn es de las tierras mortales y considerando la fuerza de nuestro quinto, los Ancianos creen que somos excepcionalmente adecuados para la misión. Aunque el hecho de que yo sea el soberano de Slait en el territorio de mi propia corte impide que el Consejo nos *ordene* ir, nos lo están pidiendo.

Dejando el destino de miles de vidas sobre nuestros —sobre los — hombros infaliblemente responsables de *River.*

La habitación se queda en silencio, la tensión se palpa en cada respiración.

El Consejo no suele pedir nada. Que lo hagan ahora —en lugar de esperar a que River pisara fuera de las tierras de Slait y, por tanto, dentro de la jurisdicción del Consejo— significa que la situación es realmente grave. Hay pocos quintos en Lunos que igualen la experiencia y habilidad de mis hombres, y ninguno, salvo el propio Consejo, que rivalice con nuestro poder conjunto.

—Tienen razón —digo, viendo cómo el rostro de River se tensa mientras su mano se mueve nerviosamente hacia el mapa. Quiere ir. Todos quieren. Los seis meses de inactividad desde que River asumió el trono están volviendo locos a los hombres, una frustración solo igualada por su tozuda sobreprotección—. Sin embargo, ¿cómo entraríamos en la Academia? —pregunto, desviando estratégicamente la discusión de *si* deberíamos ir—. Las leyendas humanas tachan a los fae de monstruos asesinos. Cualquiera a cargo de una academia llena de los hijos e hijas de las familias más influyentes de los reinos ordenaría que nos mataran nada más vernos.

—Ese problema puedo resolverlo yo. —Autumn se inclina hacia delante, el brillo de sus ojos delata que lleva un tiempo dándole vueltas al asunto—. Entraréis usando velos camaleónicos. Amuletos encantados que alteran la percepción de quien os ve sobre quiénes sois y por qué estáis ahí.

—Espera. —Levanto la mano—. Creía que la magia no funcionaba en el reino mortal.

—Cierto. Con la excepción de la magia pasiva, como nuestra inmortalidad, el reino mortal encadena todo poder exterior; la afinidad con el fuego de Tye, la curación de Shade, la tierra de River... todo será inutilizable —dice Autumn—. Cambiar de forma es casi imposible, y no me preguntes por la magia de Coal, porque solo las estrellas saben qué hace. Pero las barreras *físicas* —las que están ligadas a objetos como este amuleto— tienden a seguir funcionando si son lo suficientemente poderosas.

Abriendo una caja de madera que no había visto en su regazo, la mujer saca un juego de cinco amuletos de madera intrincadamente tallada. Son medallones circulares casi idénticos con un delicado patrón similar a un encaje que se extiende en puntas desde el centro.

—Y estas son algunas de las magias más complejas y poderosas de Lunos. Van más allá de lo básico y realmente construyen una historia completa para cada uno de vosotros, dependiendo de dónde os encontréis en el mundo mortal.

—Entonces, si Tye se pusiera un velo y entrara en un monasterio... —empieza a decir River.

—... los residentes del monasterio lo verían como un acólito o un compañero monje —termina Autumn por él—. Posiblemente como uno que ha estado allí durante algún tiempo. Además, el amuleto usaría hechos de la historia real de Tye para construir la nueva leyenda. Así que, siendo Tye un atleta de alto nivel en flex, su leyenda probablemente incluiría una explicación para su destreza atlética.

—¿Por qué el velo lo haría parecer un monje y no un chico de los orinales? —pregunta Coal, ganándose una mala cara de Tye—. Eso también encajaría.

Autumn se encoge de hombros, mostrando su tersa piel.

—El velo bien podría convertirlo en un chico de los orinales, especialmente si este monasterio tuviera la costumbre de contratar a exatletas para limpiar habitaciones. La magia sigue el camino de menor resistencia. Esa es la primera limitación de los amuletos con velo: no tenéis control sobre la leyenda que tejen para vosotros, y una vez que la leyenda se crea, no se altera. El amuleto está

diseñado para convencer al mundo de que pertenecéis a ese lugar, poco le importa si el papel os resulta conveniente. Por esta razón, os aconsejo que nunca llevéis un velo nuevo a una prisión, no sea que convenza a los guardias de que vuestro lugar está ahí como reclusos.

—¿Cómo sabremos qué leyenda ha creado el velo para nosotros? —pregunto.

—El amuleto os dará conciencia de ella, un deseo fantasma de creer que es cierta. Esto me lleva a la segunda limitación del velo: debéis quitaros el amuleto durante al menos una hora al día, para no caer víctimas del propio velo.

—¿Alguna otra limitación? —pregunta River, cogiendo uno de los amuletos y girándolo con desconfianza entre los dedos.

—Una más. —Autumn se muerde el labio, con voz de disculpa—. La magia de los amuletos construye un disfraz tan completo que silencia todos los vínculos. No sentiréis ni el del quinto ni vuestro vínculo de apareamiento mientras los llevéis puestos.

LERA



—No creo que debamos ir —dice River, entrando en mi aposento unas horas después de nuestra reunión. Cierra la puerta con un suave clic y se acerca a grandes zancadas hasta donde ya estoy haciendo el equipaje, con mi ropa y mis armas pulcramente dispuestas sobre la cama con dosel—. No puedo abandonar el trono solo seis meses después de haberlo asumido.

Se me tensa la mandíbula, tanto por la mentira como por la razón que la motiva. —Imagino que Autumn puede encargarse de la gestión diaria. Dados los siglos de experiencia que tiene en ello. —Tres siglos, para ser exactos; todo el tiempo que River se mantuvo alejado de la Corte de Slait, a la que regresó hace solo seis meses para deponer por fin al monstruo que se sentaba en el trono.

River tiene la decencia de sonrojarse.

Me cruzo de brazos y lo fulmino con la mirada, lo cual no es tarea fácil estando el enorme macho tan cerca de mí. Con su espalda recta y sus anchos hombros, sus muslos fibrosos y las botas negras relucientes ligeramente separadas para mantener el equilibrio, River eclipsa el mundo sin proponérselo. Pero a mí no va a eclipsarme. —Si has venido a decirme cuánto van a sufrir tus instintos de macho si yo…

—Pero *moriste* hace seis meses —espeta River, y la repentina quiebra de su férreo control hace vibrar la habitación. Sus sombríos ojos grises me estudian con tal intensidad que se me oprime el

pecho. Traga saliva y un ligero temblor lo recorre—. Todavía siento el terror de aquel momento cada vez que cierro los ojos. Así que sí, Leralynn, odio verte en peligro. Sufriendo. No hay nada en Lunos ni en las tierras mortales que para mí valga eso. Para ninguno de los cuatro. Que vaya otro.

—Estrellas. River. —La ira que me hierve en la sangre se aplaca y alzo la mano para recorrer con los dedos el ángulo de su mandíbula cuadrada. La tensión que hay en su interior irradia a través de la piel y los músculos se mueven bajo mis dedos. Este raro atisbo de la vulnerabilidad del comandante de mi quinta hace que se me encoja el estómago. Pero no cambia la realidad—. Pues creo que es una suerte para ambos reinos que al menos uno de nosotros pueda pensar con claridad —digo con suavidad.

—Leralynn. —La voz de River se vuelve más grave y sus manos me agarran las caderas.

Niego con la cabeza. —Otro no se crio en el reino mortal. Otro no es un tejedor. Y, desde luego, otro no forma parte de la segunda quinta más poderosa de todo Lunos. Puede que estemos apareados, pero seguimos siendo una quinta guerrera. La magia nos eligió para salir y *hacer* cosas. Y esta es la primera de muchas.

River cierra los ojos y el pecho se le expande con cada respiración. Un instante después, me atrae hacia él con fiereza. —Dos aclaraciones —susurra, y su cálido aliento me alborota el pelo de la coronilla—. Primero, cuando descubramos todo el alcance de tu nueva magia de tejedora, puede que seamos *la* más poderosa. Y segundo… Por muy poderosa que llegues a ser, siempre querré mantenerte a salvo. Es un riesgo que te verás obligada a soportar durante siglos, Leralynn.

—¿Estás culpando al vínculo de apareamiento de que seas un insufrible? —Trago saliva y la voz me sale ronca, mientras ese mismo vínculo se despierta ante el aroma amaderado de River y me acaricia el alma—. Qué oportuno.

River me coge la barbilla entre el pulgar y el índice y me obliga a mirarlo. Sus ojos grises me estudian, adoptando una intimidad autoritaria. —Muy oportuno —repite, y su rostro masculino llena mi

visión, sus hombros bloquean la vista del resto del mundo. Un gesto deliberado que, a pesar de todo, hace que se me acelere el corazón.

La atención exclusiva e indivisa de River me envuelve y me inmoviliza mientras el calor me inunda el sexo. Mi mano tiembla en un intento de llegar hasta él, pero él detiene mi movimiento con una mirada, y aprieto los muslos con una mezcla de necesidad e indignación.

Un destello de satisfacción y complicidad ilumina los ojos grises de River. Sus fosas nasales se ensanchan delicadamente. —Sí, lo huelo —me susurra al oído y su mirada me recorre el abdomen hasta que no queda ninguna duda de a qué se refiere exactamente.

El calor me sube a las mejillas.

—Estás preciosa cuando te sonrojas —susurra River. Tan cerca, puedo sentir los latidos de su corazón, golpeando sus costillas con la misma fuerza que el mío. Su mano libre se desliza por la curva de mi cadera y mi muslo para levantar el dobladillo de seda de mi camisón lavanda. El aire fresco me roza los muslos un instante antes de que la cálida mano de River recorra la sensible piel y se hunda sin reparos en mi ropa interior, hacia la humedad que sé que hay allí.

Estrellas. Incluso después de seis meses, la intensidad de mi nuevo cuerpo fae sigue sorprendiéndome. No es solo el pelo más largo y brillante y la piel más suave, casi resplandeciente, es la avalancha de sensaciones. Lo que antes simplemente me excitaba, ahora me vuelve loca de deseo.

Me retuerzo por instinto, y la otra mano de River me sujeta el trasero con firmeza para mantenerme en mi sitio mientras sus dedos se deslizan por mi lubricación. Retira la mano reluciente, se lame los dedos y gruñe con suave placer.

Estrellas. Abro la boca para…

Los labios de River capturan los míos y se tragan cualquier protesta que estuviese a punto de pronunciar.

Mi cuerpo se tensa. La posesión de River me inunda de sensaciones tan intensas que no puedo quedarme quieta. Sin embargo, tampoco puedo moverme. No con las manos y la boca del macho sobre mí, ni con sus pies moviéndose para atrapar los míos

entre ellos. No me da escapatoria. Ninguna oportunidad de hacer nada más que sentirlo. Sentirnos.

Un latido se suma al siguiente hasta que la lenta palpitación que vibra en mi núcleo se vuelve tan insistente que me quedo sin aliento. River se aparta un poco y roza mi labio inferior con la punta de sus colmillos alargados, lo que me hace retorcerme bajo sus manos a pesar de las seguras consecuencias.

River se ríe entre dientes y su mano vuelve a deslizarse bajo mi ropa, por la maldita cara interna de mi muslo y… Suelto un grito ahogado cuando un dedo se desliza en mi interior y su pulgar recorre mi sensible centro. Un hormigueo se extiende por mi piel, mi sexo se contrae alrededor de la gloriosa intrusión y la explosión de sensaciones es a la vez demasiado y, ni de lejos, suficiente. Cuando el extremo calloso del dedo de River me roza el capuchón, gimo sin reparos y me pongo de puntillas en busca de un alivio que no llegará.

Los labios de River me rozan la oreja. —No puedo ignorar el instinto del vínculo de apareamiento más de lo que tú puedes ignorar esto, cielito. —Otro roce en mi capuchón, acompañado de pequeños toques a ambos lados de mi centro hasta que me retuerzo a pesar de su agarre—. Pero por favor, inténtalo con todas tus fuerzas.

—Cabrón. —Levanto las manos y se las paso por la espalda; la presión de su miembro duro contra mi monte es vertiginosamente satisfactoria.

Con un gruñido, me aparta con los brazos extendidos. Su respiración es entrecortada y sus ojos grises brillan con una necesidad apenas contenida. Un depredador acechando a su presa. Con la siguiente respiración, River me empuja hacia atrás una y otra vez, hasta que mis muslos presionan contra el borde de la cama y mi respiración se vuelve jadeos entrecortados y desesperados. De un barrido de su brazo, grueso y musculoso, mis pulcros montones de ropa acaban esparcidos por el suelo.

—Esa es mi ropa de viaje —advierto.

—Te conseguiré ropa nueva. —El sonido de la seda al rasgarse ahoga las palabras de River. El aire fresco de la habitación me roza

la piel expuesta durante un momento antes de que su cuerpo musculoso se pose sobre el mío.

River se libera con un movimiento ensayado, la gruesa cabeza de su polla erecta se recubre con mi humedad. Incluso después de todos estos meses, su tamaño envía oleadas de advertencia a través de mi cuerpo, mi canal ya saborea el estiramiento —la plenitud— que vendrá. Sujetándome los muslos con un agarre innegable, River me mira a los ojos mientras se coloca en mi entrada, los suyos brillan de deseo y conquista. Saboreando mi ansiosa expectación, el cabrón.

—Te asesinaré mientras duermes —advierto con los dientes apretados, mientras mi sexo, vacío y desolado, se contrae en torno a la nada y el centro, completamente excitado, envía pulsaciones chispeantes hasta los dedos de mis pies.

Los dientes de River brillan y su poder llena de repente cada centímetro de aire de la habitación. Quinientos años de músculos curtidos en la batalla, de liderar a los mejores guerreros del reino, todo ello destella para recordarme quién está exactamente entre mis muslos abiertos. —Solo por eso… —La advertencia en la voz de River me atraviesa un instante antes de que baje su boca hasta mi clítoris y *succione*.

Todo mi cuerpo se tensa, el placer aumenta tan rápido y tan fuerte que se convierte en una agonía líquida y viceversa, un arco que se tensa más y más y…

River se detiene.

No. No. No. Mi cuerpo tiembla de anticipación, de la necesidad imperiosa de soltar ese arco tenso. Me retuerzo desesperadamente, me topo con el agarre implacable de River y finalmente gimo.

Con una risa satisfecha, River se envaina dentro de mí; su grosor es todo lo que deseaba y temía. Dentro y fuera, dentro y fuera, la poderosa *embestida, embestida, embestida* de su polla reúne todos los nervios necesitados de mi interior. Se me acelera el corazón, se me entrecorta la respiración y mis ojos no ven más que la fuerte línea de la mandíbula de River y la flexión de los músculos fibrosos bajo su túnica bien cortada.

Embestida, embestida, embestida.

El miembro de River late y mi canal se contrae a su alrededor. Cada fibra de la parte inferior de mi cuerpo grita, sintiendo el abismo que se aproxima. Esta vez, mis contoneos salvajes, necesitados y desesperados escapan a mi control. Pero no al de River, que me sujeta los muslos con una autoridad inflexible.

Embestida, embestida…

La explosión de placer recorre mi cuerpo, encendiendo cada nervio. Una angustia tan feroz que es pura dicha. Mis músculos se tensan, mi sexo se contrae, mi visión se vuelve borrosa. Me hundo en el gran abismo de mi interior, siento la propia liberación de River llenando mi canal y me doy cuenta de que el guerrero tiembla tanto como yo.

* * *

A LA MAÑANA SIGUIENTE, en los establos, me esperan cuatro paquetes envueltos, además de Autumn, Kora y los machos. Dejo mis alforjas junto a Sprite, la yegua torda que River me regaló cuando llegué a Lunos, y observo la reunión con recelo. —¿Qué pasa?

—Nosotros… —empieza Autumn; luego pone los ojos en blanco mirando a los machos, coge uno de los bultos más grandes y me lo planta en los brazos—. A *mí* me pareció que tu primera misión oficial como guerrera de la quinta merecía una celebración. Así que, toma. Esto es de mi parte.

—¿Acaso destronar al rey Griorgi no fue la primera? —pregunto.

—No. Eso fue una limpieza. —Autumn asiente hacia el paquete, que desenvuelvo para revelar un vestido de suave seda roja, con un chal a juego que completa el conjunto—. Ponte esto antes de ponerte el velo y entrar en la Academia, ¿vale? —Se aprieta su propio chal plateado y reluciente alrededor de sus esbeltos hombros y baja la vista, encontrando de repente el borde tejido infinitamente fascinante. Sus ojos brillan ligeramente bajo el sol de la mañana—. El velo no puede convertirte en una chica de orinales con eso puesto. Al menos, no creo que pueda. Yo…

Me lanzo a los brazos de mi amiga, que me devuelve el abrazo con fiereza y solo me suelta cuando Kora pone un brazo reconfortante sobre el hombro de Autumn y se lleva a su amante.

—Gracias. —Beso la mejilla de Autumn antes de mirar a su hermano, que sostiene su paquete con una vacilación impropia de él. Cojo el regalo de River, desenvuelvo el papel con cuidado y siento que se me oprime el pecho ante la intrincada artesanía. Cuatro cordones de diferentes y brillantes tonos dorados entretejidos formando una trenza, de la que cuelga un colgante que es un complejo nudo de los mismos hilos. Me fijo más y suelto un grito ahogado al reconocerlos. Un hilo está salpicado de amatistas —la extraña magia púrpura de Coal—; uno con granates de un intenso color marrón rojizo —la magia de tierra de River—; uno con diamantes de color amarillo anaranjado —el fuego de Tye—; y uno con plata reluciente —la curación de Shade—. Las cuerdas de vuestras cuatro magias trenzadas con mi don de tejedora —susurro, pasando los dedos por la inestimable pieza—. Esto debe de haberle llevado meses al joyero.

River se encoge de hombros, pero tiene las mejillas ligeramente sonrosadas cuando me doy la vuelta para que me abroche el tesoro al cuello.

Shade es el siguiente, su paquete contiene un par de manoplas grises. Aspiro el familiar aroma terroso de la lana y entrecierro los ojos mirando al cambiante. —¿De dónde has sacado esto exactamente?

Un destello de luz y un lobo reemplaza al macho; la larga lengua del animal lame la punta de su nariz virtuosamente. Ahora que presto más atención, veo el pelaje acortado del lobo y hago una mueca. —¿A cuántos tejedores mordiste para hacer estas manoplas? —pregunto.

—A cuatro —me informa Autumn secamente—. Dos de ellos presentaron su dimisión.

El lobo, que de repente ha encontrado un árbol que necesita ser olisqueado con atención, se aleja al trote mientras Tye me entrega el paquete más pesado. En lugar de papel, este está envuelto en una tela resistente, bien enrollada y cerrada con una hebilla. Me guiña un

ojo mientras lo cojo, haciendo que mi corazón se acelere. Está ridículamente guapo con sus ajustados pantalones de montar de cuero y su holgada camisa blanca, abierta en el cuello para revelar el ensanchamiento musculoso de sus pectorales. Y él lo sabe. Pongo los ojos en blanco, lo que le hace sonreír aún más.

Dejo el bulto en el tocón de un árbol cercano, lo desenrollo con cuidado y me quedo mirando los finos instrumentos pulidos. No. No, no puede ser. —¿Son…?

—Ganzúas —me ayuda Tye—. Sí.

River maldice.

—Son… —Lucho por encontrar la palabra adecuada. «Preciosas» no parece encajar con los objetos y «una forma segura de que te arresten» no encaja con el ambiente—. Herramientas de alta calidad de un oficio que no conozco del todo.

—Me lo temía. Tendré que enseñarte, entonces, muchacha. —Sus ojos esmeralda brillan—. Aunque debo advertirte que soy un tipo de instructor muy práctico.

Cierro el estuche muy deprisa y lo meto en la alforja. Cuando me aparto, veo los ojos azules de Coal observándome desde un lado. Cinco faes y cuatro paquetes. Coal no es de los que se andan con sentimentalismos. Asiento para hacerle ver que lo entiendo.

Coal se da la vuelta.

Un instante después, una reluciente daga de bota zumba tan cerca de mi oreja que oigo el silbido del aire a su paso. Con un golpe sordo, la hoja se clava en un árbol, la empuñadura aún vibra por el impacto. Sin decir nada, Coal monta en su caballo y me deja recoger mi último regalo en silencio.

Con todos ya montados, River posa una gran mano sobre los hombros de su hermana y Autumn levanta la suya para agarrarle el musculoso antebrazo. Los hermanos no intercambian palabras y me pregunto cuántas despedidas así habrán protagonizado a lo largo de los siglos, sabiendo cada vez que podrían no ser los mismos seres la próxima vez que se encontraran. Antes de que pueda recrearme en ese pensamiento, River chasquea la lengua a su semental y nos guía hacia la Academia de Great Falls.

LERA



El viaje hasta el linde de Mystwood es tranquilo y eficiente. Dejamos que los caballos descansen y beban antes de entrar en el bosque protegido y River saca un disco del tamaño de un platillo grabado con runas: una de las pocas llaves que permiten a sus portadores atravesar el bosque. La magia que irradia la reliquia me provoca un cosquilleo en la piel y me atrae hacia ella.

—Permaneced juntos. Tenemos un radio de acción pequeño —dice River. Su voz serena es como un faro mientras me preparo para entrar en la Penumbra, una de las nuevas y extrañas habilidades con las que venía equipado mi cuerpo fae. Lo cual no hace que entrar en ella sea más agradable que cuando los chicos tenían que arrastrarme con ellos.

El aire a mi alrededor se espesa, un instante de negrura viscosa me presiona por todos lados y, de repente, estoy en el eco apagado del mundo. Los colores, los ruidos y los olores no llegan a ser lo que deberían: son tonos de gris y ecos extraños. Anómalo. Pero aquí se viaja más rápido, y cuando se trata de Mystwood, viajar a través de la Penumbra es la única forma posible de atravesar el lugar. Incluso con la llave.

Una vez, River describió la Penumbra como el forro del mundo normal —lo que llamamos la Luz—, una tela resbaladiza que se desplaza y se mueve con el tejido principal, pero que a la vez está separada de él. Algunas de las costuras, como las de muchas de las

hayas y arces de Mystwood, lo atraviesan por completo. Otras partes, como gran parte de los arbustos, solo existen en la Luz. Poético, sí, pero yo he desarrollado mi propia definición, más práctica.

La Penumbra es donde las criaturas de la oscuridad y el mal prosperan y campan a sus anchas, invisibles en la Luz hasta que están listas para alzarse y atacar. Algo que nunca se puede permitir que ocurra en el reino mortal.

Esta es la segunda vez que cruzo Mystwood; la primera fue cuando los chicos me sacaron de mi servidumbre en el establo de Zake. Ahora, que regreso como una guerrera fae, esperaba que el bosque me pareciera menos opresivo. En realidad, ocurre todo lo contrario.

—Lo bueno de ser humana es que no sabes qué se esconde en las sombras, Chica de las Lilas —dice Tye, estirándose perezosamente a mi lado, pareciendo leerme la mente, como de costumbre—. Por eso me he propuesto como objetivo personal saber lo menos posible de todo.

Avanzamos sin apenas conversar, con el lobo de Shade manteniéndose tan cerca de nosotros como los caballos toleran. Cuando los cinco salimos de Mystwood menos de seis horas después y entramos en la Luz justo antes del linde del reino mortal, la opresión silenciada de la Penumbra por fin se desvanece…, solo para revelar un nuevo par de grilletes un paso más allá. Mi magia. Atada tan fuertemente como las velas enrolladas de un barco.

Habiendo vivido la mayor parte de mi vida sin magia, pensaba que esta parte me molestaría poco, pero el vacío me oprime la garganta. Miro a mi alrededor con mis sentidos agudizados de inmortal y lamento la pérdida de la exuberante intensidad de Lunos, aunque percibo cada sonido y cada olor de una forma que mi cuerpo humano nunca pudo.

Con tan pocos humanos dispuestos a vivir cerca del linde de Mystwood, es relativamente fácil mantenerse fuera de su vista durante los cuatro días de viaje hasta el pueblo de Great Falls, que toma su nombre de una alta y estrecha cascada que se precipita por un acantilado en lo alto de las montañas a la derecha. Su estruendo

resuena a lo lejos por el pequeño y escarpado valle, sobre los pastos de ovejas y las pulcras casas con entramado de madera. El solitario graznido de unos cuervos que vuelan en círculos y una fuerte brisa marcan nuestro paso por una cresta yerma y cubierta de hierba sobre el valle.

Nos detenemos en un mirador a un kilómetro y medio de distancia y levanto la mano para protegerme del sol mientras examino la finca de la Academia, que se extiende en la cima de una colina que domina el pueblo. Es una inmensa fortaleza amurallada de piedra gris, que se funde con las montañas a su espalda, con su estandarte rojo y dorado ondeando al viento frío. El siseo y el restallido de la tela se me clavan en los oídos. Frunzo el ceño. Incluso con mis sentidos fae, la tela que ondea está demasiado lejos para oírla. No, el siseo y el restallido proceden de otra cosa, aunque sin duda suena como una bandera ondeando.

Miro a mi alrededor. Sprite piafa bajo mi montura lo suficiente como para ganarse una mirada de desaprobación de Coal. Nada en él ni en los otros chicos sugiere que oigan algo fuera de lo normal. De hecho —me doy cuenta con un sobresalto—, River está hablando.

—…una generación de jóvenes influyentes en un solo lugar. —El comandante del quinteto le da una palmada en el cuello a su semental, con la voz cargada de una responsabilidad que no puede evitar. Quizá esa necesidad de tomar las riendas es lo que hace de River quien es—. Espero que el personal les tenga bien cogida la rienda a los jóvenes antes de que los aspirantes a reyes decidan comparar el tamaño de sus pollas y hacer alguna estupidez fuera de lo común.

Siseo, chasquido, chasquido.

Se me acelera el pulso.

—¿Pequeña? —Tye frunce el ceño—. ¿Estás…?

—No son niños —digo rápidamente, forzando mi voz a una leve indignación para desviar a la inoportuna perspicacia de Tye. Después de toda mi insistencia en que viniéramos, a la primera visión de nuestro campo de batalla ya estoy oyendo ruidos fantasmales—.

Veinte años puede que no sean nada para un fae, pero para un humano es bastante significativo. Y resulta que es mi edad.

—Exacto —dice River—. Vamos a acabar con esto. Recordad lo que dijo Autumn sobre los vínculos atenuados y preparaos para el cambio. —Saca el amuleto de velo y se lo pone al cuello sin ninguna ceremonia, y los demás siguen su ejemplo en silencio. Los medallones de madera intrincadamente tallados caen sobre sus esternones hasta que cada uno se los mete bajo la camisa.

Siseo, chasquido, chasquido.

Busco mi propio amuleto a tientas mientras un escalofrío me recorre la piel al ponérmelo al cuello. El suave clic del cierre es uno de los sonidos más fuertes que he oído nunca: una puerta que se cierra de golpe y me aísla de los chicos. Los pulmones se me contraen dolorosamente y necesito toda mi fuerza de voluntad para mantener las manos ligeras sobre las riendas de Sprite. Para levantar la barbilla. Para sonreír con una arrogancia que ojalá sintiera.

—Entonces… —digo, dándome cuenta demasiado tarde de que he olvidado ponerme el vestido que me dio Autumn. Maldita sea. Lo haré en cuanto encontremos un lugar menos expuesto de camino a la Academia. Con mis pantalones negros y mi túnica azul ajustada favorita, ceñida a la cintura, la magia podría darme el disfraz de casi cualquiera—. ¿Qué soy ahora?

—Un verdadero incordio —dice Coal, con los ángulos tallados de su rostro inmóviles mientras me enarca una ceja.

—Te conocemos, cachorra. El amuleto no creará un velo para quienes conocen la verdad —dice Shade con dulzura, ahora en su forma fae—. Nosotros también parecemos nosotros mismos para ti, ¿no es así?

—Cierto. Claro. —Me froto los ojos con la palma de la mano.

—¿Qué pasa, Chica de las Lilas? —pregunta Tye.

—Nada. Es decir, no puedo sentiros con el amuleto. Y…

Tye hace una mueca. —Me duele verte mentir tan mal, pequeña. Tenemos que trabajar en eso. ¿Qué es?

Suspiro y niego con la cabeza. —Solo un ruido extraño que he oído. Un siseo, como… estática, pero más fuerte. ¿Lo oís?

Hacen una pausa y aguzan el oído para concentrarse.

—No —dice Tye al cabo de un momento. Shade, Coal y River se hacen eco de su respuesta, con una mirada amable y algo preocupada.

Siento que se me acaloran las mejillas, pero River levanta la mano, deteniendo mi intento de disculparme. —Que no lo oigamos no significa que no haya nada. Tu magia es única, Leralynn. Una humana convertida en fae, y tejedora, para más inri. Es muy posible que estés oyendo una fuga de magia. Quizá la misma grieta que hemos venido a buscar.

—O mi propia imaginación.

River se encoge de hombros. —Desde luego. Pero, como somos inmortales, tenemos tiempo para comprobarlo. ¿De dónde viene el sonido?

—Es… —Las palabras mueren en mi boca. Nada. Ahora no oigo nada más que mi propio corazón desbocado. El calor que ya sentía en las mejillas se extiende hasta hacerme sentir un hormigueo en las puntas de las orejas. Tragando saliva, cierro los ojos, deseando volver a encontrar el sonido. Nada—. ¿Puedo quitarme el amuleto? Quizá esté interfiriendo con el sonido.

La mirada de River sopesa la distancia hasta la Academia antes de asentir. —Un ratito.

Abro el cierre y me meto el amuleto en el bolsillo superior de la camisa. Un alivio me inunda al sentir que los vínculos de unión vuelven a llamarme…, y la estática. Al menos no me estaba imaginando el ruido. —Por aquí. —Haciendo que Sprite se ponga al trote, guío a los chicos hacia el sonido, que se hace más fuerte a cada paso. Abrumador. Nos adentramos en un bosque de álamos susurrantes y verdes, donde la luz parpadea a través de las hojas en patrones vertiginosos. Se me tensan los músculos, y la respiración y el corazón se me aceleran mientras Sprite se lanza al galope por un estrecho sendero cuesta arriba. Los cascos de los sementales de los chicos mantienen el ritmo, manteniéndose lo suficientemente atrás para evitar que los caballos se lancen a una carrera competitiva, que probablemente acabaría conmigo en el suelo.

Siseo, chasquido, chasquido. Siseo, chasquido, chasquido.

El sendero gira bruscamente a la derecha, pero como el sonido proviene tan claramente de detrás de un grupo de enormes rocas en el lado opuesto, dirijo a mi montura hacia allí. Sprite toma la izquierda a una velocidad alarmante, con el cuerpo muy inclinado. No tengo tiempo de girarme para asegurarme de que los chicos me han visto desviarme del camino, ni capacidad para hacer otra cosa que no sea aferrarme con cada fibra muscular. Los cascos de Sprite martillean el terreno irregular; la yegua está fuera de control mientras galopa hacia las rocas, que resultan estar más lejos de lo que había supuesto. Las ramas me azotan, terrones de tierra vuelan por los aires. Me agarro al pomo de la silla para mantenerme sentada, con las riendas aflojándoseme en las manos. Aprieto las piernas contra los costados del caballo, y mi aferramiento instintivo, por desgracia, le indica a Sprite que corra aún más rápido.

SISEO. CHASQUIDO…

Veo la desmoronada piedra grabada con runas incrustada en el suelo una fracción de segundo antes de que Sprite tropiece con ella. El precario agarre que tengo en la silla se rompe y me envía al suelo. Me golpeo la cabeza contra una roca; oigo el sonido antes de sentir el dolor. Entonces el mundo destella en un resplandor de luz cegadora antes de que llegue la oscuridad.

LERA



Me despierto con el hocico de un caballo hurgándome en la espalda, mientras el bosque de álamos temblones crepita y despliega ante mí su gloria primaveral. Me duele la cabeza, pero no encuentro sangre al tocarme el cráneo. Un pequeño milagro. Tampoco encuentro a nadie más a mi lado.

—¿River? —lo llamo, con el pulso martilleándome—. ¿Coal? ¿Tye? ¿Shade?

Silencio. A pocos pasos, la piedra con runas grabadas con la que tropezó Sprite está rota en pedazos del tamaño de una mano. Por su aspecto, era una losa cuadrada de aproximadamente la longitud del antebrazo de un hombre por cada lado, clavada en la tierra fría como un adoquín desalineado. El ruido que hacía —si es que alguna vez hizo alguno— ha desaparecido. Al coger uno de los fragmentos, me doy cuenta de que no era de piedra maciza, sino una cáscara dura que protegía un núcleo más blando, parecido a la arcilla, que me deja polvo en los dedos.

—¿River? —vuelvo a llamar—. ¿Hay alguien?

Solo responden el gorjeo de los pájaros y el susurro fantasmal de las hojas de un verde intenso.

Sprite relincha y pisotea con una herradura suelta. Maldita sea. Me agacho, le quito la herradura del todo y la tiro. Tendré que llevar a la yegua del ramal a partir de ahora. ¿Pero adónde?

Sujetando a Sprite por las riendas, desando lentamente el camino que recorrimos al galope, a través de los rayos dorados del atardecer. Las huellas descienden por la colina y giran bruscamente hacia el estrecho sendero por el que Sprite y yo habíamos corrido. Aquí, varios rastros de herraduras divergen en todas direcciones. Como si algunos jinetes hubieran seguido el sendero hacia la derecha —mientras que yo me había desviado a la izquierda— y otros hubieran dado media vuelta con sus caballos para regresar a un camino más ancho. O quizá las monturas se asustaron y echaron a correr.

Niego con la cabeza y al instante me arrepiento del movimiento, pues un dolor agudo me recorre la nuca. *Piensa, Lera. ¿Qué ha pasado exactamente?* Obligándome a calmar la respiración, rememoro lo sucedido. Recuerdo ir al medio galope. No, al galope tendido. Los machos me daban espacio, pero no se quedaban muy atrás. Luego, el sendero giraba a la derecha. Pero yo no. Me salí del sendero y giré bruscamente a la izquierda. Sprite se lanzó a galopar por un terreno accidentado. Tropezó. Yo me caí y me golpeé la cabeza. Perdí el conocimiento. Con la espesa vegetación y el giro brusco, puede que los machos no me vieran tomar el desvío y caer, pero sin duda ya deberían haberme encontrado.

Pero no lo han hecho.

A juzgar por las huellas de los caballos, se fueron en la dirección opuesta. Suspiro y me recompongo. No tengo ni idea de cuánto tiempo he estado inconsciente, pero, por el movimiento del sol, ha sido un buen rato. Sea cual sea la razón por la que los machos se marcharon, o están demasiado lejos para oír mis gritos o no están en condiciones de responder. Quizá, con el vínculo de apareamiento amortiguado por sus amuletos, no me sienten —o su miedo por mí— con la misma intensidad que lo harían normalmente. Yo no los siento en absoluto, aunque mi miedo está perfectamente intacto. La realidad de existir sin la atracción del vínculo me provoca un escalofrío por la espalda, a pesar de saber que ocurriría. Apoyando una mano en un árbol, respiro hondo y obligo a mi mente a funcionar. A trazar un plan. A mi entender, ahora tengo dos opciones: o quedarme aquí, en medio del bosque, esperando que

me rescaten antes de que los depredadores decidan que soy la cena, o continuar hacia la Academia como estaba previsto y resolver las cosas allí.

Me tiemblan las manos mientras cojo las riendas de Sprite y guío a la yegua por el sendero. Me pongo el amuleto del velo por si me cruzo con alguien, y tiemblo ante las sensaciones que me invaden: el entumecimiento de los vínculos de apareamiento silenciados, el leve vértigo que produce cubrirme con una identidad alternativa como si fuera una capa.

Para mi alivio, el amuleto ha quedado intacto tras la caída, al igual que mis alforjas. Intento concentrarme en eso. En cualquier cosa que no sea por qué no hay nadie aquí. Tiene que haber una explicación para esto. Tiene que haberla. Esto no es más que un contratiempo, me prometo, negándome a que el bosque cada vez más denso, las sombras que se alargan, el ulular de un búho y el crujido de los pasos de un animal invisible me envuelvan.

Con la Academia claramente visible en lo alto, mantengo el rumbo fijo en su ondeante estandarte. Senderos sinuosos aparecen y desaparecen por las empinadas colinas, pero yo sigo recto y avanzo con rapidez, hablándole a Sprite en voz baja mientras caminamos con determinación entre los árboles. «Somos Sprite y Lera», le digo a la yegua, que relincha en señal de asentimiento. «Soy una hembra fae de una quinta guerrera. Y estamos aquí para descubrir qué está permitiendo que la magia se filtre en el mundo humano. Estamos aquí para salvar a la gente. No tenemos miedo».

Ha pasado bastante tiempo desde la puesta de sol cuando Sprite y yo por fin llegamos a la muralla de la Academia, una construcción de piedra gris oscura que se alza en la negrura sobre mí, coronada por antorchas parpadeantes. Un pesado portón de madera con púas de hierro del grosor de mi muslo se eleva con poleas chirriantes para dejarme entrar en un vestíbulo, mientras que el portón secundario permanece cerrado.

El guardia uniformado que me ha dejado entrar frunce el ceño y vuelve a bajar el portón de púas detrás de Sprite y de mí, atrapándonos entre las dos salidas. «Ha pasado el toque de queda», dice, arqueando sus negras cejas. Es el primer humano que veo de

cerca en meses, y al instante me doy cuenta de las diferencias: los rasgos más romos, como vistos a través de una lente empañada, la menor estatura y la complexión más blanda.

Me humedezco los labios secos. «Soy…». El amuleto se calienta contra mi esternón y unos recuerdos fantasmales brillan en mi mente y cambian mi historia.

La finca en la que crecí como sierva de Zake se convierte en una mansión con altos techos abovedados y alfombras de felpa. Mi vieja ropa pasa de ser los harapos mal ajustados de una moza de cuadra a un vestido entallado y demasiado ceñido bordado con un escudo de armas. El cinturón que me despellejaba sigue en mis recuerdos, aunque el señor que lo empuña ahora me presiona contra una pared tapizada en lugar de contra la áspera madera de un establo para azotarme.

Soy una huérfana de cuna noble, me dicen mis nuevos recuerdos. Acogida por lord Zake de Águila Pescadora y criada como su pupila. No tengo amigos.

Me aclaro la garganta y lo intento de nuevo. «Soy…».

—Leralynn de Águila Pescadora —termina el guardia por mí—. Sé quién es usted. Pero no por qué llega tarde. La Academia Great Falls, descubrirá, no tolera la impuntualidad. Tampoco toleramos que los estudiantes deambulen por la naturaleza. De hecho, el comandante River —que es el subdirector de la Academia que ocupó el puesto vacante del difunto comandante Jun hace cinco meses— ha ordenado que todo aquel que viole el toque de queda sea enviado directamente ante él.

—¿River? —se me corta la respiración, y el alivio y la ansiedad me inundan el pecho. Los amuletos funcionan, y mis machos, o al menos uno de ellos, está aquí. Todo va bien. Sea cual sea la razón por la que River no ha vuelto a buscarme, la descubriré en breve. No estoy sola—. ¿River está aquí? —repito, sin darme cuenta de que he agarrado la muñeca del guardia hasta que él arquea una gruesa ceja.

—Respire hondo, muchacha. —El hombre suaviza la voz, al parecer interpretando mi comportamiento como una señal de que me ha infundido el nivel adecuado de terror—. No la denunciaré,

solo por esta vez. Aunque si yo fuera usted, me esforzaría por saber tan poco del capitán como sabe ahora. —Hace un gesto para que abran las puertas interiores y me conduce al campus de dormitorios de la Academia, mientras otro de los guardias se hace cargo de Sprite.

Un rápido análisis mental me confirma que no tengo más remedio que seguirlo, que seguirle el juego a mi disfraz hasta que pueda reunir más información. Por mucho que anhele correr por la Academia gritando el nombre de River, estoy aquí por una misión, una que no puedo arriesgar por tener demasiado miedo a pasar una noche sola. Además, tampoco se me escapa el peligro de ser descubierta como fae en estas tierras; no necesito que un granjero o un cazador intente clavarme un hacha entre los omóplatos. Evitando el deseo de tocarme el amuleto, sigo al guardia dócilmente.

Incluso en la oscuridad de la noche, mis ojos inmortales distinguen la grandiosidad de la Academia. Edificios de piedra de varios pisos de altura se alzan a ambos lados, el relincho lejano de los caballos en los establos, los pasajes empedrados y las fuentes que borbotean en silencio.

—El entrenamiento físico y las maniobras tienen lugar en el patio del lado este de la Academia. —El guardia señala mientras cruzamos la amplia plaza central, con el eco hueco de nuestros pasos en el silencio—. Los dormitorios están en el suroeste. Las clases académicas se imparten en la torre del homenaje, al noroeste. —Es obvio a qué edificio se refiere: un inmenso castillo con chapiteles puntiagudos que tapan las estrellas justo detrás de nosotros. La fortaleza en la colina que se ve a kilómetros, con su ondeante estandarte rojo que antes me ha servido de guía.

El guardia me guía hasta un edificio cuadrado con un pequeño patio de piedra en el centro y me lleva por las pasarelas exteriores encaladas hasta el segundo piso.

—Dormitorio 241 —dice el guardia, sin saber que mis ojos de fae me permiten leer la inscripción por mí misma. Me entrega una llave —. Lo comparte usted con Arisha de Tallie. Mañana podrá recoger sus suministros y su asignación del intendente. A la mayoría de nuestros nuevos estudiantes les resulta difícil adaptarse a la

disciplina de la Academia. Por su bien, le sugiero que se adapte rápidamente. Trate a los guardias e instructores con la reverencia que ofrecería a sus mayores en casa, y le irá bien. Puede que sea usted mi superior en un salón de baile, pero aquí, en Great Falls, es una estudiante.

Esto último lo dice sin malicia, y yo le doy las gracias al macho —al hombre— con recato antes de meterme en la habitación a oscuras, con los suaves ronquidos de una chica como único sonido que contrarresta el martilleo de mi cabeza. River, al menos, ha llegado. Como el maldito subdirector. Me froto la sien. Casa con él, dada su personalidad sobreprotectora y su necesidad de estar siempre al mando. A los demás tendré que encontrarlos por la mañana. Junto con la razón por la que todos me han dejado atrás.

LERA



—Leralynn, despierta. —Una voz femenina me saca del sueño.

Al abrir los ojos parpadeando, me encuentro mirando a una chica atractiva de mi edad, con el pelo castaño encrespado y ojos grandes. Durante unos segundos, lo único que puedo hacer es mirarle las puntas redondeadas de las orejas. *Arisha de Tallie*, recuerdo por las palabras del guardia de anoche. Mi compañera de cuarto. Levanto la cabeza, que todavía me duele, y el amuleto calentador me recuerda que soy una estudiante nueva. Una dama. Leralynn de Osprey, enviada aquí para estudiar con otros jóvenes prominentes. Por un momento, la historia es tan persuasiva que el corazón me da un vuelco mientras salgo de la cama a toda prisa. Anoche llegué tarde, y si vuelvo a llegar tarde esta mañana...

Lera. Soy Leralynn, una guerrera de un quinteto fae en una misión crucial. Y tengo que encontrar a mis compañeros.

Más allá de Arisha, mi mirada recorre la pequeña habitación de paredes blancas y techos altos, como si el arquitecto hubiera intentado compensar el diminuto espacio del suelo haciendo las paredes más altas. Dos camas estrechas, dos cómodas de madera sencillas y dos diminutos escritorios diseñados para abatirse desde la pared componen todo el mobiliario. Las gruesas cortinas que cubren la única y alta ventana puede que alguna vez fueran de un color vivo, pero ahora son de un apagado y pesado color verde oliva. Junto a mi cama, el contenido de mis alforjas se derrama por el

suelo como el vino, haciendo difícil encontrar un sitio donde pisar. En el lado de la habitación de Arisha, las plumas, el papel y los libros están dispuestos en filas tan perfectas que me pregunto si la joven no habrá usado una regla para colocarlos.

—Puedes tomar prestado uno de mis uniformes para el ejercicio de la mañana, si quieres. —Arisha mueve los pies con impaciencia, mordiéndose el labio inferior. Unas pecas le cruzan los pómulos afilados y, bajo sus gafas redondas, las profundas bolsas que tiene bajo los ojos delatan la falta de sueño o el estrés..., o ambas cosas. Ya va vestida con unos pantalones grises y una túnica a juego con una insignia roja que debe de ser el escudo de la escuela; ambas prendas le quedan un poco pequeñas. Le tiemblan ligeramente las manos mientras se recoge el pelo largo en dos trenzas desiguales—. Te quedará un poco holgado en tu complexión delgada, pero es mejor que... —Hace un gesto con la mano hacia mi ropa de viaje, que no me había molestado en quitarme antes de acostarme—. Decidas lo que decidas, deberías hacerlo rápido. El maestro Coal y yo tenemos un acuerdo que preferiría no poner a prueba.

Me quedo helada, apretando los dedos sobre la túnica gris que Arisha me tiende. «¿Coal?». Me obligo a moverme y a ponerme la ropa que me ofrece. *Coal. Coal. Coal.* —¿Qué acuerdo tienes con él exactamente?

—Que soy una pérdida de espacio y aire a la que debe ignorar cuando sea posible. —Arisha frunce el ceño ante una de sus trenzas, que ya se está deshaciendo—. Me gustaría darle todas las oportunidades posibles para que siga ignorándome. Llegar tarde no ayuda.

Por las estrellas, Arisha de verdad piensa que conoció a Coal hace meses y que tiene toda una historia con él. Autumn no bromeaba sobre el poder de los amuletos. La complejidad de la magia necesaria para construir un trasfondo tan intrincado en tantas mentes es suficiente para que un escalofrío me recorra la espalda.

Me pongo los pantalones de repuesto de Arisha y uso un cinturón de tela para que no se me caigan.

Me lanza un panecillo duro, que consigo coger justo antes de que caiga al suelo. —Los instructores piensan que entrenar con el

estómago vacío enseña a nuestro cuerpo a quemar grasa en lugar de músculo y nos prepara mejor para las «pruebas del liderazgo». Así que esto es todo hasta la comida de media mañana.

—¿Cuánto tiempo lleva, ejem, el maestro Coal, enseñando aquí? —pregunto, metiéndome el panecillo en un bolsillo y saltando a la pata coja para ponerme las botas mientras sigo a Arisha fuera de la habitación.

—Cuatro o cinco meses —dice Arisha por encima del hombro—. Llegó más o menos al mismo tiempo que el subdirector y uno de los médicos jefes. Los tres sirvieron juntos en la costa lejana. Nadie en su sano juicio se interpone en el camino del maestro Coal o del comandante River, pero su amigo el médico es... atractivo y amable, lo que ha triplicado el volumen de visitas a la enfermería. —Noto un ligero rubor en las mejillas de Arisha y tengo que tragarme una maldición. Mis compañeros no solo han llegado, sino que han hecho una entrada triunfal.

—¿Es el...? —Me detengo, modificando mi pregunta antes de que pueda revelar más de lo que quiero—. ¿Cómo se llama el médico?

—Shade. —Arisha tropieza cuando un par de mujeres deslumbrantes con nuestros mismos uniformes grises anodinos la apartan sin ninguna delicadeza—. Y esas serían la princesa Katita y una de sus damas predilectas del día.

Antes de que pueda llamarles la atención a Katita y a su calaña, ambas desaparecen en un mar de jóvenes cadetes uniformados que fluyen desde sus habitaciones hacia los pasillos y escaleras exteriores. El estruendo de las conversaciones y el resonar de las botas en las pasarelas de madera empañan el aire frío, y mi propio aliento se convierte en jirones de vapor ante mí. Apresurándome tras Arisha —que ahora está explicando algo a lo que no logro prestar atención—, mantengo la mirada en movimiento, de cara en cara. Tengo que encontrar a los chicos. Rápido. En silencio. Sin levantar sospechas. Los planes se ordenan en mi mente, solidificándose a cada paso. Veré a Coal en breve. Una lesión fingida puede llevarme hasta Shade. El velo convirtió a River en subdirector. Irrumpir en su despacho podría ser difícil de explicar..., pero con suerte el chico me encontrará. Eso...

—¡Leralynn! —La advertencia de Arisha me llega demasiado tarde; mi distracción me ha hecho chocar directamente contra una espalda ancha y musculosa.

Vestido con el mismo uniforme gris que yo, el dueño de la espalda se gira lentamente y su aroma a pino y cítricos me llena la nariz. Unos divertidos ojos esmeralda me miran desde una altura que se eleva sobre todas las demás, haciendo que se me corte la respiración por completo. Un espeso pelo rojo le cae sobre un rostro de ángulos marcados, perfectamente deslumbrante, y un pendiente de plata reluce.

Tye. Siento una opresión en el pecho, y la oleada de alivio que me inunda es tan fuerte que me siento mareada por un momento. Siento que mi mano se cierra en torno a la muñeca de Tye por voluntad propia. —Estás aquí.

—Sí, muchacha —dice Tye, mirando hacia donde todavía le agarro la muñeca—. Que yo sepa, sí que estoy aquí. ¿Acaso tú estás en otra parte?

La princesa Katita y su amiga se detienen ahora para reírse, cubriéndose los labios pintados con sus delicadas manos.

Me importa poco. No ahora que he encontrado a Tye. El medio día que ha pasado desde que perdí de vista a los chicos es el periodo más largo que hemos estado separados desde que nos unimos, e incluso con el propio vínculo atenuado en el reino mortal, la separación me ha dejado sin aliento. Anhelante. Me cuesta un gran esfuerzo de voluntad contenerme para no saltar a los brazos de Tye y reclamar su boca ante todos los cadetes que nos observan.

Mientras mis ojos recorren a Tye con avidez, me encuentro incapaz de enfocar sus orejas puntiagudas y sus caninos por mucho que intento mirar hacia ahí, como si una gran fuerza magnética repeliera mi mirada. Bajo los pliegues sueltos del uniforme gris de Tye, el contorno de sus músculos ágiles me resulta tan familiar como su olor. Al igual que todo en él..., *casi* todo.

—¿Me devuelves el brazo? —dice Tye, y algo en su voz hace que mi mirada se alce bruscamente para encontrarse con la suya. Y una vez que lo hago, entiendo lo que no encaja. Los vivaces ojos verdes que tan bien conozco brillan sin ninguna señal de reconocimiento.

LERA



Mi atención se desvía hacia el cuello de Tye; el esfuerzo de concentrarme donde debería estar el amuleto basta para que me dé vueltas la cabeza. Cuando por fin consigo mirar, solo veo la parte superior de la camisa del hombre. Ni rastro del cordel. Ni de la talla de madera. Ni siquiera una marca bajo la tela.

—Leralynn —sisea Arisha, quitándome la mano del brazo de Tye y tirando de mí—. Vamos a llegar tarde. Vámonos.

Me tambaleo y a duras penas consigo evitar caerme de bruces por las escaleras. Siento un nudo en el estómago; la anomalía de la mirada ausente de Tye y la falta de su amuleto me llenan de un nuevo pavor. Algo ocurrió en aquel bosque de álamos temblones, algo más siniestro que un desvío equivocado y un cambio de rumbo malinterpretado. Algo que hizo que la magia saliera terriblemente mal.

—Es un placer conocerte, Leralynn —me grita Tye; la diversión en su voz resuena por los pasillos casi vacíos del dormitorio—. Tye se agarra a la barandilla, salta por encima de ella y aterriza con suavidad en el patio, un piso más abajo. Alza la cara y proyecta la voz de nuevo hacia mí—. Tengo otras partes que también puedes agarrar, muchacha, si te apetece.

Siento que me arde la piel y el bochorno aumenta con las risitas de los pocos rezagados que me rodean. Un horror paralizante se extiende por mis miembros mientras sigo a Arisha hacia la enorme

plaza central. El pálido cielo del amanecer lo baña todo en tonos azules y grises, y es un alivio cuando salimos de la sombra y nos adentramos en el sol que empieza a calentar.

—Estás loca —murmura Arisha, soltándome el brazo.

—¿Sabes quién era? —pregunto, mientras mi mente busca entre la niebla posibles explicaciones para los ojos vacíos de Tye sin encontrar ninguna, salvo que tal vez estaba actuando. Fingiendo por el bien de nuestra tapadera. Sí, una actuación convincente. Para no levantar sospechas. Tiene que haber sido eso.

—Todo el mundo conoce a Tyelor —suspira Arisha—. El tío es el mejor atleta de la Academia Great Falls, está aquí por invitación especial y se prepara para las Pruebas de Destreza del continente. Esgrima, lucha, acrobacias... lo que se te ocurra, Tyelor lo domina. También acapara la atención de todas las chicas de este lugar.

—No de todas las chicas —digo, fijándome por fin en la expresión de fastidio de Arisha—. A ti no te cae bien.

Se encoge de hombros. —Me interesan más quienes son capaces de idear una estrategia defensiva que quienes creen que su habilidad para blandir un trozo de metal puntiagudo —u otras partes — es el regalo de las estrellas a la humanidad —el paso de Arisha se acelera por la plaza; se encoge de hombros—. Si crees que puedes bajar las escaleras sin matarte, deberíamos intentar andar más rápido.

Atravieso un gran arco de piedra y entro en el campo de entrenamiento, que es más grande que cualquier cosa que haya visto antes. El lugar está dividido en una docena de corrales cubiertos de hierba. Dentro de cada recinto, los alumnos practican esgrima y tiro con arco, lucha y, en las dos arenas más grandes, equitación. Las voces de los instructores y los gruñidos de esfuerzo y dolor de los alumnos llenan el aire de la mañana.

—Fíjate en las banderas de colores cuando vengas —dice Arisha, señalando los grandes banderines triangulares que ondean junto a cada zona—. Los instructores eligen el área de entrenamiento que necesitan para la clase y la marcan con su bandera. El nuestro es Coal, que tiene la bandera azul, que es…

—Allí —mi voz sale en un susurro bajo cuando mis ojos se posan en Coal. El guerrero, con unos pantalones negros que le cuelgan bajos sobre las esbeltas caderas, va con el torso desnudo y sus músculos letales se deslizan bajo la piel mientras hace una demostración de una llave para derribar a un oponente. Los tatuajes que bajan en espiral por el surco de su columna vertebral danzan como si estuvieran vivos con cada cambio de peso. La precisión letal de ese hermoso cuerpo me deja sin aliento incluso ahora; a mí y a las otras cinco alumnas que, desde un lado, observan la demostración con una contención de la respiración similar—. Ese es, sin duda, Coal.

—Llegan tarde —anuncia el hombre en cuestión por encima del hombro mientras Arisha y yo nos acercamos al corral. Una vez completada la llave, la atención de Coal se detiene en los otros alumnos, que se emparejan para practicarla. Hecho esto, el guerrero se apoya de lado en la valla, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras el sol de la mañana esculpe las duras líneas de su rostro hasta alcanzar una perfección amenazadora.

—Buenos días —digo en voz baja, con el escozor del saludo de Tye todavía recorriéndome los nervios. Se me encoge el estómago mientras espero la reacción de Coal; la voz que grita en mi fuero interno me recuerda lo terriblemente mal que ha salido todo.

Coal se gira al oír mi voz y se balancea sobre los talones; hay algo indescifrable en su mirada sorprendentemente azul. —Me consta que es nueva, pero supongo que aprendería a leer la hora antes de poner un pie aquí, ¿no?

Me tenso. Espero. Le sostengo la mirada, suplicando con la mente alguna señal de reconocimiento. Alguna señal de que me conoce. De que nos conoce.

Nada. Aunque mi cuerpo responde al peligro familiar que siempre vibra en el interior del guerrero, Coal no ve ante él más que a una cadete novata.

El hielo me atenaza ante la frialdad de su mirada. Su absoluta indiferencia hacia mi existencia.

Bajo la mirada y la recorro por el cuerpo de Coal. Sin camisa y con el torso desnudo, debería poder ver el amuleto del velo si sé lo

que busco, si puedo vencer el instinto de mi cuerpo de apartar la vista del disco grabado con runas. Empezando por el centro de las ocho duras tabletas del abdomen de Coal, muevo los ojos por la línea media de su cuerpo. Hacia arriba, entre sus anchos pectorales. Hacia fuera, por las marcadas clavículas… *Malditas estrellas*, me he desviado.

Obligo a mis ojos a volver a la línea media de Coal y la recorro de nuevo, negándome a apartar la mirada. La cabeza me palpita; la necesidad de enfocarme en otra parte es tan palpable que me cuesta respirar. Un zumbido comienza en mis oídos; el sonido y la presión se vuelven más dolorosos con cada fracción de centímetro que mi mirada asciende.

Me clavo las uñas en la palma de la mano. *Mira hacia arriba, Lera. Arriba. Un poco más.*

Tardo un momento en darme cuenta de que he alcanzado mi objetivo, porque allí, en la hondonada del esternón de Coal, donde debería estar el amuleto, no cuelga nada en absoluto. En su lugar, mis doloridos ojos trazan el contorno de un tatuaje circular con un ornamentado patrón puntiagudo, del tamaño y diseño exactos que habría tenido el amuleto. Como si el cuerpo de Coal hubiera absorbido de alguna manera el artefacto mágico. El corazón me martillea, recordando la camisa lisa de Tye. *Estrellas.*

—¿Acaso interrumpo sus ensoñaciones? —la voz de Coal chasquea como un látigo, atrayendo mi atención de nuevo hacia su rostro. Unos fríos ojos azules me sopesan… y me encuentran deficiente. Igual que cuando me vio por primera vez hace tantos meses en el granero de Zake—. ¿Cómo se llama?

Arisha maldice en voz baja, lo suficientemente bajo como para que un humano no lo hubiera oído.

—Creativo, aunque no es fisiológicamente posible, creo —le dice Coal a Arisha, arqueando una ceja hacia su rostro que palidece rápidamente—. No es de extrañar que estos alumnos tengan pavor de River y Coal; cuando te enfrentas a sentidos feéricos preternaturales sin saberlo, no hay dónde esconderse—. Siéntase libre de mejorar ese modelo mientras da dos vueltas a la Academia.

—E-eso son más de ocho kilómetros —tartamudea Arisha.

—Buen punto. Tres vueltas —la atención de Coal vuelve a mí, su tono tan duro como nunca lo había oído—. Le he preguntado su nombre, cadete.

COAL

—Leralynn —dijo la nueva alumna que estaba de pie ante Coal, pronunciando el nombre como si debiera significar algo para él. La joven, de veintipocos años, era lo bastante despampanante como para despertar el deseo de Coal; su brillante pelo cobrizo y sus grandes ojos marrones reflejaban los brumosos rayos del amanecer. Etérea, esa era la única palabra que la describía. Incluso bajo un uniforme que no era de su talla y que debía de haberle pedido prestado a Arisha, la curva de sus pechos y la forma de sus caderas acaparaban la atención de todos los hombres del corral de entrenamiento. Algo por lo que Coal no tenía derecho a sentirse molesto, aunque lo estaba. Leralynn se aclaró la garganta—. O Lera. O mortal.

—¿Mortal? —repitió Coal. La palabra le sonó a música celestial, aunque las dos docenas de cadetes de su grupo de entrenamiento se rieron de la broma.

Lera, sin embargo, no se reía. Se acercó un paso más y su aroma a lilas hizo que a Coal le diera vueltas la cabeza.

—Es un apodo que me puso un buen amigo.

Coal se apartó de la valla, retrocediendo lo suficiente para que el aire frío le despejara los sentidos. —Su amigo no está aquí. Tampoco sus padres, sus sirvientes, su niñera ni nadie a quien le importe.

El dolor cruzó como un relámpago los ojos color chocolate de Lera. Era evidente que la joven había esperado un recibimiento

distinto. Todos los nuevos alumnos —con su educación de clase alta y sus poderosos apellidos— lo esperaban. River pensaba que romper esa ilusión lo antes posible era la opción más compasiva. A Coal le importaba poco si era compasivo; le importaba que fuera eficiente. En los cinco meses transcurridos desde su asignación a Great Falls, la mitad de los alumnos asignados al equipo de Coal habían decidido hacer las maletas y marcharse a casa en la primera semana.

A juzgar por su expresión desconcertada, Leralynn no tardaría en unirse a las filas de los que se marchaban. Con suerte, se quejaría de Coal antes de irse. Haría que el director decidiera por fin que Coal era más un estorbo que una ayuda. Entonces River *tendría* que dejarlo marchar, volver a la costa lejana, donde podría lamerse las heridas en privado. Si tenía suerte, quizá encontraría una nueva guerra en la que luchar; siempre había algún conflicto que otro con los isleños. Coal no pintaba nada enseñando, y menos aún a mocosos de la nobleza que no eran mucho más jóvenes que sus veintisiete años, pero que no parecían haber vivido ni una cuarta parte de lo que él.

La atención de Coal volvió a su más reciente quebradero de cabeza, cuya mera presencia ya hacía que la mitad de los cadetes del corral tropezaran con sus propios pies. Sí, los chicos aún no habían aprendido los peligros que entrañaban las mujeres.

—Bueno, *mortal,* ¿ve usted las tres docenas de piedras que hay en aquella esquina? —Coal señaló con la barbilla una pila ordenada de rocas bastas del tamaño de sandías. La piedra caliza de la que se habían partido tenía un tacto similar a la tiza, y su polvillo tenía una extraña habilidad para rozar la piel y meterse bajo la ropa—. Muévalas a la siguiente esquina. Y luego a la siguiente.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Leralynn.

Arisha se alejó lentamente de ellos por el rabillo del ojo de Coal.

Coal se acercó, invadiendo el espacio de Lera y aprovechando las ascuas de ira que saltaban en los ojos de la chica ante lo que sin duda consideraba un castigo injusto. La ira era buena. Dejaba clara la postura de Coal por él. No era su amigo. No quería ser su amigo. Y dado el doloroso efecto que la mera presencia de Lera tenía en su cuerpo, cuanto antes saliera de su mundo, mejor. Coal chasqueó la

lengua. —¿Y una vez hecho eso, las mueve a la siguiente. ¿Cree que puede recordar todo eso sin la ayuda de un escribano?

—Procuraré no perderme con una rutina tan compleja —dijo ella, con voz tranquila pero no débil. A pesar de que apenas le llegaba al hombro, Lera se mantuvo firme donde hombres más grandes habrían retrocedido; el calor de su cuerpo era una réplica al desafío de Coal. Pequeña, feroz y, de alguna manera, sin miedo a él—. Lo haré todo dos veces si deja en paz a Arisha. Solo ha llegado tarde por mi culpa.

Que las estrellas se lo lleven. —Haga esa oferta *después* de terminar el circuito —dijo Coal, volviéndose hacia los otros alumnos, que habían dejado de entrenar oportunamente y ahora observaban el espectáculo con una curiosidad descarada. O, en el caso de los hombres, observaban a Leralynn. Una mirada fulminante de Coal los puso en vereda antes de lanzar su voz por encima del hombro—. Si termina a tiempo para serle de alguna utilidad a su amiga, claro.

En lugar de una respuesta, Coal oyó el raspar de una piedra contra otra cuando la menuda cadete se echó a los brazos la primera carga. Y luego la segunda. La quinta. La décima. Para cuando había movido la carga a la siguiente esquina, Coal supo que había cometido un error estratégico: hacer que Lera acarreara piedras era un castigo, pero insinuar que su velocidad determinaría el destino de otra persona era un desafío. ¿Cómo diablos iba a adivinar que la pequeña fiera aceptaría el reto?

Incluso de espaldas a ella, fingiendo observar a las parejas que combatían ante él, Coal podía oír la respiración fatigada de Lera, ver las huellas en la arena donde su equilibrio flaqueaba al moverse más rápido de lo prudente. *Estrellas,* iba a hacerse daño si seguía así. Y no había maldita sea la cosa que él pudiera hacer al respecto, salvo ser testigo de la jugada que él mismo había puesto en marcha. No se trataba del castigo, ni siquiera de la amiga de Lera, en realidad. Coal había recibido a Lera con una andanada inicial diseñada para alejarla, y la maldita mujer estaba aceptando el órdago. Y ganando. Tenía dos docenas de alumnos en el corral ante él, y Coal no podía apartar su atención de la única que caminaba junto a la valla

perimetral, y además más rápido de lo que una chica de su tamaño tendría derecho a hacerlo.

Arisha de Tallie, que pintaba tanto en un cuadrilátero como un gato en un coro, estaba terminando la primera de sus tres vueltas cuando Lera se plantó frente a Coal, tan cerca que él dio un paso atrás involuntario. El sudor de la chica desprendía un dulce aroma a lilas, teñido con un ligero toque cobrizo. Sangre.

Se tensó. El olor le desbocó el corazón a un galope que le exigió todo su autocontrol para refrenar.

—He terminado el primer circuito, señor —le informó Leralynn, con los ojos marrones encendidos—. Si le permite a Arisha volver al corral, empezaré con el segundo. Y, si lo desea, con el tercero después.

Agarrando la esbelta muñeca de Lera, Coal se la giró para dejar la palma hacia arriba. Las callosidades de lo que parecía ser entrenamiento con armas estaban intactas, pero la piel de la sensible parte central de la mano estaba en carne viva. Heridas superficiales pero dolorosas que despertaron a la superficie todos los instintos protectores del cuerpo de Coal. Lo cual no tenía ningún sentido. —Sus mangas son demasiado largas —la voz de Coal era neutra—. Si hubiese sido lista, se las habría bajado para cubrirse las manos y evitar esto.

—Supuse que el objetivo del ejercicio era hacerme sufrir, así que pensé que más valía ser eficiente al respecto. —Lera curvó los dedos sobre la palma de su mano—. Ahora, ¿va a cumplir su parte del trato…, señor?

* * *

Coal entró en la consulta de la enfermería de Shade y cerró la puerta de un portazo tan fuerte que el marco de madera tembló en señal de protesta. —Quiero irme —dijo Coal sin preámbulos, con la sangre hirviéndole como lo había hecho desde el entrenamiento de la mañana—. Soy un soldado, no un maldito niñero de mocosos nobles.

—¿Ah, sí? —Con su pulcra camisa blanca y su chaleco de cuero, y el pelo largo y negro recogido, Shade tenía todo el aspecto de un oficial civilizado; aunque Coal había luchado junto a él durante suficientes años como para saber que era un guerrero feroz cuando la situación lo requería. Aun así, Shade parecía tan contento aquí, en la Academia, como cuando él, Coal y River servían juntos en la costa, luchando contra las hordas de isleños que querían hacerse un hueco en el continente.

—No sabía que alguna vez *quisiera* estar aquí —dijo Shade con un atisbo de diversión mientras se levantaba de detrás de su escritorio y caminaba para posarse en el borde—. Así que comprenderá que la ausencia de ese deseo ahora no me impresione.

—No estoy aquí para impresionar a nadie.

Los extraños ojos dorados de Shade se desviaron hacia la puerta, probablemente para asegurarse de que el cerrojo estaba echado antes de hablar, esta vez en voz baja. Shade era un amigo, sí, pero también el superior militar de Coal, un hecho que Coal intuyó que estaba a punto de salir a relucir. —Está usted aquí porque estaba a una mala noche de cometer una estupidez —murmuró Shade—. Para ser franco, el rey Zenith invirtió una fortuna demasiado grande en su entrenamiento como para permitir que se matara en alguna salida suicida. Hasta que no haya solucionado… lo que sea que tenga ahí dentro, teniente, no irá a ninguna parte. —Señaló la cabeza de Coal como si fuera un cuartel desordenado.

—Ya está solucionado. —Coal se cruzó de brazos. En los cinco meses desde que había llegado aquí —desde que Shade y River lo habían obligado a venir—, las cosas solo habían empeorado. Las pesadillas. Los destellos de oscuridad y el miedo infundado. Imágenes de una mujer que nunca fue real, pero cuya pérdida lo desangraba. Coal se irguió. Era un soldado. Necesitaba luchar, no estar encadenado tras altos muros—. Estoy bien, Shade. Lo que no está bien es este mundo inventado de la Academia de Great Falls, donde unos mocosos juegan a ser soldados y generales, a salvo de cualquier cosa que pudiera quitarles la vida. No quiero saber nada de eso.

—Ya veo. —Las palabras de Shade apenas rozaron el aire antes de que el hombre se moviera, agachándose y lanzando las manos hacia el codo desprotegido de Coal.

Coal desplazó su peso, su mente despertando para la lucha. Apartándose del ataque inicial de Shade, se agachó. Su respiración era regular mientras sus ojos evaluaban la habitación. Se abalanzó hacia delante, barriéndole las rodillas a Shade con las manos y enviando al guerrero de pelo oscuro al suelo.

Shade cayó con suavidad, rodando sobre el hombro para recuperar el equilibrio. Con el pecho agitado por profundas respiraciones, enseñó los dientes, sus pies ligeros mientras rodeaba a Coal. Con un suave gruñido, el hombre se lanzó de nuevo hacia delante, esta vez agachándose bajo el brazo de Coal para agarrarle la muñeca. Con una fuerza que poca gente poseía, Shade estampó el brazo de Coal contra la pared, su fuerte agarre una atadura viviente.

A Coal se le revolvió el estómago. El mundo retumbó en sus oídos.

Sin darle tregua, Shade apresó la otra muñeca de Coal, forzándolas ambas contra sus costados.

El retumbar en los oídos de Coal se convirtió en un rugido. El aire pareció destellar, como un relámpago en la noche, y el hedor a dolor, miedo y sangre de una húmeda celda de prisión vibró a través de cada fibra de su cuerpo. Su corazón se aceleró, latiendo tan fuerte que sentía el impacto en las costillas. Sus músculos se tensaron, poderosos y listos, sus ojos se abrieron para contemplar el mundo ralentizado que estaba a punto de destruir.

Porque lo *iba* a destruir.

Apoyando los omóplatos en la pared para impulsarse, Coal clavó el talón en el pecho de su asaltante con tal fuerza que sintió cómo se partían las costillas.

Su captor voló hacia atrás, estrellándose contra su propio escritorio y deslizándose hasta el suelo. La madera se astilló, la tinta negra se derramó sobre el papel, mezclándose con el fino hilo de sangre roja que goteaba de la ceja herida del bastardo. La ceja de Shade.

Coal maldijo. Dejándose caer sobre una rodilla junto a su amigo, le pasó una mano por la espalda para ayudarlo a sentarse. —¿Está usted loco? —exigió Coal, aflojando la parte superior de la guerrera del hombre para ayudarlo a respirar—. No. No se mueva.

Aspirando aire con un siseo, Shade se rodeó las costillas con el brazo, su mirada amarilla traspasando la de Coal. Cualquiera con menos entrenamiento habría acabado con el cuello roto, pero Shade sabía cómo encajar una caída. Había sabido lo que vendría antes incluso de atacar.

—Le daré la autorización médica para marcharse cuando sea capaz de distinguir entre un amigo y un enemigo, independientemente de si intentan reducirle o no. —La voz de Shade era tensa por el dolor mientras se presionaba la manga contra el corte sangrante de la ceja y fruncía el ceño al ver la mancha—. Y River está totalmente de acuerdo conmigo en esto. Nos conocemos desde hace diez años, Coal. Si no nos va a contar qué diablos le hicieron esos bastardos que lo tuvieron prisionero, entonces busque a otra persona con quien hablar. Hasta que no arregle esto, no irá a ninguna parte.

LERA

—Ven. Te sentarás mejor después de comer. Quizás. —Llevándome con ella, Arisha me guía hasta el comedor, donde unas sillas acolchadas de respaldo alto rodean unas mesas de madera profusamente tallada, cada una con capacidad para grupos de cuatro a ocho estudiantes que murmuran en voz baja. Los relucientes suelos de mármol reflejan los grandiosos candelabros de cristal que cuelgan del techo abovedado, con las velas apagadas en deferencia al sol que entra a raudales por los altos e impolutos ventanales. Unos finos tapices de vivos colores rojos y azules marcan los pasillos entre las mesas. Los uniformes grises parecen tan fuera de lugar aquí como un vestido de gala en un establo—. El comedor es informal durante la primera mitad del día —explica Arisha—, pero para la cena nos arreglamos.

Asiento, sin fiarme de mi voz. Todavía me cuesta respirar y los músculos me tiemblan de fatiga. Mi cuerpo de fae se curará más rápido que el de un humano, pero aun así me duele. Sin embargo, el dolor físico es la menor de mis preocupaciones en este momento. Al igual que Tye, Coal no me ha reconocido, ni siquiera me ha dirigido una mirada en todo el tiempo que he estado trabajando. No estaba fingiendo. ¿En qué lugar deja eso nuestra misión? ¿Acaso los chicos recuerdan siquiera por qué estamos en la Academia? ¿Lo recuerda *River,* nuestro comandante?

Algo fue mal después de que nos separáramos en el sendero del bosque y, hasta que no consiga quedarme a solas con uno de ellos, no tengo forma de saber hasta qué punto. Me estremezco al recordar la mirada gélida de Coal. Ninguna conexión, ninguna atracción, ni siquiera curiosidad. Como si lo que yo creía que eran lazos de amor irrompibles no fueran más que un truco de magia. Un castillo de naipes que, con la desaparición de esa magia, simplemente se ha derrumbado.

Tras encontrar una mesa vacía, Arisha me indica que me siente mientras ella va a buscar dos raciones de unas generosas gachas y unos trozos de pan recién horneado y humeante, con el alivio por el fin del entrenamiento flotando a su alrededor como una nube. Incluso después de que Coal le permitiera dejar de correr, Arisha lo había hecho fatal en la práctica, tropezando con sus propios pies con tanta frecuencia que Coal finalmente la apartó para que practicara puñetazos básicos al aire. También se había caído haciendo eso.

—Coal siempre es duro con la gente nueva —dice Arisha, acercándome el cuenco—. No te lo tomes como algo personal. Aunque quizás negociar con Coal en mi nombre no fue exactamente el mejor movimiento estratégico.

Parpadeo, obligándome a concentrarme en sus palabras. —Fui yo la que hizo que llegaras tarde. Fuiste muy amable al esperarme cuando…, cuando nos encontramos con Tyelor esta mañana. —Me inclino hacia las gachas, dejando que el cálido aroma me ancle a la realidad, y de repente me doy cuenta de que no he probado una comida en condiciones desde nuestro descanso de mediodía de ayer. De alguna manera, parece que han pasado días. Otra vida en la que mis chicos me rodeaban, bromeando entre ellos, pasándome una mano por el pelo o por la espalda al pasar. Se me hace un nudo en la garganta—. Lo justo es justo.

—Aquí no. —A Arisha se le contraen las mejillas pecosas—. De hecho, cuando te orientes mejor por aquí, sería mejor que no te sentaras conmigo. Todo el mundo sabe que el entrenamiento físico me expulsará tarde o temprano, y tú deberías estar trabajando para conseguir mejores alianzas.

—Ya decidiré yo por mi cuenta, si no te importa —le digo a Arisha, siseando mientras cojo la cuchara. Las rozaduras de mis palmas no son profundas, pero escuecen.

—Vaya, si no he encontrado a mis dos nuevas chicas favoritas —dice Tye, dejando su bandeja en la mesita justo después de que un embriagador aroma a cítricos y pino me llegue a la nariz. Saca una silla para él, le da la vuelta y se sienta a horcajadas sobre ella con un movimiento fluido, con toda su atención puesta en Arisha—. Necesito un favor, trencitas.

El pequeño germen de esperanza que me había atrevido a sentir muere en mi pecho.

—Y al menos la mitad de los estudiantes de Great Falls se desvivirían por concederte los deseos de tu corazón —le dice Arisha, sin que se le escape mi reacción con su mirada demasiado perspicaz —. Así que vete a molestarles a ellos.

Tye le muestra una sonrisa. —Sí, pero es que es el tipo de favor en el que *tú* eres la mejor: el tipo matemático. Con números. Y símbolos. Y cuentas.

—¿Cuentas? Bueno, desde luego no esperaría que pasaras de veinte por ti solo. —Arisha ladea la cabeza, mientras sus dedos juguetean con su trenza izquierda. El pelo suelto sobresale de forma tan salvaje que la chica podría competir por un puesto de espantapájaros—. ¿Y qué saco yo?

—Lo que quieras. —Tye acerca su silla a la de ella—. Puedo ir a por tu comida mientras trabajas, masajearte los hombros…, conseguirte una cinta para el pelo o diez.

Arisha aparta su silla. —Yo te ayudo con los deberes de matemáticas. Tú ayudas a Leralynn con sus manos. —Mis ojos se abren como platos, pero Arisha evita mi mirada, con la atención puesta por completo en su comida—. Teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que pasas haciendo girar un palo para que te aplaudan, debes de saber qué hacer con eso. —Hace un gesto en mi dirección.

—¿Qué ha pasado? —Tye se vuelve hacia mí; sus largas pestañas y su rostro de ángulos afilados son tan dolorosamente hermosos que me odio por el sobresalto de mi propio corazón. Por lo mucho que mi cuerpo anhela el tacto del guerrero, aun sabiendo que no está

motivado por nada más que las reglas del trato de Arisha. *Estrellas.* Yo soy mejor que esto. Espero ser mejor que esto.

—Coal ha pasado. —Me pongo las manos en el regazo—. Y no necesito ayuda. Pero gracias.

Alargando sus largos brazos sobre la mesa, Tye me agarra la muñeca con impertinencia. —Lo siento, chica, pero no me arriesgo a suspender matemáticas. Me prohibirían competir. —Colocando el dorso de mi muñeca sobre la mesa, el chico abre mis dedos con suavidad, tomando una pequeña bocanada de aire mientras evalúa los daños con una mirada experta—. ¿Ha sido una cuerda? —pregunta Tye. La preocupación en su voz es lo más genuino que he oído desde que me lo he encontrado aquí.

—No.

Los ojos esmeralda de Tye se clavan en los míos.

Estudio un desgarro en mi manga.

—Un secreto. Me gustan. —Mojando una esquina de su servilleta de lino en un vaso de agua, Tye da suaves toques sobre los cortes, apretando mi muñeca cuando intento apartarme—. Quieta, chica. Tenemos que quitar la arena antes de que esto pase de ser una molestia a una infección.

Tenemos. La palabra me atraviesa. Levanto la cara y encuentro a Tye absorto en su tarea, con esos pómulos de ángulos afilados y su constelación de pecas casi invisibles tensos por la concentración, un mechón de pelo rojo cayéndole sobre la frente, su mano tan cálida contra el dorso de la mía como si su magia de fuego hubiera rozado mi piel. Intento no empaparme de él con demasiada obviedad, pero es terriblemente difícil. Tye vuelve a mojar la servilleta, con las mangas remangadas mostrando sus musculosos brazos.

Me preparo para el escozor.

Tye se detiene. Esta vez, en lugar de llevar el paño directamente a mi palma, pasa su pulgar con firmeza sobre mi antebrazo.

Jadeo suavemente, mis músculos doloridos cantan ante la exquisita presión que irradia por mi brazo.

—Pórtate bien y lo haré de nuevo —murmura Tye, con una comisura de sus labios curvándose.

—Yo…

—Tyelor. —El inesperado sonido de la voz de River hace que mi corazón dé un vuelco y luego se acelere como un conejo.

Al girarme, me encuentro a River de pie junto a nuestra mesa, el aura de mando que le rodea con una familiar naturalidad. Con la espalda recta, River mantiene las manos a la espalda, con su casaca roja de buen corte abotonada hasta el cuello.

LERA



Arisha y Tye se levantan de inmediato y, para cuando sigo su ejemplo unos instantes después, los dos ya están haciendo una reverencia.

—Buenos días, señor —dicen Arisha y Tye al unísono, justo cuando yo articulo sin voz: *River*.

Los hermosos ojos grises de River se deslizan sobre mí con un escrutinio tal que me oprime el pecho... y sin atisbo de familiaridad. Aunque a estas alturas ya casi no la esperaba, su ausencia todavía me duele. —A sus pies, señora —dice River con sequedad—. Supongo que tengo el placer de dirigirme a lady Leralynn de Osprey, la que se las apañó para saltarse el toque de queda anoche y buscarse las cosquillas a un instructor esta mañana. —La aguda mirada de River recorre mis manos y la distancia entre nosotros se agranda con cada segundo que pasa. Es dolorosamente apuesto y, de algún modo, todavía más alto e imponente de lo que recordaba, como si ya hubiéramos pasado años separados.

—Sí —respondo, buscando algo en sus ojos..., lo que sea.

Una pausa. Densa. Expectante.

—*Señor* —me susurra Tye.

Malditas estrellas. —Sí, señor —le digo a River.

River asiente. —A pesar de su reputación legendaria, la Academia Great Falls es en realidad un lugar poco adecuado para un número considerable de aspirantes a estudiantes, lady Leralynn. —La mirada

impasible de River me estudia con la misma pasión que un jarrón de cristal—. Por ello, animo encarecidamente a cualquiera que considere nuestras normas y costumbres inaceptables a que se marche más pronto que tarde.

Se me cierra la garganta, mi mente intenta en vano superponer a este oficial con el hombre que me tomó en mi alcoba hace dos días. Por instinto, busco en mi interior, en busca del vínculo de apareamiento, antes de recordar los efectos de los amuletos sobre él. Amuletos que mis cuatro hombres llevaban puestos cuando me quité el mío para galopar hacia la extraña llamada de la magia. Mi mente se acelera, queriendo seguir esa pista, pero Arisha me da un codazo y me doy cuenta, sobresaltada, de que no le he respondido a la… invitación de River de largarme de su vida.

Relegando todos los pensamientos y sentimientos a la oscuridad de mi mente, levanto la barbilla ante el subdirector, que lleva hombreras de soldado y un rostro familiar.

—Entendido, señor. —Mi voz es clara e impávida, sin reflejar nada de mi alma. La voz que cultivé bajo la tutela de Zake, donde las muestras de debilidad llevaban al dolor—. Me aplicaré para aprender rápidamente.

River vuelve a asentir, descartando a la nueva alumna como una molestia mientras su atención se desvía hacia Tye, a quien se había acercado a ver en un principio. Los ya anchos hombros del comandante se ensanchan aún más, invadiendo el espacio del otro sin que él dé un solo paso. —Ha desaparecido un valioso medallón colgante de mi despacho, Tyelor —dice River en voz baja—. ¿Sabrías algo al respecto?

Bueno, Autumn sí que dijo que los amuletos del velo sacaban lo que podían de la historia real, y buena parte de la de Tye la pasó entrando y saliendo de la cárcel. Si no estuviera a punto de gritar de frustración, hasta podría soltar una risita.

—No me suena, señor. —Tye ladea la cabeza con una impertinencia felina en cada ágil línea de su precioso cuerpo—. ¿Qué aspecto tenía?

—Un disco. Del tamaño de un platillo de té. Con diseños grabados.

Cualquier rastro de diversión se desvanece en mí. La llave de Mystwood…, eso es lo que describe River. Nuestra única forma de volver a casa. Perdida. Y, aparte de creer que es una baratija valiosa, no creo que River sepa siquiera lo que ha perdido. El escalofrío que me recorre la piel se convierte en hielo. El desgarro en el tejido, la amenaza para el reino mortal…, nada de eso ha desaparecido con los recuerdos perdidos de mis hombres. Y ahora ni siquiera puedo viajar de vuelta para pedir ayuda.

—Mmm. —Tye se balancea sobre los talones—. No he visto nada parecido, señor. Pero, desde luego, mantendré los ojos bien abiertos.

River da un paso adelante, irguiéndose incluso por encima de Tye. —Si lo encuentra, por favor, informe al culpable de que en Great Falls no se tolerará el robo. De nadie. Por muchas medallas que haya ganado. ¿He sido claro?

Tye parpadea y abre las manos con inocencia. —Por supuesto, señor. Como debe ser.

River retrocede, sus ojos rozándome de nuevo, las suaves facciones de su rostro, impasibles. Frunciendo el ceño, se concentra en mi cuello, como si pudiera ver el amuleto del velo allí. Se me corta la respiración, mi cuerpo se queda inmóvil. *¿Ves algo, River? ¿Recuerdas quién soy?*

El hombre me hace una seña con el dedo.

Me acerco obedientemente, mi corazón late un ritmo rápido y débil bajo su mirada implacable. *Veme, River. Siénteme.*

Cuando me detengo ante él, River extiende la mano hacia mi cuello. Hacia...

—No se permiten joyas con los uniformes grises —dice, y me doy cuenta de su intención de arrancarme el amuleto. Mis manos se levantan a la defensiva, mi cabeza niega en una protesta desesperada que River ignora mientras sus dedos se cierran alrededor del colgante y tiran. La cadena se clava en la nuca al romperse.

Conteniendo la respiración, espero los jadeos y el pánico, la conmoción cuando mi disfraz se desmorone a mi alrededor, cuya cuidadosa conservación es lo único que me ha impedido sacar a rastras a mis hombres por el cuello de la camisa y obligarlos a

recordarme. Pero no ocurre nada. Parpadeando, por fin enfoco la vista en lo que River acaba de arrancarme del cuello y ha arrojado como si fuera basura sobre la mesa. No es el amuleto del velo, sino el intrincado collar de cuatro cordones que me regaló la mañana que nos fuimos de Lunos.

—Puede causar lesiones durante el entrenamiento —dice, alejándose ya—. Solo puede llevar joyas con el traje de gala.

Respiro hondo la mezcla de alivio y dolor, y aprovecho el tiempo que tardo en guardar el regalo roto en mi bolsillo para recuperar mi rostro impasible. —¿Le has cogido tú el colgante a River? —le pregunto a Tye una vez que estoy segura de que el otro hombre está lo suficientemente lejos como para no oírnos. Tye…, *mi* Tye…, bien podría haberlo hecho, por pura diversión si no por otra cosa. Pero el hombre que tengo delante no sabe nada de su propio historial de granuja en Lunos.

Tye sonríe. —La verdad es que no tengo ni idea de qué hablaba River. Pero, si lo encuentro, ya sé más o menos cuánto vale, ¿eh?

* * *

Tras el desayuno volvemos a entrenar con Coal y por la tarde nos sumergimos en los componentes académicos de la famosa educación de Great Falls. Esto abre otro enorme problema. Criada como moza de cuadra, aprendí a leer y a escribir gracias a una amable y anciana sirvienta que me tomó bajo su tutela. Sin embargo, la diferencia entre la lectura básica y el análisis estratégico es tan vasta como la grieta entre reinos. Puede que el amuleto del velo haya convencido a los profesores de que pertenezco a su clase, pero no puede compensar el hecho de que no entiendo nada de lo que me ponen delante. Sobre todo, cuando estoy ocupada intentando encontrar una salida a este lío.

Arrebujándome en un chal que llevo sobre mi ornamentado vestido plateado —Arisha me sugirió que me cambiara para cenar después de que terminaran las clases con la decencia de solo enarcar una ceja cuando saqué una de las creaciones ridículamente

regias de Autumn—, entro en la biblioteca, donde Arisha, Tye y yo hemos quedado para estudiar algo que no entenderé en absoluto. Las puertas de madera, profundamente talladas, se abren a una gran sala redonda con un techo abovedado de color rojo y dorado. Las paredes están forradas de estanterías tan altas que hay escaleras junto a ellas para ayudar a bajar los volúmenes. El tesoro de información que me rodea zumba con el recordatorio de lo que me estoy perdiendo. De lo mucho que no sé sobre lo que les ha pasado a mis hombres… y que necesito averiguar. Rápido.

Me doy cuenta de que me tiemblan las manos y me dejo caer en la primera silla de respaldo alto que encuentro, agradecida de haber llegado pronto. Es el primer momento de tranquilidad que he tenido para pensar desde que me desperté aquí al amanecer. Tengo la boca seca, el corazón me late un ritmo fino y entrecortado contra las costillas, el estómago vacío a pesar del espléndido despliegue de comida sana de la cena. Ensaladas de hojas verdes, tubérculos asados y pechugas de pollo escalfadas. Hasta el risotto, perfectamente sazonado, me sabe a polvo en la boca. Apoyando los codos en la mesa que tengo delante, me acuno la dolorida cabeza y me obligo a analizar el desastre de nuevo.

Los chicos y yo nos acercábamos a los terrenos de la Academia… Las imágenes nadan en mi cabeza.

No. Me acerqué sola, agarrando la invitación de la Academia que me liberó de lord Zake de Osprey, quien me acogió como su pupila.

No. No, eso no está bien.

No existe Osprey.

Claro que existe, pasé allí mi infancia.

El dolor de cabeza se convierte en un doloroso martilleo con cada latido de mi corazón.

Viajaba por el bosque.

No, por el camino principal, por supuesto. Como una dama hecha y derecha.

No*.*

—¿Se encuentra usted bien? —pregunta una voz masculina a unos metros. Al levantar la vista parpadeando, me encuentro con un hombre con una túnica de color verde oliva oscuro que se levanta de

detrás del escritorio principal de la biblioteca. De unos cincuenta y tantos años, el bibliotecario tiene una voz bien educada, pelo castaño claro salpicado de canas y gafas gruesas. Apoyándose en un bastón para ayudarse con su rígida pierna izquierda, se dirige a mi mesa, sus ojos me examinan con una intensidad incómoda mientras me toca el hombro—. Parece usted pálida, mi señora. Y nueva.

Me aparto y la mano del hombre cae de mi hombro; la pérdida de contacto me quema la piel como recordatorio de la ausencia de mis hombres. *Estrellas*, parezco un perro callejero desesperado por una caricia. —Estoy bien. Solo un poco abrumada. —Me levanto y me dirijo a la puerta—. Disculpe.

La cabeza me da vueltas de nuevo. *No puedo irme..., necesito estudiar, no vaya a ser que la Academia me envíe de vuelta con lord Zake en desgracia.* No.

—Espere. —El hombre da un paso hacia mí—. Me llamo Gavriel. Soy el bibliotecario de la Academia. ¿Cuál es su nombre?

—Lady Leralynn de Osprey —mascullo.

Gavriel suspira y se pasa la mano por el pelo de la misma manera que… que alguien que conocí una vez hacía cuando estaba nervioso. —Creo que necesita quitarse el velo un rato.

—¿Perdón? —pregunto por encima del martilleo en mi cráneo. Me toco la cara con las manos, pero solo encuentro piel—. ¿Qué velo?

Gavriel maldice y cojea a mi alrededor, su bastón hace un eficiente *tic, tic, tic* contra el suelo de mármol. Al detenerse detrás de mí, me roza la nuca y suena el pequeño clic de un cierre antes de que pueda apartarme.

El martilleo en mi cabeza cesa al instante, mis pensamientos se aclaran al sentir que el amuleto se desliza en mi mano, las runas intrincadamente talladas en su cara de madera tan frías como el hielo.

—Ya está. —Gavriel cojea rápidamente hacia la puerta de la biblioteca y cierra el pestillo—. ¿Se siente mejor?

LERA



—¿Quién es usted? —Mi voz rebota en las paredes redondeadas de la biblioteca.

—Gavriel —repite él con sencillez, inclinando la cabeza hacia mí mientras saca una silla para sí mismo y se sienta, masajeándose la rodilla—. Actualmente soy el bibliotecario de Great Falls.

—¿Y en otras ocasiones? —insisto.

—Un cardenal del Gremio de los Centinelas, que vigila el reino mortal.

Me hundo lentamente en la silla, con la mano aferrada al amuleto del velo. *Por las estrellas.* Con todo lo que ha pasado, había olvidado quitármelo como me indicó Autumn, con resultados casi desastrosos. Ahora, sin el artefacto mágico colgando de mi cuello, el dolor de cabeza y la confusión remiten rápidamente, aunque ni siquiera eso ayuda mucho a comprender la presencia de Gavriel. Me centro en sus orejas, esperando que mi mirada se desvíe como me ocurre con los varones, pero no tengo ningún problema en mirarlo.

—Soy humano —confirma Gavriel—. Y usted es una fae.

Trago saliva. —¿Pero el amuleto del velo no le ha afectado?

—Me ha afectado por completo, o la habría encontrado antes.

—Pero...

—La he estado esperando, Leralynn. Y tuve que fiarme de mis deducciones por encima de lo que mis propios ojos y mi mente insistían en que estaba viendo. Tal y como me han entrenado para

hacer. —Gavriel saca un colgante de debajo de la túnica y lo muestra como si el símbolo de la pluma y el escudo debiera significar algo para mí. Al ver que no es así, suspira y guarda el disco—. Quizá debería empezar por el principio. Después de que los antiguos separaran las tierras mortales de Lunos, los humanos temieron que, con nuestra limitada esperanza de vida, la verdad se deformara y se marchitara. El Gremio de los Centinelas custodia la historia, estudia el presente y monta guardia por si la división se rompiera alguna vez, para bien o para mal.

—Con *monta guardia* quiere decir... —digo.

Gavriel asiente. —Mantenemos vivo el conocimiento.

Me froto la cara. —¿En otras palabras, es usted una enciclopedia andante de sucesos tan pasados que ya a nadie le importan un bledo? —Hago una mueca—. Mis disculpas. Podría haberlo expresado mejor.

Gavriel se ajusta las gafas. —Sí. Y... sí. —Señala un grueso volumen que descansa en el borde de su escritorio y yo accedo a su petición silenciosa, llevándole el libro—. Lo irónico de su humor es que el trabajo de mi gremio ha demostrado ser correcto, como lo evidencia el haber anticipado su llegada. Y sí, eso también lo explicaré en un momento.

Hojea el libro, con la atención puesta en las páginas. —¿Ha oído la leyenda sobre los fae que vienen de las otras tierras para llevarse a un guerrero digno y concederle la vida eterna?

—Sí. Zake, el señor para el que antes trabajaba como sierva, la contaba a menudo, sobre todo porque se creía el elegido. El hombre estaba tan obsesionado con ello que construyó toda una finca en el linde de Mystwood, esperando que la inmortalidad lo llamara. —Me abrazo a mí misma; los recuerdos pinchan como pequeñas agujas—. Lo irónico fue que los guerreros fae *sí* aparecieron en la finca de Zake, pero por una razón diferente.

—El Gremio de los Centinelas tendría algo que objetar sobre la elección de sus palabras, Leralynn —dice Gavriel.

—¿Qué palabra?

—Ironía. —Gira el libro que sostiene, cuyas imágenes muestran a una humana convirtiéndose en fae por etapas, con las orejas

alzándose, el cuerpo y el pelo alargándose, blandiendo una espada en alto. La siguiente imagen muestra a la misma gran heroína protegiendo una aldea de hordas sombrías—. Preferimos profecía.

Miro fijamente a Gavriel, esperando la carcajada, pero el hombre habla en serio. —Usted cree que yo... —Niego con la cabeza—. Los fae no me convocaron a Lunos para concederme la vida inmortal, Gavriel. Eso fue más bien un subproducto accidental de mi muerte.

—Y, sin embargo, aquí está. —El hombre abre las manos, con los ojos castaños redondos de emoción—. Nacida en el mundo mortal, convocada a Lunos, regresando como una guerrera inmortal, justo cuando y donde las bestias de la maldad y la corrupción han comenzado a alzar sus cabezas. —Gavriel cierra el libro—. Por eso acepté el puesto en Great Falls, por si se lo preguntaba. Tras oír que un fae se había llevado a un mortal cerca de Mystwood, busqué informes de incidentes inusuales, de los que Great Falls ha tenido unos cuantos en los últimos meses. Mi predicción fue que regresaría como una guerrera inmortal justo en el centro de la refriega. No me equivocaba. Se avecina una batalla, y usted está aquí para defender a nuestra especie, Leralynn. Y yo estoy aquí para guiarla, lo mejor que pueda.

Me quedo sin palabras por un momento, sin saber si reír histéricamente o gritar. —Malditas estrellas, Gavriel. Está tan loco como Zake. —El dolor de cabeza regresa incluso sin el amuleto, y me aprieto las sienes para evitar zarandearlo—. Escúcheme. No soy una heroína solitaria que ha vuelto para combatir a bestias inenarrables. Estoy aquí como parte de un quinteto de cinco guerreros con la orden de encontrar y sellar una grieta en los resguardos que protegen el reino mortal de la magia.

Por primera vez desde que entré en la biblioteca, veo el rostro erudito de Gavriel contraerse de confusión. —¿Un quinteto de cinco guerreros? No. No, eso no puede ser. —Resopla—. Eso no estaba en la profecía. Estos textos han sido estudiados y descifrados por las mentes más brillantes del reino. La Protectora viene sola.

—Entonces ambos estamos de acuerdo en que no soy la Protectora que usted espera. —Fuerzo mi voz para mantenerla bajo control y me inclino hacia él con la actitud más educada que puedo

aparentar—. Pero si pudiera encontrar la manera de usar todos esos siglos de conocimiento para ayudarme a salir del lío en el que realmente estoy metida, le estaría muy agradecida. Ayer, River, Coal, Shade, Tye y yo nos acercábamos a la Academia cuando oí un ruido como de estática. Me quité el amuleto para investigar, pero mi caballo tropezó con lo que parecía una vieja tablilla cubierta de runas. Hubo un destello y estuve inconsciente durante un tiempo. Cuando por fin llegué a la Academia, descubrí que los varones ahora se creen de verdad las leyendas del amuleto del velo. Necesito que recuperen sus recuerdos. ¿Puede ayudarme?

Gavriel me mira fijamente, moviendo la boca sin emitir sonido.

Espero, sosteniéndole la mirada y conteniendo la respiración.

Tras unos cuantos latidos, el hombre se recompone y saca una hoja de notas manuscritas del bolsillo interior de su pecho. —Ha habido informes de ataques de animales salvajes en algunas de las granjas de Great Falls, pero lo que he podido averiguar sugiere que son bestias de otro reino —dice Gavriel como si yo no hubiera hablado en absoluto—. Skysis...

—Slices.

—Ah, slices. Haré la corrección. Creo que los slices son los culpables y he esbozado los detalles aquí. Esta debería ser nuestra primera línea de ataque. —Me desliza la hoja y se quita las gafas, puliéndolas intensamente con su túnica de lana—. Puesto que la profecía no menciona a ningún compañero, no hay razón para centrarse en eso.

—Espere, ¿qué? —Parpadeo. Me froto los ojos. Vuelvo a parpadear—. Gavriel... me importa poco lo que diga la profecía. Me importa revertir lo que les ha pasado a mi quinteto para que podamos continuar con nuestra muy *real* y muy *urgente* misión. —Una misión, me doy cuenta, de la que mis varones no recuerdan nada, ni los amuletos del velo, ni los slices, ni ninguna otra cosa que hayan encontrado durante siglos en Lunos—. ¿Acaso... acaso entiende lo que estoy intentando decir?

Aprieta la mandíbula. —Si sus compañeros fueran importantes, la profecía los habría mencionado. Y dado el personal bastante prominente de la Academia que está nombrando, es totalmente

posible que su papel en este asunto deba ser desempeñado desde sus personalidades actuales. Debemos centrarnos en proteger el reino mortal. Nada más.

—Entonces, no creo que haya un *nosotros.* —Poniéndome en pie, vuelvo a engancharme el amuleto del velo al cuello y me dirijo a la puerta.

—Hay algo más que debería saber —dice Gavriel a mi espalda—. Su antiguo amo ha estado armando jaleo sobre los fae, acusando a los inmortales de todo, desde cambiar bebés sanos por otros enfermos hasta matar ganado, y cosas peores. Ha calado; el odio, me temo, es bastante fácil de propagar.

—Crecí junto a Mystwood —digo sin darme la vuelta—. Los cuentos de fae asesinos no son nada nuevo para mí.

—No. —La voz de Gavriel se afila—. No hablo de leyendas y cuentos infantiles sobre bestias lejanas. Zake y sus inquisidores están deteniendo a gente bajo la acusación de ser portadores de sangre fae y simpatizantes. Para cuando terminan de interrogar o purificar o comoquiera que llamen a la tortura hoy en día, normalmente queda poco más que una confesión. Y la ejecución.

Niego con la cabeza. —No hay fae en las tierras mortales, salvo nosotros cinco. Y llegamos hace apenas un día.

—Estoy seguro de que a las familias de las quinientas víctimas de Zake les encantará oír eso —dice Gavriel.

—¿Por qué me cuenta usted esto? —pregunto, mientras el hielo me oprime el pecho con la misma fuerza con que agarro el pomo de la puerta.

—Para que sepa lo que es probable que ocurra si se arranca el amuleto delante del subdirector de la Academia, como creo que podría considerar hacer. Eso, o si acusa a River, Coal, Shade, Tye o a cualquier otro de artesanía fae.

LERA



Salgo corriendo de la biblioteca hacia el largo pasillo iluminado por antorchas tan deprisa que me estrello contra Tye por segunda vez en el día. El aroma a pino y cítricos del hombre me revela su identidad un instante antes de que sus manos, firmes y cálidas, me sujeten los codos. Reprimo el impulso de apretarme contra su duro pecho, aunque cada instinto de mi cuerpo me dice que ese es mi lugar.

—¿Estás bien? —pregunta Arisha con sus grandes ojos azules, acercándose al pecho la pila de libros que lleva—. ¿Hay algo ahí dentro?

—Sí. Estupideces —mascullo, aunque no lo bastante bajo como para que pase desapercibido para el agudo oído de Tye.

El hombre echa la cabeza hacia atrás y se ríe; una risa rica y desenvuelta. Me suelta mucho antes de lo que me gustaría y se mete las manos en los bolsillos. El movimiento desplaza su chaleco y revela una camisa bordada bajo el terciopelo. El opulento escudo azul y dorado de las Pruebas de Destreza —la gran competición de fuerza y agilidad de la Alianza— me guiña un ojo desde la tela. En Lunos, Tye se dirigía hacia la auténtica gloria, hasta que un príncipe celoso le obligó a abandonar el sueño de su vida. Ahora parece que el amuleto le está dando otra oportunidad.

—¿Cuántos años tienes, Tye? —suelto de sopetón, interrumpiendo lo que fuera que Tye o Arisha estuvieran a punto de

decir.

Parpadea una vez.—Veintidós.

Maldita sea.—¿Qué opinas de los fae? —insisto, sin importarme lo extraña que suena la pregunta. El corazón me late rápido y con dificultad contra las costillas. Necesito saber si la evaluación del peligro de Gavriel es cierta. Y necesito saberlo rápido.

Tye enarca la ceja derecha, y su rostro malditamente atractivo y sus ojos verdes adquieren un matiz travieso.—Creo que cualquiera que sea inmortal probablemente tiene acceso a cosas antiguas y caras. Y creo que yo podría dar buen uso a dichos objetos. ¿Hay alguno en la biblioteca?

—Tyelor —le sisea Arisha—. No tiene ninguna gracia.

—Solo lo piensas porque no te ves la cara que tienes ahora mismo —Tye abre mucho los ojos en una buena imitación de Arisha antes de devolverme la mirada, ya sin rastro de humor—. Corre el rumor de que una pequeña banda de esos cabrones pasó por Mystwood y secuestró a una virgen el año pasado…, y desde entonces se han infiltrado más para cometer asesinatos y cosas peores. ¿Es que no llegan los buenos cotilleos a Osprey?

—No te creerás eso de verdad, ¿no? —pregunto—. Me refiero a que los fae son malvados, no a la forma en que viajan los cotilleos.

—No lo sé a ciencia cierta y tampoco importa. La Trenzas tiene razón —Tye le tira del pelo a Arisha, haciendo que la mujer frunza el ceño—. Hablar de las artes de los fae es una forma estupenda de acabar en la mesa de un inquisidor para que te midan las articulaciones. Y susurrar sobre ello en los terrenos de la Academia —incluso en teoría— es una forma segura de acabar en el despacho de River —Tye da un paso hacia mí y baja la voz de forma dramática —. Lo que significa que ya eres una mujer peligrosa.

No tienes ni idea.

—¿Vais a estudiar o a intercambiar puyas? —inquiere Arisha, apartando sus trenzas fuera de peligro.

Me aprieto el chal sobre los hombros.—Ninguna de las dos cosas, me temo. Ha sido un primer día un tanto agotador y me voy a acostar pronto. Por favor, disfrutad de las matemáticas sin mí —bajo a toda prisa los anchos escalones de piedra de fuera antes de que

ninguno pueda hacer preguntas, deteniéndome solo para decir por encima del hombro—: Si eres un atleta tan impresionante, Tye, podrías llevarle los libros a Arisha, ¿sabes?

—¡La moza no me deja! —me grita Tye a lo lejos—. Por lo visto, no se me pueden confiar artefactos tan preciados.

Las notas ligeras de la voz de Tye me persiguen durante todo el camino de vuelta a mi dormitorio, donde cierro la puerta y me deslizo por ella hasta que quedo sentada en el frío suelo. Me tiemblan las manos y me obligo a respirar hondo y de forma acompasada, como me habría dicho Coal —mi Coal— que hiciera. Todo este lío no es una profecía. Es un error. Un accidente. El producto secundario de una reliquia mágica que se hizo añicos bajo los cascos de un caballo al galope.

No, no se *hizo añicos*. Me pongo en pie de un salto, con la mente acelerada. La reliquia nunca se hizo añicos, solo se agrietó. Puede que los trozos aún puedan volver a unirse para formar un todo. Si consigo encontrar el camino de vuelta a donde ocurrió todo antes de que el tiempo borre las huellas o destroce las partes más blandas del interior de la tablilla.

Cruzo la habitación y contemplo el atardecer a través de mi gran ventana. Tendré que esperar a que oscurezca para tener la oportunidad de saltar el muro de la Academia sin ser detectada. Queda por ver si la luna llena de esta noche y mis ojos inmortales serán suficientes para permitirme seguir mis propias huellas hasta el cruce donde empezó todo. En el peor de los casos, tendré que esperar en el bosque hasta el amanecer. Sea como sea, es un plan. Después de un día atrapada en mi disfraz, actuando mecánicamente, es hora de pasar a la acción. Y eso me hace sentir mejor.

Me cambio el vestido por un traje oscuro de cuero suave que había traído de Lunos. Me preparo y me meto bajo las sábanas antes de que Arisha regrese a la habitación a oscuras. La mujer susurra mi nombre y, al descubrirme aparentemente dormida, se mete en la cama rápida y silenciosamente. Un cuarto de hora más tarde, su respiración suave y acompasada llena el dormitorio.

Espero que tengas el sueño pesado, Arisha, articulo con los labios poco después de que la campana de la Academia anuncie el

toque de queda de las diez. Saliendo de la cama, me enfundo la espada a lo largo de la espalda y me meto las manoplas de Shade en el cinturón. Usando unas gotas de aceite del kit para forzar cerraduras, lubrico las bisagras de la ventana antes de abrirla a la noche fría y despejada.

La caída de cuatro metros y medio hasta el suelo hace que se me encoja el estómago, pero no hay más remedio, ya que la puerta da al patio central, donde un par de guardias de la Academia hacen la ronda. Además, como he visto a Tye dar un salto similar esta mañana por pura fanfarronería, sé que se puede hacer. Sin darle más vueltas, paso las piernas por el alféizar, me quedo suspendida en el aire y me suelto.

Mis piernas se flexionan, soportando mi peso mientras aterrizo en la tierra blanda, y maldigo por lo bajo. El salto no me ha roto las piernas, pero casi me tuerzo un tobillo. Un cuerpo de fae es algo bueno, pero sin los siglos de entrenamiento que tienen los hombres, pasará mucho tiempo hasta que pueda usar toda su capacidad. Coal había estado trabajando conmigo en eso antes de que nos fuéramos. *Coal.* Se me encoge el corazón.

Respiro hondo varias veces y me doy la vuelta para examinar mi entorno. El telón de fondo de árboles me devuelve la mirada; la Academia está inquietantemente silenciosa en la oscuridad. Cierro los ojos, me escondo en la sombra de un gran roble y escucho. No es justo lo bien que puedo oír a los humanos, sus pasos medidos por los senderos de adoquines al otro lado del dormitorio, sus informes intercambiados en voz baja. Palabras secas y profesionales de una fuerza de guardia bien entrenada.

La Academia Great Falls no corre ningún riesgo con la seguridad. *River* no corre ningún riesgo. Excepto por el que no sabe nada.

Tomo aire y me adentro en la franja de naturaleza que separa el complejo central de la Academia del muro protector que la rodea, un foso de robles y pinos que oculta de la vista la alta monstruosidad de piedra. Antes había marcado uno de esos robles, con sus robustas ramas y su ubicación cercana al muro, como mi punto de salida. La luz plateada de la luna se filtra entre las ramas, dándome la luz justa. No es una escalada fácil, pero es factible. Y ciertamente

mejor que intentar convencer a los guardias de la puerta. Encuentro el árbol y froto mis manos sobre el ancho tronco.

—Yo no haría eso —la voz satisfecha de sí misma ronronea tan cerca de mi oído que el corazón me da un vuelco en las costillas. Puede que Tye no sepa que es fae, pero desde luego ha conservado tanto sus instintos como su impertinencia felina cuando el velo se posó sobre él—. Harás que te atrapen más rápido de lo que tardas en decir «piérdete, Tye el guapo».

Con el corazón aún desbocado, me giro y encuentro a Tye apoyado en el árbol de al lado, con los brazos musculosos cruzados sobre su pecho cubierto de cuero. Sus ojos esmeralda, brillantes a la luz de la luna, se deslizan por mis caderas y pechos antes de posarse finalmente en mi rostro; el brillo depredador en ellos es tan familiar que duele, pues no hay rastro de reconocimiento al acecho.

—¿Qué haces aquí? —inquiero.

—Salvarte de una paliza bastante severa, por lo que parece —Tye señala con la barbilla del árbol al muro—. ¿Te crees que eres la primera en descubrir la conveniente ubicación de este roble? En cualquier momento habrá un guardia cerca de aquí. Si quieres saltar el muro —y tengo bastante curiosidad por saber qué crees que vas a encontrar allí—, tendrás que esforzarte un poco más.

—¿Y tienes idea de un camino mejor? —pregunto. Tanto si el velo le ha otorgado a Tye ese conocimiento como si su ojo entrenado de granuja lo ha deducido por instinto, me fío más de la mentalidad criminal del hombre que de la mía propia en cualquier momento.

—Sí —Tye se estira perezosamente, deteniéndose a mitad del movimiento, con la cabeza ladeada con atención. Cuando abro la boca para preguntar qué está escuchando, Tye me la tapa con la palma de la mano y su otro brazo me aprieta contra su pecho—. Chist. Detrás de nosotros —los labios de Tye están tan cerca de mi oreja que las palabras susurradas me hacen cosquillas; su calor y su respiración son constantes en mi espalda—. Te dije que los guardias patrullan esto todo el tiempo. Por aquí.

RIVER



River depositó el último y sombrío informe sobre el escritorio del director Sage y dio un paso atrás, llevándose las manos a la parte baja de la espalda. La Academia Great Falls se atenía al protocolo militar y, como el propio River, el director Sage era un soldado de toda la vida. Pero ahí acababa todo parecido. Con hombros menudos, una reluciente calva y unos rasgos afilados que parecían atrapados en un gesto de perpetuo disgusto, Sage dirigía a sus tropas desde detrás del papel y la tinta.

—Es el quinto ataque sin explicación en una semana, señor, y con tres muertos —dijo River, inclinando la cabeza—. ¿Deberíamos enviar a los estudiantes a casa hasta que…?

—Por supuesto que no. Si ha perdido el juicio, señor, tenga la amabilidad de informarme por escrito. —Echándose hacia atrás en su silla, Sage estudió los informes, y su expresión agria se endureció.

River sabía lo que el hombrecillo estaba leyendo. Agresión tras agresión, en las que se atribuía la autoría desde a animales salvajes y bandidos hasta a espíritus feéricos. Hasta ahora, todas las desgracias habían ocurrido fuera de los muros de la Academia, en las granjas y en el pequeño pueblo cercano a la finca. Pero seguían sucediendo.

Sage negó con la cabeza y apiló los informes en un montón perfectamente ordenado, a juego con todos los demás montones de

su despacho. Incluso los leños de la crepitante chimenea habían sido colocados en estricto paralelo.

—La fortaleza de la Academia ha resistido durante doscientos años. Cerrar nuestras puertas destruirá todo por lo que el rey Zenith ha trabajado.

Y, de paso, la carrera de Sage. Pero eso no hacía falta ni decirlo.

—Con el debido respeto, señor —dijo River, con su voz en tranquilo contraste con el tono acalorado de Sage—, si perdemos a un estudiante a manos de las bestias salvajes que acechan estas tierras, la reputación de la Academia sufriría un golpe aún peor.

—Tenía la impresión de que la seguridad de los estudiantes era la razón por la que lo traje aquí, capitán River. Ya he dado instrucciones prohibiendo a los cadetes salir de los muros de la Academia. ¿Debo entender que se ve incapaz de mantener una disciplina tan básica? —El hombre hizo un gesto despectivo con la mano—. Si es así, le insto a que dé un escarmiento con uno, y el resto se quedará tan quieto como los corderos que son.

No era la descripción que River habría empleado para ninguno de los estudiantes de la Academia, pero no se ganaba nada discutiendo ese punto. Y lo que era más importante, River no quería darle a Sage ningún motivo para demostrar sus métodos. En un microcosmos de doscientos aspirantes a generales, era primordial mantener a raya a los cadetes, pero abusar de ellos bajo el amparo de la autoridad de la Academia era una cuestión totalmente distinta. Sage se andaría con cuidado con Katita, la hija de Zenith, y con los demás miembros de la realeza, pero la prole de los nobles menores no disfrutaría de tal protección.

Sage sacó un pañuelo y tosió con un sonido húmedo.

—Entretanto, vea si puede encontrar al monstruo errante del pueblo. En cuanto se ensucie las manos, predigo que descubrirá que estas amenazantes agresiones no provienen más que de un lobo o dos demasiado activos. Si no fuera por este maldito frío, me encargaría yo mismo.

Al salir del despacho de Sage al largo pasillo de la fortaleza iluminado por antorchas, River llamó a uno de los pajes para que encontrara a Coal y a Shade, los dos únicos hombres que pensaba

llevarse a la salida nocturna. Puede que Sage no tuviera la intención de que fuera esa misma noche, pero River no iba a esperar ni un minuto más con la seguridad de Great Falls en peligro. El paje, un muchacho apodado Rabbit, palideció al instante y le dirigió a River una mirada dubitativa mientras le prometía que Coal no lo fulminaría sin más.

«Ese era el efecto que Coal causaba en la gente», pensó River mientras bajaba una larga escalera de caracol. «En casi toda la gente». Aunque la última pupila de Coal, Leralynn de Osprey, parecía no haberse dado por enterada. La joven sin duda descubriría su descuido, para su desgracia.

River se detuvo y se aferró a la barandilla cuando una repentina náusea lo invadió. La nueva cadete era tan parecida a su difunta esposa que casi la había agarrado. Ojos del color del chocolate líquido, una exuberante melena pelirroja, una confianza en sí misma que rozaba la impertinencia y que, sin duda, la metía en problemas más a menudo de lo que la libraba de ellos. Tras un rápido vistazo para asegurarse de que, en efecto, estaba solo en la escalera, River se permitió desplomarse contra la barandilla un momento mientras se frotaba la cara. Había sido él quien le regaló a Diana la yegua que la tiró y le causó la muerte. River, que había jurado protegerla con su vida, había fracasado.

La amarga ironía de todo aquello era que River había aceptado el puesto en Great Falls para alejarse de los recuerdos de Diana, y ahora su fantasma volvía a entrar en su vida.

Dos horas más tarde, con la Academia ya acostada, River sacó a Coal y a Shade por la puerta principal del complejo. Vestido con su característico atuendo negro, Coal era un espectro contra la noche; solo su pelo rubio, recogido en un moño de guerrero, ofrecía algún contraste con la oscuridad. Una oscuridad que también se reflejaba en los ojos del guerrero, y así había sido desde que escapó de su cautiverio. River no sabía qué le había ocurrido exactamente a Coal cuando los isleños lo capturaron durante aquella desafortunada expedición de reconocimiento de hacía dos años. Ni siquiera una

orden directa de que hablara de ello había funcionado, y River era lo bastante sensato como para no volver a intentarlo.

El cuerpo de guardia de la Academia era lo bastante competente, pero nada se equiparaba a la experiencia en el campo de batalla que River compartía con los dos guerreros. Además, fuera lo que fuera lo que de verdad estaba aterrorizando al pueblo y las granjas, Sage quería que los detalles se mantuvieran en secreto. River estaba de acuerdo. Si la Academia iba a permanecer abierta como de costumbre, entonces necesitaban controlar los cotilleos.

Junto a Coal, Shade se movía con una gracia depredadora y lobuna que lo convertía en uno de los guerreros más peligrosos en un campo de batalla, aunque el corazón del hombre residía en la curación, no en la matanza. Se suponía que la asignación a Great Falls ayudaría a satisfacer esa necesidad, y allí estaba River, arrastrándolo de nuevo a patrullar.

—Si tienes otras obligaciones esta noche… —River se interrumpió ante la seca negativa de Shade con la cabeza.

—Nada por lo que valga la pena perderse una cacería. —Los ojos amarillos del guerrero brillaron. Bien—. Comprobó la hoja envainada que llevaba a lo largo de la espalda—. ¿Dónde me quieres?

Al inspeccionar el bosque iluminado por la luna, River sopesó la pregunta.

—Todas las agresiones han ocurrido de noche, así que creo que nos enfrentamos a algo nocturno. Nos separaremos para rodear primero la muralla, asegurarnos de que no hay una amenaza inmediata, y luego nos reuniremos para dirigirnos hacia las tierras de cultivo y apostarnos cerca del ganado.

Shade asintió una vez y se fundió en silencio con el bosque. A veces River se preguntaba si aquel hombre no era en parte lobo por cómo merodeaba por el bosque, como si los olores y la oscuridad de la noche liberaran algo en su interior.

—Si estás tan preocupado, ¿por qué no envías a los estudiantes a casa con algún pretexto? —preguntó Coal, moviéndose en la dirección opuesta a Shade—. Di que no dominaban el plan de estudios.

—Política. —River negó con la cabeza, sin apartar la vista mientras se ponía al paso de Coal—. Explicar por qué obligamos a marcharse al súbdito de un reino y no al de otro se considerará parcial hagamos lo que hagamos. Todas las expulsiones deben ser autoinducidas.

Coal resopló.

—Dame el nombre de cualquiera que quieras que se vaya a casa y haré que esté firmando los papeles antes de que acabe el día.

—¿«Que se vaya»? —River sabía que debería callarse, pero su boca traicionera lo desafió—. ¿Estarás pensando en tu nueva estudiante en particular?

Los ojos de Coal permanecieron fijos en el bosque.

—No. Pero si te refieres a Leralynn de Osprey, hará las maletas rápidamente. Conozco a las de su tipo. —Coal se movió y desenfundó una daga de bota con la mano que le quedaba libre—. Se creen el ombligo del mundo, esperan reconocimiento en el instante en que ponen un pie en una habitación… y vaya si lo consiguen de todos los hombres a su alcance. —Esto último lo dijo en voz baja, como para sí mismo, e hizo que la mandíbula de River se tensara en la oscuridad.

LERA



Con la mano en la parte baja de mi espalda, Tye avanza con sigilo por el bosque que bordea el muro, manteniéndose en las zonas más oscuras a medida que nos alejamos más y más del cuartel. Por mucho que intento seguir los giros y recovecos, el terreno —ya desconocido de día— resulta completamente irreconocible cubierto de sombras. La hierba está seca por el frío y cruje suavemente bajo mis botas, y el aire fresco tiene un penetrante olor a tierra y pino. Tras un cuarto de hora de sigilo, el varón me hace una seña para que me detenga y se agacha junto a unos setos que no se diferencian en nada de las docenas de los demás. Pocos latidos después, su mano aparta la tierra de una trampilla, que se abre obedientemente con sus bisagras bien engrasadas.

Miro la oscuridad líquida que hay bajo nosotros. —¿Un pasadizo subterráneo?

Tye asiente y se deja caer en el abismo sin miramientos. Cuando me dejo colgar del borde para seguirlo, descubro que no llego a tocar el suelo con los pies. Aprieto los dientes. Tye ha saltado desde un segundo piso por puro placer esta mañana, así que su fácil descenso no me dice nada sobre el suelo que no puedo ver. El tobillo que casi me torcí al salir por la ventana se queja de miedo. Respiro hondo, con un temblor, y me duelen las manos por el esfuerzo mientras intento convencerme de que me suelte.

Unas manos firmes me agarran los gemelos y tiran de ellos con clara autoridad. El contacto de Tye al sujetarme resuena en mi interior, y el alivio es tan palpable que me suelto por pura confianza. En cuanto lo hago, mi cuerpo cae en los brazos del varón, que me esperan y se cierran a mi alrededor para protegerme.

Por un momento, me quedo ahí, con la cara hundida en el hombro de Tye, absorbiendo su calor y su aroma fresco. El vaivén constante de su ancho y musculoso pecho es tan tranquilizador que podría detener el tiempo, devolviéndome a un mundo en el que el varón me sostenía sin reservas, en cuerpo y alma. Estoy tan a gusto aquí, que casi puedo olvidar por un instante que todo ha cambiado.

Sin poder evitarlo, el deseo de contárselo todo a Tye me llena los pulmones. *Eres un fae, Tye. Mi compañero. Y, aunque no recuerdes nada y creas que tienes una vida aquí, todo es distinto.* Me muerdo el labio. ¿Me creería yo una historia así? No. Nadie en su sano juicio lo haría. La advertencia de Gavriel sobre las consecuencias que tienen hoy en día las acusaciones de brujería fae me provoca un escalofrío en la nuca. Este desastre con los amuletos del velo necesita acciones, no palabras. Necesita que se encuentre y se repare una tabla mágica.

Tye me pone de pie, se aparta y tira de una cuerda. La trampilla se cierra obedientemente sobre nosotros. —Es un túnel de huida —dice, guiándome por el camino de piedra irregular—. No es muy elegante, pero nos llevará al otro lado del muro. Apoya la mano en la roca para no perder el equilibrio.

Obedezco y avanzo con cautela. Mis ojos inmortales no distinguen más que el atisbo ocasional de una pared; un humano no vería ni eso.

—¿Los guardias no vigilan esto? —Mi pie pisa lo que parece una rata muerta en mitad del camino. Inspiro bruscamente antes de seguir adelante.

—Ahora mismo estamos pasando cerca de las puertas principales —susurra Tye—. En el puesto de guardia hay un lugar desde donde pueden ver cualquier luz que pase por aquí. Mientras no encendamos ninguna vela o farol, el riesgo es mínimo. —La silueta de Tye parece mirar por encima del hombro—. Pero «mínimo» no es

lo mismo que «nulo», bonita. ¿Sigues segura de que lo que sea que quieras hacer vale la pena para enfadar a nuestros señores? Por cierto, ¿qué hacemos exactamente?

—*Nosotros* no hacemos nada. —Aprieto con fuerza la mano contra la roca mientras acelero el paso lo suficiente para adelantar al varón—. A partir de aquí sigo yo. Tienes que volver a la Academia, Tye.

Tye sigue caminando a mi lado. —Me han dicho que soy buena compañía.

—A mí me han dicho que si me tiran a un lago aprenderé a nadar, y no por eso fue verdad. —Me detengo y me vuelvo hacia él —. ¿Por qué me ayudas? De hecho, ¿cómo me encontraste cerca de ese roble?

Tye se ríe entre dientes. —Tenías toda la pinta de estar a punto de fugarte de una cárcel. En cuanto a por qué he venido…, estoy intentando impresionarte, por supuesto. —Se estira—. Y porque me parece una forma entretenida de pasar la noche.

—¿Y si nos pillan?

—Entonces la noche se volverá mucho menos entretenida. —Señala el pasadizo—. Venga, revoltosa. No encontrarás la salida sin mí.

Buen argumento. Dejo de discutir por si acabo ganando la discusión y sigo a Tye por los desniveles del camino hasta que finalmente me corta el paso con el brazo. Me ordena que me quede quieta y tantea la pared hasta que tira de algo que no puedo ver. Un momento después, una escalera de cuerda se despliega a nuestro lado. ¿Por qué el amuleto del velo no podría haberme dotado de este conocimiento?

Tye me hace subir delante de él y me sigue hasta que salimos a la intemperie. El aire fresco me inunda la nariz y los pulmones, llevándose el hedor a moho y estiércol que mis sentidos de fae absorbieron con demasiada claridad en el pasadizo. Contra el cielo estrellado, la silueta de Tye tiene un suave brillo sobrenatural que convierte sus ágiles movimientos en una perfección casi de baile. Ahora, al igual que yo, el varón está de pie con la cara hacia arriba, aspirando bocanadas de aire fresco. —¿Y ahora adónde?

LERA



—Eso depende un poco de dónde estemos —mascullo, girándome para orientarme. La imponente torre del torreón de la Academia, la escarpada cordillera, la ladera boscosa en pendiente... todo se yergue como un centinela burlón en la noche. Todo claro, pero sin decirme nada. Cuando me acerqué a la Academia, la maldita reliquia de piedra fue bastante proactiva a la hora de atraer mi atención, pero mis esperanzas secretas de que sus fragmentos me correspondieran con la misma cortesía se desvanecen rápidamente. Lo que significa que, después de todo, voy a tener que buscar mis propias huellas en el bosque. Una tarea inútil de noche. Mis pies tropiezan con una raíz que no había visto y el fuerte crujido de las hojas y ramas secas mientras me tambaleo para mantener el equilibrio es una burla en sí mismo.

Cielos. Siento una pesadez en el pecho, un peso que me dificulta respirar. ¿En qué demonios estaba pensando al venir aquí? ¿Y arrastrar a Tye conmigo al peligro? Tye, que se cree humano y a mí no me ve más que como una conquista. Una distracción. Me aferro al dobladillo de mi camisa mientras me doy la vuelta. El bosque cobra vida con los ululatos fantasmales de una lechuza y el aullido demasiado cercano de un lobo. Como si fuera Shade, pero sin serlo. Un temblor me recorre el cuerpo.

Todo es *igual*, pero no lo es. ¿Y si esta es la realidad y la conexión que creía tener con los fae, esa que me atenazaba el alma,

nunca fue más que un truco de magia? Si de verdad estuviéramos destinados, ¿no se habrían percatado de mi presencia? ¿No habrían sentido algo? ¿Lo que fuera? El viento me golpea en la cara, sus dedos helados recorriéndome la piel. Si esta es la verdad sin la ayuda de la magia, entonces romper el hechizo de los amuletos no anuncia más que hermosas mentiras. Se me hace un nudo en la garganta, me escuecen los ojos, pero no dejo que las lágrimas caigan.

—¿Muchacha? —Las manos de Tye se posan en mis hombros y me giran hacia él.

Trago saliva, sin saber de repente qué hacer. Qué decir. Cinco. Se supone que somos cinco. Y ahora no lo somos. Y duele como un cuchillo rebanándome el alma.

—¿Cinco qué? —pregunta Tye. Me doy cuenta de que he dicho la palabra en voz alta—. ¿Qué buscas, Lera?

—Huellas —digo, ausente—. Se me cayó una cosa por el camino. Esperaba encontrarla.

—¿De noche?

—Tampoco podía salir a plena luz del día, ¿no?

La risa de Tye como respuesta vibra a través de mí, un estruendo que nace en su pecho y hace que me tiemblen los huesos. Solos en la oscuridad, sin más sonidos que los del bosque a nuestro alrededor, la profunda soledad que de algún modo había conseguido mantener a raya hasta ahora me golpea con una amarga virulencia. Antes de que pueda tomar aire, Tye me atrae hacia su hombro, rodeándome con sus brazos con fuerza. Su corazón es un latido constante bajo su pecho. Su aroma fresco es un bálsamo para mis sentidos, sus músculos me rodean como acero envuelto en terciopelo.

El miembro fantasma de magia con el que desperté en este nuevo cuerpo de fae se agita entre sus grilletes, incapaz de moverse.

Lo deseo. Cada fibra de mi cuerpo quiere estar pegada a la suya, aun con el vínculo de apareamiento silenciado. Puede que yo no sea su hembra ahora mismo, pero él es mi macho. Y estoy demasiado sola, demasiado cansada, para preocuparme por lo primero.

Mi mano se cierra en un puño sobre la camisa de Tye y lo atraigo hacia mí con brusquedad. Mis labios cubren los suyos con una necesidad desesperada. Mientras el sabor del guerrero me inunda y su boca, dolorosamente familiar, arde contra la mía, mi cuerpo despierta suplicando más. Sea real o no.

Las manos de Tye me sujetan la cara por ambos lados, apartándome con suavidad, a pesar de que su repentina dureza palpita contra mi vientre. Su respiración es agitada, sus ojos verdes brillan a la luz de la luna. —No es que me importe, muchacha, pero creo que a ti sí. O te importará por la mañana.

El corazón me martillea en las costillas, el sonido retumbando en mis oídos. —Por la mañana negaré que haya pasado —digo, con la respiración entrecortada. Necesitada. Quizá yo no sea la conquista de Tye, pero él sí es la mía. Una muesca en *mi* maldito cinturón. Rechino los dientes, clavando las manos en sus hombros—. No te encariñes, guaperas.

Un pequeño gruñido depredador se escapa de los labios de Tye, sus ojos esmeralda relampagueando a la luz de la luna. —Ah, ya veremos qué pasa por la mañana, muchacha. Me han dicho que puedo ser *muy* inolvidable. —Su boca desciende sobre la mía incluso antes de que termine de pronunciar sus propias palabras y su cuerpo me empuja hacia atrás, atrás y más atrás, hasta que siento un tronco clavándoseme en los hombros.

El beso de Tye se vuelve más profundo, sus labios y su lengua saquean mi boca con un ardor salvaje. El calor se extiende por mi interior; mis piernas, brazos y abdomen hormiguean con una energía que acumula presión entre mis muslos. Mi sexo palpita hambriento, a ciegas. Más. Quiero más. El vacío dentro de mí aúlla, gritando por la polla de Tye mientras me contraigo y me contraigo en torno a la nada.

Con un gruñido, me abalanzo sobre Tye; mi fuerza es demasiado grande para ser mortal, incluso con los grilletes de este mundo. Un macho menor se habría tambaleado ante el asalto, pero Tye, Tye solo aparta su cara de la mía mientras su cuerpo absorbe todo lo que le lanzo sin ceder un centímetro. Latido tras latido, se mantiene firme, cerniéndose sobre mí mientras sus anchos hombros bloquean

la luz de la luna. Permanece de pie, aguantándolo todo... hasta que se mueve.

Me agarra las muñecas y me las sujeta por encima de la cabeza, su rodilla me obliga a separar los muslos. Privada de los medios para apretar las piernas, la presión en mi sexo se vuelve insoportable. Lucho inútilmente contra su agarre; cada intento fallido de escapar solo alimenta el dolor despiadado de mi interior.

Un destello de los dientes de Tye, de los caninos que no puedo ver, y un agudo pinchazo se hunde en el punto sensible donde se unen mi cuello y mi hombro. El dolor de la reclamación recorre mi cuerpo y se convierte en un calor exquisito.

Tye lame el mordisco, las pequeñas pasadas de su lengua son de una suavidad descarnada, tan exóticas como el hielo en el ojo de una llama. Me retuerzo, pero las bandas de hierro de sus manos en mis muñecas no me dejan hacer otra cosa que sentir cada insoportable descarga. Mi cuerpo tiembla, la rendición y la tormenta de sensaciones me golpean por todos lados. El mundo a mi alrededor se reduce a la humedad que empapa mi ropa interior, al calor hormigueante que me pone de puntillas por la desesperación.

Tye cambia la posición de mis muñecas hasta que controla mis dos brazos con una mano, mientras la otra se desliza por mi hombro, mi pecho, mi cintura y *hacia abajo, abajo y más abajo*.

RIVER



Coal se dio un golpecito en la oreja, haciéndole una señal a River.

River se detuvo e inclinó la cabeza en busca del sonido que Coal había detectado. Un lobo aulló. Un búho ululó cerca, y una pareja de ardillas que ya deberían estar durmiendo correteaban por los árboles. Como si algo —o alguien— estuviera perturbando su sueño. Alguien cuya respiración agitada River ya podía distinguir.

Un leve movimiento de la mano de River hizo que Coal volviera a caminar, con sus pasos de guerrero silenciosos sobre la tierra fría. Un depredador acechando a su presa. El corazón de River mantuvo su ritmo constante mientras su mente iba a toda velocidad. Fuera cual fuese el enemigo, estaba demasiado cerca de la Academia. Había que eliminarlo. Ahora. Esta noche. Con la ayuda de Shade si era posible, pero sin arriesgarse a que escapara. La hoja de la espada de River susurró al salir de la vaina.

El sonido de los jadeos se intensificó, y unas ramas crujieron bajo unos pies que no eran ni los de River ni los de Coal. Tan cerca de la muralla de la Academia que se podría alcanzar de una pedrada. River se detuvo con la espalda pegada a un ancho roble, el último punto para ocultarse entre ellos y su objetivo, e intercambió una mirada de preparación con Coal.

El guerrero asintió.

La mano de River se alzó y se cerró en un puño bajo la luz de la luna. *Vamos. Vamos. Vamos.*

River se giró al mismo tiempo que Coal, rodeando el tronco, y alzó la espada en guardia justo cuando el follaje se abrió para revelar…

A Tyelor de Blair, que tenía a Leralynn de Osprey inmovilizada contra un maldito roble, con la mano tan metida en los ajustados pantalones de la mujer que era imposible que sus dedos no estuvieran acariciando sus cálidos pliegues en ese preciso instante.

A River se le oprimió el pecho, mientras un calor hervía en su sangre y le llenaba los pulmones, el rostro y las manos. El pelo cobrizo de Leralynn estaba suelto, salvo por una sola trenza en el lado izquierdo que se balanceaba como un péndulo hipnótico con el movimiento de la pareja. La luz de la luna mostraba la piel desnuda de su garganta al descubierto cuando ella inclinó la cabeza para recibir el beso de Tye, y su cuerpo ondulante se entregaba con tal generosidad que un temblor recorrió la piel de River e hizo que se le contrajera la polla solo de pensarlo.

El horno en el interior de River ardió con más fuerza con cada suave jadeo de Lera, y cuando ella giró ligeramente el rostro, le recordó tanto a Diana que River tuvo que reprimir un rugido. La maldita mujer estaba en pleno bosque, más allá de las murallas protectoras de la Academia, aquí, donde tres personas habían muerto en otras tantas noches. Solo eso hizo que los brazos de River ansiaran zarandearla. Salvo que sus brazos querían hacer mucho más que limitarse a zarandear a la mujer. El olor de la excitación de ella le nubló la cabeza a River, y la humedad reluciente en los dedos de Tye cuando este retiró la mano lentamente y la deslizó por el torso de la joven hacia sus pechos turgentes era tan tentadora como un vino frío en medio del desierto. Un dolor que no tenía derecho a sentir por una alumna se apoderó de la entrepierna de River con tal ferocidad que ningún movimiento bastaría para aliviar la repentina y horrible tirantez de sus calzones.

—¿Qué demonios están haciendo ustedes dos aquí? —la voz de River era puro hielo. Demasiado controlada para su corazón

desbocado, tan opuesta al infierno que ardía en su interior que era un milagro que ambas cosas no chocaran en una erupción de vapor.

Lera ahogó un grito y apartó su boca de la de Tye.

Tye soltó una maldición. Su mirada de ojos verdes se movió entre River y Coal con una evaluación demasiado experimentada de la situación, incluso mientras empujaba a Leralynn a su espalda. Como si su cuerpo fuera a proteger a la mujer de la ira merecida.

Los ojos de Leralynn se abrieron como platos al encontrarse con los de River, y su piel palideció hermosamente. Cuando se giró, River vio la empuñadura de una espada que sobresalía por encima de su hombro. No había venido solo por la… compañía, entonces. River no sabía si eso le hacía sentir mejor o peor.

Tampoco importaba. Leralynn estaba acabada. Puede que Sage no permitiera que a los alumnos se les enseñara la puerta sin más, pero para cuando River acabara con ella, estaría corriendo hacia la salida. Y eso sería lo mejor para todos los implicados.

LERA

Jadeo. Mi cuerpo, que temblaba de anticipación por la liberación que los hábiles dedos de Tye habían provocado con tanta maestría, retrocede ante el cambio brusco.

La ira de River impregna el aire, imponiéndose al aroma fresco del bosque. Pura dominancia masculina en cada contorno de su cuerpo musculoso, sus movimientos vibran con una violencia contenida que —a pesar de mis deseos— aviva mi ansiedad y mi excitación a partes iguales. Me concentro en la brisa fría para despejar mi mente nublada. River está enfadado, sí, pero es el tipo de furia que me imagino que el varón reserva para una hueste invasora del reino oscuro, no para una alumna descarriada que se está morreando en la oscuridad. Tal y como están las cosas, la intensidad de la mirada gris de River es tan potente que sus ojos parecen brillar con ella.

A unos pasos de distancia, Coal está de pie con los brazos cruzados sobre el pecho.

Ya he vivido esto antes: entre un River enfadado, un Coal que me fulmina con la mirada y un Tye arrepentido. Pero por muy familiar que sea —por muy familiares que sean ellos—, la frialdad ajena de sus ojos es una dura realidad.

Tye cambia el peso de su cuerpo y se interpone en la línea de fuego entre River y yo, pero no necesito volver a mirar a River para saber que no habrá tregua. Por la razón que sea, la atención del

varón está fija solo en mí, y solo yo puedo decidir si acepto el desafío o me desmorono ante él.

Levanto la barbilla. Mis jadeos, acelerados tras el hábil contacto de Tye, escapan en pequeñas nubes de vaho. Enfrentándome a los ojos de River, le devuelvo la mirada desafiante mientras su dominio del claro boscoso, de la Academia, del mismísimo aire que nos rodea, se extiende con absoluta certeza. Su dominio de todo… excepto de mí.

Recorriendo los dos pasos que nos separan, River aparta a Tye de un empujón para cogerme la barbilla entre el pulgar y el índice. El movimiento resuena con la confianza en sí mismo del rey que River no recuerda que es. Puede que el amuleto del velo confunda los recuerdos, pero está claro que deja intacta la esencia del alma y la experiencia. Salvo que ahora el alma de River considera a la mía una extraña.

Intento zafarme.

—Estése quieta, cadete —dice River, inyectando en esas tres palabras todo el océano de diferencia que hay entre nuestros rangos —. Le he preguntado qué está haciendo aquí —en explícita violación de las normas— un día después de su llegada.

—La he traído yo, señor —responde Tye con la impertinencia justa para que River no tenga más remedio que dirigir parte de su ira hacia él. Una vez seguro de tener la atención de River, Tye echa los hombros aún más hacia atrás y alza la cabeza en un gesto que más que un desafío, expone su cuello—. Leralynn es una mujer atractiva y esperaba que el picante de… el bosque prohibido me diera la ventaja que necesito para ganarme su afecto. O al menos su consentimiento.

—Es una suerte que ese picante también incitara a la joven en cuestión a traer una espada. —Al salir del bosque, Shade nos examina a los cuatro. Los ojos amarillos del varón me resultan tan familiares que no puedo evitar contener la respiración, anticipando el reconocimiento, que sus largos brazos envuelvan mi cuerpo y me acunen en su tierno calor.

Una semilla de esperanza brota en mi interior. Somos un quinteto, más fuertes cuando estamos juntos. Ahora que los cinco

estamos tan cerca…

Los ojos amarillos de Shade recorren el contorno de mi cuerpo antes de centrarse en mi cara. Sus labios carnosos se abren. Se cierran. Sacudiéndose, vuelve a dirigir la mirada hacia River—. Creo que he encontrado al menos a una de nuestras bestias salvajes. Y antes de que preguntéis, no dará tiempo a llevar a Tyelor y a su… acompañante… detrás del muro. El viento le ha estado llevando nuestro olor, y no al revés. Quien tenga un arma, que la saque ahora.

Desenvaino mi espada. Por el rabillo del ojo, veo que Coal asiente con aprobación y se agacha para sacar de su bota un cuchillo y lanzárselo a Tye, el único que sigue desarmado. Siento el gemelo del cuchillo de Coal en mi propia bota, y me arden las manos por sacarlo. Pero lucho mejor con una sola arma, y lo que sea que se avecina ya ha hecho que Shade ponga su espada en guardia.

Los árboles crujen, y una respiración familiar, parecida a un bufido, llega ahora a mis oídos. Unos instantes después, ni siquiera nuestra posición a barlovento puede enmascarar la pestilente tarjeta de visita del roedor del reino oscuro, aunque los varones no recuerdan cómo interpretar el olor. Me preparo para los sclices, pero cuando tres formas oscuras saltan hacia nosotros desde la oscuridad, soy incapaz de concentrarme; mi mirada resbala por las formas como si intentara aferrar grasa.

Tye tropieza a mi lado, la sangre mana de su hombro mientras aparta una forma de un empujón. Un instante después, un golpe que no veo venir me derriba de espaldas al suelo, y gotas de saliva amarilla me salpican la cara.

Aparto de una patada la forma en la que no puedo concentrarme. Cede. El sclice es más ligero de lo que estoy acostumbrada. Desde luego, más pequeño que el que me marcó las costillas en Slait. Por un instante, veo al roedor ante mí: una bestia porcina, escuálida y alargada, con una mandíbula inferior desproporcionadamente grande incluso para los estándares de los sclices. Entonces el instante se esfuma, mi mirada se desvía de la forma oscura mientras el amuleto que llevo al cuello se calienta hasta quemarme la piel.

Estrellas. Me quedo paralizada a medio levantar. El amuleto del velo. El maldito amuleto que no puedo quitarme delante de nadie aquí, no sea que me arrastren a una celda o algo peor. Leralynn de Osprey, la humana, no ve a los sclices, pero Lera de Lunos los ve perfectamente.

LERA

River me coge por la cintura y me empuja detrás de él mientras adopta una postura de combate.

—No se fíe de sus ojos —ordena Coal, con la voz tan grave, serena y calmada que, si no lo estuviera viendo ahora mismo, nunca pensaría que está jugando con la muerte. Con los ojos cerrados, los pómulos y la mandíbula afilados por la luz de la luna, Coal danza con su espada, trazando un patrón que saca el máximo partido a su destreza y a sus sentidos inmortales—. Las bestias juegan con la oscuridad.

Las bestias juegan con tu mente.

Aún delante de mí, River se agacha, con la cabeza ladeada en señal de concentración, antes de atacar con la espada. Sangre oscura se derrama por el suelo y su hedor es suficiente para provocarme arcadas. Ahora que sé lo que debería estar mirando, puedo volver a distinguir las formas. Tres sclices gruñendo con ojos de pupilas verticales, rodillas con la articulación hacia atrás y unas extremidades delanteras demasiado largas; todo familiar, pero a la vez extraño. El que River acaba de herir es demasiado alto, pero escuálido, mientras que el que está a punto de caer ante la espada de Coal tiene tantos colmillos que parece tener la boca permanentemente abierta. La cabeza me palpita por el esfuerzo de observarlos en contra de la insistencia de mi amuleto para que aparte la mirada. En el momento en que relajo la concentración, la

mirada se me desvía. Es como si estas versiones pervertidas de los sclices tuvieran su propio velo rudimentario y la única razón por la que mi yo feérico puede verlas es porque ya sé lo que son.

Unas ramas crujen detrás de mí, con un sonido tan fuerte como un trueno en la oscuridad. Me giro tan bruscamente que el suelo se tambalea y mi mente busca a tientas el foco que se me escapa, sin el cual no veo nada de los sclices. *Demasiado tiempo.* He esperado demasiado para atacar y me he vuelto vulnerable. Renuncio a forzar la mente y opto por blandir la espada en un amplio círculo.

Solo golpeo el aire.

Siento un nudo en el estómago y los nudillos se me ponen blancos al aferrar la espada. El sclice está cerca. Muy, muy cerca. El corazón se me acelera. Vuelvo a atacar. A ciegas. Como una loca. Pierdo el equilibrio al no hacer contacto.

Mientras me tambaleo, el aliento rancio de un cerdo me roza la nuca.

Antes de que pueda gritar, un gran lobo salta desde el bosque. Sus ojos amarillos destellan mientras se abalanza sobre la forma que hay detrás de mí. Pelaje gris y oscuridad ruedan, arrastrándose el uno al otro de vuelta a las sombras del bosque.

—¡Shade! —lo llamo, con la voz quebrada por la sequedad de la boca.

A pocos pasos, Coal gruñe con satisfacción cuando su espada da en el blanco y un sclice cae al suelo, con el cuerpo y los ojos apagados y muertos de repente visibles. —¿Pero qué demonios es esto? —Coal le da la vuelta al cadáver con el pie.

—Algo maldito por los feéricos —dice River.

Me encojo, y no solo por las palabras de River. Los sclices ya son bastante feos, pero los deformes son aún peores. Ahora que puedo verlo con claridad, la boca corrupta de la bestia ocupa la mitad de su cara y la saliva cae a chorros de las horrendas fauces. Debajo del corto pelaje, la piel del sclice sobresale en un mosaico de lunares, uno tan grande que parece un copo de nieve deformado.

Me aparto del cadáver con el pecho oprimido mientras asimilo el silencio que se ha instalado. Con el cuerpo muerto a los pies de Coal, ya no oigo más movimiento. Los machos, con las espadas

listas, se dispersan hacia los bordes del claro para comprobar si hay más intrusos, con sus hermosos rostros tensos por la concentración. Sintiendo. Escuchando. Olfateando, para lo que sea que sirva con todo el lugar apestando a cloaca.

Me sacudo. Un cosquilleo a lo largo de mi columna vertebral me grita que los machos se equivocan. He visto a tres de las bestias, lo que significa que una sigue *aquí.* Inmóvil. A la espera para emboscar. Obligándome a ralentizar la respiración y el corazón, inspecciono el campo de batalla, sin pensar en otra cosa que en la verdad de la existencia del sclice. *Soy Lera de Lunos. No soy humana.* El amuleto me quema la piel y el dolor de cabeza regresa. *Soy Lera de Lunos. Yo…* Jadeo cuando unos ojos de pupilas rojas agazapados bajo un arbusto a menos de un paso se encuentran con los míos.

Extremidades gruesas como troncos de árbol, un hocico del tamaño de un melón y dientes hechos para desgarrar carne. *Malditas estrellas.*

El sclice descubierto ruge y se abalanza sobre mí justo cuando levanto la espada. Sangre oscura salpica el aire.

—No está mal para ser una jovencita —murmura Tye al límite de mi oído.

—No está mal para un maldito soldado —repite Coal, con la misma voz baja—. Pero podría ser mejor.

Me tiemblan los brazos por el esfuerzo. Aunque mi hoja ha golpeado sólidamente la carne, el puro tamaño y la fuerza de la bestia me ponen de rodillas. Se me corta la respiración; tengo los pulmones demasiado contraídos para coger aire.

El sclice herido se yergue en toda su altura sobre mí, con las extremidades con garras listas para desgarrar.

Todo en mi interior me grita que ruede para apartarme, que esprinte, que corra, corra, corra. Me obligo a mantener las manos en la espada. Con el corazón y la respiración acelerados, no tardaré en no poder concentrarme lo suficiente para ver al sclice, y los machos son completamente ciegos a él. Tengo que quedarme, clavar la espada firmemente en la carne de la bestia. No es un golpe mortal —le he dado en el muslo—, pero es una forma de marcar la

ubicación del sclice para los demás. Darles a mis machos una oportunidad.

Las garras levantadas bajan. Mis costillas gritan anticipando el dolor de otro ataque del sclice y mi cuerpo se prepara para el golpe. Con toda la fuerza muscular que he ganado, clavo la hoja más y más y más adentro.

Algo me arranca de allí justo antes de que las uñas del sclice rastrillen el espacio donde estaba mi cabeza. Brazos duros como el hierro, un corazón palpitante, un olor a furia y a bosque. El macho que me agarra gira en el aire y se lleva la peor parte de nuestra caída contra un trozo de tocón y piedras.

—¿Es que no tiene seso? —me grita River a la cara, con los ojos inspeccionándome desesperadamente. Se levanta del suelo y me pone en pie, con las manos que tenía en mi cintura ahora agarrándome los hombros—. Podría haber muerto ahora mismo, Leralynn —me sacude, con los ojos centelleantes—. ¿Lo entiende?

—Sí —respiro. Por el rabillo del ojo, veo los ataques gemelos de Coal y Tye convergiendo en la espada que he dejado en el sclice; la hoja ahora parece volar en la oscuridad. Un latido después, la silueta de un sclice demasiado grande cae al suelo, volviéndose cada vez más visible a medida que el líquido oscuro se drena de su cuello cercenado. Coal me dedica un breve asentimiento de aprobación antes de limpiar su hoja.

A salvo. Estamos todos a salvo. El alivio me golpea con tal fuerza que me tambaleo y solo me sostiene el agarre de River en mis hombros. River. Cierto. Vuelvo a mirar sus ojos gris hielo, recordando la pregunta—. Sí, señor.

Me suelta demasiado rápido y llama a Shade a gritos mientras examina a la nueva víctima.

—Estoy aquí. —Shade, de nuevo en su forma feérica, sale del bosque donde su lobo desapareció minutos antes, respirando con dificultad. Me pregunto qué habría pasado si los machos hubieran visto a Shade transformarse ante sus propios ojos, y si es mejor o peor que no lo hicieran. De los cuatro, Shade y Tye son los únicos cambiantes, aunque la relación de Tye con su tigre es todavía muy

tenue. Si *esa* transformación hubiera ocurrido en el mundo mortal, se habría desatado el infierno.

Mi atención se centra en Shade, y mi corazón se encoge al verlo tan hermoso, con su pelo negro y suelto, húmedo de sudor, y sus brazos ondulando con músculos fibrosos. Shade intercambia escuetos asentimientos con Coal —que ahora está despejando el perímetro— antes de correr hacia River. —He derribado a uno, fuera lo que fuese. ¿Cómo os ha ido a vosotros?

Doy un paso adelante a mi pesar; mi alma llama al cambiante. —El lobo…

Tye me lanza una mirada extraña.

—¿Lobo? —Shade me mira, con sus ojos amarillos ligeramente desenfocados, como si le costara orientarse—. No. Fuera lo que fuese, no era un lobo.

Se me corta el aliento. Shade cree que pregunto por el sclice que ha matado. No sabe que se ha transformado. No se da cuenta de que su lobo estuvo involucrado en la pelea. Nadie parece haberse dado cuenta, de hecho. Seguramente lo recordarían… A menos que el velo haya ocultado la transformación tan cercana distrayendo por completo la atención de los machos del lobo. Dado que el animal estuvo entre nosotros apenas unos latidos, es posible. Trago saliva. Teniendo en cuenta lo que ya ha pasado con la poderosa magia del amuleto, todo es malditamente posible.

—No, ciertamente eso no es un lobo —dice Coal, señalando con la cabeza los cadáveres de los sclices—. No tengo ni idea de lo que es, pero «cerdo trastornado» parece bastante descriptivo.

—¿Estás bien, jovencita? —La voz de Tye me roza la coronilla y me doy cuenta de que el macho se ha colocado detrás de mí, con los pies tan silenciosos como los de un tigre. Unas manos cálidas y callosas me acarician los hombros y los brazos; el contacto es tan familiar que quiero acurrucarme en el pecho de Tye.

—Parece que hemos encontrado sus bestias misteriosas, River —murmura Shade cerca, con una mueca en el rostro—. Así que al menos la noche no ha sido en vano.

Cierro los ojos. No las bestias misteriosas de *River*, las de la Academia. Este trío pervertido de sclices llevaba una semana

matando antes de que pusiéramos un pie en los terrenos de Great Falls, y habrían seguido haciéndolo de no ser por nosotros. *Nosotros*: el quinteto. Lo sepan o no los machos, estamos donde se supone que debemos estar.

La mejilla de Tye se presiona contra mi pelo. —¿Sabías que hueles a lilas? —dice con voz suave.

—Tu hombro… —Abro los ojos, recordando la sangre del contacto inicial, y alargo la mano hacia el macho.

—Shade. —La voz helada de River se interpone entre nosotros antes de que pueda tocar a Tye. La orden en ella convoca al instante la atención de todos—. Examine a Tyelor, por favor, mientras Coal escolta a Leralynn de vuelta a la Academia y pone sus aposentos bajo vigilancia. Me ocuparé de ambos mañana.

Mientras los dedos callosos de Coal rodean mi brazo con firmeza y su familiar olor metálico me envuelve, echo un último vistazo al claro destrozado, donde tres preciosos machos limpian con la tranquila practicidad de guerreros experimentados. Y entonces, con un pequeño giro de su rostro hacia mí, todo lo que puedo ver son los furiosos ojos grises de River, que persisten en mi mente mucho después de que la noche se los trague.

RIVER

Las manos de River se cerraron sobre el marco de la ventana de su despacho en la alta torre, apretando con una fuerza que le puso los nudillos blancos. No había dormido. Había renunciado incluso a intentarlo, pues cada vez que se había atrevido a cerrar los ojos, no podía ver más que a Leralynn.

A Leralynn de pie, erguida bajo la luna, con sus curvas recortadas contra el cielo. A Leralynn mirándolo a los ojos de una forma que hacía que el resto del mundo se desvaneciera. A Leralynn besando a Tye, apretándose contra un roble junto al mismísimo muro que los estudiantes tenían prohibido tocar. River aún podía oler la excitación de la mujer, ver sus caderas ondulando con avidez contra la mano de Tye, su necesidad y su placer incitando a su propio cuerpo a la rebelión.

Cielos. Tomando una bocanada de aire temblorosa, River centró su atención en la ventana. Fuera, el vasto patio estaba casi vacío. Los estudiantes tenían permiso para el fin de semana y, a pesar de que el alba había llegado hacía horas, la hierba escarchada y los adoquines barridos no veían más tránsito que el de Tye corriendo hacia su entrenamiento atlético más temprano. Normal. Corriente. Y después de las extrañas bestias que por fin abatieron anoche, la Academia permanecería así.

River hizo una mueca de dolor. Pensar en la noche fue un error, pues los recuerdos habían empezado a abrumarlo de nuevo.

Leralynn, tan intrépida como cualquier guerrero, su presencia —su coraje— mucho mayor que su tamaño mientras hundía su espada en la bestia que nadie podía ver. Hubo un momento en el que River no entendió por qué no se retiraba. Y entonces lo comprendió, junto con una oleada de terror que ralentizó el tiempo. La mujer estaba intentando marcar la posición de la bestia para los demás, incluso si le costaba la vida. Era el tipo de acto valiente, temerario e inteligente que Diana habría hecho.

Un leve temblor llamó la atención de River hacia sus manos, que habían empezado a tiritar por la fuerza con que se aferraban al alféizar. Anoche había estado cerca. Demasiado cerca. Un latido más y el mundo podría haber perdido el fuego que era Leralynn. Igual que el mundo había perdido a Diana. A River se le hizo un nudo en la garganta. Sí, esa era la otra razón por la que no se atrevía a cerrar los ojos de nuevo.

Después de meses de no ver más que el rostro de su difunta esposa, anoche River solo vio el de Lera. Ni siquiera podía dibujar las facciones de Diana en su mente sin que se deformaran en el largo cabello castaño rojizo y los cálidos ojos de chocolate de Leralynn, en su brillo interno que lo atraía como una polilla a la proverbial llama.

Llamaron a su puerta.

—Adelante —dijo River, dándose la vuelta y apartándose de la ventana mientras se enderezaba su impecable túnica roja y dorada, irguiendo los hombros en una postura digna de un comandante.

—Señor. —Ataviado con su característico cuero negro, el pelo rubio firmemente recogido, Coal entró en el despacho con paso silencioso y se cruzó de brazos, soportando en silencio la mirada inquisitiva de River. El hombre tenía un aspecto terrible, aunque nadie, aparte de River o Shade, notaría el brillo atormentado tras los gélidos ojos azules del guerrero. Lo que fuera que le hubiera ocurrido a Coal en su cautiverio, todavía lo consumía por dentro. Se suponía que la Academia le proporcionaría un lugar para exorcizar esos demonios, pero en lugar de eso las cosas estaban empeorando. Como si le hubieran arrancado un trozo del alma a Coal y ahora el resto de él se escapara por la herida.

La analogía se parecía demasiado a lo que el propio River sentía.

—Teniente. —River asintió a modo de saludo al guerrero.

—Aquí dentro hace un frío que pela —dijo Coal, mirando el despacho de River con sus muros de piedra y detalles de madera oscura—. ¿Es que los cadetes visitantes no se acobardan con la suficiente rapidez o es por masoquismo personal?

River admitiría que había corriente; el aire de la montaña se colaba por el viejo sellado y la escarcha bordeaba cada cristal. Todavía no se había molestado en encender la chimenea ese día, con la mente en otras cosas.

River enderezó una pila de papeles sobre su escritorio, ignorando la pregunta.—¿Alguna novedad sobre los jabalíes invisibles de anoche?

—He inspeccionado todo el perímetro esta mañana y no he encontrado ningún indicio de más miembros de la manada —dijo Coal con brusquedad—. Creo que hemos acabado con este grupo definitivamente, señor.

Por supuesto que Coal ya había salido. Y, sin duda, solo. Quizá él y Leralynn eran almas gemelas, ambos incapaces de pasar por delante del peligro sin meter las narices.

—También le he dado las descripciones al maestro Gavriel. —Cruzándose de brazos, Coal se apoyó en la pared—. El bibliotecario buscará en sus libros para ver si puede arrojar algo de luz sobre qué eran las bestias.

—Bien. Ese hombre es inteligente y discreto, una combinación poco común. —River sintió un profundo deseo de frotarse la cara con las manos, pero en su lugar las entrelazó a la espalda. Anoche había habido otra ejecución en Grayson, la ciudad grande más cercana: una lavandera acusada de usar artes feéricas para hacer que las prendas enfermaran a sus dueños, o alguna insensatez espantosa por el estilo—. Recuérdeles a los estudiantes que cualquiera que hable sobre los fae acabará en mi estudio. Por mucho que me disguste prohibir un tema de debate, lo último que necesitamos es que los nobles de un reino empiecen a acusar a los de otro. Sobre todo cuando lo de anoche demostró que algo antinatural está ocurriendo de verdad.

—¿Y qué hay de Tyelor y Leralynn? ¿Les digo que se lo han imaginado todo? —Coal enarcó una ceja.

Leralynn. Como si el propio nombre de la mujer portara una maldición, el corazón de River dio un vuelco en cuanto lo oyó. *Leralynn. Leralynn.* River apretó la mandíbula.—Esos dos son harina de otro costal.

—La pareja se desenvolvió adecuadamente —dijo Coal, cogiendo un pisapapeles de cristal del escritorio de River, examinándolo con escepticismo y volviéndolo a dejar en su sitio. Era el mayor elogio que River le había oído jamás al guerrero. Probablemente por eso, el hombre necesitaba de repente algo que hacer con las manos.

—No me importa cómo se desenvolvieron —espetó River—. Leralynn se quedó a un pelo de la muerte anoche porque decidió que las normas por las que se rigen todos los cadetes no se aplican a ella. Una estudiante que no se molesta en respetar la estructura de la Academia en su primer maldito día. Ya lo he dicho antes y lo repetiré: tenemos demasiados jóvenes nobles que no pintan nada aquí, y cuanto antes los metamos en vereda, mejor para todos. —Las palabras salieron más acaloradas de lo que River habría deseado, pero Coal no dio señales de haberlo notado, aunque sin duda lo había hecho. A ese hombre no se le escapaba nada. River lo había aprendido hacía mucho tiempo.

Un silencio denso flotó en el aire; entonces, Coal se encogió de hombros.—¿Y Tyelor?

—Tyelor es un veterano y alguien conocido —dijo River, recuperando el equilibrio al entrar en terreno familiar. Con la experiencia atlética del joven y su habilidad natural para el entrenamiento de combate, River situaba a Tye en la misma categoría de guerrero que él, Coal y Shade, algo que no diría de nadie más en Great Falls. River confiaba poco en Tye para lo demás, pero sí confiaba en que el hombre se defendiera—. Sigo pensando que se puede convertir a Tyelor en un ser humano medio responsable si se le ponen límites. Me ocuparé de él esta tarde.

—Entendido. —La inteligente mirada azul de Coal atravesó a River—. ¿*Solo* de Tyelor?

—Sí. —River caminó hacia su escritorio y se acomodó en el gran sillón de cuero. Jamás había delegado una responsabilidad en su vida, pero esta… River necesitaba delegar esta, no fuera a ser que hiciera algo de lo que se arrepintiera—. Le dejo a usted el castigo de Leralynn. Confío en que lo hará acorde con la gravedad de sus transgresiones de anoche.

Coal no hizo preguntas. Ni una ceja enarcada de sorpresa ni una mirada inquisitiva mientras el guerrero asentía, se apartaba de la pared y se dirigía a la puerta.

El pecho de River se oprimió, su corazón golpeándole las costillas al alzar la voz una vez más.—Coal.

Con la mano ya en el pomo de la puerta, el guerrero se detuvo, pero no se dio la vuelta, cosa que River agradeció.

—Quiero a Leralynn de Osprey fuera de Great Falls —dijo River.

LERA

Tin. Me froto los ojos y me incorporo en la cama; la pequeña habitación de la residencia de la Academia de Great Falls me devuelve la mirada. La luz del sol que entra a raudales por el gran ventanal ilumina las altas paredes de un blanco pálido, y unas motas de polvo danzan en los potentes rayos. Como no he vuelto de mi desafortunado encontronazo con los sclices —y quizá el igualmente desafortunado encontronazo con River y Coal— hasta mitad de la noche, solo he dormido cuatro horas. A varios pasos, Arisha ya está balanceando las piernas hacia el suelo; sus trenzas deshechas se mecen contra su pecho mientras gira la cabeza en busca del origen del ruido.

Tin. Tin.

—Creo que viene de la ventana. —Mi voz es pastosa—. Se suponía que el día de permiso de hoy me permitiría dormir hasta tarde, pero algo —o alguien— parece tener otros planes. —El ruido se repite. Sí, definitivamente es la ventana. Como el pico de un pájaro golpeando un cristal, solo que no veo ningún pájaro por ninguna parte.

Tin. Tin. Tin.

Arisha se calza las zapatillas, se pone las gafas y se arrastra hasta la ventana, con su pesado camisón de algodón balanceándose alrededor de sus tobillos. Agarra las contraventanas, las abre de

golpe y se aparta de un salto con un chillido cuando un guijarro destinado al cristal le golpea el hombro. Un instante después, Tye entra de un salto en nuestra habitación, con sus ojos esmeralda brillando con diversión satisfecha mientras Arisha farfulla. Se aparta un mechón de pelo rojo de la cara, con un aspecto dolorosamente guapo e injustamente descansado. Como una especie de justicia poética, el mechón de pelo vuelve a caerle sobre sus ojos verdes.

—Tú... ¡Tú! —Arisha corre de vuelta a su cama y se tapa con una sábana, con el rostro de repente más pálido de lo normal bajo su maraña de pecas. Señala a Tye con el dedo, abriendo y cerrando la boca como si buscara nuevas palabras—. Tú...

—Sí. Yo. Creo que eso ya lo hemos dejado bastante claro, muchacha. —El largo brazo de Tye alcanza la ventana y la cierra para cortar el viento helado. A través del ancho cuello de la camisa de Tye, veo el vendaje que le cruza el hombro mientras se estira y reprime una mueca de dolor. Había olvidado que anoche le había alcanzado la garra de un sclice en la batalla. Viste una versión modificada de nuestros grises de entrenamiento, con la túnica sin mangas y ceñida a su musculoso abdomen y la chaqueta suelta. Los anchos hombros y la cintura tensa de Tye dibujan un triángulo perfecto, y unas manchas de sudor más oscuras brillan sobre la tela clara. Un olor a jabón bajo el sudor acentúa su aroma masculino, mezclándose con el pino y los cítricos que siempre acompañan a Tye.

Al pillarme observándolo, Tye sonríe con impertinencia felina; su suave gruñido me recuerda exactamente a cómo sabía bajo la luz de la luna en el bosque, cómo mi cuerpo se excitó al sentir sus ágiles dedos deslizándose por mi piel. Penetrando más. Mi sexo se contrae solo con el recuerdo, y la sonrisa de Tye se ensancha. Sí, el cabrón ni siquiera intenta fingir que no huele mi excitación. Puede que Tye se crea humano, pero sus sentidos de fae captan todos los detalles.

Me levanto y me cruzo de brazos. A diferencia de Arisha, mi camisón es una fina prenda de seda roja que me llega a medio muslo, pero me condenaría antes de dejar que Tye me haga buscar ropa a toda prisa en mi propio dormitorio. —¿Hay alguna razón por la que estés en nuestra habitación?

Los ojos de Tye se deslizan por mis muslos y caderas, deteniéndose con aprecio en mis pechos de repente pesados, en mis pezones erectos por el aire frío. Un instante después, mueve las piernas con incomodidad, y el bulto de su entrepierna se contrae.

—Espero que te duela. Mucho —murmuro tan bajo que solo los oídos de fae de Tye tienen alguna posibilidad de captar las palabras.

El varón resopla.

—P-pero cómo... —Arisha, todavía tartamudeando, señala la ventana—. Está a cuatro metros y medio del suelo.

—Trepa bien —le digo a la chica por encima del hombro mientras mi mirada se clava en el varón—. Pero sí, después de que Tye nos diga *por qué* nos ha honrado con su presencia, puede explicar si la puerta lo ha ofendido de alguna manera.

—Traigo un mensaje del subdirector. —Ahora que mi cama está libre, Tye se acomoda en ella, apoyando la espalda contra la pared mientras estira sus largas piernas. Su alborotado pelo rojo parece casi en llamas bajo la dorada luz matutina de la habitación. Tras dedicarme una lenta caricia más con la mirada, los ojos de Tye se desvían hacia Arisha, que de alguna manera ha conseguido enredarse en la sábana que usa para cubrirse. Y que no sabe nada de la escapada nocturna.

Claro. Busco a tientas alguna excusa plausible para hablar con Tye a solas y no se me ocurre ninguna. *Podrías haber esperado, imbécil.*

—Sé que Lera se escapó anoche. —Arisha nos mira a los dos con sus grandes ojos azules—. Ahora imagino que estaba contigo, Tyelor, y que os pilló nada menos que el mismísimo River. La próxima vez que necesites hacer una salida sigilosa, por favor, despiértame para que pueda cerrar la ventana antes de que la habitación se congele.

—¿Dejaste la ventana abierta? —Tye se cubre la cara con una de sus grandes manos—. ¿Qué clase de gamberra eres?

—Una irritable. —Suspiro, recordando la furia de River al encontrarnos a Tye y a mí al otro lado del muro y su ominosa promesa de ocuparse de nosotros. No recuerdo haber enfrentado nunca toda la fuerza de la fría ira del varón, y no me gusta nada—. También tengo la sensación de que mi día está a punto de empeorar.

Tye asiente y el humor se desvanece de su rostro. —Tengo que presentarme ante River a las dos de la tarde, mientras que tú tienes que reunirte con Coal en los corrales de entrenamiento. Imagino que piensan que hacernos esperar jugará a favor de nuestra ansiedad. —La tensión en la voz de Tye indica que podría haber buenas razones para estar ansioso. Se incorpora y apoya sus musculosos antebrazos en los muslos. Sus bíceps se mueven y ondulan bajo su piel desnuda, haciendo imposible apartar la mirada aunque quisiera—. Ahora, escúchame, muchacha. Y escúchame con atención. Coal te va a preguntar qué demonios creías que estabas haciendo fuera del muro anoche. Cuando lo haga, le dirás que solo me estabas siguiendo. Te convencí de que conozco el mejor lugar para ver las estrellas, y antes de que te dieras cuenta, te estaba ayudando a saltar el muro. ¿Me sigues?

Mantén en secreto el pasadizo secreto y deja que Tye cargue con la culpa.

—Saltamos el muro por *mi* voluntad —digo, sosteniéndole la mirada esmeralda. Entonces, el resto de las palabras de Tye por fin calan en mí, y levanto los brazos—. ¿Y por qué te seguiría para ver las estrellas, si puedo verlas perfectamente levantando la cabeza?

Un rápido destello de una sonrisa. —Porque te quedaste tan prendada de mi encantadora personalidad que estuviste dispuesta a venir conmigo bajo cualquier pretexto.

Cabrón. —¿Y me llevé una espada porque...?

La sonrisa se ensancha, y sus dientes blancos destellan de una forma que me deja sin aliento. —Porque a pesar de estar prendada de mi irresistible personalidad, también eres lista.

—Lo *soy* —le digo secamente, tragando saliva contra el repentino vacío en mi pecho. Tengo que recordarme que, a pesar de las apariencias, la familiaridad casual de Tye es simplemente una función de su personalidad, no un verdadero parentesco. Este Tye no me conoce —no de verdad—, y la punzada que eso me provoca sigue pillándome por sorpresa, surgiendo en repentinas y agudas oleadas—. Y tampoco dejo que mis amigos carguen con la culpa de mis decisiones. Tú me seguiste al otro lado del muro, no al revés. Si

quieres que nuestras historias coincidan, te recomiendo que te ciñas a esa.

El humor de Tye desaparece; los bellos ángulos de su rostro pasan de traviesos a duros en un instante. —Confía en mí, muchacha. Ya he pasado por esto antes. Haz lo que te digo.

Levanto la barbilla.

Tye maldice, volviéndose hacia Arisha, que sigue agarrada a su sábana, con el pelo castaño encrespado alrededor de sus afilados pómulos. —¿Puedes hacer entrar en razón a esta muchacha? Explicarle que acaba de llegar, lo que la pone en el puto punto de mira.

—River y Coal tienen la costumbre de animar a los cadetes más nuevos a marcharse —dice Arisha con una mueca. De pie junto a su baúl de ropa, parece tener problemas para encontrar la manera de rebuscar en él sin soltar la sábana—. Es su solución al hecho de que, por razones políticas, el director no permite ninguna expulsión.

Saltando de mi cama, Tye se quita la chaqueta y la pone sobre los hombros de Arisha, la prenda del corpulento varón le cae fácilmente por debajo del trasero. —No te emociones, trenzas. No estoy mirando. —Hecho esto, Tye le da la espalda a mi compañera de cuarto y me estudia sin reparos mientras yo preparo mi propia ropa, un nuevo uniforme gris monótono que me queda solo marginalmente mejor que el de ayer. Otros estudiantes podrán llevar lo que quieran en su día de permiso, pero yo me dirijo a lo opuesto a la libertad.

—Imagino que matar y mutilar estudiantes tampoco conlleva mucha buena voluntad política, así que, sin importar lo que Coal tenga en mente, sobreviviré con todas mis extremidades intactas. —Levanto la mano, cortando la protesta de Tye. El necesario secretismo y la historia que tejen los amuletos del velo pueden obligarme a hacer muchas cosas, pero no permitiré que me hagan rehuir a mis varones.

Solo espero que lo que sea que Coal haya planeado me deje con suficiente energía para volver a saltar el muro esta noche. Entre el blando interior de la tablilla agrietada y la fugacidad de las huellas en la tierra primaveral, tengo poco tiempo para encontrar y volver a

ensamblar la runa cargada de magia antes de que el tiempo se la lleve. Y después de eso, una vez que los varones recuperen sus memorias, podremos volver a averiguar qué permitió que esos sclices transformados entraran en el reino humano para empezar... con River de nuevo al mando.

Pongo las manos en el bajo de mi camisón y estoy a punto de levantarlo, tan acostumbrada a desvestirme despreocupadamente delante de mis varones, cuando me detengo con un sonrojo. Otra pequeña punzada de dolor. No puedo dejar que el trato desenfadado de Tye confunda mis sentidos.

Miro de mi ropa a Tye, que sigue de espaldas a Arisha, observándome con una especie de picardía taimada, como si cuanto más callado estuviera, mayor fuera la posibilidad de que me olvidara de que está ahí. —¿Vas a verme vestir?

—Podría ayudarte —dice Tye con voz cantarina—. Aunque, si te soy sincero, se me da algo mejor lo de *des*vestir cuando se trata de hembras.

—Fuera. —Señalo la ventana—. Ahora.

LERA



Gavriel está tan emocionado por conocer los detalles de los sclices de anoche cuando lo visito en la gran biblioteca que no puedo evitar pensar en Autumn, que se deleita como una niña con cualquier tipo de información. Entonces bajo la vista hacia las pulcras hileras de plumas, tintas y libros que custodian el escritorio del hombre, y la diferencia entre él y Autumn, que prospera en el caos, se vuelve tan marcada que siento que me van a picar los ojos. Me concentro en los bocetos de las bestias cubiertas de lunares en los que el bibliotecario y yo estamos trabajando.

—Fascinante —dice Gavriel, escribiendo notas tan rápido como su mano puede mojar la pluma en la tinta, con el pelo castaño veteado de gris cayéndole sobre la frente—. ¿Dirías que estos sclices eran más grandes o más pequeños de lo normal? ¿Su hedor se parecía más al de la podredumbre vegetal o era un olor más parecido al de una letrina? Podría ser conveniente que pasaras tanto por el montón de compost como por el de basura para hacer una comparación precisa.

Estoy bien, Gavriel, gracias por preguntar. Aunque Tye tiene un corte feo en el hombro; River está furioso conmigo; Coal piensa hacerme lamentar haber puesto un pie aquí; y Shade se ha transformado sin tener ni idea de ello. —Apestaban, sin más. En cuanto al tamaño, era más bien que eran desproporcionados con respecto a sus propios cuerpos. Como la versión sclice de un gato de

cinco patas o algo así. —Me froto la cara. La gran sala redonda de la biblioteca, con su imponente cúpula roja y dorada, su calidez alegre y su omnipresente aroma a papel y encuadernación, tiene un tipo de consuelo surrealista—. ¿Cómo es posible que Shade no se dé cuenta de que se transforma?

—¿Mmm? —Gavriel hace unos cálculos rápidos que no puedo seguir en la esquina de su pergamino, y luego añade estimaciones de medidas a sus notas, sobre las que echa arena mientras habla—. Ah, sí. Shade. Imagino que el velo solo afecta a su parte feérica, no a la animal. Así que, en el instante en que vuelve a su forma original, el velo teje una explicación plausible para el tiempo perdido. —El hombre deja la frase en el aire, dando golpecitos en el dibujo con la mano—. ¿Puedes describir de nuevo el patrón de los lunares? ¿Cuántos lunares calculas que había?

Aprieto la mandíbula. —Estaba luchando por mi vida. No me puse a contar los malditos lunares.

—No, por supuesto que no. Es de esperar a estas alturas. —Gavriel sonríe con lo que creo que él considera un estímulo razonable—. Podemos trabajar en entrenar tu atención para fijarte en esos detalles.

Podemos trabajar en que yo no te parta el cuello. Respiro hondo. Gavriel es el único con quien puedo hablar de mi realidad, de mi misión. Y eso significa aceptar su idiotez de erudito junto con las ideas y la compañía que ofrece. Señalo la pila de libros que detallan varias runas. —¿Has encontrado algo más sobre el origen de la tablilla que rompí de camino aquí?

—Me temo que aún no he tenido éxito en eso. —La disculpa en el tono de Gavriel es sincera, lo que hace que sea difícil odiarlo en este momento. El hombre se quita las gafas y las limpia con su gruesa túnica de color oliva—. Sé que estás ansiosa por volver a montarla, pero no puedo recomendarte que juegues con una magia así sin comprender las ramificaciones. Por lo que sabemos…

—Por lo que sabemos, River, Coal, Tye y Shade corren el peligro de perderse para siempre si no arreglo esto rápidamente. —Mis manos se aferran al borde de la mesa, y aprieto la mandíbula—. Tiene que funcionar. No hay nada más. Yo no tengo nada más.

Gavriel suspira. —Sé que no tienes muchas ganas de oír esto, Leralynn, pero es posible que los varones estén exactamente donde se supone que deben estar.

—Tienes razón. —Me levanto, empujando la silla hacia atrás con tanta fuerza que se vuelca. Comparar a Gavriel con Autumn es como poner una linterna al lado del sol—. No quiero oírlo. —Apoyo las manos sobre la mesa, inclinándome hacia el espacio de Gavriel—. Si quieres que el mundo mortal sobreviva, necesitas que River lidere la ofensiva, no yo. Es el único en este reino con un conocimiento completo de los informes de la Ciudadela y el único con un plan establecido sobre cómo abordarlo. Los siglos que ha pasado liderando la lucha contra la magia rebelde tampoco vienen mal. Salvo que, ahora mismo, River es el puñetero subdirector de un colegio aislado. El comandante de mi quinteto no sabe el nombre de su propia hermana y mucho menos que el destino de toda la humanidad recae sobre sus hombros.

Las campanillas de la puerta suenan con una melodía ridículamente alegre cuando abro la puerta de la biblioteca y la cierro de un portazo a mi espalda. *¿Campanillas en la puerta de una biblioteca?* Las rarezas de Gavriel afloran de nuevas maneras cada vez que me encuentro con él. Un vistazo rápido al sol me dice que tengo una hora para comer algo antes de que Coal se encargue de hacerme la vida imposible. Después de eso… Después de eso, todo puede pasar.

* * *

Entro en el campo de entrenamiento unos minutos antes de que la torre del campanario de la Academia dé las dos de la tarde. El lugar está desierto, a excepción de un único estandarte azul que ondea en el patio de entrenamiento más alejado. En el vacío de un día de permiso, los imponentes muros de piedra y los amplios patios empedrados de la Academia adquieren una inquietante resonancia. La ominosa penumbra del cielo gris de la tarde tampoco ayuda. Corral tras corral de arena pulcramente rastrillada me saludan

mientras paso, con la atención puesta en la solitaria figura sin camisa que lucha contra fantasmas en el más lejano de los ruedos. El sordo *pum, pum, pum* de la espada de entrenamiento de Coal al golpear los postes envueltos en cuerda resuena por el patio, y mis ojos inmortales siguen la danza mortal del guerrero desde cien pasos de distancia.

Estocada alta, baja, parada media, paso. Parada alta, rodar sobre el hombro, estocada media. Repetir. Conozco este patrón tan bien como Coal, al igual que sé que lo odia. La fina capa de sudor que cubre su musculosa espalda desnuda dice que lleva aquí bastante tiempo, tan seguro como las dos espadas de práctica rotas que yacen en un montón de fragmentos desechados. Bajo la extraña luz nublada, el largo tatuaje que se enrosca en la columna de Coal y sus muchas cicatrices apenas llaman la atención, aunque dudo que alguna vez deje de vérselas.

Siento una opresión en el pecho. Acercándome a la valla que rodea el corral de entrenamiento, apoyo los antebrazos en la madera y observo cómo el poste de madera se estremece y se balancea bajo los poderosos golpes, con la espada de Coal convertida en un borrón mientras baila sobre la arena. Incluso en el reino mortal, la extraña magia de Coal, orientada hacia su interior, satura su cuerpo y lo perfecciona para la supervivencia. Quizá no debería sorprenderme. La magia de Coal había florecido incluso durante los siglos que pasó como esclavo en el oscuro reino de Mors. Puede que el varón no manipule los elementos como River y Tye ni cure huesos rotos como Shade, pero entre su propio entrenamiento y la fuerza, la velocidad y la curación acelerada que le otorga su extraña magia, Coal es uno de los mayores guerreros que los reinos han visto jamás.

Alta. Baja. Media. Paso. Estocada.

La hoja de prácticas de Coal se hace añicos, y hago una mueca tanto por la madera maltratada como por el hombro del guerrero que ha recibido el impacto. El olor metálico de Coal me llega con el viento cambiante. Arrojando la hoja rota a un montón con las otras dos, el guerrero se vuelve para mirarme, con sus ojos azules duros. Indescifrables.

Le busco en la cara alguna pista de lo que piensa de la salida de anoche, en los ángulos esculpidos de su mandíbula y pómulos apretados, pero no hay información que obtener en ese frente. Coal es demasiado bueno ocultando sus pensamientos. Tras años como esclavo de Mors, tiene que serlo. Me pregunto cómo estará explicando su personalidad humana las pesadillas; las cuales, si interpreto correctamente la tensión de sus hombros, el varón está volviendo a tener. A montones.

Cojo dos espadas de prácticas nuevas de un soporte que Coal ya ha sacado y salto la valla de madera, que me llega al pecho. Un truco que me enseñó Tye, al igual que Coal trabajó en mi equitación y mi combate. Aterrizo con suavidad, le lanzo una de las hojas y hago girar la otra para sentirla bien.

—No estás aquí para esto. —La mano de Coal se cierra sobre la espada de prácticas, la madera ya es una extensión de su cuerpo.

—Soy consciente. —Adopto mi postura de lucha, mis pies se afianzan en la arena mientras pongo mi espada en guardia, observando a Coal por encima de la punta roma de la espada—. Pero tú sí estás aquí para esto. Y he llegado pronto.

Coal ladea la cabeza, mirándome con curiosidad mientras lanza la espada de prácticas de una mano a otra.

Contengo el aliento. *Habla conmigo, Coal. Con tu espada, si no con tus palabras.*

Resopla, y la hoja en su mano traza ahora un amplio y contemplativo círculo. —¿*Eres* consciente de lo que va a pasar esta tarde, verdad? —pregunta, con su voz grave y ronca teñida de curiosidad… y de molestia por mi despreocupación. Quiere que me sienta intimidada incluso antes de que empiece mi castigo, y no le daré esa satisfacción—. Mover piedras ayer fue solo una pequeña muestra. Malgastar energía antes de que empiece no es la decisión más sabia que he visto tomar.

No respondo. En el último año, Coal y los otros varones me han entrenado, me han empujado más allá de mis límites imaginados, me han animado mientras conquistaba cada desafío, sin importar cuántos intentos, gritos y moratones costara conseguirlo. Sin

embargo, nunca me castigaron, y el abismo de esa diferencia de repente sacude los cimientos bajo mis pies.

Trago saliva, diciéndome que estoy haciendo una montaña de un grano de arena. Desde la perspectiva de una unidad militar, River ha impuesto disciplina durante siglos. *Por las estrellas,* solo Tye tiene montones de historias sobre castigos, y he visto a Coal recibir su parte de River. Eso nunca los cambió de los hermanos que son. Esto, incluso bajo el velo que nos convierte en extraños, tampoco cambiará nada. No puede. Y en cuanto a Coal, confío en que no llegará a hacer un daño real.

Al darme cuenta de que Coal me está observando, esperando una respuesta que no he verbalizado, me aclaro la garganta.

—Llamaremos a esto un calentamiento —dice Coal, ahorrándome la necesidad de buscar palabras al lanzar su espada hacia mi hombro. Con fuerza.

LERA



Desvío el ataque con una parada brusca. Consigo apartar el golpe de Coal solo porque ya me lo esperaba después de haberme enfrentado al guerrero tantas veces en la arena. El destello de sorpresa en los ojos azules del fae me roza la piel y se intensifica mientras recoloco los pies, apostando por experiencia a que el próximo asalto de Coal vendrá desde arriba. Luego, un barrido al tobillo. Y después…

Caigo hacia atrás cuando me barre el tobillo con una patada veloz y la arena se levanta en una pequeña y burlona nube de polvo. Saber lo que Coal va a hacer no siempre es protección suficiente para poder detenerlo. Ruedo hacia atrás por encima del hombro y me pongo de nuevo en pie, centrando toda mi atención en los movimientos del fae. La leve mirada teñida de intriga mientras me rodea, la tensión de su mandíbula bien definida, el movimiento de sus caderas sobre la cinturilla de su pantalón de cuero negro de combate. Su estocada, precisa como un bisturí, dirigida a mis costillas.

Bajo la espada de golpe mientras doy un paso, paro el ataque y contraataco. La respiración se me acelera con cada movimiento. El rítmico *clac, clac, clac* de nuestras espadas vibra por el campo de entrenamiento vacío en un coro hipnótico que llena un doloroso vacío en mi interior. *Clac, clac, clac.* Mi corazón late al compás de los

golpes y las paradas; la arena perfectamente compactada bajo mis botas es un eco familiar.

Se me corta la respiración cuando Coal cambia la espada a su mano mala. Una oleada de placer me recorre la columna. El guerrero no solo está jugando conmigo, sino que está entrenando. Perfecciona sus propias habilidades mientras baila, y cada mandoble, estocada y tajo lleva la fuerza suficiente para romper huesos. Confía en que no moriré. En que no me asustaré y bajaré la guardia.

Los duros rasgos de su hermoso rostro están fijos en la concentración, su almizcle metálico me envuelve, tejiendo la ilusión de un entrenamiento normal con el quinteto. *Concéntrate, Lera. Shade ya no puede curar una simple cojera.*

Vuelvo a cambiar el peso, rodeando a Coal, sin apartar la vista de sus caderas y sus hombros. Los etéreos movimientos del inmortal fluyen con perfección, y finos hilos de vapor se elevan del brillo del sudor que acentúa cada músculo. La tensión de su pectoral cuando prepara el asalto, la ondulación de su bíceps al ejecutarlo. Sin parar nunca. Sin dejar que yo tampoco pare.

Despierta. Viva. Mi cuerpo arde a pesar del aire fresco de la primavera, respiro deprisa y el creciente dolor en mis pulmones es una distracción lejana.

Clac. Clac. Clac.

—Me alegra ver que el teniente Coal está sacando la basura —dice una voz femenina y musical que ya he oído antes desde el borde de mi campo de visión, tras lo cual se hace un silencio momentáneo antes de volver a oírse—. ¿Cuánto crees que tardará, Tyelor? Apuesto un beso a que le lleva una hora. Dime tu tiempo y tu apuesta.

Desvío la mirada, que se cruza con los musculosos antebrazos de Tye, apoyado en la valla junto a la princesa Katita. Su pelo rubio platino y sus brillantes ojos turquesa hacen que la reconozca de inmediato, incluso por el rabillo del ojo. Es así de llamativa… y de invasiva en cualquier espacio que ocupa.

Coal se abalanza sobre mí, su espada golpea con dolor mis costillas izquierdas y luego gira para sujetarme el brazo que empuña el arma. La extraña luz grisácea esculpe sus facciones, dando a su

piel un nuevo tono dorado que resalta sus duros ojos azules. Unos ojos que no muestran ni compasión ni cuartel. El calor abrasador que emana me envuelve, su pecho se expande con una respiración acompasada que lo hace parecer aún más grande. Se apropia de toda mi atención con la destreza implacable de un guerrero, hasta que no me atrevo a prestar atención a mi costado dolorido, y mucho menos a nada que esté más allá del mundo que formamos los dos.

Cojo aire con avidez y el aroma metálico de Coal me llena la nariz. Mi mundo.

Dando un paso atrás para tener espacio para el arma, Coal hace un bucle con su espada de entrenamiento dibujando un arco mortal que apunta a mi cabeza.

Levanto la espada para recibir su golpe y el choque de la madera llena el aire. La vibración me recorre los brazos, la columna, los muslos. Con nuestras espadas cruzadas, empujo con todo mi cuerpo, forzando la espada de Coal a acercarse a su propia garganta. Un centímetro. Dos. El sudor salado me cae por la cara, escociéndome en los ojos. Me arden los pulmones, los músculos me gritan por el esfuerzo. Temblando.

Coal enarca una ceja, la primera señal que ha dado de tener una opinión sobre cualquier cosa que yo haga. Aunque esa opinión me llame tres veces idiota por meterme en una batalla de fuerza bruta. Dejando que mi propio impulso desplace mi equilibrio, Coal se hace a un lado antes de enganchar mi espada y arrancármela de las manos.

La empuñadura resbaladiza se me escapa de la mano un instante antes de que la pierna de Coal enganche la mía. Caigo hacia atrás, aterrizando con fuerza en la arena, igual que hizo mi arma un momento antes. El aire se detiene en mis pulmones y el sordo golpe del impacto me llena los oídos, aun cuando fuerzo a mi cuerpo a seguir moviéndose y a rodar para ponerme en pie. *Levántate. Levántate. Levántate.*

Los granos de arena me raspan la lengua mientras recupero mi postura de lucha y le doy una patada en el pecho a Coal, pero mi pie se encuentra con un cuerpo duro como una roca que se niega a ceder.

Tirando a un lado su propia espada, Coal se agacha y me rodea con una calma depredadora. Su respiración es constante, sus músculos no se mueven ni un ápice más de lo necesario. Flexionando las rodillas para bajar su altura, el fae se lanza hacia mí desde un lado y me derriba las dos piernas a la vez que se sienta a horcajadas sobre mi pecho. Su peso ardiente me oprime los pulmones, sus manos me fuerzan las muñecas por encima de la cabeza, raspándome los nudillos contra la tierra arenosa.

Maldigo.

Coal me sube más las muñecas, bajando su cuerpo reluciente hacia el mío, sus pectorales curtidos en la batalla suben y bajan con respiraciones ásperas, su aroma metálico me inunda la nariz. El aire entre nosotros crepita de calor y tensión. Mi corazón, ya acelerado, se desboca en un galope desenfrenado mientras algo primario en mi interior despierta para rebelarse contra la inmovilización. El instinto me hace recurrir a mi magia y rugir al encontrarla encadenada. Las ataduras del mundo mortal se cierran con tanta fuerza sobre los hilos de poder que duelen.

La ira y la furia me azotan, alimentándose mutuamente mientras me debato entre el doble agarre de las manos de hierro de Coal y el dominio de este mundo sobre mi magia. El poder tullido de mi interior golpea inútilmente contra sus ataduras. Mi cuerpo se arquea, la violencia dentro de mí explota, haciendo vibrar mis huesos. Duele. Duele. Duele.

Tanta violencia. Tanta oscuridad. Tanto dolor.

Demasiado para que sea solo mío. *Estrellas.* Uno de los primeros descubrimientos que hicimos en Lunos —cuando desperté en medio de la pesadilla de *Coal*— fue que, en momentos de intensa sensación, la extraña magia de Coal tiene una forma de salvar la distancia entre nosotros. De permitir que mi cuerpo se fortalezca temporalmente con el poder del fae.

Las pesadillas de Coal sirven. Acostarnos juntos funciona mejor.

Mi visión se reduce únicamente al rostro de Coal, tan cerca del mío que el vaho de nuestros alientos se mezcla. Sus ojos, fijos solo en mí, están contraídos. Pequeñas motas de púrpura luchan por brillar en medio de un azul brillante. Sí, la extraña magia de Coal

ruge tan fuerte como la mía, y mi cuerpo de tejedora capta el eco incluso aquí, en suelo mortal.

Gruño. El sonido carnal todavía es nuevo a pesar de los seis meses que han pasado desde que mi roce con la muerte forjó a mi yo humano en esta forma inmortal, uniendo mi magia para siempre con la de cuatro guerreros fae.

Magia. Sí. ¿Y si solo era eso? ¿Y si, sin ella, no somos más que cinco guerreros fae que una vez lucharon codo con codo? Se me cierra la garganta, pero aun así me obligo a respirar.

Coal me suelta mientras destierro el pensamiento a un lugar profundo de mi interior, sus ojos indescifrables mientras se sacude la arena. Se libera de mí.

La valla donde se habían parado Katita y Tye está de nuevo vacía.

—A lo mejor los hemos asustado —murmuro, y me doy cuenta de que he hablado en voz alta cuando Coal enarca una ceja en señal de interrogación. Niego rápidamente con la cabeza.

Por un momento, juraría que la comisura de la boca de Coal se contrae. —Si ya has calentado lo suficiente —dice, recuperándose y guardando el arma caída—, es hora de que empecemos.

COAL



Mientras se ponía la túnica negra que se había quitado, Coal se apartó de la mujer cuyo aroma a lilas le mareaba.

Leralynn había luchado admirablemente la noche anterior, pero su combate en el cuadrilátero de hacía un momento había sido algo completamente distinto. Una sinfonía musical que le caló tan hondo que el corazón aún le martilleaba en las costillas. Y el corazón no era lo único que le palpitaba con dolor.

Con el sudor perlándole la piel cremosa, el rostro de Lera brillaba con una luz etérea a pesar del cielo cada vez más oscuro, y su pelo cobrizo caía en una cascada de mechones relucientes. La breve pausa desde el final del combate ya le había erizado los pezones, que se marcaban bajo la camisa levantándola, haciendo imposible no fijarse en los pechos capaces de desgarrar el alma que ella parecía no ser consciente de poseer.

Coal, sin embargo, era bastante consciente de dichos atributos. Inconvenientemente consciente. Al igual que lo había sido de sus muslos y caderas firmes, y de la tentadora curva donde el hombro se unía a su cuello, que provocaba algo primario en su interior. Le daban ganas de *morderla,* que las estrellas se lo llevaran.

Nada de aquello era lógico, ni aceptable. Ni bienvenido.

Leralynn era una cadete. Una alumna, una alumna exasperantemente terca que parecía haber nacido sin instinto de supervivencia. Si Sage, el director de la Academia, pudiera oír sus

pensamientos, lo ataría a un poste de flagelación. Y tendría razón, por una vez en su vida.

Tragando saliva, Coal saltó la valla del patio de entrenamiento y se llevó a Lera a la carrera; el cielo plomizo en perfecta armonía con su pulso acelerado. Con suerte, se pondría a llover. Un granizo helado sería aún mejor, sobre todo si pudiera colársele por el cuero y aplacar su dolorosa y palpitante erección.

Al llegar al borde de los corrales, Coal se dirigió hacia el alto muro perimetral, cruzando al trote el gran patio de piedra. Sus pasos resonaban en el espacio vacío, único sonido aparte del martilleo del hierro de un herrero y un halcón solitario en lo alto. Había tenido la intención de quedarse dentro del recinto de la Academia, pero de repente el lugar se le antojó demasiado pequeño. Demasiado parecido a una jaula. Además, Leralynn no merecía que la miraran con descaro.

A Coal le había costado toda su fuerza de voluntad contenerse para no estampar a Tye y a Katita contra la arena y mantenerlos allí hasta que no pudieran volver a mirar a Lera sin una mueca de doloroso recuerdo. Al igual que el deseo, el instinto protector había surgido de la nada, oprimiéndole el pecho a Coal como una banda de hierro, haciendo que le costara respirar. Que le costara pensar.

Y pensar era lo que Coal necesitaba empezar a hacer. Y rápido.

Parando ante el infame árbol que sin duda Lera había utilizado para saltar el muro la noche anterior, Coal no tardó en auparse y salvar de un salto la distancia de dos pasos hasta la muralla. No había necesidad de explicar nada más. En realidad, había poca necesidad de explicarle nada a Lera, no cuando lo entendía sin palabras. Y, de algún modo, Coal la entendía a ella. *Por qué,* no tenía ni idea. Y tampoco la intención de intentar averiguarlo. Eso solo podía traer problemas, y los problemas eran exactamente lo que había venido a evitar a la Academia.

Entrenar con ella había sido un error. Por suerte para todos los implicados, el error no tendría ocasión de repetirse, ya que la chica haría las maletas muy pronto. River rara vez pedía un favor, y si el comandante quería a Lera fuera, Coal se encargaría de que así fuese. Y mantendría a la chica a distancia hasta entonces.

Tras aterrizar en la tierra blanda al otro lado del muro, Coal echó un vistazo atrás para asegurarse de que su protegida seguía allí.

Allí estaba. Y sus malditos ojos brillaban…, brillaban de emoción por el giro de los acontecimientos.

Coal gruñó por lo bajo y aceleró el paso, escogiendo un sendero cuesta arriba a través del denso bosque de montaña. El terreno escarpado y rocoso y las agujas de pino que azotaban el aire creaban una atmósfera ominosa, muy apropiada para el resto de la tarde. Alzando el rostro hacia el viento gélido, Coal saboreó su caricia en la piel, mientras su cuerpo se fundía con las colinas cubiertas de bosque. Por un momento, fingió que estaba solo, que el tentador aroma a lilas que traía la brisa no provenía más que de unas flores extrañamente situadas. Que River nunca le había ordenado que echara a Lera de Great Falls. Que su mundo tenía algo de maldito sentido.

Nada de eso era verdad.

Sobre todo la parte de que el mundo tuviera sentido. Corriendo un paso detrás de él —probablemente porque el sendero era demasiado estrecho para permitirle adelantarse—, Leralynn parecía francamente *complacida.* Como si una caminata cuesta arriba entre charcos, ramas e insectos fuera exactamente la forma en que había querido pasar su día de permiso. Su mirada no dejaba de inspeccionar el terreno, sobre todo cada vez que llegaban a un mirador desde donde los pastos de ovejas y los senderos boscosos dibujaban un mosaico en el paisaje, con las escarpadas laderas grises de las montañas como un dramático telón de fondo. *Estrellas,* a pesar de un ritmo que habría hecho que cualquiera, excepto Shade o Tye, vomitara tres veces ya, Lera parecía no darse cuenta en absoluto de que se suponía que debía sentirse ansiosa y desdichada.

Al coronar una colina, Coal divisó una zona de lodo espeso. Les ordenó a ambos que hicieran flexiones en medio de aquella pasta fría y sintió una punzada de satisfacción cuando un pequeño destello de irritación apareció por fin en el rostro de Lera. —Dos docenas —dijo Coal—. Hasta aba…

Coal se calló. Leralynn ya se estaba hundiendo en el barro helado con cada descenso, la tensión en su mandíbula confirmaba que la

arenilla y la humedad se estaban filtrando eficazmente en su uniforme gris. Giraba la cabeza cada vez que estiraba los brazos. No solo inspeccionando su entorno, sino… vigilando algo. O buscándolo. La mirada de Coal se agudizó.

—Otra docena —ordenó Coal un instante después de que terminara la serie, esperando justo lo suficiente para dejar que una falsa sensación de alivio embargara a Lera antes de arrebatársela.

Al menos esa había sido la intención de Coal, y había fracasado a juzgar por la total falta de sorpresa en la cara de la chica. Como si hubiera sabido exactamente lo que iba a hacer. Igual que cuando los dos se habían enfrentado esa tarde. Sí, Leralynn era una luchadora decente, pero no tan buena como para bloquear el ataque inicial de Coal como lo había hecho. No sin saber de algún modo que debía esperarlo. Sin conocerlo *a él.*

Un escalofrío que no tenía nada que ver con el barro y el frío recorrió la espina dorsal de Coal, un recuerdo resonando en su cráneo.

Coal tenía las manos encadenadas, los hombros le dolían atrozmente por la tensión. El sabor a sangre y miedo lo asfixiaba, la sangre de su última paliza formaba costras en su piel. Los isleños que lo habían retenido durante el último año nunca tuvieron la intención de dejarlo marchar. Tampoco de dejar que se quitara la vida, por mucho que lo intentara.

Un ruido arañó los oídos de Coal. Se movió, y las llagas bajo sus grilletes le enviaron relámpagos de agonía por la piel, asfixiándolo.

—No estás solo —dijo una voz femenina a su espalda, y unos pasos suaves lo rodearon hasta que una joven de inteligentes ojos marrones se paró frente a él. Era pequeña, apenas llegaba al hombro de Coal, pero llenó su mundo con un aroma a lilas que ahogó todo lo demás. Una de las isleñas que no había visto antes.

—Sácame de aquí —las palabras de Coal, apenas un susurro, brotaron de su garganta en carne viva. El sonido de su propia súplica le oprimió el pecho.

La mujer se mordió el labio, con los ojos brillantes. —No puedo —susurró—. Tampoco puedo quitarte el dolor. Pero puedo estar aquí. Para que no te sientas solo.

Coal se sacudió, intentando desprenderse del recuerdo del espejismo. De lo que fuera aquella mujer. Había cumplido su promesa, quedándose con él siempre que sus captores lo dejaban en paz, remendando su alma trozo a trozo incluso mientras sus captores desangraban su cuerpo. Pero cuando River y Shade finalmente liberaron a Coal, no encontró rastro de ella. Ni en la prisión. Ni en la noche silenciosa. En ninguna parte.

Más tarde, en los muelles, Coal se enteró de que una mujer que coincidía con su descripción había comprado pasaje en un barco dos días antes. Se había ido. Sin decir una palabra.

Coal se sacudió de nuevo. Una mujer menuda, de pelo cobrizo y ojos marrones inteligentes… igual que Lera. No era de extrañar que su cuerpo le estuviera jugando una mala pasada.

A su lado, Lera había terminado la segunda serie de flexiones y esperaba nuevas órdenes. Sin decir nada, Coal se puso en pie y los hizo correr de nuevo. Cuesta arriba. Cuesta abajo. Abriéndose paso entre las ramas de los pinos y trepando con manos y pies por montones de rocas cubiertas de liquen. De nuevo arriba. Aún más arriba. La respiración de Leralynn se volvió entrecortada mientras el cielo, ya gris, se oscurecía aún más. Tarde o temprano, Coal iba a conseguir la lluvia que deseaba.

Acababan de coronar otra colina cuando los ojos siempre vigilantes de la joven se clavaron en un punto a unos metros a su derecha y se abrieron de par en par. Se apoyó una mano en el muslo. Siguiendo su mirada, Coal intentó descubrir qué podría haber llamado la atención de Lera, pero no encontró nada, solo una ladera boscosa que conducía a una cresta afilada frente a ellos, cubierta por una amplia arboleda de temblorosos álamos verdes. Coal señaló la pendiente con la barbilla. —Muévase.

—Espere —dijo Lera, con la respiración más forzada de lo que Coal esperaba, su pulso latiendo tan fuerte que podía verlo en la suave piel de su cuello—. Un momento, señor. Por favor.

—No.

Lera no se movió.

Coal la agarró del brazo y la obligó a seguir corriendo.

Lera dio un solo paso antes de tropezar con el siguiente, agarrándose el costado. La respiración forzada se volvió rápida, sus esbeltos hombros temblaban con una angustia que hizo que Coal se detuviera en seco, a pesar de que ese había sido el objetivo de la excursión. *Maldita sea,* se estaba convirtiendo en la gallina clueca de Shade.

Lera se tambaleó ligeramente.

—¿Leralynn? —arrodillándose a su lado, Coal le examinó el rostro.

Con buen color, aunque sonrojada, ojos vivaces, labios rosados. Tenía que estar pasándole algo por alto; era fuerte, una de las pocas personas que habían podido seguirle el ritmo. Si se derrumbaba tan de repente, *algo* había pasado.

—Háble me, Lera —ordenó Coal, con los ojos fijos en los de ella.

Apartando la mirada, Lera se dobló por la mitad y tuvo arcadas secas sobre la tierra. —Por favor —gimió entre ataques de tos, su cuerpo temblando como el de un potro recién nacido—. No. Puedo. Solo. Un. Respiro.

Coal entornó los ojos. ¿De dónde diablos salía ese discurso entrecortado? Había dicho «Un momento, señor» con bastante facilidad, ¿por qué le costaría más hablar ahora? La atención de Coal se desvió hacia el pecho de Lera, cuya subida y bajada era bastante regular.

Algo frío se deslizó por las entrañas de Coal. En todos sus años como soldado, se había esforzado y había forzado a otros lo suficiente como para conocer los límites. Lo suficiente como para saber cuándo dejar de presionar un pelo antes de llegar a ese punto.

Y desde luego que sabía cuándo alguien mentía.

Un calor incipiente comenzó en la sangre de Coal, extendiéndose como una grieta en un cristal por cada fibra de su cuerpo. Apretó la mandíbula, sus puños se cerraron con una furia que rivalizaba con la lluvia que se avecinaba. Leralynn le estaba *mintiendo*. Jugando con él. Como había hecho todo el maldito día: entrenando con él, bajando su guardia con cada parada y estocada, casi incitándolo a alargar la carrera. Hasta ahora. La chica no estaba más al límite de su resistencia de lo que lo había estado minutos antes; su elaborada

actuación era simplemente una forma de ganar tiempo mientras marcaba el terreno con tanto cuidado como un cartógrafo.

Sí, había encontrado algo. Quizás lo mismo que la había hecho trepar por el muro la noche anterior, con una espada a la espalda.

Coal siguió su mirada, sin ver todavía nada de particular interés, excepto quizás un conjunto de senderos en zigzag. No, Coal no sabía qué diablos buscaba Lera, pero sí sabía cuándo se estaban burlando de él. Y que Lera lo estuviera haciendo le dolía tanto que la bilis le subió por la garganta.

—¿Qué le pasa? —exigió Coal en voz baja. Una última oportunidad para que Lera le dijera la verdad.

—No. Puedo. Respirar.

Coal apretó la mandíbula, y el frío en su interior se convirtió en hielo crepitante. Un idiota. Había sido un idiota, mientras que River había visto a la mujer como lo que era. La primera vez desde las islas del oeste que se había permitido abrirse con alguien que no fueran River y Shade, y esto es lo que obtenía. Engaño. Como el de otra mujer que una vez le había rozado el alma.

Algo dentro de Coal se rompió, tan claro y fuerte como una rama bajo una bota descuidada.

Agarrando a Lera por la nuca, Coal la obligó a ponerse en pie. El tambaleo de la mujer era condenadamente creíble, salvo por el matiz de excitación, y no de sufrimiento, que condimentaba su aroma a lilas. Cuando ella intentó musitar algo que Coal no podía soportar oír, él apretó su agarre hasta el borde del dolor. Si Leralynn quería jugar, él se aseguraría de que no hubiera necesidad de fingir angustia.

LERA



La he encontrado, la he encontrado, la he encontrado.

Mientras Coal me empuja para que avance, voy memorizando cada punto de referencia a la vista. El camino de vuelta a la tablilla rota —a solo un barranco escarpado de distancia— hace que todo lo demás pierda importancia. El corazón me late con fuerza y los zarcillos de la esperanza me insuflan nuevas energías en el cuerpo.

Incluso mientras Coal me guía de vuelta a la parte más frondosa del bosque, lejos de esa arboleda de álamos temblones que resplandece con su chasquido en la ladera de al lado, mantengo la imagen en mi mente, trazando nuestra ruta para volver a las huellas. Como el tiempo amenaza con cambiar, tendré que salir esta noche. Aunque eso signifique tragarme el orgullo ahora.

—Túmbese boca arriba. Las piernas a quince centímetros del suelo. —La voz gélida de Coal me devuelve a la realidad. Con el rostro indescifrable, el feérico señala un arroyo poco profundo y rápido, una ramificación de la cascada de las Great Falls, a una milla de distancia. El riachuelo tiene poco más de un paso de ancho, y las pequeñas piedras agitan el agua impetuosa hasta convertirla en espuma blanca.

Ahuyento con la mano las efímeras que zumban a mi alrededor mientras intento encontrarle el sentido a la orden.

En lugar de darme una explicación, Coal me da un golpe en la corva y solo su rápido agarre en la túnica evita que me parta la cabeza al caer al arroyo. El agua helada me envuelve de inmediato, arañándome los pulmones, la cara y los muslos. Robándome el aliento. Los músculos se me agarrotan, la conmoción me obliga a incorporarme, pero Coal me empuja de nuevo al agua.

Lucho por coger aire mientras el líquido helado se precipita sobre mí, metiéndoseme a chorros en la boca, la nariz y los oídos. Escupo mientras mis talones golpean el arroyo y Coal me mantiene sumergida con la cabeza aguas abajo. El agua se convierte en agujas y mis pulmones contraídos gritan. Jadeo en busca de aire, incapaz de llenar de él mi cuerpo tembloroso. Cuando por fin lo consigo, se mezcla con la corriente.

Me atraganto. El corazón me martillea, llevando el pánico por la sangre. La bilis, la saliva y el agua me suben por la garganta. Mis miembros se agitan, lo que convierte el hecho de girar la cabeza en un esfuerzo insoportable, incluso con la mano de Coal apartándose de mi pecho para dejarme vomitar.

—¿Está…? —La lengua se me ha vuelto demasiado gruesa para mi boca y las palabras solo son posibles gracias a la pura furia—. ¿Está usted loco?

—¿He captado ya su atención? —pregunta Coal agachado junto a mi cabeza, con su bello y cincelado rostro más duro que nunca y el cielo encapotado reflejado en sus ojos azules—. Su voz grave es un estruendo letal—. Túmbese boca arriba. Los pies a quince centímetros del suelo. Me importa un bledo lo que haga con la cabeza, pero si se levanta antes de que yo se lo diga, lo hará con mi mano apretándole el esternón.

Mi mente da vueltas, sin encontrarle la lógica. Sin un punto de apoyo.

Tragándome las maldiciones junto con el agua, le sostengo la mirada a Coal mientras me rindo a lo que sea que es esto. Me tumbo en el arroyo. Mantengo las piernas en alto mientras el agua me pesa en las botas. Intento no ahogarme con la corriente.

Diez segundos. Treinta. Un minuto. Hasta que ni siquiera la rabia puede darme calor y la desesperación se precipita a llenar el vacío.

El cuerpo se me entumece y los músculos me tiemblan contra la fuerte corriente del arroyo. No puedo hacerlo. No es justo, joder, y no puedo hacerlo. Y… la cabeza se me hunde y el agua entra alegremente en mi boca. Más adentro. En mi garganta y nariz, golpeando mis cuerdas vocales agarrotadas.

El terror me recorre y el mundo se oscurece por los bordes. Me duelen los pulmones; mi cuerpo, desesperado por un aire que está en alguna parte. No aquí. En ninguna parte. Siento que mis miembros se agitan contra la corriente, los músculos rígidos y desesperados, incapaces de encontrar un punto de apoyo. De recordar qué hacer. Más rápido. Tengo que moverme más rápido. No hay tiempo. No hay tiempo. No…

Coal me levanta de un tirón por la túnica y caigo de rodillas mientras mi propia tos me desgarra el pecho.

—Así es, Leralynn de Osprey. —La voz suave del feérico es tan fría como el arroyo—. Usted no se merece esto. Necesita las Great Falls tanto como necesita estiércol pegado a las suelas de las botas.

Parpadeo y levanto mi cabeza palpitante para encontrarme con los ojos de Coal, con mi mente aletargada luchando por comprender. —¿Quiere que me vaya? ¿De eso se trata todo esto?

Coal acerca su rostro tanto al mío que las gotas de agua de mi cuerpo tembloroso le caen en el pecho. Su familiar olor metálico está cargado de un amargo matiz de furia. —Sí —dice, con un tic en la mandíbula—. Y no soy el único.

Retrocedo como si me hubieran golpeado, las palabras duelen más que el arroyo helado. —Tendrá que seguir esperando.

El tic en la mandíbula de Coal se acelera, pero no dice nada. Sus gélidos ojos azules chispean en el aire cargado por los truenos; algo en su interior está a punto de romperse, tan seguro como que se avecina una tormenta.

Sobre nuestras cabezas, un halcón en fuga desciende en picado; el bosque a nuestro alrededor está en silencio, expectante.

Coal quiere que me vaya. Y no solo él. El calor me recorre a pesar del frío y aprieto los dientes castañeteantes. La máscara que le he visto ponerse a River tantas veces se desliza sobre mi rostro

mientras me agarro a las piedras a ambos lados del arroyo y vuelvo a meterme en el agua.

Pase lo que pase, Coal no tendrá la satisfacción de verme rendirme.

ARISHA



Dos medidas de grano, una de pienso dulce para tres docenas de caballos, durante cuatro semanas, y cada saco de pienso contiene… no, espera, con la llegada del buen tiempo primaveral, pronto podría haber hierba fresca. Arisha tachó el cálculo. ¿Significaría la hierba verde extra que los caballos necesitarían menos grano o el ejercicio adicional que hacían sobre el terreno blando los llevaría a necesitar más?

—¿Deberíamos decírselo?

—Eso sería un trabajo a jornada completa, Nolan, y tengo que vigilar el entrenamiento de Tyelor. Necesita que alguien lo mantenga a raya.

Arisha se sumergió más en su libro, ignorando a la princesa Katita y a sus primos de la realeza. *Una medida y media de…* Algo rugoso golpeó a Arisha entre los ojos y la hizo caer de bruces al suelo. Mirando hacia arriba con rabia, Arisha vio el árbol contra el que acababa de chocar. A unos pasos de distancia, el grupo de miembros de la realeza estalló en risitas mal disimuladas. Genial. Era la tercera… no, la cuarta vez que se chocaba contra algo solo en ese mes. ¿Es que alguien movía los malditos árboles y edificios en mitad de la noche? Al menos, cuando la despampanante Leralynn tropezaba con algo, ese algo resultaba ser inevitablemente el mejor atleta de Great Falls.

Una a la que la princesa Katita consideraba de su propiedad.

Con el ceño fruncido, Arisha recogió sus libros y se apresuró a entrar en el santuario de la biblioteca. Necesitaba ordenar los libros por orden alfabético. O contarlos. O quizá reagruparlo todo por periodo histórico. Cualquier cosa para no pensar en el tormento que el maestro Coal le estuviera infligiendo a Lera. La chica era valiente, amable y tan inconsciente de su propia mortalidad como un chaval de catorce años. Enfrentada al sadismo creativo de Coal, la combinación no podía acabar sino en un desastre absoluto.

El tintineo de unas campanillas recién instaladas en la puerta sacó a Arisha de sus pensamientos. —¿Tío Gavriel? —llamó, entrando en el gran círculo del vestíbulo de la biblioteca. El escritorio del bibliotecario donde Gavriel solía sentarse estaba vacío, aunque el sonido de un bastón golpeando el suelo de mármol pulido resonaba desde algún lugar de la sala—. ¿Tío?

—Arisha. —Saliendo de detrás de las estanterías del fondo, Gavriel cojeó hacia ella con más energía de la que le había visto últimamente. El brillo extra en sus ojos marrones era francamente contagioso—. ¿Estás bien, querida?

—Sí. —Arisha se quitó una hoja perdida de la trenza y se ajustó las gafas—. Tú, sin embargo, pareces más contento que unas castañuelas. —A pesar de estar solos en la biblioteca, Arisha bajó la voz—. ¿Te ha vuelto a acoger el Gremio? —Las discrepancias vehementes de Gavriel tanto en la interpretación de las profecías fae como en las reglas del Gremio en torno a ellas habían provocado que lo echaran a la calle hacía un año. Gavriel, siendo Gavriel, consiguió inmediatamente que lo contrataran en la Academia Great Falls, negociando un puesto para su sobrina en el proceso.

—Aún no, pero lo harán. —Gavriel dejó sus libros sobre una mesa y fue a sacar la tetera y la bandeja de dulces que siempre tenía para la visita de Arisha. Bollos de pasas espolvoreados con azúcar, por el olor—. Realmente no tendrán más remedio que reconocer mis teorías.

Con un suspiro, Arisha ordenó los libros de Gavriel en una pila y echó un vistazo a las campanillas recién colocadas en la puerta. Gavriel quería saber si alguien invadía su espacio, lo que significaba

que planeaba ser más imprudente de lo habitual. —¿Has descubierto nuevas pruebas?

—Mejor. —El hombre regresó a la mesa y le entregó a Arisha una bandeja de té—. He demostrado que mi teoría es correcta. He encontrado a la Protectora.

La bandeja de té se le resbaló de las manos a Arisha; Gavriel rescató la tetera antes de que pudiera derramarse. El corazón de Arisha se aceleró. Después de toda una vida de trabajo sin reconocimiento, su tío merecía un poco de crédito. —¿Estás seguro? ¿Dónde está?

—Ella. Y aquí mismo, en la Academia Great Falls, tal y como predije. —Gavriel hizo una mueca—. No es lo que esperaba, te lo concedo. Un poco tosca y no del todo lista para aceptar su papel, pero la ayudaré a superarlo.

Un pavor familiar y denso se asentó en la lengua de Arisha. Ahí estaba otra vez, la razón por la que el tío Gavriel fue apartado del trabajo de su vida para empezar. —¿Qué quieres decir con *ayudarla*? El Gremio de Centinelas es muy claro: observar, registrar, no intervenir. Las profecías tienden a torcerse cuando la gente empieza a meter sus lenguas y plumas en ellas. Creo que eso me lo enseñaste tú.

Gavriel se ajustó las gafas. —Esto es diferente, Arisha. Y vital. El peligro llegó antes que la Protectora, y ella… Me temo que, si se la deja a su aire, va a estar persiguiendo a jóvenes en lugar de salvar el reino mortal. A veces las profecías necesitan un poco de guía, ¿eh? —Le sirvió una taza de té a Arisha—. El Gremio entrará en razón cuando lo vea.

—¿Vas a decirme quién es? —preguntó Arisha, soltando un profundo suspiro. Ya conocía a Gavriel y sabía que en ese estado era imposible hacerle entrar en razón. Lo mejor que podía hacer era gestionar los daños y asegurarse de que sus nobles intenciones no cavaran su tumba.

A pesar de la biblioteca vacía, Gavriel bajó la voz antes de hablar. —Leralynn de Osprey. Lleva un amuleto velo, por supuesto, pero es ella.

—¿Leralynn? —Arisha parpadeó—. ¿Hay dos Leralynns?

—Ya hemos empezado con muy buen pie —continuó Gavriel—. La zona de Great Falls ha estado bajo el asedio de las criaturas más desagradables… Sky… no, sclices. Le expliqué a Leralynn ayer…

—¿Leralynn de Osprey? —Los dedos de Arisha se cerraron en torno al papel, arrugando los cálculos. La amable y bella Lera, que no podía evitar meter las narices en un avispero, ¿era una *guerrera fae inmortal*? No. Arisha siempre había imaginado que el Protector se parecería y actuaría más como el subdirector River o quizá como el maestro Coal. Una pequeña sonrisa asomó a los labios de Arisha. *Coal.* Quien probablemente estaba intentando hacer morder el polvo a un fae inmortal en ese preciso momento. Se lo tenía merecido el cabrón.

La sonrisa de Arisha se desvaneció cuando el resto de la frase de Gavriel caló en ella. —¿Qué quieres decir con que le *explicaste* a Leralynn? El Gremio de Centinelas observa. No interferimos. Dime que no hablaste realmente con ella sobre… Estrellas. Tío. —El estómago de Arisha se encogió, su corazón se aceleró. El voto de no interferencia del Gremio era vital, para evitar que todo el reino mortal entrara en guerra por ganarse a la guerrera inmortal para su bando de la verdad. Arisha aún no era una Centinela de pleno derecho, pero incluso ella lo sabía. Leralynn —la mente de Arisha todavía daba vueltas con las ideas— tenía que ser libre para tomar sus propias decisiones. Los ojos de Arisha se abrieron como platos —. Por favor, dime que no tuviste nada que ver con que Lera se escapara y saltara el muro anoche.

En lugar de sonrojarse, Gavriel se irguió. —Así es. Me complació saber que se tomó mis palabras en serio, y hemos tenido una discusión muy productiva esta mañana sobre las criaturas que encontró.

—Sí, bueno, a Lera la han pillado —le dijo Arisha a Gavriel, con voz dura—. El maestro Coal la está castigando mientras hablamos, por orden de River. No hace falta que te diga lo que esos dos les hacen a los nuevos cadetes.

—Mmm. —Gabriel emitió un sonido que era más de intriga que de arrepentimiento—. En realidad, eso podría jugar a nuestro favor,

y bastante bien. Y por *nuestro* favor, me refiero al de toda la raza humana.

Arisha frunció el ceño. —¿Porque la Protectora necesita una experiencia extra en sufrimientos?

—Porque Leralynn debe sacarse a esos jóvenes de la cabeza para poder centrarse en la tarea que tiene entre manos —dijo Gavriel, inclinándose hacia delante—. La chica insiste en que Tye, Coal, River y Shade también son fae, y que los cinco forman parte de un *quinto* Lunos juntos. Compañeros, de hecho. Según Leralynn, un artefacto mágico que rompió hizo que los hombres —los machos— absorbieran las propiedades de los amuletos velo que llevaban. Los cuatro se creen humanos.

—Coal. River. Tye. Shade. —Arisha se sentía como un maldito loro, su comprensión del mundo se ponía patas arriba. Su pulso, ya de por sí rápido, se aceleró de nuevo. Esos nombres… Eran una parte integral de la Academia. Una parte *influyente*, cuyas acciones podrían tener un efecto dominó en toda la Alianza Continental—. *Estrellas,* River y Coal están en la línea de mando directa de la hija del rey Zenith. Y aquí estaba Gavriel, intentando ponerle las riendas a Lera, lo que inevitablemente afectaría también a las acciones de sus compañeros. ¿Es que Gavriel no entendía que lo ejecutarían por esto? No, por supuesto que no. El tío Gavriel era brillante, amable y estaba tan desconectado de la realidad como sus libros.

Quitándose las gafas, Gavriel las limpió en el borde de su túnica. —Confieso que la excursión de Lera anoche *podría* haber estado motivada tanto por el deseo de encontrar el artefacto roto como por mis instrucciones explícitas sobre los deberes de una Protectora, pero es mejor ser optimista, ¿no crees?

—¡¿Optimista?! —Arisha contuvo la voz—. Estás intentando dirigir a la Protectora para que cumpla tus órdenes, ¿y tu versión *optimista* de los acontecimientos es que te obedece ciegamente y deja de luchar por los recuerdos de sus compañeros?

—Lera es muy joven y se distrae fácilmente con escapadas amorosas —dijo Gavriel a la defensiva—. No tengo ninguna agenda malvada. Solo deseo ayudarla a crecer en su destino y a salvar tantas vidas como sea posible por el camino.

—No, tío. Quieres ayudar a Lera a convertirse en tu visión de su destino. —Arisha se levantó, con el corazón golpeándole las costillas mientras empezaba a recoger sus libros, con los pensamientos dando vueltas tan descontroladamente que no podía seguirles el ritmo. Al apartar los papeles de Gavriel, Arisha sintió que su mano rozaba un extraño disco, cuyas runas desconocidas eran claramente de factura fae. Frunció el ceño, recordando la queja de River sobre un colgante perdido, y sintió un escalofrío recorrerle la espalda—. ¿Qué es eso, tío Gavriel?

LERA



No puedo respirar. El agua helada que corre por mi cara no cesa, no me da tregua por mucho que la escupa. Tengo frío, estoy mojada y siento que llevo así días y años. La áspera tela mojada de mi uniforme me araña la piel cada vez que me muevo, enviando punzadas de dolor donde roza las abrasiones que nos dejaron las ramas al correr por el bosque. Al menos el dolor rompe el entumecimiento gélido.

A pesar de todo, los ojos azules de Coal me observan con una intensidad inquebrantable; todo su cuerpo repite una única palabra: *vete.*

—No. Se lo grito a la cara al principio. Y cuando ya no me queda energía para eso, lo grito en silencio.

No.

Vete al infierno, o trae el infierno aquí.

Me quedo, maldita sea.

Cuando, tras eones de tormento, oigo por primera vez el aullido de un lobo, creo que el ruido está en mi cabeza. Un cuerpo agotado y mojado jugándole una mala pasada a su aletargada mente. Cuando el aullido vuelve a sonar por tercera vez, sus notas familiares —junto con las manos de Coal arrastrándome hasta la orilla— me sacuden de mi trance. La vuelta a la consciencia es tan brusca que no puedo reprimir un sollozo ahogado que Coal finge no ver.

—Un golpe de suerte —dice Coal, su voz tan fría como siempre —. Volvemos adentro por ahora.

Lo miro parpadeando. No he abandonado. ¿Por qué...?

—Se acerca una tormenta. —Coal señala al cielo en respuesta a mi pregunta silenciosa.

Tiene razón, me doy cuenta, todavía sin moverme. En algún momento de la última hora, el viento ha arreciado y ahora ruge entre las ramas de los pinos, los cielos grises ya gotean lluvia. El *plop, plop, plop* de las gruesas gotas al chocar contra el arroyo me provoca una punzada de miedo, aunque no entiendo muy bien por qué.

—Leralynn. —El rostro cincelado y el pelo rubio de Coal llenan mi campo de visión. Un instante después, me coge del hombro y me sacude con brusquedad—. ¡Leralynn!

Lo miro parpadeando.

La mirada de Coal me recorre una vez y luego se detiene en mis ojos. Cuando habla, su voz es tan firme y autoritaria como la propia tormenta. —¿Me estás escuchando? ¿Puedes caminar?

Un remolino de agua del arroyo, rizado por el viento, me golpea la cara. *Viento. Lluvia. Tormenta*. Entonces caigo en la cuenta, la razón por la que la lluvia me ha provocado esa sacudida de miedo. Pronto, quizás ya, la tablilla y mi rastro —mis únicas esperanzas de recuperar los recuerdos de los machos— desaparecerán. Se los llevará el agua.

—No —susurro. Mi respiración entrecortada y mi corazón acelerado ya no tienen nada que ver con el frío. Me esfuerzo por ponerme de rodillas, mis manos entumecidas ceden, aunque Coal evita que me caiga. Incluso mientras lo hace, busco mis puntos de referencia. Trazo mi rumbo.

—De pie, cadete. —Coal me rodea con su brazo cálido y musculoso—. Te ayudaré.

No. Me aparto de él de un empujón y acabo de nuevo en el arroyo.

Coal maldice. Vuelve a intentar cogerme.

Esta vez, me muevo con más decisión y me voy al otro lado del agua. —No me toques. —Pretendo que mis palabras suenen fuertes,

pero salen con una voz áspera y ronca—. No. Me. Toques.

Un lobo vuelve a aullar.

Un destello de algo cruza el rostro de Coal, y retira las manos lentamente, mostrándome las palmas vacías. Aun así, su mirada me evalúa como quien sopesa cómo enfrentarse a un perro rabioso. Un instante más y Coal hará exactamente eso.

No puedo permitir que eso ocurra.

Poniéndome en pie a trompicones, echo a correr, en una carrera contra la tormenta que se avecina, de vuelta hacia mi rastro de hace casi dos días. Mis pies entumecidos golpean la tierra blanda, resbalando en el terreno irregular y tropezando con las rocas. Una ráfaga de viento sopla con la fuerza suficiente para levantar en el aire las hojas y ramitas caídas, golpeándome la cara; la sacudida me hace tambalear. Perdiendo un tiempo que no tengo.

—¡Leralynn, para! —El rugido de Coal me llega desde atrás, la voz tan cercana que puedo sentirla. Entonces Coal se abalanza sobre mí, placándome contra el suelo, girándome los hombros para obligar a que mi mirada se encuentre con la suya. Impaciencia, furia y algo más: miedo. Su pecho sube y baja, presionando el mío, atrapándome—. No estás pensando con claridad. Sígueme. *Ahora.*

—¡Suéltame! —le grito, mi voz alzándose con verdadero miedo. No puedo hacer esto. No puedo fingir ni un día más que soy humana, no puedo enfrentarme a los machos a través del perverso espejo del velo. Y cada segundo que Coal me retiene, sella aún más ese horrible destino—. ¡Suéltame!

Coal me pone en pie de un tirón, sujetándome con brusquedad. —Esto no es una negociación, cadete. Si quieres quedarte en Great Falls, me coges la maldita mano y vienes.

Mi mente se queda en blanco, el ultimátum es tan claro que mi respuesta llega sin pensar. No puedo ganarle a Coal en una pelea. Y no puedo dejar que me retrase ni un instante más.

—¡Lo dejo! —le grito a la cara al macho, lo suficientemente alto como para ser oída por encima del viento—. He terminado con tus carreras, tu castigo y con que casi me ahogues. No soy una alumna de la Academia a partir de este momento, así que quítame las malditas manos de encima. Ahora.

Coal se queda helado, con el rostro pálido. Y entonces hace lo que le he exigido. El aire gélido se abalanza para ocupar su lugar.

Echo a correr en cuanto me suelta, antes de que pueda dejar que la soledad se precipite con el aire frío, antes de que pueda dudar de mí misma. Corro a toda velocidad. Mi cuerpo torpe no se concentra en nada más que en la ladera de la montaña, ahora borrosa a través del aire húmedo y ventoso. Las gotas de lluvia rebotan en las hojas y las agujas de los pinos, golpeándolas como pequeños tambores infinitos. Las ramas se doblan con el viento para chocar contra sus vecinas y silbar y chasquear su descontento. Mire donde mire, el bosque es diferente de como era, los árboles doblándose y moviéndose a través de brumosas cortinas grises de lluvia, puñados de tierra y agua volando por el aire. El olor a tierra mojada y corteza húmeda impregna el aire con tal densidad que no huelo nada más.

Gruesas gotas de lluvia me azotan la cara, impulsando cada una de mis zancadas. A pesar de todo, mi mirada no se enfoca en nada más que en el único rastro de huellas que milagrosamente sigue ahí, serpenteando entre los árboles. El ligero cambio en el patrón que dejó la pezuña descalza de Sprite ya no es visible, pero sé que el rastro es mío y doy gracias a las estrellas porque el maldito arroyo de Coal no estuviera tan lejos como para hacerme perder la ruta sagrada.

Coal. Tropiezo cuando su imagen aparece en mi mente, revolviéndome el estómago. Incluso cuando la runa reconectada restaure los recuerdos de los quintillizos, no estoy segura de que vuelva a mirarlo a él —al macho que quería que me fuera— de la misma manera. Un escalofrío incontrolable recorre mi cuerpo, sembrando el pánico. Por un instante, mi rostro vuelve a estar bajo la superficie, el agua helada entrando a raudales en mi boca y mi nariz. Cerrándome los pulmones. Cortándome el aire. Jadeo, con los ojos desorbitados y el corazón martilleándome las costillas.

Fuerzo una bocanada de aire garganta abajo, luchando contra el mareo para el que no tengo tiempo. Con la lluvia arreciando, pronto quedará poco que seguir en la empinada ladera. Más rápido. Tengo que moverme más rápido, bajar corriendo por la misma ladera que

subí en zigzag. Lo hago. Corro sin permitirme pensamientos, sin recuerdos de los ojos gélidos de Coal. No…

Mi bota aterriza en algo blando, el terreno empinado se desliza de repente bajo mis pies.

Caigo de lado, la pendiente me arrastra con el barro. El aire que tanto me costó inspirar se me agarra ahora en el pecho, la gravedad apoderándose de mí. Arrastrándome en una voltereta ladera abajo. Las rocas me arañan la piel, mis dedos entumecidos son incapaces de agarrarse a nada para detener el deslizamiento.

Abajo, abajo, abajo.

Mi costado, mi vientre, mi cabeza, todos se van turnando contra el suelo. Reboto en el primer árbol con el que choco, el segundo me despide con un moratón. El tercero finalmente me detiene; mi espalda golpea el tronco con tal fuerza que el mundo parpadea. Un rayo rasga el aire justo cuando recupero el juicio, seguido un instante después por un trueno. La lluvia que me azota la cara se convierte en un aguacero, el barro y la tierra corren en riachuelos por la ladera, llevándome con ellos cuando me atrevo a intentar levantarme.

Esta vez, bajo el desprendimiento de espaldas, el viento oculta mi grito. Estoy consciente y, sin embargo, no puedo hacer nada para detener el rápido movimiento; mis manos y pies no encuentran agarre, pues la ladera de la montaña baja junto conmigo. Para cuando nos detenemos en la base de la pendiente, la lluvia es una espesa cortina que no me deja ver más allá de las yemas de mis dedos.

Un rayo vuelve a crujir, derribando un gran árbol a no más de veinte pasos de distancia. Derribando con él la última de mis esperanzas. He perdido el rastro. He perdido a mis machos. Me he perdido a mí misma. Para siempre.

Rodeándome las rodillas con los brazos, lloro, temblando tanto como las ramas.

COAL

—*Dimito* —le había gritado Leralynn a la cara, con una voz que se sobrepuso al viento para atravesarlo. Por un instante, Coal se había quedado helado. Había conseguido lo que había venido a buscar y, sin embargo, la victoria le supo tan amarga que no pudo obligar a su cuerpo a moverse. Así que no lo hizo. Se quedó allí, sujetando a Lera como si ella no hubiera hablado, como si él hubiera oído mal.

El seductor rostro de Lera se acercó a él; sus ojos castaños, duros y sorprendentemente luminosos contra su pálida piel, y su uniforme gris, pegado a cada centímetro de su cuerpo. Sus palabras le golpearon el pecho como si fueran rocas. *—A partir de este momento, no soy alumna de la Academia, así que quítame tus malditas manos de encima. Ahora.*

En el instante en que lo hizo, Lera se dio la vuelta y echó a correr, mientras las gruesas gotas de lluvia salpicaban sus huellas. Y ahora se había ido, y la tormenta ahogaba cualquier sonido, cualquier rastro de ella.

A Coal se le oprimió el pecho. Se giró y hundió el puño en un árbol con fuerza suficiente para que le crujieran los nudillos. Y volvió a hacerlo. Una y otra vez, hasta que las gotas de lluvia que resbalaban por la corteza se tiñeron de rojo. Como si el propio árbol estuviera sangrando.

El oscuro cielo de la tarde relampagueó, seguido por el estruendo del trueno. El agudo destello de luz mortal cayó sobre un árbol mucho más abajo, y el crujido del tronco humeante puso en alerta todos los sentidos de Coal.

—¡Leralynn! —La voz de Coal se alzó en un bramido que el bosque se tragó como si fuera un mero despojo—. ¡Lera!

Ninguna respuesta.

Coal soltó una maldición. El tiempo estaba empeorando más rápido de lo que había esperado y, a juzgar por el viento y el olor, iba a ir a peor. Una tormenta en toda regla, con Leralynn sola en medio de ella. La lluvia golpeó la cara de Coal con saña, y las gotas pasaron de ser finas agujas a espesos pegotes.

Tras orientarse rápidamente en el bosque, Coal echó a correr en la dirección en la que Lera había desaparecido, aguzando el oído, pero sin oír nada más que el torrente del arroyo y la lluvia que empapaba las hojas. —¡Lera! —gritó una y otra vez, pero sus palabras resonaron como una burla y no obtuvieron respuesta. Ni rastro de Lera. Y con la tormenta arreciando, tampoco había huellas.

El corazón de Coal dio un vuelco y luego se desbocó, mientras un calor cargado de miedo se extendía por su sangre. ¿Adónde demonios se había metido Lera? No podía verla. No podía olerla. No podía oírla. La chica *no* podía haber ido lejos, no con lo agotada que estaba. Diez pasos, quizá. Veinte, teniendo en cuenta su tozudez. Cualquier otro cadete estaría acurrucado bajo el primer arbusto de aspecto acogedor, sollozando y meciéndose.

Desde luego, Lera no era como los demás cadetes. Era una guerrera por derecho propio, demasiado terca y orgullosa para retirarse. Para pedir ayuda. Para mostrar debilidad. Coal no debería haberla dejado nunca, sin importar lo que ella le hubiera exigido. Sin importar si estaba bajo el control de la Academia o no, si tenía derecho a arrastrarla por la fuerza o no.

Coal había ido demasiado lejos. Cuando se dio cuenta de que Lera le estaba tomando el pelo, el castigo había dejado de tener que ver con las órdenes de River para convertirse en algo personal. Porque Coal había sido lo bastante estúpido como para confiar en la chica. Porque Lera se parecía tanto a la mujer que le había rozado el

alma y se había marchado. Porque Coal era un bastardo irresponsable que nunca había merecido la confianza de River.

El único trabajo de Coal ahora era devolver a la chica a la Academia con vida. Y si se quejaba, por él como si River lo azotaba por secuestro.

—¡Leralynn! —Coal se giró, escudriñando el bosque empapado una y otra y otra vez, buscando entre las sombras grises, entre las relucientes hojas verdes. El agua se le metía en la boca cada vez que la abría para llamarla.

Ninguna respuesta, salvo el golpeteo de la lluvia. Ningún olor, salvo el de la tierra mojada y el acre del relámpago.

Los músculos de Coal se tensaron; la frustración y la furia le oprimían con tanta fuerza los pulmones y el pecho que era un milagro que los huesos no se le partieran. Un gruñido que sonó cualquier cosa menos humano escapó de su pecho mientras hundía los nudillos en otro árbol. El dolor explosivo en su puño fue un alivio momentáneo del rugido que sentía en su interior.

Coal se retorció, incapaz de detenerse, de pensar.

¿Adónde se habría ido? ¿Adónde, adónde, adónde? El corazón de Coal latía al ritmo de la lluvia. Corrió a lo largo del arroyo buscando alguna pista sobre el rumbo de Lera. Seguramente habría corrido —aunque solo las estrellas sabían cómo *podía* correr— lo más lejos posible de donde estaba Coal. Pero eso todavía dejaba demasiado terreno. ¿Río arriba o río abajo? ¿Hacia la Academia o en dirección contraria? El mirador que había llamado su atención, quizá, o… El pie de Coal resbaló en la tierra mojada, y contuvo el aliento mientras recuperaba el equilibrio y miraba hacia abajo.

La pendiente era húmeda y lo bastante empinada como para casi haberlo arrastrado. Si Lera hubiera estado aquí… Ahora que miraba más de cerca, Coal distinguió un rastro claro que descendía por la ladera. No las estrechas marcas de unos pies que resbalan, sino una ancha franja de lodo removido que dejaría un cuerpo al deslizarse. Cinco pasos más abajo, un árbol sostenía un trozo de tela gris, enganchado en una rama afilada y rota.

Coal había dejado que Lera se fuera, y ella se había caído.

El trueno restalló como si se estuviera burlando. *Sí*, decían los cielos. *Has sido tú. Tú. Tú.*

LERA



Es un tiempo después —minutos, quizá, o tal vez días— cuando una dentadura afilada que se cierra en torno a la parte superior de mi brazo me obliga a apartar la cara de las rodillas. La lluvia ha pasado de ser una tormenta torrencial a un fuerte aguacero, aunque mi mente aletargada no es capaz de discernir si este hecho tiene alguna importancia. Casi me sorprende ver que sigo aquí, acurrucada junto a la base de un árbol, con las ramas azotando el aire sobre mi cabeza. Sorprendida de constatar que ninguna me ha partido el cráneo.

La dentadura me suelta y vuelve a morderme, esta vez con más fuerza.

Al girar la cabeza, me encuentro con un lobo gris empapado de hocico negro y penetrantes ojos amarillos. Se me hace un nudo en la garganta y extiendo la mano con desesperación, aun temiendo estar alargándola hacia un espejismo. Un pelaje húmedo y cálido salva la distancia que nos separa; una gran lengua lobuna me lame la tierra, la lluvia y las lágrimas de la cara.

Me abrazo al lobo de Shade y hundo la cara en su cuello para aspirar su aroma terrenal. —Sabía que eras tú anoche —digo finalmente contra el pelaje del lobo—. ¿Puedes transformarte? *¿Puedes transformarte ahora?*

Sus ojos amarillos parpadean con reconocimiento, pero con poca comprensión. El lobo me coge la mano entre los dientes y tira de mí

hacia un enorme cúmulo de rocas desmoronadas. Como no me muevo, el lobo gruñe molesto y me suelta la mano. Su mirada entornada no me deja lugar a dudas de que se está preparando para volver a hincarme los dientes y solo duda mientras elige su objetivo.

—¡Espera! —Consigo moverme con dificultad, sin apartar la mirada de Shade por miedo a que él también desaparezca—. Un parpadeo para sí, dos para no. ¿Puedes transformarte a voluntad?

El lobo gruñe. Chasquea los dientes con impaciencia.

—¿Entiendes lo que digo? —Siento el pecho oprimido—. Un parpadeo o… —El lobo gira la cabeza, sus ojos siguen a una ardilla que pasaba por allí. Maldigo entre dientes. Qué es exactamente lo que entiende el lobo de Shade ha sido objeto de especulación incluso en Lunos, y ahora parece todavía menos prometedor. Para cuando el lobo vuelve a prestarme atención, se mueve impaciente sobre sus patas, con sus relucientes dientes a la vista y chasqueándolos.

—Ni se te ocurra morderme solo por gusto —mascullo, usando un árbol cercano para ponerme en pie. Puede que Shade no entienda mis palabras, pero el lobo ha dejado muy claras sus intenciones para con sus dientes.

El lobo resopla. Se da la vuelta, levanta la cola y se aleja al trote, girando la cabeza una vez para asegurarse de que lo sigo.

Caminando a duras penas, en parte a rastras, sigo al lobo de Shade, que, por suerte, solo me conduce a unos veinte pasos de distancia, hasta una pequeña cueva protectora entre tres de las enormes rocas. Al parpadear ante el hoyo en el suelo de la cueva, me doy cuenta de que el lobo ya ha cavado el fondo para quitar la peor parte del barro húmedo y crear una barrera extra contra el viento. Me meto dentro y me acurruco en torno a mi lobo; su espeso pelaje y su aliento lobuno me calientan el cuerpo tembloroso.

* * *

COAL

El aullido de un lobo desgarró el alma de Coal, un sonido que debería haberlo hecho echar mano a un arma, pero que en cambio lo impulsó a echar a correr. Estaba al pie de la colina por la que Lera se había deslizado; la pendiente era tan larga y empinada que Coal tuvo que bajarla en zigzag para no partirse la crisma. A su izquierda, el bosque continuaba en un trémulo cúmulo de álamos y pinos. A su derecha, una formación rocosa sostenía la base de otra ondulante colina.

—¡Leralynn! —gritó Coal con la garganta en carne viva—. ¿Dónde estás?

El lobo volvió a aullar, como si respondiera claramente. El sonido provenía de la base de aquella formación rocosa a la derecha de Coal, donde se veía la oscura entrada de una cueva que un animal inteligente podría haber reclamado. Esta vez, Coal sí desenvainó el cuchillo de la bota mientras acortaba la distancia, con el vaho de su aliento suspendido en el aire frío.

Un sonido de raspado resonó en la boca de la cueva.

Luego algo que sonó como un *chitón*.

Un chillido femenino indignado.

Antes de que Coal pudiera procesar por completo el significado del sonido, un lobo gris salió disparado de debajo de las rocas, enseñando los dientes y con las orejas gachas, dirigiéndose directamente hacia él. Una onda de algo que Coal no pudo explicar lo recorrió, un instinto retorcido que lo llevó a arrojar el cuchillo en lugar de apuntar con él al depredador. Como era de esperar, esa idiotez fue un error. Al instante siguiente, el lobo impactó contra el pecho de Coal, derribándolo de espaldas contra el suelo.

Coal cayó con fuerza; una piedra se le clavó en los hombros. El corazón le martilleaba, incapaz de concentrarse mientras unas fauces mortales se cernían sobre su cara. La saliva del lobo goteaba, cayendo con la lluvia sobre las mejillas de Coal, y sus ojos amarillos estaban clavados en los suyos.

La oscuridad brilló ante los ojos de Coal; el gran peso sobre su pecho era un eco de los grilletes de los isleños. A Coal le dio un vuelco el corazón; vaciló un instante y luego se le desbocó tan rápido que podía sentirlo en el cuello. *El hedor a podredumbre y*

sangre le inundó la nariz, la boca pastosa por un dolor que aún no había llegado, pero que llegaría.

GRRRRRRRRR

El gruñido grave del lobo volvió a sonar, surgiendo de lo más profundo de su pecho mientras se le erizaba el pelo en una gruesa cresta gris a lo largo del lomo. El aliento del animal estaba ahora tan cerca que Coal lo sintió sobre la piel.

La mano de Coal se cerró en torno a una piedra, pero justo cuando se preparaba para aplastar el cráneo del animal, el significado de la voz femenina por fin caló en su mente. Lera. *Era* Lera. Viva. Y aquí. De algún modo —y solo las estrellas sabían por qué estaba tan seguro—, el lobo estaba protegiendo, no dañando, a la chica.

Con los músculos temblándole por el esfuerzo, Coal abrió la mano y dejó que la piedra rodara.

Sin inmutarse, el lobo retrajo los labios para enseñar unos relucientes caninos y los chasqueó a centímetros de la cara de Coal.

Coal levantó la barbilla, exponiendo el cuello al depredador mientras sostenía la brillante mirada dorada del animal. Desafiándolo a que acabara con él. Pidiéndoselo.

Pasó un latido, marcado por el aliento jadeante del lobo, con los grandes músculos lupinos tan tensos y trémulos como los del propio Coal. Un segundo latido. Un tercero.

—Vamos, saco de pulgas —gruñó Coal, enseñando sus propios dientes—. Acaba de una vez.

El lobo resopló y se agachó sobre sus patas delanteras, levantando los omóplatos. Luego, apartándose de los hombros de Coal, se adentró en el bosque a toda velocidad.

Con el corazón todavía desbocado, Coal se puso en pie de un salto, con la mirada confusa mientras se enfundaba el cuchillo en la bota. La mente se le aceleró al ritmo de su pulso. Estaba vivo. Si esto era bueno o no, no lo sabía.

—¿Estás bien? —La voz de Lera atenazó la garganta de Coal y lo hizo girar hacia las rocas. La chica estaba pálida y mojada en la boca de la cueva, temblando con su uniforme gris desgarrado, con la

mano aferrada a la roca con los nudillos blancos como el hueso, lo que le indicaba que estaba a un suspiro de desplomarse.

—Leralynn. —El mundo se redujo a la chica que estaba en la boca de la cueva. Al momento siguiente, Coal ya se estaba moviendo, lanzándose a coger a Lera antes de que desapareciera de nuevo. Sujetándola, Coal los metió a ambos en la cueva, clavándole los dedos en los brazos con tanta fuerza que seguro que le dejaría moratones. Pero no podía soltarla, ni pararse a pensar por qué.

LERA



Coal se abalanza hacia delante y me agarra por la parte superior de los brazos; sus dedos se clavan en mi túnica mojada y en la carne que hay debajo. Se le dilatan las fosas nasales, sus hombros suben y bajan con respiraciones rápidas. Antes de que pueda responder, nos mete de un empujón en la cueva, con sus poderosos muslos flexionándose con fluidez. En las sombras y la humedad, su pelo rubio parece oscuro, sus ojos azules destellan con llamas gélidas. El agua que le corre por la cara no hace sino realzar la belleza de sus perfectos y cincelados rasgos. Más letales. Más arrogantes. Cuando la mirada depredadora de Coal se encuentra con la mía, un calor me inunda las entrañas.

—¿Se puede saber si estás loca? —me grita Coal en la cara; el miedo y la furia que emanan de él son tan densos que me dejan un regusto a cobre en la lengua—. Podrías haber muerto.

Se me para el corazón y mi cuerpo se queda paralizado como un conejo atrapado. No puedo enfrentarme a él. Ahora no. Así no. El camino hacia la tablilla con inscripciones rúnicas ha *desaparecido* y, con él, mi esperanza de revertir los recuerdos de los machos. Este Coal que ahora me zarandea los hombros me conoce tan poco como yo a él —o al *él* que él cree que es—; el vacío entre nosotros es tan inmenso como cualquier reino. Una furia que se hace eco de la de Coal me recorre. Miedo. Odio.

Odio a Coal por dejar que me fuera. Lo odio por haberme seguido. Lo odio por haberme obligado a meterme en ese arroyo. Por hacer que mi corazón lata más fuerte con su mera proximidad, con la intensa mirada de sus ojos azules.

—¿Me estás escuchando, maldita sea? —El rostro de Coal está a centímetros del mío, con toda su intensidad centrada únicamente en mí. Sin ni siquiera el cielo para diluir la fuerza de la atención de Coal, siento como si mil diminutas garras se aferraran a cada parte de mi cuerpo.

Se me tensan los muslos. Igual que mis puños.

Coal me agarra la muñeca derecha justo antes de que mis nudillos puedan alcanzarle la mandíbula. Me obliga a echar el brazo hacia atrás y a apoyarlo en la piedra, y después me sujeta también la mano izquierda. —Por si se te ocurren más ideas brillantes.

Tiro de las ataduras, pero su falta de flexibilidad me resulta extrañamente tranquilizadora. Como si le importase lo suficiente como para molestarse en sujetarme. Se me oprime el pecho, siento un nudo en la garganta. —¿Qué haces aquí? —le exijo—. Querías que me fuera, ¿no?

A Coal se le tensa la mandíbula.

—¡Entonces, ganas tú! —grito, lanzando mi peso contra su agarre. Una y otra vez. *Otra vez.* El agarre del macho no flaquea. Mi corazón se acelera, latiendo cada vez más fuerte y más rápido hasta que estoy segura de que me va a dejar un moratón en las costillas —. ¿Qué más quieres de mí? —le grito al macho en la cara.

Coal se inclina aún más hacia mí, con la violencia palpitando bajo su piel. Con la ropa negra y mojada pegada a su cuerpo, cada uno de sus ágiles músculos queda a la vista como si estuviera desnudo, y de él emana un poder en oleadas vertiginosas. Es como si los mismos elementos que me han convertido en una rata ahogada no hubieran hecho más que realzar al macho. Cuando Coal habla, su aliento está tan cerca y es tan caliente que me recorre la piel con cosquilleos. —¿La verdad? ¿Qué demonios pretendías hacer en aquel mirador para ganar tiempo? ¿A qué maldito juego juegas?

—A nada. —Mi voz es ronca y quebrada.

Coal gruñe. —Deja. De. Mentir. —Vuelve a zarandearme con fuerza—. Ocultas algo, cadete.

—Te dije que no soy ninguna cad…

Coal me acerca aún más a él, sus manos en mis muñecas son como acero al rojo vivo.

Demasiado cerca. Está demasiado cerca, el calor y el poder de su cuerpo me invaden, despertando demasiados sentidos. La sangre se me acelera, mis músculos luchan contra su agarre inflexible mientras una humedad inoportuna lubrica mis pliegues. No puedo pensar, no con el cuerpo de Coal a un centímetro del mío, sus ojos clavados en mí con la misma seguridad con la que sus manos sujetan mis muñecas. Peor aún, la magia dentro de mí se revuelve contra los grilletes del mundo mortal, tirando con tanta fuerza que duele. Como humana, sentí el poder del macho invadirme como una gran ola, barriendo toda sujeción y escudo. Como fae, la sensación se multiplica por diez. Por cien. Porque el poder no procede solo de Coal, sino de mi propio cuerpo rebelde que no puede estar tan cerca del macho, tan increíblemente enredado con él, sin excitarse.

Coal no sabe que es mi compañero, pero mi maldito cuerpo sí. Y le importa bien poco todo lo demás. Ni que Coal sea ahora casi un extraño. O que me haya obligado a meterme en un arroyo helado hasta que mis pulmones aullaron y mi propia sangre se ralentizó. Mi macho —mi precioso, violento y terrible macho— sigue siendo mío. Con un chasquido tan violento como el de un látigo en mis entrañas, una cuerda de poder dentro de mí se libera y se alza para responder al desafío del cuerpo de Coal. Mi propia magia incipiente, tal vez, o un eco de la de Coal, o alguna otra cosa. No lo sé. No me importa. Porque llena cada fibra de mi ser con un anhelo que desea lo que no puede tener. Mis palabras se abren paso a duras penas a través de una tormenta para poder escapar, mis afilados caninos al descubierto. —Vete. Al. Infierno.

El macho gruñe, y no hay nada humano, nada mortal en el poder primitivo de ese sonido grave, que retumba en todo su pecho. Las vibraciones me recorren, encendiendo cada nervio de mi alma. De mi sexo. De mi necesidad.

Mi sexo se contrae sobre el vacío que hay en su interior, cada palpitación insatisfecha me envía una nueva oleada de angustia. El escalofrío en mi cuerpo se transforma en un temblor que no tiene nada que ver con el frío.

Con una fuerza que es demasiado grande para ser la mía, me libero del agarre de Coal y mi codo impacta en sus costillas con la fuerza suficiente para enviarme un eco lejano de dolor.

Coal gruñe, la sorpresa en sus ojos destella una vez antes de transformarse en un infierno. Agarrándome por los hombros, me tira al suelo, sin importarle las piedras. Sin importarle nada. Cuando sus manos agarran la parte superior de mi camisa y rasgan la tela de un solo tirón violento, el desgarro de la tela no hace más que aumentar la rugiente necesidad que siento en mi interior. El amuleto rebota sobre mi piel, temblando con una magia que Coal no puede ver.

La sangre me martillea en los oídos y en el sexo contraído hasta que no quiero otra cosa que sentir a Coal dentro de mí. Llenándome. La presión aumenta con cada segundo que se me niega su verga, alimentando la furiosa tormenta en mi interior. Y, sin embargo, el macho sigue cerniéndose sobre mí, con los brazos temblando bajo su vacilante control.

—No. —Niega con la cabeza como si se estuviera defendiendo de un mareo. Su voz se escapa de un agarre que parece estrangularlo —. No me acuesto con cadetes.

Engancho mi brazo bajo el de Coal y golpeo su cuerpo contra la pared lateral con más fuerza de la que debería tener una hembra humana. Los ojos del macho se abren de par en par cuando su espalda choca contra la piedra; el fuego en ellos destella hasta mi sexo aullante. Flechas de una necesidad apremiante atraviesan el interior de mis muslos, mis piernas, mis malditos dedos de los pies.

Con la misma facilidad con la que él me ha destrozado la camisa, le desgarro la bragueta a Coal; mi fuerza —y de alguna manera, la suya— entrelazándose con las fibras de mis músculos.

La verga de Coal está tan dura al liberarse de su prisión que me golpea el abdomen. El control del macho se rompe con un gruñido mientras me aprisiona con sus poderosas piernas. Esta vez, cuando Coal me tira al suelo, caigo boca abajo; el olor a tierra húmeda y el

regusto metálico de Coal me llenan la nariz. Un tirón en mis caderas me deja completamente desnuda, mi piel mojada se tensa al sentir el roce del aire frío, la humedad caliente que cubre mis pliegues contrasta tanto con el frío que puedo sentir el vapor elevándose en el aire húmedo.

Me enarco, buscando la verga de Coal con una necesidad ciega.

El macho me agarra las caderas con brusquedad, sus rodillas me separan los muslos justo antes de embestir hasta el fondo.

Jadeo. Mi canal lubricado atrapa a Coal con avidez, solo para contraerse de furia cuando él se retira, la punta palpitante de su verga apenas llenando mi entrada.

La respiración de Coal es entrecortada. Espera, dividido entre su necesidad y sus principios de los demonios.

Me importa poco. Girando la cabeza bruscamente, le clavo los dientes en el antebrazo a Coal, mis caninos le perforan la piel.

Ruge. Retira el brazo de un tirón, lo estampa entre mis omóplatos y me aplasta contra el suelo con tanta fuerza que mis costillas me expulsan todo el aire de los pulmones. Obligándome a separar aún más los muslos, Coal embiste dentro de mí una y otra vez, y esta vez, esta vez es toda su gran longitud una y otra y otra vez.

COAL

El sexo abrasador de Lera se contrajo alrededor del miembro palpitante de Coal. La sangre le martilleaba. Le hervía. El aroma de la excitación de Lera era tan intenso que a Coal la cabeza le daba vueltas, y su cuerpo irradiaba una fuerza gloriosa que reclamaba algo en lo más profundo de su ser.

La mujer de las islas que le había recompuesto el alma antes de volver a hacérsela añicos. Sí, a eso era a lo que reaccionaba su maldito cuerpo. Lera se parecía demasiado a ella; eso era todo. Eso era. Tenía que serlo, porque Leralynn era *una alumna.* Una alumna que acababa de conocer, abierta de par en par bajo él, recibiendo su polla como si estuviera destinada a estar dentro de ella. Y a Coal no podía importarle menos. No podía controlarse, no podía hacer otra cosa que mandar al diablo toda precaución y el más mínimo atisbo de sensatez.

Coal se retiró para embestir de nuevo en su ardiente humedad. El sexo de Lera lo aferró con avidez, sin piedad ante el agónico latir de su polla dura como una roca. Ella gimió, obligándolo a reprimir un rugido mientras la embestía con más fuerza. Su trasero desnudo estaba tenso y musculoso, y los mechones caobas que asomaban entre sus piernas eran gruesos y estaban húmedos. Coal ansiaba saborearla. Morderla. Poseerla.

A pesar de que Coal la sujetaba por la espalda, el tenso y curvado trasero de la mujer se alzaba para recibir sus embestidas,

hasta que el chasquido de sus caderas contra las de ella resonó con un eco húmedo por toda la cueva. *Una y otra vez.* Cada penetración era más profunda y le arañaba la piel como el fuego. Los jadeos de Coal se volvieron entrecortados, los músculos desnudos de la espalda de Lera contraídos en una hermosa respuesta.

Los gemidos de Leralynn se convirtieron en gritos con cada embestida, y su creciente placer impulsaba a Coal. Su voz era tan tentadora como el canto de una sirena y le llegaba hasta lo más hondo.

Más allá de la cueva, el bosque aullaba con los últimos vestigios de la tormenta, las ramas crujiendo bajo la fuerza del viento mientras conquistaba el bosque. Sí, eso era lo que Coal quería. Necesitaba. Ansiaba con un impulso tan primario que su mente no podía seguirlo. Coal conquistaría el cuerpo de Lera del mismo modo que la tormenta se apoderaba del bosque. La haría gritar de placer, necesidad y desesperación.

Tres embestidas más, cada una lo bastante fuerte como para hacer que Lera se estremeciera, y Coal se retiró lo suficiente como para levantar las caderas y darle la vuelta a Lera para ponerla boca arriba. El pelo de la mujer caía formando pozas de color caoba y sus ojos llameantes eran de un chocolate tan intenso que parecía más que humana. Sus pechos exuberantes temblaron con el movimiento, y sus grandes pezones se endurecieron tanto como la palpitante polla de Coal, hasta el punto de que, de repente, no estuvo seguro de cuál de los dos llevaría la maldita voz cantante.

Se quitó la camisa mojada con un solo movimiento brusco, de repente resentido por cualquier cosa que separara su piel de la de ella. Las uñas de Lera le arañaron la espalda en señal de apreciación, dejando rastros de calor a lo largo de sus músculos prietos.

El poco control que aún poseía se desvaneció. Con un gruñido, se hundió en ella de nuevo, observando su rostro mientras sus ojos se abrían como platos y se le vidriaban, y sus carnosos labios se separaban en un gemido. La boca de Coal se cerró sobre la de Lera antes de que el sonido terminara, reclamándola tan profundamente

por arriba como lo estaba por abajo. Su boca era dulce y caliente, su lengua se enredaba con la de él, atrayéndolo aún más hacia dentro.

Embestida. Embestida. Embestida. Cada zambullida en el sexo de Lera que lo atenazaba no hacía más que acrecentar la necesidad que Coal sentía por ella, y la fuerza con la que la penetraba parecía fluir en ambas direcciones. Era como si esa mujer estuviera dentro de él tanto como él dentro de ella, su poder martilleando contra los escudos que protegían el alma de Coal. Resquebrajándolos pedazo a pedazo, embestida a embestida.

Un escalofrío recorrió a Coal, y solo la presión de las uñas de Lera contra su piel lo mantuvo en el presente.

Que las estrellas se apiadaran de él. Coal pretendía consumir a Lera, y, sin embargo, mientras le alcanzaba un pecho, temió que fuera ella quien fuera a deshacerlo en jirones.

LERA

La mano de Coal se cierra sobre mi pecho derecho, un instante de dolor que se convierte en un calor fundido que fluye directamente a mi centro, intensificando cada sensación. Su beso se profundiza hasta convertirse en una exigencia. Mis piernas se enroscan alrededor de sus musculosas caderas y la gruesa cabeza de su polla roza cada pliegue de mi interior con cada embestida.

—¡Ahhhhhh! —El sonido se me escapa cuando los labios de Coal se apartan de los míos. Siento un abismo que se cierra a mi alrededor, la polla de Coal me lleva cada vez más alto hasta que sé que no sobreviviré a la caída. Su pecho y hombros jadeantes se mueven sobre mí, un impresionante mapa de cicatrices y músculos que se contraen y una piel tersa y reluciente.

Sus dientes relampaguean y su boca se cierra sobre mi pezón. Sus labios están calientes sobre mi piel, la incipiente barba que le ha crecido desde el afeitado de la mañana roza la sensible carne. Abajo, mi sexo palpita y cada latido envía una oleada de placer punzante por mi cuerpo. Cuando Coal succiona el pezón que ha capturado, la nueva ola de placer me estremece y aprieto los dientes para no suplicar por la liberación.

No suplicaré. A Coal no. Nunca.

En su lugar, le clavo las uñas en la espalda, en su tenso culo desnudo, atrayéndolo más hacia mí y marcándolo como mío. Coal levanta la cabeza de golpe, sus ardientes ojos azules brillan con

motas púrpuras. Cuando clavo las uñas más hondo, Coal baja la mano para acariciar mi hinchado clítoris como una brutal represalia.

Mi cuerpo explota en oleadas de convulsiones, una tras otra, cada una haciendo que las crecientes sensaciones sean mucho más insoportables. Grito, arqueándome hacia el techo de la cueva, y vuelvo a gritar mientras el calor de Coal se derrama en mi interior, completando mi absoluta derrota.

Durante un instante, ninguno de los dos se mueve. Su cálido peso sobre mí es tan reconfortante que desearía que el momento no terminara nunca. Cuando Coal finalmente se aparta, mi mundo aún tiembla por un clímax tan intenso que me ha dejado mareada. Incapaz de pensar. De moverme.

Parpadeo, sin saber dónde estoy, mi cuerpo inmortal siente cada sensación —desde el aire helado hasta las rocas que se me clavan en la espalda y mi sexo, que aún palpita— con igual intensidad. Un buqué abrumador.

—Leralynn. —La voz de Coal es grave y desgarradoramente ronca.

Giro la cabeza y encuentro al varón arrodillado a mi lado, sus penetrantes ojos azules muy abiertos, su poderoso pecho subiendo y bajando con jadeos desesperados. Las motas púrpuras de sus ojos han desaparecido y el pelo rubio, antes firmemente recogido, ahora cuelga en mechones sueltos que rozan sus hombros mojados. Frotándose la cara, Coal se aleja de mí todo lo que la cueva le permite, y la pérdida de su cercanía me clava una estaca de hielo en el pecho.

—M-me he pasado de la raya —dice. Aún de rodillas, la espalda de Coal está recta, su cabeza inclinada en absoluta desolación. Sobre sus muslos, sus manos se hunden en las ropas de cuero de las que nunca nos hemos deshecho del todo.

Claro. En el mundo de Coal, no se ha ayuntado con su pareja; ha montado a una alumna a la que se suponía que debía disciplinar. Expulsar de la Academia.

Trago saliva. Un sabor amargo me llena la boca y un escalofrío se desliza por mi piel. Sabía la verdad desde el principio. Lo deseaba a

un nivel demasiado primario como para resistirme. Y ahora me toca pagar la cuenta.

Me incorporo y me envuelvo los hombros con los restos de mi camisa mojada. —Sí, te has pasado. No aquí, sino en aquel arroyo. Diría que te has pasado tanto de la maldita raya que has cruzado la frontera hasta Lunos.

Coal enarca una ceja, junto con su perfecta y testaruda barbilla. —¿Acaso imaginabas que ibas a *disfrutar* de tu castigo?

Mi cuerpo, que creía incapaz de hacer gran cosa en este momento, se reanima. —Eso no ha sido un castigo, cabrón. Eso ha sido…

—¿Sí? —Coal se inclina hacia delante, con sus poderosos antebrazos apoyados en los muslos. Ni disculpa ni arrepentimiento en su rostro ahora endurecido—. Dime qué creías que era eso.

Abro la boca y la cierro sin decir nada. Coal probó varias opciones para provocarme sufrimiento primero y, al final, no me hizo daño. No me dejó cicatrices como las que habría dejado el cinturón de Zake. Zake disfrutaba al oír hablar de mis pesadillas, al verme temblar al ver su cuero. Coal me sujetó con sus palabras, no con sus manos. Había observado. Me había sacado del agua cuando mi propia mente testaruda se negó. Pero aun así fue horrible. Peor que horrible. —No importa. Querías que abandonara, y has cumplido tu deseo. Así que no tienes por qué sentir que te has «pasado de la raya» por nada. —Apartándome, me pongo a reunir lo que queda de mi ropa para inspeccionarla—. No soy una cadete de la Academia y tú no eres mi instructor. Nada de importancia ha sucedido aquí hoy.

Los ojos de Coal se clavan en mi espalda. Sé que sabe que mis palabras son mentira. Coal sintió algo, y no solo en la polla.

Se me oprime el pecho y me aparto, obligándome a centrar mi atención en resolver la logística de cubrirme con los restos de mis pantalones y mi camisa mientras regreso a la Academia a por el resto de mis cosas. Porque ahora lo sé: me iré.

En el arroyo, le había lanzado esas palabras a Coal para que se echara atrás, creyendo que el asunto quedaría zanjado una vez que la runa restaurara la memoria de los varones. Pero sin la tablilla, he agotado mis opciones aquí y tendré que buscar en otra parte. La

constatación hace que el pavor se arremoline en mi interior, y el dolor al pensar en dejar a mis varones. Pero soy el último miembro del quinteto que sabe que el quinteto siquiera existe; esto es lo que cualquiera de ellos haría en mi lugar.

A mis espaldas, el eficiente trajín de los movimientos de Coal es demasiado ruidoso para el oscuro vacío de mi mente.

—¿Quién te hizo daño?

—¿Qué? —Me niego a girarme hacia él, no sea que su cuerpo familiar y ágil atraiga mi corazón de vuelta—. ¿De qué estás hablando?

Un dedo calloso recorre mi espalda, negándose a detenerse cuando me tenso bajo su contacto a lo largo de mis cicatrices. Ah. Eso. Abro la boca para responder y siento que el amuleto alrededor de mi cuello se calienta como recordatorio. Leralynn de Osprey fue criada en una mansión, no en un establo. —El señor que me acogió como su protegida requería una disciplina estricta.

Un gruñido bajo y silencioso que un humano podría no haber oído escapa de la garganta de Coal.

Me aparto, su contacto en mi piel es demasiado agradable. —¿Y a ti de dónde te vienen?

Silencio. Me giro, sujetando mi camisa rota para cubrirme los pechos, y me encuentro con el rostro duro de Coal, sus marcados pómulos y su mandíbula esculpidos en piedra inflexible. La misma cara que sin duda usa para evitar que cualquiera lo bastante estúpido como para hacer esa pregunta vuelva a hacerla jamás.

Enarco una ceja. *Tú has empezado.*

Un músculo se contrae en la mandíbula de Coal, su silencio se cuece a fuego lento. Suspiro, encogiéndome de hombros, ahora demasiado fríos. Sé más sobre la esclavitud de Coal en el reino oscuro que él mismo en este momento; nuestra extraña conexión mágica ha metido sus recuerdos y pesadillas en mi conciencia más de una vez. Me pregunto qué pensará su nueva mente nublada de esos sueños. Si es que todavía los tiene. Quizá sea mejor que no me lo diga, pues tal y como están las cosas entre nosotros ahora, no tengo forma de aliviar las heridas que las palabras abrirían.

Me doy la vuelta de nuevo, envolviéndome en los restos de mi camisa como si fuera una toalla mojada. Al menos los pantalones están más o menos aprovechables.

—Fui capturado por los isleños mientras luchaba en la costa. Me mantuvieron prisionero durante algún tiempo. La mayoría de las cicatrices a las que imagino que te refieres son de mi tiempo allí. —La voz grave de Coal se mueve a mi alrededor hasta que el varón se agacha a centímetros de mi cara. Su mirada recorre mi cuerpo con la experimentada evaluación de un soldado, deteniéndose en la piel pálida, con la carne de gallina, y en los músculos temblorosos. Lo poco que no me habían quitado ya el entrenamiento de la tarde, el arroyo y la tormenta, lo hizo nuestra pequeña sesión de ejercicio, y el pequeño estallido de la fuerza compartida de Coal se desvanece ahora.

Coal se quita la camisa y me la pone por la cabeza en lugar de mi harapo.

—No necesito tu ayuda —digo, intentando quitármela.

El fuerte agarre de Coal me sujeta el codo. —No te la he pedido. Te saqué de los muros de la Academia esta tarde y es mi responsabilidad llevarte de vuelta. Lo que hagas después es asunto tuyo. ¿Puedes caminar?

—Caminaré.

—No es eso lo que te he preguntado —dice Coal.

Suspiro y me froto la cara, la fatiga me invade tan repentina y fuerte que me doy cuenta de que me estoy tambaleando solo cuando los fuertes brazos del varón me estabilizan. Trago saliva, demasiado agotada para luchar. —¿Y si te dijera que hay un artefacto hecho por los fae que vi de camino a la Academia? —digo, estudiándome las manos mientras hablo—. Y que quería volver sobre mis pasos para encontrarlo antes de que la lluvia borre el rastro.

Coal maldice. De forma muy colorida. A pesar de mis músculos flácidos, me agarra por los hombros y me sacude con fuerza, obligándome a mirarlo a la cara. —Si me dijeras una estupidez semejante, te diría que Grayson —la ciudad más cercana a Great Falls— acaba de ejecutar a dos de sus habitantes por cargos de

brujería fae. Y luego te metería de cabeza en el arroyo hasta que sentaras la cabeza. Así que es una suerte que no tengas intención de decir nada de eso.

—Estaba bromeando —susurro rápidamente, y Coal me suelta como si sostuviera una piedra al rojo vivo. Se recoge rápidamente el pelo rubio en un moño bajo y, de alguna manera, en cinco segundos, incluso sin camisa, parece tan seguro y compuesto como esta tarde. Frotándome los brazos, me pongo de pie. Una vez erguida, me detengo con la mano en la roca, mi última carta por jugar. No porque sea inteligente, sino porque necesito saberlo y puede que no tenga otra oportunidad después de esta—. ¿Puedes hacer una cosa por mí? —pregunto, con los hombros tensos mientras él gruñe en una tentativa consideración—. Tócate la oreja.

—¿Mi propia oreja?

—Sí —espeto, observando su cara, con el pecho inmóvil y el pulso martilleante—. Tu propia oreja. Tócatela.

Lanzándome una mirada preocupada, Coal se lleva la mano a la oreja derecha y sus dedos rozan la parte inferior.

—La punta de la oreja.

—Esa es la punta —dice Coal.

Maldita sea. —Aquí… —Avanzando, cojo la áspera mano de Coal y la coloco en la punta de la oreja puntiaguda que sé que está ahí, aunque mis ojos se desvían cada vez que intento mirar. Bajo mi tacto, siento el dedo de Coal deslizarse por la pendiente alargada hasta que…

Coal grita, el dolor en su voz me desgarra el pecho. Cuando me aparto, el varón se balancea con la cabeza entre las manos, su cuerpo tiembla como nunca lo había visto. Sus ojos azules vidriosos no ven nada.

—¡Coal! —Le cojo el hombro desnudo, que ahora arde como si tuviera fiebre—. Coal. ¿Qué pasa?

El guerrero parpadea y sus ojos vuelven a enfocar. Vuelven a la confusión. El balanceo se detiene y frunce el ceño ante mi contacto. —¿Qué querías que hiciera?

Tengo la boca seca mientras me echo hacia atrás, negando con la cabeza. —N-nada. He cambiado de opinión. —Las palabras salen

en un susurro horrorizado. La magia del velo no solo convence a mis varones de la ilusión, sino que lucha por mantener esa realidad. Como la presión que sentí cuando me obligué a ver el *sclice* anoche, solo que, a juzgar por el grito de Coal, mucho peor. Recuerdo la advertencia de Autumn sobre la importancia de quitarse los amuletos al menos una vez al día. Con la magia absorbida, los varones no pueden hacerlo. Y sus cuerpos se están adaptando lo mejor que pueden.

Cualquier terreno firme que aún sentía bajo mis pies se desvanece.

LERA



Coal y yo no hablamos mientras regresamos a la Academia; la tormenta de antes se ha calmado y ha dejado paso a un viento vespertino, frío y húmedo. Coal camina un paso por detrás de mí, como si temiera que pudiera caerme, salir corriendo o derretirme en el suelo en un charco de dolor y arrepentimiento. La culpa injustificada del fae por lo que hicimos se vuelve más palpable con cada paso que nos acerca al alto muro de piedra de la escuela, al igual que la tierra húmeda y resbaladiza confirma lo que ya sabía sobre el estado de las huellas mías y de Sprite.

Mi cuerpo frío y entumecido es el reflejo de mi mente, igualmente insensible. La letanía de duros hechos desfila por mis pensamientos, intercalada con el recuerdo del grito de Coal cuando se tocó la oreja, lo que me hace estremecer cada vez. No puedo quedarme en la Academia, donde estoy creando más problemas de los que resuelvo: sembrando el caos entre los fae en lugar de ayudarlos, poniendo en peligro sus disfraces, confundiendo sus sentidos. Mis huellas se han borrado y, aunque no lo hubieran hecho —aunque pudiera encontrar el camino de vuelta a ese claro en el bosque y a esa tablilla destrozada—, la arcilla ya estaba en pleno proceso de desintegración incluso antes de la lluvia. El dominio del velo es abrumadoramente completo.

Pateo una piedra y observo cómo chapotea en el barro. Ni siquiera hace un ruido sordo y satisfactorio al final.

Vinimos aquí para descubrir la naturaleza de la magia que se filtraba en el mundo mortal y, en cambio, nos hemos convertido en sus víctimas. Siglos de información e informes vitales están ahora encerrados en lo más profundo de la mente de River, lo que significa que aquí no estoy más cerca de salvar el reino mortal de lo que estaría en cualquier otro lugar. Sin la dirección y los conocimientos de River, no tengo ni idea de cómo empezar a buscar la brecha, y desde luego no puedo hacerlo trabajando *en contra* de mis fae.

Puede que Autumn sea capaz de guiarme en la búsqueda de la brecha —quizá incluso tenga una forma de revertir el velo—, pero eso implica cruzar Mystwood.

Sin la llave de paso de River, de la que él mismo anunció que le habían robado apenas ayer, hacerlo sería un suicidio. A lo mejor voy a buscar el Gremio de los Centinelas, a ver si tienen una llave guardada en alguna parte; si no, me atreveré a cruzar Mystwood sin ella. Con la magia comportándose como no debería, puede que sobreviva al viaje. Y, al menos, morir en el bosque de Mystwood sería rápido, mientras que ver que mis fae no me reconocen —que no me necesitan— duele constantemente.

Así que, ¿el Gremio o Autumn? ¿Vagar por el reino mortal con relativa seguridad para llegar a un destino posiblemente inútil o arriesgarme a cruzar Mystwood para llegar a una solución más probable? Chasqueo la lengua; los dados proverbial giran en mi mente para caer con la cara de mi amiga hacia arriba. Decidido, Autumn. Los cuatro fae de la Academia, sepan o no quiénes son, no me necesitan para proteger los muros contra cualquier bicho que se les acerque. Me necesitan para ayudarles a recuperarse. Y, en este momento, solo estoy empeorando las cosas.

Parece que Gavriel tenía razón en una cosa: la profecía no menciona a ningún compañero para la humana convertida en fae, y aquí estoy, sin ninguno.

—Quiero que vayas a los baños —dice Coal cuando regresamos a los terrenos de la Academia por el mismo sitio por el que salimos: por encima del muro—. Es la ruta más directa desde nuestro sendero en el bosque, aunque esta vez los músculos me tiemblan, entumecidos, mientras escalo el alto muro de piedra y me deslizo

por el susurrante árbol. En la penumbra del atardecer, el breve gruñido de Coal es para los guardias humanos toda la razón que necesitan para buscarse el sustento en otra parte—. Luego a la enfermería.

—Y yo quiero que sea verano y que haya ardillas voladoras —murmuro por encima del hombro—. Dormir. Quiero dormir. Luego partiré por la mañana.

Coal acelera el paso y me corta el camino. Contra el cielo que se oscurece, su silueta se alza como una bestia poderosa, con su pelo claro en discordancia con la negrura que se instala. La hierba, aquí, más allá de los muros interiores, está húmeda por el rocío y brilla a la luz moribunda. La Academia y su torreón se alzan ante nosotros, con antorchas y faroles ya encendidos en sus muchas ventanas. Los estudiantes se preparan para su última tarde de libertad de la semana. —No era una sugerencia.

—¿No? —Alzo la cara hacia la suya, reprimiendo el impulso demencial de besarlo y pegarle un puñetazo, ambas cosas a la vez, aunque ninguna de las dos me ayudaría ahora mismo—. Se me ha olvidado el término para cuando alguien sin ninguna autoridad le dice a alguien a quien le importa un bledo lo que quiere que haga.

—El término es *ahora* —dice River, saliendo de entre las sombras.

Se me congela el aliento en los pulmones. Es la primera vez que lo veo desde la batalla de anoche, desde esa promesa de castigo en sus fríos ojos grises. Si cabe, está más imponente, más imponente que nunca, con su pelo oscuro y corto enmarcando un rostro fuerte y perfectamente esculpido. Un rostro de rey, aunque él no lo sepa. Su espalda está casi dolorosamente recta, su ancho pecho cubierto de lana roja sin una sola arruga. Un pecho que yo solía tener permiso ilimitado para acariciar, para presionar mi rostro contra él. Trago saliva con dificultad, y un pequeño chillido se me escapa de la garganta.

Al parecer, el guardia del muro no solo se ha quitado de en medio, sino que ha ido corriendo a chivarse al torreón. Girando la cabeza lentamente, River nos recorre a Coal y a mí con la mirada, sus fosas nasales dilatándose delicadamente. Absorbe la mezcla de

nuestros olores. Une las piezas hasta que su rostro se talla en frío mármol.

Los movimientos de Coal son tan sutiles que apenas puedo ver el cambio de sus músculos cuando se endereza ante su comandante, levantando la barbilla lo justo para mostrarle el cuello a River. No es una rendición, sino una muestra de lealtad. Una promesa de aceptar cualquier sentencia que River pueda dictar. Se me oprime el pecho.

—Ese *ahora* se aplica a los dos —dice River—. A la enfermería. Marchaos. —Dándose la vuelta, River se aleja a grandes zancadas, y sus últimas palabras nos llegan por encima del hombro—. Haré que os envíen ropa a ambos allí y me reuniré con vosotros en breve.

Los hombros de Coal se tensan y reprimo un suspiro. Por pocas ganas que tenga de ver a nadie ahora mismo, no voy a dejar que Coal se enfrente solo a la ira de River. Aunque eso signifique volver a enfrentarme a los desconocidos ojos amarillos de Shade, cuando esperaba marcharme con el recuerdo de su lobo a buen recaudo en mi mente.

LERA

Media hora después, estoy sentada, envuelta en una manta de lana, sobre una mesa de exploración en la enfermería de Shade. El aire que me rodea está impregnado de ungüentos de olor penetrante, algunos de los cuales todavía me escuecen en los cortes de la espalda. Tras haber percibido nuestro olor y entendido la situación tan eficazmente como lo había hecho River, Shade había enviado a Coal a la otra habitación antes de quitarme la ropa hasta dejarme en ropa interior con tan poco interés como si le quitara la silla de montar a un caballo.

Ahora, Shade permanece en silencio mientras trabaja; sus manos de sanador se deslizan por mis músculos helados. Tengo que hacer un esfuerzo para no dejarme llevar por el contacto de sus palmas cálidas y callosas. Para no restregarme contra su ancho pecho o su cuello aterciopelado.

Shade lleva el largo pelo negro recogido en una coleta impecable y su suave jersey gris, cubierto por una bata blanca y almidonada de sanador con el escudo rojo y dorado de la Academia destacando sobre la tela. Sí, el cambiante está tan atractivo y clínicamente impasible cerca de mi cuerpo como siempre, pero sin rastro del profundo sentimiento al que estoy acostumbrada. Sus buenos modales de sanador distaban mucho del verdadero afecto. Se me encoge el estómago. Una parte de mí siempre ha sabido que perder

a Shade sería lo más difícil. Solo que no sabía que me dejaría este vacío.

—¿... orina?

Parpadeo al darme cuenta de que Shade me había preguntado algo. —¿Perdona?

—He preguntado si has visto sangre en la orina cuando has usado el orinal antes —repite Shade.

La cara me arde. —No.

—¿Estás tomando algún tónico para evitar el embarazo?

Oh, que las estrellas me lleven. No lo hago, pero mi cuerpo fae todavía no ha madurado lo suficiente como para tener la menstruación. —Sí.

—Los tónicos no previenen el contagio de enfermedades —me dice Shade con la naturalidad de quien se asegura de que se entienda un problema de aritmética—. Es algo que debes tener en cuenta si tienes varias parejas.

Una palabra más y juro que solo con el calor de mi piel prenderé fuego a la enfermería. Concentro mis pensamientos en el granizo helado y en arroyos gélidos.

Shade me pone un dedo bajo la barbilla, obligándome a mirarlo. —Espero que me confirmes que entiendes lo que te explico cuando es algo importante. Si no puedo confiar en que me des respuestas verbales sinceras, tendré que recurrir a un examen físico más exhaustivo para obtener la información que necesito —su voz es amable a pesar de la dureza de sus palabras—. No era una amenaza, solo la realidad.

Me caes mejor como lobo. —Entendido —le digo a Shade rápidamente—. Soy consciente de que acostarse con alguien conlleva más riesgos que el embarazo y tengo cuidado. ¿Te parece aceptable?

—¿Y el tónico sobre el que has mentido?

De verdad que me caes mejor como lobo. —Todavía no tengo la regla. Y sí, soy consciente de que es inusual. Es lo que hay. Y... y no, no estoy sangrando ahora, por si ibas a preguntarlo.

Shade asiente como si no le viera nada raro a la conversación y, por suerte, deja de hablar. Su aroma limpio y terrenal me envuelve y

cierro los ojos por un instante de pura dicha, mientras sus manos inspeccionan una abrasión en mi clavícula, fingiendo que este es solo otro momento en Lunos.

—No tengo ni idea de cómo te las has apañado para volver solo con unos cuantos cortes profundos y agotamiento, pero, aparte de unas agujetas de las que te quejarás mañana por la mañana, deberías estar bien. —La voz de Shade es tan cálida como el crepitar del fuego, pero la distancia profesional en ella me escuece más que la medicina que me aplica.

Le dedico una sonrisa forzada. Aparearme con Coal había acelerado la curación de mi cuerpo, que ya de por sí sanaba más rápido, aunque el bajón de ese impulso ya se vislumbraba en el horizonte. Mi Shade lo habría sabido. Nos habría gritado a Coal y a mí por imprudentes.

Colocándose frente a mí, Shade busca mi mirada. —¿Cómo te encuentras, cachorra? —pregunta.

—Yo... —El corazón se me para y la esperanza que nace de esa única palabra se dispara por mis venas. Vuelvo a examinar al hombre que tengo delante, fijándome en su pelo mojado y sus ojos cansados. El lobo de Shade se ha perdido durante horas en una tormenta. Sin duda el hombre se da cuenta de su propia ausencia, siente la fatiga muscular de haber corrido por un terreno escabroso. ¿Es posible que ahora recuerde algo más que eso? Me obligo a respirar—. ¿Cómo me has llamado?

Shade parpadea y mira hacia arriba y a la izquierda. —*Cachorra*, creo. —Shade sonríe, y las líneas que se le forman alrededor de su hermosa y carnosa boca —sus blancos dientes relucen contra la piel morena— hacen que me ahogue de anhelo. Es el primer hombre, humano o fae, con el que me he acostado, y siempre será el que me haga sentir más segura. Me da una palmadita en el brazo como si fuera una niña con un rasguño en la rodilla. Reprimo un gruñido—. Porque pareces pequeña e impertinente. No volveré a hacerlo si te molesta.

—No pasa nada. —Aguardo, esperando que diga algo más. Que recuerde. Que al menos entorne los ojos, pensativo.

Shade entorna los ojos. —¿Parece que te cuesta concentrarte, Leralynn? ¿Te has golpeado en la cabeza?

Me trago una maldición. —No. Solo me estoy recuperando de un día intenso. —Me aclaro la garganta y espero mientras Shade me palpa la cabeza a pesar de que le he asegurado que está intacta—. ¿Por qué tienes el pelo mojado, Shade?

Shade parpadea y se lleva la mano a los mechones brillantes. Su mirada perpleja se desvía hacia la ventana antes de volver a mí. —Por la misma razón que tú, imagino. Está lloviendo.

—Tu ropa está seca.

—Me he cambiado. —Shade se aleja y coge un vendaje que se había caído de una cesta llena. Por un momento, el único movimiento en la habitación es el de las hábiles manos de Shade enrollando la tela—. Voy a ver cómo está Coal. River también debería llegar en breve, y luego, a la cama.

—Todavía no. —Me aprieto la manta—. Me voy de la Academia.

—Eso he oído. —La total falta de sorpresa o pesar en el tono amable de Shade confirma mi decisión. Me aprieta el hombro—. Pero deberías esperar a la mañana para marcharte, por el bien de tu caballo si no me crees a mí sobre tu propio cuerpo.

Con eso, Shade sale por la puerta lateral que separa su espacio de trabajo de lo que parece ser un estudio. Echo un vistazo y veo a Coal apoyado en la pared antes de que la puerta se cierre.

—¿Está bien? —La voz de Coal se filtra a través de las paredes. Si no estuviera tan agotada, podría sentirme culpable por escuchar a escondidas una conversación que la humana que creen que soy no habría podido oír, pero, en realidad, no siento nada de eso.

—Sorprendentemente sí, aunque mañana te odiará. ¿Has perdido la cabeza? —pregunta Shade, con una voz más curiosa que enfadada. Puede que el cambiante haya sido más discreto conmigo, pero, claramente, tiene otros planes para un compañero instructor.

—Al parecer —responde Coal.

Un suspiro. La voz de Shade se endurece. —Si te imaginas que puedes usar la polla para que te echen de una asignación que no quieres...

—No la estaba utilizando, cabrón. —La violencia contenida en las tranquilas palabras de Coal es suficiente para hacer que cualquier ser cuerdo salga por piernas—. Y si vas a preguntar si he usado mi posición para...

—Quieto, Coal —dice Shade con dureza—. No iba a preguntar eso, no. Pero, si lo hiciera, te quedarías ahí sentado y lo aguantarías. Después de lo que acabas de dejar hacer a tu polla, es lo mínimo que espero. ¿Queda claro?

Silencio.

Me preparo para que las paredes se derrumben.

—Entendido —dice Coal finalmente, con la voz desinflada.

—Entonces he cumplido como tu oficial al mando, aunque no te envidio en absoluto por la ira de River. Si el director Sage se entera... Sería mejor que eso no sucediera.

—Tendré cuidado. En todos los aspectos.

—Bien. —Shade resopla—. Aunque, como tu amigo, diría que necesitas perder la cabeza más a menudo. No con una cadete, pero sí con *alguien*. Tienes mejor aspecto que desde que te sacamos del calabozo de los isleños.

—Y tú tienes peor aspecto. —La voz de Coal baja de tono, hasta que incluso yo apenas puedo distinguir las palabras—. Pareces el mismísimo infierno. Por un momento, no estaba seguro de si era a ti o a Lera a quien había agotado hoy.

Silencio. Pasos. Un gruñido suave que corresponde a un segundo, igualmente exigente.

—Ha vuelto a pasar, ¿verdad, Shade? —dice Coal—. Has perdido la noción del tiempo.

—No.

—¿Cuánto tiempo ha sido? —inquiere Coal.

—¿Señorita Leralynn? —La puerta de la sala de curas se abre tras una breve llamada y Rabbit, uno de los jóvenes pajes de la Academia, entra sigilosamente. El chico echa un vistazo a mi cuerpo semidesnudo y deja caer los paquetes que lleva.

Con el corazón todavía latiéndome con fuerza por la conversación entre los dos hombres y la desafortunada interrupción de Rabbit,

respiro hondo antes de componer el rostro y la voz para que parezcan algo civilizados. —¿Sí?

—Me... me han pedido que le traiga esto —balbucea Rabbit, poniéndome en las manos el primero de los paquetes que se le han caído mientras sus ojos buscan a alguien por la habitación. Alguien a quien claramente no quiere encontrar. Nunca—. El maestro Coal...

—Es poco probable que te fulmine con la mirada —digo, ignorando la mirada de «no sabe nada» del chico. Miro dentro de mi bolsa y encuentro una muda de mi propia ropa, como prometió River. Ni rastro del uniforme gris, gracias a las estrellas—. Si el otro paquete es para él, me aseguraré de que lo reciba.

Rabbit se escabulle antes de que las palabras terminen de salir de mi boca. En el estudio, la conversación de los hombres se ha vuelto demasiado silenciosa incluso para mis oídos. Maldita sea. Dejando caer la manta al suelo, saco la ropa seca que me han traído y me pongo los suaves pantalones negros; su tejido grueso y cálido es un alivio contra mi piel. A continuación, saco la túnica de colores vivos y doy un respingo cuando algo pesado se desliza de entre la tela y cae al suelo de mármol con un tintineo agudo.

Me agacho para recoger el objeto y siento que todo mi cuerpo se tensa al contemplar un disco redondo con inscripciones rúnicas que gira como una peonza sobre el mármol. Incluso aquí, en el reino mortal, la magia del disco me canta, revelando su valor. A su lado, un trozo de papel casi se va volando por la pequeña brisa.

Cojo el papel con dedos temblorosos y lo desdoblo.

Creo que esto es tuyo.

Sin nombre. Sin firma. Solo una nota y la llave de Mystwood.

LERA

Un torrente de preguntas y emoción me recorre mientras mis manos tiemblan al apresurarme a guardar el preciado disco antes de que alguien pueda verlo. Como por desgracia los pantalones no tienen bolsillos, deslizo la llave en la cinturilla y la cubro rápidamente con la túnica que me han dado. La ropa es mía, así que quienquiera que haya puesto el preciado amuleto ahí tenía acceso a mi habitación. O interceptó a Rabbit cuando venía a entregar la ropa.

Aun así, ¿quién? Gavriel es el único que sabe la verdad de mi situación, y tendría pocos motivos para esconder el artefacto en la ropa. La nota en sí no arroja ninguna información, pero aun así la arrojo al fuego, no sea que alguien reconozca esa caligrafía que para mí no significa nada. Por lo que tanto Gavriel como Coal me han confirmado sobre la situación, el simple hecho de que se me asocie con el disco forjado por los fae podría llevar a cualquiera a una mazmorra.

La realidad me golpea con fuerza. *Tengo una forma de volver.* Ahora es real. Me voy. Dejo a los machos y voy a por ayuda. Es lo correcto.

¿O no?

—¡Maestro Shade! —La voz suave y musical llega desde el pasillo justo cuando la llama termina de devorar la nota. Un puño golpea el marco de la puerta—. ¡Maestro Shade, necesitamos su ayuda!

Las puertas lateral y principal del taller se abren a la vez; por una entran Shade y Coal, y la otra revela una horda de cinco jóvenes que rodean a Tye. Con su uniforme de entrenamiento gris, Tye se sujeta el hombro, que parece completamente fuera de sitio, y tiene el rostro contraído por el dolor. Al verme, los ojos esmeralda del macho se enfocan a través de la neblina.

—¿Estás bien, chica? —pregunta Tye.

La fulminante mirada turquesa de la princesa Katita es lo bastante ardiente como para quemarme, aunque sus rasgos de porcelana se suavizan con preocupación mientras se vuelve para ponerle una mano en la espalda a Tye.—¿Puede atender a Tyelor, maestro Shade? —pregunta de nuevo—. Se ha lesionado en el entrenamiento.

Tye se aparta de Katita y sus fosas nasales se ensanchan de un modo que hace que se me suban los colores a la cara. Mis malditos machos están demasiado familiarizados con mi olor. Y con el de los demás. A pesar de tener el rostro tenso, Tye se las arregla para enarcarme las cejas, moviéndolas con una sombra de sonrisa divertida que me da ganas tanto de abofetearlo como de rodearle el cuello con los brazos.

Al fondo de la sala, Coal coge la bolsa que Rabbit le ha dejado y desaparece para cambiarse; las marcas que mis uñas dejaron en su fuerte espalda brillan a la luz del fuego.

—¿Qué ha pasado? —Shade se abre paso a través del mar de admiradoras de Tye para despejar el camino hacia la mesa de trabajo—. Señoritas, creo que a partir de ahora puedo ocuparme yo de Tyelor. Gracias por traerlo.

—Sí, todo el mundo *fuera* —dice Katita, con una voz acostumbrada a dar órdenes y a que la obedezcan—. Tyelor no necesita que estéis revoloteando a su alrededor, y el maestro Shade necesita espacio para trabajar. —Con los brazos cruzados sobre el pecho, la alta princesa rubia observa con satisfacción cómo las otras chicas retroceden al instante, cediendo a su orden con la misma rapidez y elegancia con la que probablemente lo harán algún día en el salón del trono. Con sus preciosas curvas y sus largas piernas, Katita luce con maestría el largo vestido de seda azul verdoso con el

que yo me estaría tropezando, haciéndome sentir francamente paticorta. Cuando la mirada de Katita se posa en mí, frunce el ceño —. ¿Está usted sorda, mo…

—Yo de usted no terminaría esa frase, cadete —dice Shade, y su voz queda resuena por todo el taller. Un par de chicas que estaban saliendo se detienen un momento, sus ojos desorbitados saltando de la joven más poderosa del reino humano al sanador de belleza etérea, cuyos amables ojos brillan con una mirada de depredador.

El aire se tensa, y solo se oye el crepitar del fuego y la respiración contenida de Tye. Con los hombros bien abiertos, Shade se interpone entre Katita y yo, y cada paso que da es como el de la pata almohadillada de un animal. Una vez, Coal me advirtió que Shade es un verdadero lobo, y que tuviera cuidado de no confundir sus buenos modales en la mesa con lo que desgarra para cenar. Ahora, al ver la transformación desde un lado, entiendo de verdad a qué se refería. Un músculo se le tensa en la mandíbula. —Lady Leralynn es mi paciente. Pero, aunque no fuera así, espero que se dirija a ella —y a todo el mundo en la Academia, desde el director Sage hasta el joven Rabbit— con respeto.

—No me había dado cuenta de que la dama estaba enferma —dice Katita con una tensa reverencia a Shade—. Espero que no sea nada grave, Leralynn. —Despeja el camino para que Tye se dirija a la camilla de exploración, cerca de donde yo estoy, y lo sigue, con sus brillantes ojos lanzándome una advertencia silenciosa cuando Shade no puede verla—. Por supuesto, como yo no soy sanadora, me resulta difícil juzgar estas cosas, pero ¿quizá el estado de Tyelor sea más urgente en este momento? —pregunta con una cortesía inquebrantable—. ¿Está usted de acuerdo, lady Leralynn?

—Coal, dame el cuchillo de tu bota —llama Shade hacia la habitación contigua. La puerta se abre y una daga reluciente vuela por el aire y se clava en la pared. La empuñadura vibra. Poniendo los ojos en blanco, Shade arranca la hoja—. Siéntate, Tye.

—En realidad, puedo esperar a que atiendan a Leralynn —dice Tye, mirando con recelo el cuchillo en la mano de Shade. La ira de Katita tiñe el aire con un olor amargo.

—Por las estrellas. —Shade gira el cuchillo para sujetarlo mejor —. Voy a cortarte la camisa, no a ti.

—Eso ya me lo imaginaba. —Tye se traga la última palabra, apoyándose disimuladamente en el borde de la mesa, con las bellas facciones de su rostro contraídas por el dolor.

—No ejerzo la medicina por democracia. —La paciencia de Shade se quiebra como la cuerda de un arco, lo que hace que Tye cierre la boca y se suba a la mesa de un salto. Ni siquiera la princesa Katita encuentra nada que añadir.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto. El mundo se tambalea un poco cuando mi mirada roza la línea deformada del hombro de Tye.

Los ojos de Tye se clavan en un punto de la pared, con la mandíbula tensa mientras mantiene el rostro bajo control.—Una mala voltereta —dice con voz forzada.

—Tyelor estaba entrenando según su horario habitual —interviene Katita, dirigiéndose a Shade con voz de autoridad sobre el régimen de Tye—. Aunque se movía con bastante rigidez durante la rutina. El hombro se le ha desplazado mientras intentaba agarrarse tras una doble voltereta sobre la barra. ¿Cree que debería calentar mejor de ahora en adelante?

—No hay ningún problema. Es que no he tenido en cuenta lo mojada que estaba la barra —dice Tye rápidamente. Baja la voz y se vuelve hacia Shade, cuyo cuchillo ya está rasgando la tela de su camisa—. Shade. Por favor. Ahora no.

Frunzo el ceño. Lo mío es intentar retrasar el dolor inevitable, no lo de Tye. De hecho, el macho suele hacer todo lo contrario. ¿Qué demonios trama, entonces?

La mirada de Shade se aparta de su trabajo para inspeccionar la habitación. Cuando sus ojos se posan en mi rostro, su voz se suaviza. —Tyelor tiene un hombro dislocado, Lera. Se sentirá mejor una vez que se lo vuelva a colocar en su sitio, pero puede que parezca peor antes de estar mejor, y usted ya está pálida como la leche. Por favor, respire hondo y siéntese en algún sitio antes de que se caiga y tenga que ocuparme de otra lesión.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta River, entrando para evaluar la situación. Sus profundos ojos grises se posan en mí y se

apartan con la misma rapidez, indescifrables. Shade corta el resto de la tela, y los jirones de la camisa de Tye se amontonan en el suelo justo cuando River se dirige a él—. Tyelor, ¿estás bien?

—No. —No me doy cuenta de que he hablado hasta que la palabra se me ha escapado de la boca. Aprieto la mano en el borde de la pulcra encimera de Shade, con los ojos fijos en la espalda desnuda de Tye. Sus ojos verde esmeralda se encuentran con los míos y aparta la vista rápidamente. El verdadero motivo de la resistencia de Tye a desnudarse se muestra ahora en una serie de largos y lívidos cardenales que cubren sus fornidos hombros. La bilis me sube por la garganta. No son marcas del mismo percance que le ha causado la lesión en el hombro, ni de una sesión de entrenamiento. Son de una paliza.

Me vuelvo hacia River, con los ojos encendidos.

El macho enarca una ceja en una respuesta silenciosa. *Sí. He sido yo. ¿Sorprendida?*

Un escalofrío que empieza en la boca del estómago se extiende por mi cuerpo, y la visita de Tye por la mañana se repite en mi memoria. Por haber saltado el muro en contra de las órdenes, yo debía ver a Coal esta tarde y Tye se presentaba ante River. Para *esto*. Por mi culpa. Porque salté el muro y él vino conmigo.

Con un nudo en la garganta, me acerco a Tye y le pongo una mano en el brazo sano. —Lo siento, Tye.

—Parece peor de lo que es, chica. —Tye me dedica una sonrisa forzada. Tengo que contenerme para no acariciarle la mejilla, para no pasarle el pulgar por sus labios descoloridos.

—Mentiroso —susurro.

Tye jadea y su rostro pierde todo el color cuando Shade le agarra del hombro y estira la articulación como si no fuera más que un juego de poleas que se pudiera manipular. Con un giro brusco, los huesos dislocados se alinean y vuelven a encajar en su sitio. Tye toma una bocanada de aire entrecortada. —*Eso,* en cambio, ha dolido más de lo que parecía. —Mueve el hombro con cautela—. Mucho mejor. Gracias.

—¿Shade? —le apremia River.

—Está bien. Por ahora. —Shade mira el hombro con furia, como si se sintiera personalmente ofendido por sus acciones—. Aunque, si pudiera, prohibiría las Pruebas de Destreza. ¿Por qué tenemos a gente arriesgándose a quedar mutilada por un aplauso?

—Esa es mi señal para irme. —Tye baja de la camilla de un salto, y tanto Katita como yo nos abalanzamos sobre él.

—Busquemos un poco de té de corteza de sauce, Tyelor. —Katita interpone su cuerpo entre Tye y yo, pisándome los pies para marcar su territorio. El olor a pino y dolor de Tye se mezcla con el perfume de rosas de la princesa y el penetrante aroma del taller de Shade. En la habitación iluminada por el fuego, el morado intenso de los verdugones de Tye parece del color de ciruelas enfermizas, y me giro para que River vea la profundidad de mi furia.

El pie de Katita se mueve y me golpea con fuerza en la parte de atrás del tobillo justo cuando Tye empieza a caminar hacia la puerta. La sorpresa llega demasiado tarde; mis pies, lentos y agotados, se apoyan en el suelo solo para encontrarse con la camisa desechada de Tye en el camino. Siento que caigo hacia atrás como una muñeca absurda y mis manos se aferran a cualquier cosa a mi alcance, que resulta ser la propia túnica de Katita. El jadeo de la chica no consigue mantenernos en pie, hasta que los sólidos brazos de Tye nos rodean a ambas por la cintura y nos hacen girar a los tres para estabilizarnos. Por un momento, estoy segura de que todo el lío acabará en el suelo, pero mis piernas encuentran un punto de apoyo firme justo cuando River y Shade se acercan para prestar su ayuda.

Mientras nos separamos del desbarajuste, la mezcla de irritación y vergüenza que me invade se convierte en un miedo que me hiela la sangre, pues en el suelo, en el centro de la breve refriega, la llave de Mystwood que se me ha caído brilla a la luz del fuego.

LERA



Se me hiela la sangre. El lugar de mi espalda donde llevaba metido el disco en la cinturilla de repente parece vacío. Frío. En el suelo, el leve tintineo vibra contra el mármol mientras el disco irregular termina de girar. La sala se detiene, y todas las miradas —incluso las de Coal, que se ha colado por la puerta lateral — se centran en el trozo de metal. En la implicación tácita de que no debería haber estado aquí.

El diminuto rastro de magia que emana del disco se asienta a mi alrededor. La tensión en los músculos de los machos me dice que ellos también sienten la atracción, aunque no entiendan nada sobre su propósito vital. La llave de Mystwood. El paso entre Lunos y el reino mortal.

River arrebata el disco del suelo, con unos duros ojos grises. Cerrando su mano callosa alrededor del amuleto, River nos examina a Tye, a Katita y a mí con una mirada escrutadora que convierte mi corazón parado en un redoble de tambor. El mismo artefacto sobre el que River interrogó a Tye el día anterior, ahora caído en medio de una refriega entre alumnos, uno de los cuales es un conocido granuja.

Katita es la primera en recuperarse; levanta las manos y la barbilla mientras mira la silenciosa fuerza amenazante en que se ha convertido River sin mover un músculo. Las facciones de su rostro,

talladas en mármol, sus hombros aún más anchos, su cuerpo, que se alza sobre todos los presentes en esta sala sin pretenderlo.

—Sea lo que sea lo que acaba de coger, señor —dice Katita apresuradamente—, le aseguro que nunca antes lo había visto. También le hago saber que dispongo de los fondos necesarios para *comprar* cualquier joya que pueda necesitar, sin tener que recurrir al robo.

—Me inclino a estar de acuerdo, Alteza. —La mirada que River dirige a Tye es tan ominosa que la espalda magullada de Tye se tensa en una sacudida refleja, aunque su hermoso y anguloso rostro permanece igual: un pelo por debajo del hastío. Su pendiente de plata brilla con insolencia a la luz del fuego, lo que no ayuda en nada a su causa—. ¿Tyelor?

Tye se balancea sobre los talones.

—¿Es esa la baratija que ha estado buscando? Resulta que justo se la traía.

—Conmigo, Tyelor —dice River en voz baja—. Ahora.

—¡He sido yo, no él! —Le corto el paso a River antes de que pueda dar dos pasos hacia la puerta, estirando el cuello para encontrarme con los ojos grises del macho. Ojos fríos y duros, la emoción tras ellos contenida tan firmemente que el aire vibra de tensión. Mientras toda la atención de River se posa en mí, su aroma a bosque y su embriagadora masculinidad nublan mis sentidos, su ancho pecho subiendo y bajando en lentas y controladas respiraciones, me siento como la cachorra que Shade me llamó, de pie ante un rey inmortal. Mi respiración se acelera, mis puños se aprietan ante oleadas de ira.

—Muchacha. —La advertencia en la voz de Tye es tan aguda que tendría que estar sorda para no oírla—. Eres una mentirosa terrible. No te metas en un lío mayor por tener buenas intenciones mal encaminadas.

—Tye no ha cogido su maldito colgante, como tampoco me obligó a saltar el muro anoche —le digo a River, ignorando la valiente defensa de Tye. Doy un paso adelante hasta que el calor de nuestros cuerpos se funde en un único horno ardiente, y soporto toda la fuerza de la mirada gris acero de River y su mandíbula rígida.

Una voz en el fondo de mi mente me informa de que hay una forma más diplomática de expresar mi punto de vista, que gritarle a River es tan seguro como llevar una llama al descubierto por un pajar. Sin embargo, a pesar del peligro que chisporrotea en mi piel, no consigo detenerme. River, *mi* River, está en algún lugar de esa cabeza dura, y necesito que le paren los pies. —Usted es mejor que sus acusaciones infundadas, *comandante*. Así que deje de usar a Tye como cabeza de turco y haga algunas preguntas básicas antes de pavonearse haciendo alarde de su puñetera autoridad.

El aire de la habitación se enfría, y de repente todas las miradas se posan en River y en mí. Katita emite un ruidito, pero hasta eso es engullido por el silencio. Se me seca la boca y me cruzo de brazos sobre el pecho. —Yo tenía su puñetera baratija. Así que mantenga sus malditas manos —y su vara— lejos de Tye y arrégleselas conmigo.

Los segundos que pasan en el silencio subsiguiente se hacen más pesados con cada respiración. Finalmente, River se aclara la garganta.

—Déjennos solos, si son tan amables —dice en voz baja, y sus palabras resultan más amenazadoras por su calma. Su voz transmite esa orden pura y sin adulterar que hace que mi cuerpo cante como la cuerda tensa de un arco, a pesar de mi propia furia palpitante.

La princesa Katita me dedica una sonrisita de satisfacción mientras sale al lado de Tye, quien me dirige una mirada de preocupación. Las miradas de Coal y Shade son indescifrables mientras los siguen, y Coal solo se detiene para acusar recibo de una mirada de *tú y yo todavía tenemos asuntos pendientes* que River le lanza. Incluso después de que la puerta se cierre, River no habla, y me doy cuenta de que está escuchando el sonido de pasos que se alejan. Asegurándose de que estamos verdaderamente a solas.

—¿Le gustaría volver a intentarlo, cadete? —La voz de River es gélida.

—No soy una cadete.

—Bien. —River extiende la mano hacia la puerta, con el pecho muy ancho y tenso bajo una camisa roja de cordones altos. La ira fuertemente contenida que emana en silencio de su mandíbula

fuerte, de su rígida espalda recta, de su aroma masculino y boscoso, hace que la voz tranquila de River parezca resonar en cada pared de la sala. La voz también resuena en mi interior, encendiendo cada fibra hasta que siento que mi cuerpo es demasiado pequeño para contener la presión que se acumula en mí. Los dedos de River se flexionan—. Entonces esta conversación no es necesaria. Permítame que la acompañe al establo ahora mismo, Lady Osprey. Haré que envíen sus cosas al pueblo mañana por la mañana para que las recoja.

No me muevo. No puedo. No quiero.

River me agarra el antebrazo; su agarre es duro como el hierro. Doloroso. Su respiración se agita mientras invade cada centímetro de mi espacio, cerniéndose sobre mí hasta que no hay a dónde mirar más que a sus ojos inflexibles.

Mi corazón desbocado refleja el pulso del propio River, late con tanta fuerza que puedo ver el *tic tic tic* de su pulso en el cuello, y mis oídos inmortales están lo suficientemente cerca de su pecho como para oír los golpes retumbantes. Un calor me invade, llenando el frío vacío.

Intento liberar mi brazo de su agarre, pero no cede, por mucho que tire.

—Empiece a caminar hacia el establo —ordena River—. Ahora.

Dejando de luchar contra el agarre implacable de River, levanto la barbilla, mostrándole a River los caninos que no puede ver. Mi propia necesidad y poder se entrelazan, dándole a mi voz una fuerza que nunca tuvo antes de que los machos entraran en mi vida. Antes de que me convirtieran en una guerrera. —*Usted* perdió el disco. *Usted* acusó a Tye. *Usted* le dio un maldito latigazo a un guerrero que luchó a su lado anoche. Y ahora, no ve la hora de deshacerse de la única persona que le pide cuentas.

Un atisbo de una reacción demasiado rápida para que pueda descifrarla cruza el rostro de River, y sus duras facciones vuelven a ser de piedra en una fracción de segundo. —¿Ha terminado?

Aprieto los puños a los costados, la impotencia de todo ello taladrándome hasta la médula. Aquí, en el mundo de la Academia Great Falls, River puede hacer lo que quiera. No importa lo que yo

diga, en el momento en que me haya ido, podrá descargar su tensión con mis machos. Con *los* machos… ya no son míos, no aquí. —¿Y va a hacerle daño a Coal también, ya que está? ¿Quizá darle otra cicatriz o dos, ya que no tiene suficientes? —Trago saliva, eligiendo mis últimas palabras para el macho antes de marcharme de la Academia—. ¿Qué demonios le ha pasado?

En el silencio que sigue, escucho el eco de mis propias palabras, cada una golpeando el pecho de River con tanta fuerza como el mío.

Tú le has pasado, Lera. Tú has hecho esto.

Bajo el pesado peso de la hermosa y dolorosamente familiar mirada de River, la verdad se despliega en mis entrañas de forma tan dolorosa que no puedo respirar.

Cuando rompiste esa runa. Cuando el quinteto se separó.

Estrellas, he estado tan centrada en cómo la indiferencia de los machos hiere mi corazón y obstaculiza la misión que he pensado poco en lo que la separación podría estar haciéndoles a *ellos.* Shade perdiendo el tiempo. Coal hundiéndose de nuevo en unas pesadillas de las que nunca podrá escapar, porque no sabe nada de la verdad. Tye, el atleta inmortal de más alto calibre, resbalando en una simple barra. Y River, con el peso del mundo todavía sobre sus hombros, tratando desesperadamente de mantener las cosas unidas, sin darse cuenta de que es al quinteto a quien realmente comanda, no a una academia de nobles humanos que ha existido sin él durante siglos.

Si alguien tiene la oportunidad de ayudar a los machos ahora, es una tejedora. Yo. Y, sin embargo, aquí estoy, planeando mi huida justo cuando las cosas se están poniendo difíciles. Puede que Autumn tenga más respuestas que River en este momento, pero abandonar a los machos —que ya están bajo el asalto de los amuletos del velo— es un precio demasiado alto a pagar. Puede que no *sientan* la magia del quinteto, pero aun así pasa factura a sus cuerpos y almas. Una tensión que se multiplicará por diez si estamos separados. *Que las estrellas me condenen.* A los quintetos no les va bien la separación. Tomo una bocanada de aire temblorosa. En un instante helado, lo lamento todo: mi ira impulsiva, haber atacado a River delante de sus subordinados y alumnos. Aunque quisiera quedarme, podría ser ya demasiado tarde. —River…

—No. —El control férreo que River ha mantenido desde el comienzo de nuestra conversación se resquebraja en una ira llameante—. Ha ido demasiado lejos —gruñe, soltándome el brazo; la pérdida de la conexión duele más que el agarre. El pecho de River sube y baja, sus fosas nasales se dilatan con breves y ásperos soplos de aire—. Le sugiero que tome una decisión muy rápida, Lady Leralynn de Osprey. O cierra la boca, va a los establos y se larga al infierno de mi academia, o va a mi estudio y experimenta en carne propia la misma disciplina que le parece tan censurable.

Me detengo, encontrándome de repente al borde de un precipicio que no me había dado cuenta de que estaba escalando. River habla en serio. River, *River*, está amenazando con pegarme. Nombrando el único coste que me aterroriza hasta la médula. El látigo de Zake no está tan lejos en mi pasado como para no sentirlo todavía con un color vívido e insoportable. Si River hace esto, será su cara la que vea en mis pesadillas. Me trago la bilis que ya me sube por la garganta, junto con las súplicas que sé que Zake quería de mí y nunca obtuvo.

River resopla, leyéndome la cara. —Eso es lo que pensaba. —No hay nada amable, ni comprensivo en su voz—. Fuera.

—No. Quiero decir… —Mi mano se cierra sobre la tela de mi túnica, mi voz se quiebra a pesar de mi mejor esfuerzo por calmarla. No, no suplicaré que River haga otra cosa, *cualquier* otra cosa. Haré lo que siempre he hecho. Sobreviviré—. Aceptaré el castigo por el disco, y lo que sea que tuviera pensado también para Coal. Pero deje a Coal en paz y no acuse a Tye de robo, él de verdad no hizo nada. ¿Le parece justo?

—¿Qué? —River parpadea—. No.

—Pero…

—No la *quiero* aquí. —Los hombros del macho se extienden como alas, su mandíbula cuadrada se aprieta con impaciencia.

Un escalofrío me recorre y, por primera vez, me cuesta mantener la mirada de River. —Pensaba que era política de la academia que los cadetes debían elegir por sí mismos si se iban —susurro—. ¿Estaba mal informada?

—No. No lo estaba. —Las palabras de River son secas, algo entre el habla y un gruñido.

—Entonces no me retiro. Así que debe mantenerme en sus registros, según sus propias reglas. —Hablo sin tomar aliento, temiendo perder el valor si me detengo—. No puede castigarnos a Tye y a mí por robar el mismo disco, ¿verdad? Y en cuanto a Coal, él pensó que yo ya había dejado la academia antes de acostarse conmigo, así que puede echarme toda la culpa a mí. —Trago saliva —. Si quiere quebrar a alguien, québreme *a mí*. Tómeme *a mí*. A ellos no. Por favor.

Esta vez, el silencio que se cierne a nuestro alrededor es tan atronador que siento como si el profundo estruendo de un gong fantasma vibrara por toda la sala.

—Acepto sus condiciones —dice River, su voz cortándome como un cuchillo—. Venga conmigo, cadete.

RIVER



Santas estrellas. River se volvió hacia la puerta con más rapidez de la que el decoro dictaba, pero necesitaba salir. Lejos del embriagador aroma a lilas de Leralynn, que, sumado al miedo y la furia del propio River, le impedía pensar. La muchacha no comprendía cómo a River se le había parado el corazón cuando ella había reclamado la propiedad de aquel maldito disco. Nada menos que con la princesa Katita en la habitación. Un disco con símbolos que solo podían ser feéricos, que le habría valido a Leralynn una soga al cuello tan rápido que no le habría dado tiempo ni a gritarle al verdugo.

Una vida fiera, de gran corazón e idiotamente valiente, extinguida en un santiamén. Como la de Diana.

Diana. Sí, su parecido con Diana tenía que ser la razón por la que Leralynn se le estaba metiendo bajo la piel, despertando cada uno de sus instintos protectores. River de verdad necesitaba dejar de confundir a una nueva y hermosa *cadete* pelirroja con el alma gemela que había perdido.

River apretó el puño y un gruñido retumbó en su pecho. Y hablando de cadetes, ¿en qué demonios estaba pensando la muchacha, no solo plantándole cara, sino haciéndolo delante de todo el mundo? ¿Cómo se imaginaba que podía acabar la conversación? Ya era bastante malo que Lera desafiara su autoridad; había dicho cosas que él no podía pasar por alto. En cuanto a cómo

se había hecho Lera con el disco, River no se atrevía a preguntar y rezaba por que ella no se ofreciera a contárselo. Eran tiempos peligrosos. Quizás el maldito objeto la había encontrado a ella del mismo modo que lo había encontrado a él: apareciendo un día en un cajón cerrado con llave, llamándolo con su preciosidad.

Inhalando la fresca brisa vespertina, River saboreó su dulce aroma a tierra mojada mientras escuchaba el silencioso chapoteo de sus botas sobre los adoquines anegados, aunque los ligeros pasos de Lera apenas hacían ruido tras él, como si supiera exactamente dónde pisar. A esas horas tan tardías de la noche, la mayoría de los estudiantes y el personal estaban dentro; las ventanas, iluminadas con faroles y velas. River giró a la derecha y escogió el camino más largo hacia el torreón para darle tiempo a Lera a pensar.

El miedo que emanaba de Lera era tan fuerte que River podía olerlo a varios pasos de distancia; su acidez le revolvía el estómago. A cada paso, River esperaba que la muchacha que lo seguía miserablemente cambiara de opinión, que se dirigiera a las caballerizas, que balbuceara explicaciones, que se cayera y se torciera un tobillo por accidente para poder correr a esconderse tras los muros de la enfermería de Shade. Pero no lo hizo. Leralynn estaba aterrorizada y seguía el ritmo de River con la misma seguridad que cualquier guerrero en una batalla.

Sí, tras ese cuerpo pequeño y exhausto, ese rostro desgarradoramente hermoso y esos ojos de chocolate, Leralynn escondía una voluntad que superaría a la de un general. Por desgracia, su comprensión de los peligros que la rodeaban no estaba ni de lejos a la altura de su valor.

Dentro del torreón, River la guio por la escalera de caracol hasta su estudio en la torre sur, cuyas aspilleras en cada recodo dejaban entrar frías ráfagas de aire nocturno. Abrió la puerta para que Lera entrara antes que él. Al hacerlo, la muchacha se abrazó el pecho; el ligero remangado de su camisa dejaba ver una sombra de moratones en su muñeca derecha. Una huella de dedos, nada más. Solo que eran las marcas que River había dejado. En una mujer que se parecía y actuaba —y, que las estrellas lo perdonen, olía— tanto a Diana que River todavía no podía respirar hondo en su compañía.

La puerta se cerró tras ellos con un portazo definitivo para el que River no estaba preparado, atrapándolos en aquella habitación de repente claustrofóbica. El fuego que River por fin se había decidido a encender hacía unas horas aún crepitaba suavemente. Ahora, el delicado aroma a lilas y a miedo de Leralynn inundaba cada centímetro de aire, y River no sabía si prefería ahogarse en él o abrir una ventana. Necesitaba más tiempo para pensar, para encontrar una salida a este embrollo que amenazaba con llevarse su alma y la de todos los demás.

El desastre de la enfermería era culpa de Leralynn. Sin embargo, los acontecimientos que lo habían provocado recaían sobre los hombros de River. Era el disco de River el que se había caído, los guardias de River los que habían permitido que los cadetes cruzaran el muro sin ser molestados la noche anterior, el débil estómago de River el que había eludido el deber de encargarse de la indiscreción anterior de Lera, delegándoselo a Coal. Sobre todo, era River quien tanto temía pasar un momento más en compañía de Diana —de Leralynn— que era capaz de expulsar de la Academia a la única cadete que, a todas luces, tenía el potencial de convertirse en una verdadera líder. Quizás más que cualquier otro estudiante allí, con la posible excepción de Tye de Blair.

Sí, ambos tenían la culpa. Y ahora era el momento de arreglarlo. Costara lo que costara.

Leralynn se detuvo en medio del estudio de River, observando sus pulcras superficies y sus oscuros paneles de madera con los ojos muy abiertos, con una respiración tan superficial y rápida que debía de estar mareándose. River la examinó con atención. Los músculos tensos, la piel pálida, un brillo de sudor en la sien a pesar de su evidente frío. Los ojos muy abiertos y —a pesar de todos sus intentos de no mirar nada en particular— moviéndose de un lado a otro. Buscando lo que fuera que ella esperaba que él usara contra ella. *Santas estrellas.* Leralynn no estaba simplemente ansiosa, estaba completamente petrificada.

La mano de River se cerró en un puño, sus uñas se clavaron en la palma, y una llamarada lo recorrió. Alguien había *hecho daño* a la

muchacha antes. No castigado, sino hecho daño. Y estaba dispuesta a enfrentarlo todo de nuevo para proteger a los demás.

—¿Dónde quiere que me ponga, señor? —preguntó Lera. Su voz era sorprendentemente firme.

Señor. Estaba esforzándose por seguir las normas, gracias a las estrellas. —Donde está.

Rodeando su escritorio, River acercó su silla de cuero y se sentó, sacando papel y tinta. Con una larga mirada a la muchacha, escribió unas cuantas líneas; su pulcra caligrafía llenó el espacio con el leve rasgueo de la pluma. Hecho esto, River esparció arena sobre la tinta antes de soplarla con cuidado y finalmente doblar la nota por la mitad.

Lera se estremeció cuando River se acercó a ella y cerró los ojos con fuerza.

—No voy a pegarle. —River colocó una mano firme detrás del omóplato de Lera para que la muchacha no se cayera; su suave calidez y sus músculos magros enviaron una ola de calor por todo su cuerpo—. Si River pudiera arrancarle la garganta a quien de verdad le había hecho daño, lo haría. En este mismo instante. River contuvo aquel repentino y desconcertante arranque de furia. Sí, se sentía protector, pero seguro que sentiría lo mismo por cualquiera de los estudiantes. Era su subdirector, debía protegerlos. Sacudiendo la cabeza para desechar la idea, River se centró en la muchacha, que aún temblaba y parecía no haber oído su promesa. O no la creía—. Leralynn. Lera. —River bajó la voz, manteniéndola llena de autoridad, pero suavizando el tono—. Abra los ojos y míreme. No tengo nada en las manos que vaya a hacerle daño. ¿De acuerdo?

Sus ojos se abrieron, profundas pozas marrones que podían ahogar el alma de un hombre. Se entrecerraron. —¿Por qué?

—Que las estrellas me lleven, ¿de verdad quiere discutir sobre esto?

Lera tragó saliva y cambió de peso, pero en ningún momento se apartó del apoyo de la mano de River, lo que le produjo a él una inexplicable satisfacción. —Porque no conseguiría nada —dijo él con sinceridad.

Lera levantó la barbilla. —Tye y Coal…

Cadete de gran corazón y leal.

—Mantengo mi palabra, Leralynn. —River le entregó el mensaje doblado—. Le dará esto al jefe de las caballerizas cuando se presente a limpiar los establos una hora antes del amanecer de mañana. Volverá para la misma tarea después del anochecer, esta vez trabajando durante dos horas. Esto continuará durante un mes. Más tiempo si noto un solo cambio en la actitud que espero. —Esperó hasta que Leralynn cogió la nota; su mano temblaba ligeramente mientras sus grandes ojos de chocolate lo miraban con tal alivio que a River se le revolvió el estómago—. Este es mi intento de mantenerla demasiado ocupada para que no se meta en problemas. En *más* problemas. Por el amor de las estrellas, apréndase las normas.

River se apartó, echando ya de menos el tacto de su espalda tersa bajo su mano, como si el cuerpo de la muchacha perteneciera junto al suyo. Como si encajara allí.

Basta ya. Ya es bastante malo que un instructor perdiera la cabeza por culpa de su entrepierna. La Academia no necesita a dos *idiotas.* A pesar de la reprimenda, River esperó una punzada de celos irracionales. No llegó ninguna. Curiosamente, a pesar de la atracción que Lera ejercía sobre su alma, River no le guardaba rencor a Coal por acostarse con ella; oh, estaba furioso con él, pero la ira provenía de la incorrección de que Coal se hubiera liado con una estudiante, no de la envidia. Del mismo modo que el instinto protector de Leralynn hacia Tyelor y las miradas de aprecio que le lanzaba a Shade cuando creía que nadie la veía no despertaban ningún resentimiento en el corazón de River. Lo cual no sería inusual si River no sintiera también deseos de arrancarle la garganta a cualquier *otro* que pudiera codiciar a Lera.

River podía atribuir sus sentimientos hacia Coal y Shade a la amistad, pero ¿y Tye? *Santas estrellas.* Tenía tan poco sentido como los impulsos que la muchacha despertaba en él para empezar. E importaba aún menos. River era el subdirector y Leralynn una cadete de primer año. Ni todas las calenturas del mundo ni las similitudes con Diana cambiarían eso.

—¿Tiene alguna pregunta? —preguntó River.

—No, señor —dijo Lera en voz baja—. Y… gracias.

River asintió. —Y a usted también. Por recordarme algo importante. —Le indicó la puerta con un gesto de la cabeza y Leralynn se marchó de inmediato, aferrando la orden de trabajo.

Con la puerta cerrada tras ella, River sacó el disco que había iniciado este último desastre. No podía estar seguro de cuánto había visto del objeto la princesa Katita antes de que él lo arrebatara del suelo de la enfermería, pero si había atisbado los detalles, podría haber problemas. Katita era despiadada y, dada la envidia de la princesa por la atención que Tye le estaba prestando a Lera, volátil. La posición de River en la Academia le ofrecía protección contra las acusaciones infundadas de los cadetes; la de Lera, no. Por su bien, sería mejor que la reliquia nunca hubiera existido, no fuera que proporcionara alguna prueba para futuras acusaciones.

River tragó saliva. Era hora de que siguiera el ejemplo de Leralynn e hiciera lo correcto, sin importar cuán conectado se sintiera con el disco, cuán inexplicablemente asustado le dejara la idea de su pérdida. Antes de poder reconsiderarlo, River cogió la pequeña hacha que usaba para hacer leña y dejó caer su cabeza roma sobre el extraño disco, haciéndolo añicos antes de arrojar los pedazos a las llamas.

SHADE



Shade se despertó con el olor de las vides que se enredaban en el cenador y el de las piedrecillas que se le clavaban en las costillas. Sobre su cabeza, el sol irrumpía en un horizonte de un naranja floreciente, como si la tormenta del día anterior nunca hubiera ocurrido. Shade inspiró de forma entrecortada y se arrodilló mientras se frotaba la cara. El jardín de la reflexión de la Academia se extendía ante él en ambas direcciones, con parterres de jacintos cubiertos de rocío y equináceas gigantes, cuyos altos tallos y hojas de color verde claro sostenían brillantes capítulos amarillos.

Sí, Shade estaba fuera. Pero ¿cómo demonios había llegado hasta allí? A juzgar por el ligero dolor que le recorría las costillas y los recuerdos de un sueño en el que había perseguido a un ciervo, se había quedado dormido allí. Por suerte, era poco probable que su presencia levantara sospechas: el jardín era grande y estaba lleno de una frondosa vegetación que ocultaba a la vista, lechos de helechos de encaje y rincones con muros de piedra diseñados para dar refugio a los estudiantes que buscaban soledad en medio de la ajetreada vida de la Academia. No era el primero ni sería el último de los visitantes nocturnos del jardín. Pero todos los demás sabían cómo habían llegado allí.

Shade no. Había perdido la noción del tiempo. Otra vez.

Shade se obligó a repasar sus últimos recuerdos. Recordaba la enfermería de la noche anterior, cuando Coal había traído a Leralynn

de Osprey para que la reconocieran después de una carrera de castigo que a todas luces se había convertido en algo más que disciplina. Fue entonces cuando su cuerpo empezó a jugarle malas pasadas. El aroma a lilas de la chica y sus profundos ojos marrones —por no hablar de su piel tersa y cremosa bajo sus manos— lo habían vuelto loco, haciendo que mantenerse a raya se convirtiera en un esfuerzo de voluntad. No perder de vista su deber. Recordar que era una *alumna*, por los astros. Hacer las preguntas adecuadas, tomar la decisión correcta, usar los malditos ungüentos adecuados.

La atracción que Leralynn ejercía sobre él tenía tan poco sentido como haberse despertado allí. Quizá fuera el estado en que se encontraba, al borde de la desdicha, lo que despertaba el instinto natural de protección de un sanador. O el aroma a acoplamiento que se les había adherido tanto a ella como a Coal, un aroma que le pondría duro a *cualquier* hombre. Tenía que ser eso. Además, Leralynn le recordaba a otra mujer de pelo caoba y ojos de color chocolate que una vez había sido dueña de su alma.

Shade se sacudió antes de que el recuerdo pudiera absorberlo por completo. El problema de Leralynn de Osprey era el más sencillo de resolver: mantenerse lo más lejos posible de ella. Casualmente, ese fue el mismo consejo que le había dado a Coal la noche anterior, y eso que él solía tener más autocontrol que Shade. Por suerte, la chica planeaba marcharse de la Academia.

La enfermería. Shade se obligó a volver a la tarea mientras se dirigía a la salida más cercana del jardín: un arco de piedra casi escondido en el seto, cubierto por una densa y susurrante hiedra verde. Había estado en la enfermería, atendiendo primero a Lera y luego a Tye, cuando se desató el infierno por un extraño disco caído que Shade supo instintivamente que era importante. La furia fría y contenida en el rostro de River había sido suficiente para recorrerle un escalofrío por la espalda, a pesar de conocerlo desde hacía años. Shade había visto a reyes con menos poder interno que el que siempre bullía bajo los modales y el habla cultivados de River. Aquel hombre podía ejercer más autoridad con una mirada que otros con un látigo o una espada. Incluso Shade, que consideraba a su

comandante un amigo, sabía que había una línea que no se debía cruzar. Todo el mundo lo sabía.

Salvo una tal Leralynn de Osprey.

Por los astros, la chica no tenía ningún instinto de supervivencia. Shade no sabía si sentirse más aliviado por haberse perdido cómo River la hacía trizas o más asustado por cómo podría terminar el duelo. Parpadeó. Después de aquello, recordaba emociones y olores más que acontecimientos. Sí, había temido por Lera, había querido ver si estaba bien. Pero no era tan idiota como para quedarse plantado vigilando la puerta del dormitorio de los alumnos; había vuelto a sus propios aposentos.

¿O no?

Entonces, ¿cómo había llegado hasta allí, al jardín de la reflexión? ¿Había estado bebiendo?

Llevándose las manos a la espalda, Shade se dividió el pelo en tres mechones y se lo trenzó rápidamente, creando la apariencia de un oficial levantado y listo a primera hora de la mañana en lugar de uno que se había desmayado bajo las estrellas. Fuera lo que fuese lo que le estaba pasando, Shade necesitaba llegar al fondo del asunto rápidamente. Y en silencio.

—¿Shade?

Girándose hacia el sonido de la voz de River, Shade encontró al comandante, impecablemente vestido, saliendo del torreón como si no fuera consciente de la hora que era. River, el hombre más alto que Shade conocía, siempre llevaba el pelo castaño oscuro muy corto, las botas negras relucientes como un espejo y los ojos de un gris tormenta, inexpresivos. Unos ojos que parecían tener la extraña habilidad de enfocar todos los lugares y personas de la Academia a la vez. Un par de guardias que se apresuraban a cumplir con sus deberes se cuadraron al verlo, con el rostro pálido, aunque River no hizo más que asentir cortésmente. En ese momento, Shade sabía cómo se sentían.

Alisándose el arrugado y húmedo suéter gris, Shade se unió a River al borde del patio, donde permanecía inmóvil como una roca, con los ojos fijos en un punto en la distancia. —¿Esperas algo? —preguntó Shade.

—A *alguien*. Anoche di unas órdenes y me gustaría asegurarme de que se cumplen. Ah, ahí está.

Siguiendo la mirada de River, Shade vio a la única persona que realmente esperaba evitar. A Leralynn. Salía con paso cansino del cuartel de los cadetes, con la piel tersa y la larga trenza caoba brillando bajo el sol naciente. A pesar de sus curvas de infarto, que hacían que hasta un uniforme gris pareciera delicioso, los hombros encorvados y los rígidos escalofríos que recorrían su cuerpo por el frío delataban unos músculos innegablemente doloridos. Shade enderezó la espalda. —¿Pensaba que nos dejaba?

—Ha cambiado de opinión. —La voz de River sonó tensa. Desaprobatoria, casi más de lo que la situación parecía requerir, aunque cuando se trataba de Leralynn, Shade no estaba en posición de juzgar bien.

—Ya veo. —A Shade se le encogió el estómago—. ¿Y qué la has mandado a hacer?

—Limpiar los establos tres horas al día durante un mes. —La absoluta falta de emoción en las palabras de River hirió los oídos de Shade. Por alguna razón, el castigo incomodaba a River lo suficiente como para esforzarse en ocultar sus pensamientos. A pesar de todas sus máscaras estoicas, River lo veía absolutamente todo, lo que no auguraba nada bueno para el propio aprieto de Shade.

Shade se aclaró la garganta, procesando por fin lo que River había dicho. —¿Le quitas tres horas al día durante un mes? —Con la carga de trabajo de la Academia, eso dejaría a una cadete de primer año sin tiempo para dormir—. ¿No es un poco severo? Con unos simples azotes habría bastado.

El rostro de River se tensó entonces. —No pude —dijo en voz baja—. Y necesito que esté demasiado agotada como para meterse en líos durante un tiempo.

Shade se balanceó sobre los talones sin decir nada; no se fiaba de poder evitar soltar algo que pudiera exponer su propia agitación a los ojos demasiado perceptivos de River. En cuanto a River… En todo el tiempo que Shade conocía al comandante, este nunca había dudado en castigar a un estudiante o soldado, hombre o mujer.

River nunca era cruel, pero era eficiente. Y justo. Y consecuente. Hasta ahora.

¿Qué tenía esa hermosa cadete? Primero Tye. Luego Coal. El propio Shade. Ahora River. Leralynn de Osprey estaba tocando almas. Lo que la hacía tan tentadora como peligrosa. Un hecho que debería haber hecho que Shade se apartara y que, en cambio, le provocaba una erección.

LERA



—*Tócate la oreja* —le digo a Coal, con el corazón acelerado. No puedo evitarlo. *Necesito mostrarle a Coal su verdadera naturaleza. Necesito intentarlo.*

Coal me mira de reojo, su olor metálico mezclándose con los persistentes aromas del sexo y el sudor. Sin camiseta, el varón se recoge el pelo rubio en un moño, y los músculos se le contraen bajo la piel tersa.

—¿Mi propia oreja? —pregunta.

—Sí. Tu propia oreja. Tócatela.

Siento como si me moviera a través de melaza, concentrándome en el rostro quieto y tranquilo de Coal. Esto es una pesadilla*, grita una parte de mi mente.* Solo una pesadilla*. Pero una pesadilla que se repite, cuatro, cinco veces en una noche, y cada vez me obliga a acercarme más y más, haciéndome revivir cada momento.*

Coal se lleva la mano a la parte inferior de la oreja. Le cojo la mano y se la redirijo hacia la punta afilada.

¡No! ¡No lo hagas!, *me grito a mí misma, casi como si lo estuviera viendo todo desde arriba. Pero no escucho. La Lera que levanta la mano de Coal no sabe lo que va a pasar.* Despierta, despierta, despierta*, ruego, sabiendo que es inútil.*

La fuerte mano de Coal confía en mi tacto cuando entra en contacto con la prueba de su herencia feérica… y grita de agonía. El

dolor en su voz me oprime el pecho y hace que la bilis me suba por la garganta.

Me aparto.

Coal se balancea de rodillas, con la cabeza entre las manos, y su cuerpo tiembla como nunca lo he visto temblar. Sus ojos azules y vidriosos no ven nada.

—¡Coal! —Le cojo los hombros desnudos, que ahora arden como si tuviera fiebre—. ¡Coal!

Me incorporo en la cama e inspiro grandes bocanadas de aire frío. *Coal está bien*, me digo a mí misma, como he hecho toda la noche, pero soy una pésima mentirosa, incluso conmigo misma. Coal no grita de dolor por nada que no sea una tortura en los reinos oscuros. Y ayer, por mi culpa. *Cielos.* Puede que el varón no recuerde nada del episodio, pero yo lo recuerdo por los dos.

Observando el sol naciente, me deslizo al suelo y me pongo mi uniforme gris. Servicio en el establo. Cierto. Caminando por el patio de la Academia hacia el establo, escucho el eco de mis pasos resonando en los muros de piedra con el aire fresco del amanecer. Mi amuleto de velo se balancea pesadamente contra mi pecho, y esta mañana lo siento especialmente pesado. No he podido quitármelo para dormir, por si Arisha se despertaba y me veía en mitad de la noche, y mi mente anhela un descanso de las verdades a medias hiladas con magia.

De hecho, todo se siente pesado esta mañana. La ironía no se me escapa. Hubo un tiempo en el que limpiar establos en la finca de Zake era mi vida, justo hasta que Coal, River, Shade y Tye irrumpieron en mi mundo y lo pusieron patas arriba. Y ahora estoy de vuelta a las andadas. Y por órdenes de River, nada menos. La ironía sería morbosamente divertida si los recuerdos de Zake no me hicieran todavía romper a sudar. Si la idea de volver a ponerme en el lado malo de River no me asustara tanto.

Como si lo hubiera invocado con el pensamiento, me doy cuenta de que el varón me observa desde el borde del patio. Incluso a esta distancia, los anchos hombros de River, su imponente altura y su

mandíbula cuadrada me dejan sin aliento. Con las manos entrelazadas a la espalda, erguido como un poste, y sus ojos grises y rasgados fijos en mí sin parpadear, River viste la fuerza y la responsabilidad con la misma naturalidad con la que otros visten abrigos. A su lado, la perfección depredadora de Shade se enrosca bajo un rostro de huesos afilados enmarcado por un pelo negro y unos penetrantes ojos dorados; aunque mi aguda visión feérica distingue unas profundas ojeras bajo esos hermosos ojos. Ojeras que podría alisar en otra vida, pero no en esta. La visión de ambos juntos hace que el calor se acumule entre mis muslos incluso mientras acelero el paso.

Esto es lo que la gente normal debe de sentir en compañía de los varones. Cuando la magia nos unió, todo sucedió tan rápido que nunca sentí realmente todo el peso de su poder antes de ver más allá, antes de convertirme en amiga y amante. Pareja. Para mí, River siempre ha sido *River.* Pero no lo es. Es el rey de una de las tres únicas cortes Lunos, un comandante de guerreros legendarios cuyos siglos de nervios y mentes curtidos en la batalla solo son igualados por su atractivo físico.

Ahora que los veo desde más allá de los muros de la intimidad, la distancia entre nosotros parece insuperable.

Mi pie tropieza con un adoquín suelto, y hago una mueca mientras intento mantener el equilibrio. Después de pasar medio día con Coal agotándome y el resto temblando como un arbolillo —con una notable excepción que desde luego no dio descanso a ninguno de mis músculos—, me duele todo. Me duelen los brazos. Me duelen las piernas. Me duelen los hombros. Creo que también me duelen las pestañas, pero mantener los ojos abiertos es una tarea tan ardua que no estoy del todo segura.

Al meterme en uno de los caminos que atraviesan el espeso muro de arbustos que separa los lados este y oeste de la Academia, oigo una voz familiar que me llama por mi nombre y frunzo el ceño. Gavriel. ¿Qué podría querer el bibliotecario de mí a estas horas?

Dirigiéndome hacia el sonido, encuentro a Gavriel en uno de los pequeños nichos circulares. Al verme, el hombre se levanta del banco de piedra en forma de media luna, con la pierna inusualmente

rígida por el frío de la mañana. A pesar de la obvia molestia, los ojos marrones de Gavriel están demasiado vivos para esta hora de la mañana, y su túnica andrajosa se agita tras él con la cortante brisa.

—He oído que podría encontrarla aquí, y aquí está —dice, tendiéndome las manos a modo de saludo—. Aunque debo decir que este asunto de limpiar establos es altamente contraproducente para nuestras necesidades. Desde luego, River no le impuso semejante pérdida de tiempo a su atleta estrella. Quizás pueda hablar con él sobre una alternativa…

—Estoy bien con el servicio en el establo, Gavriel —digo rápidamente—. *Siempre que no llegue tarde.* —Y buenos días a usted también. ¿Necesitaba algo?

—Discutir con usted la misión de esta noche, por supuesto. —Gavriel me sonríe radiante, con la boca abierta en una amplia sonrisa que revela unos dientes delanteros ligeramente torcidos, como si me ofreciera un vino excepcional en lugar de una forma de que me maten.

Me le quedo mirando.

—¿Porque la última me fue tan bien?

—No sea tan dura consigo misma. —Gavriel me da una palmadita en el hombro—. Ya le cogerá el truco, estoy seguro. Ahora bien, esta noche…

Levanto una mano para detenerlo, cortando a Gavriel a media frase. El calor se filtra en mi sangre y tomo una bocanada de aire llena de tierra, savia y pino. Sí, es evidente que Gavriel y yo hemos estado hablando sin entendernos estos últimos días, pero alejar a la única persona que sabe la verdad sobre mí no sería prudente. Aun así, después de lo que pasó ayer, necesito llevarnos por un rumbo diferente; preferiblemente sin que me haga llegar tarde al servicio en el establo. Cierro los ojos por un momento y reúno las palabras más claras que puedo encontrar. —Necesitamos que River, no yo, lidere la ofensiva para cerrar la fuga de magia. Si desea ayudar, entonces averigüe cómo devolverles la memoria a los varones. Ayer intenté forzarlo, hacer que Coal se tocara la punta de su propia oreja y… no acabó bien.

En lugar de la esperada curiosidad, los ojos de Gavriel se abren de par en par por un momento. —No, me imagino que no. —El hombre frunce el ceño como si estuviera regañando a una niña rebelde—. Por todos los cielos, Leralynn. ¿Qué le hizo pensar que era prudente entrometerse en una magia que no comprende?

—Porque necesitaba mostrarle a Coal lo que es. —Levanto la barbilla—. Pensé que la evidencia de sus orígenes empujaría a Coal a anular la ilusión del amuleto.

—Y en su lugar, el velo lo atacó —espeta Gavriel.

La bilis me sube por la garganta mientras reprimo el eco fantasmal del bramido de agonía de Coal. Atacado. Sí. Eso es lo que pasó. Cuando se le desafió, el amuleto inundó a Coal de dolor hasta que todo rastro del intento fue arrancado de su mente. Me froto la cara. ¿Cómo se disculpa uno con alguien que no recuerda nada del incidente?

Gavriel suspira, y su voz se suaviza. —Parece que la magia del velo está luchando por su propia supervivencia. Tiene suerte de que —esta vez— su experimento terminara solo con un poco de dolor. —Gavriel se arregla el suéter, lo que hace muy poco por su apariencia general—. Debo señalar que le he estado diciendo todo el tiempo que se olvide de los varones. Espero que haya aprendido la lección, Leralynn, y que esté dispuesta a escuchar los parámetros de la misión de hoy.

Entrecierro los ojos, con el corazón martilleándome en las costillas. —¿Eso es todo? ¿Su solución al ataque del velo sobre Coal es ignorarlo?

—Coal no es el Protector —dice Gavriel con una paciencia exagerada—. Usted sí. Ahora, espero cielos despejados esta noche, lo que sin duda querrá aprovechar para…

Dejo de escuchar, el calor que hierve a fuego lento en mis venas da paso a un rugido. Esto es la guerra, el ataque del amuleto es el primer disparo. Y yo… yo no puedo luchar sola —claramente— sin empeorar las cosas varios órdenes de magnitud. Gavriel tampoco ayudará. Lo que deja un único curso de acción: esperar refuerzos de Lunos, mantener la posición hasta que llegue la ayuda. Con el tiempo, sin contacto ni resultados, alguien en el Concilio de Ancianos

decidirá enviar a un explorador para ver cómo estamos. Y si no es el Concilio, Autumn seguro que lo hará.

Ojalá tuviera una forma de contactar con Lunos, pero no la tengo, así que me las apañaré. Siendo inmortales, tenemos tiempo para esperar, siempre que me asegure de que todos sigamos aquí, vivos y cuerdos cuando llegue la ayuda. Siempre que no les haga más daño a los varones del que ya les he hecho.

—¿Está escuchando? —exige Gavriel, alzando la voz—. Usted es la Protectora, Lera. Lo menos que puede hacer es prestar atención.

Vuelvo la cabeza bruscamente hacia él, y los pensamientos que giraban en mi mente por fin se detienen. A Gavriel no le importo nada ni yo ni los varones, ni el hecho de que los cinco nos estemos haciendo pedazos, cada uno a su manera. Y estoy harta de él. De todo. —No. —Miro al hombre a los ojos, levantando la barbilla—. No soy su marioneta profética personal.

Gavriel se tambalea hacia atrás, como si lo hubieran golpeado. —Pero la Protectora…

—No me importa. —Me pongo delante de Gavriel, cortándole el paso. Siento el pecho pesado, los nervios a flor de piel. Si River estuviera aquí, probablemente estaría haciendo todo lo posible contra viento y marea. Pero no lo está. Soy yo. Y el mundo es mejor —más seguro— sin mi intromisión. Eso es un hecho demostrado. —No me importan sus profecías, ni la magia que se filtra en el reino mortal. No me importa *nada* de esto. Así que déjeme. En. Paz.

Por primera vez desde que conozco a Gavriel, la seguridad en sí mismo del hombre flaquea, la profundidad de su decepción conmigo es clara en sus ojos. Cuando empiezo a caminar, el bibliotecario no me llama.

LERA



Abro la puerta del establo, que se desliza con suavidad sobre unos raíles bien engrasados, e inspiro el familiar y maravilloso aroma a caballo y heno. Los grandiosos establos de la Academia son los más grandes que he visto, con largas hileras de amplias cuadras, un pajar en alto y un depósito para guardar la avena y el pienso. Fiel a lo que cabría esperar de una academia militar, todo se mantiene en un orden sencillo e impoluto; las vigas y las cuadras, construidas con una madera de pino pálido pulida hasta sacarle brillo, no tienen ni una mota de polvo o paja fuera de lugar. El mozo de cuadra, que está de pie esperándome, es mucho menos acogedor, y sus ojos grises de párpados pesados expresan exactamente lo que siente por tener que levantarse de la cama solo para tenderme una horca.

—Este es su puto castigo, no el mío —masculla entre dientes, y me clava el mango en la mano con más fuerza de la necesaria—. Las cuadras están ahí. La mierda de caballo está dentro. La carretilla, por alguna parte. Si tiene preguntas, búsquese la vida o pregúnteles a los malditos caballos.

Claro. Estoy casi segura de que el hombre está sonámbulo y me estremezco cuando casi se da contra la pared al salir al frío de camino a su cama. Cualquiera diría que los mozos de cuadra agradecerían la ayuda de una estudiante obligada a limpiar estiércol

durante várias horas al día, pero a estas horas de la mañana, no se puede dar nada por sentado.

Cierro la puerta tras él y contemplo mi campo de batalla, con la horca en mis brazos demasiado pesada para mis doloridos músculos. Las cabezas de unos caballos preciosos asoman con curiosidad por encima de sus cuadras, mirándome con una mezcla de interés y esperanza de un desayuno temprano. Al final del pasillo, veo a un precioso semental tordo sujeto a los vientos, y a una joven alta e igual de preciosa frotándole el pelaje. Por lo que parece, la pareja ha estado haciendo ejercicio. Parpadeo. Me froto los ojos. —¿Katita?

La princesa se vuelve para fulminarme con la mirada. —¿Qué haces aquí?

Alzo la horca como respuesta. —¿Qué haces tú aquí?

—No me gusta que la chusma toque mis cosas. —Desata al semental, lo mete en una gran cuadra en la esquina y le añade agua al cubo antes de cerrar la puerta—. No toques a mi caballo —dice, pasando a mi lado con zancadas firmes hacia la salida—. No le saques a hacer ejercicio, no lo cepilles, ni se te ocurra mirarlo. —Se detiene con el dedo en el pomo y se da la vuelta; su melena rubia traza un arco perfecto y sus ojos de color aguamarina relampaguean —. De hecho, eso se aplica a todo lo que es mío. Aléjate.

Claro. Espero a que la puerta se cierre tras Katita antes de negar con la cabeza. Recuerdo la mirada fría que me dedicó ayer en el despacho de Shade mientras hacía entrar a Tye, y creo que sé a qué «todo» se refiere. En la cuadra de al lado, Czar, el semental de Coal, me mira con furia, dejando claro que pisotearme hasta la muerte sería su forma preferida de pasar la mañana.

—Ponte a la cola —mascullo, metiéndome la mano en el bolsillo. Vacío. No he pasado por el comedor, así que no tengo manzanas ni para los caballos ni para mí. Cruzo al otro lado del pasillo y hundo la cara en el cuello de mi yegua, Sprite.

Sprite resopla suavemente y su aliento me hace cosquillas en la piel. Al menos alguien de aquí se acuerda de mí.

—Vamos a limpiar tu cuadra, pequeña. —Intento coger el ramal que cuelga a la altura perfecta para alguien una cabeza más alto que yo..., y pego un chillido como el de un gato al que le han pisado la

cola. Si creía que agacharme para ponerme las botas esta mañana había sido difícil, estirarme *hacia arriba* para alcanzar un gancho es prácticamente imposible.

—Por las estrellas, muchacha, ¿qué estás haciendo? —La voz de Tye, unida al suave susurro de la puerta al abrirse, hace que me gire bruscamente.

Tye está de pie frente a la puerta, ya cerrada de nuevo, estudiándome con una picardía felina en sus ojos esmeralda que me provoca una oleada de calor por todo el cuerpo. Incluso en la tenue luz matutina del establo, el cuerpo alto y musculoso del fae, sus rasgos afilados y su espeso y rebelde pelo rojo tienen una belleza etérea que hace que me dé vueltas la cabeza. A mí y a todos los demás de la Academia; estoy segura de que Katita tiene al fae en el inventario de sus propiedades.

—¿Te has tragado un palo? —pregunta Tye con su cantinela grave y melodiosa. Vestido con una versión más ajustada de los grises de entrenamiento de la Academia, Tye se mueve con una rigidez que pocos, aparte de mí y los fae, notarían tras su bien ensayado pavoneo. El recuerdo de su espalda amoratada —unos latigazos de River por escaparse de la Academia conmigo— hace que apriete la mandíbula.

Lo único *que tienes que hacer para no empeorar las cosas, Lera. Y eso incluye no enfrentar a los fae entre sí.*

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a Tye.

Tye me guiña un ojo. —Buscando algo que necesito desesperadamente.

Siento que se me calienta la piel, pero retrocedo. Juraría que puedo ver a través de la fina tela de la camisa de Tye la carne herida que hay debajo. *No hagas daño.* —Tienes una idea extraña de lo que crees que necesitas.

—No, no lo creo..., estoy seguro. —Tye señala hacia arriba, a una de las robustas vigas horizontales que cruzan el pasillo—. Es una de las mejores barras de este sitio, aparte de las de la zona de entrenamiento. Papá Shade no me deja entrenar en la instalación exterior por el percance del hombro, y no puedo permitirme perderme la mañana. Así que aquí estamos.

De un salto, Tye se agarra a la barra y se queda colgado un momento antes de subir con un movimiento lento y controlado. Tras tocarse el pecho con la barra, vuelve a bajar, con el cuerpo igual de tenso y controlado que antes. Arriba otra vez. Abajo. Arriba. Sus brazos desnudos son intrincados conjuntos de músculos que se flexionan y se contraen, aunque apenas parece estar esforzándose.

Sacudiéndome de encima la hipnótica perfección de los movimientos de Tye, apunto con la horca en dirección a su hombro. —Si a Shade le preocupa tanto tu hombro, ¿por qué te deja entrenar? No parece que dentro sea diferente de fuera.

—Oh, no me deja. —Tye sonríe, balanceándose de un lado a otro cada vez más rápido. Cuando se suelta, apenas tengo tiempo de apartar la horca antes de que aterrice a un palmo de mí, con sus poderosos muslos flexionándose ligeramente para absorber el impacto—. Pero si se le ocurre pasarse por aquí, diré que he venido a por esto. —Inclinándose hacia delante, Tye aprieta su cálida boca sobre la mía con impertinencia.

LERA



Suelto un grito ahogado y Tye desliza hábilmente su lengua entre mis labios entreabiertos, invitándose a sí mismo a pasar. Su calidez, su sabor, me resultan dolorosamente familiares. Siento un hormigueo en la boca, una sensación que me recorre los nervios y la columna vertebral. El calor del macho, avivado por el ejercicio, se extiende por mi piel; su aroma masculino y limpio huele a pino y a cítricos. Antes de que pueda pararme a pensar en la sensatez de lo que estamos haciendo, mi cuerpo traicionero responde a la provocación de Tye y mi boca se abre para dejar que profundice más. Lo atraigo hacia mí hasta que nuestros cuerpos quedan pegados, y su respiración se entrecorta ante la invitación.

Pero no va más allá, se limita a recorrer mi boca con caricias lentas y saboreadas. Un beso dulce. Amable. Delicioso. Cortés. Pero no depredador. El Tye al que mi alma llama para reclamar mi boca y mi cuerpo… este solo busca complacer. Nada más.

Me aparto y me aclaro la garganta.

—¿A qué ha venido eso?

—Un agradecimiento. Por haberte enfrentado a River anoche.

Siento un arrebato de indignación instintiva —que Tye me dé un beso como agradecimiento, dando por hecho que yo lo quería—, pero se apaga con la misma rapidez al recordar los verdugones de Tye.

—Ha sido demasiado poco y demasiado tarde —niego con la cabeza—. Nada de lo que diga compensará las marcas que Tye lleva por mi culpa. De hecho, probablemente cuanto menos me tenga en su vida ahora mismo, mejor—. Siento lo de tu espalda. Parecía doloroso.

—Nena. —Levantando la mano hacia mi cara, Tye me aparta un mechón de pelo y su pulgar áspero me roza el pómulo—. No ha sido mi primera paliza. Ni la tercera. Ni será la última. Apenas me importa una vez que ha pasado. Y si me dieran a elegir, prefiero una paliza a limpiar los establos.

Retrocedo.

—A mí sí me importa.

—Me he dado cuenta. —La mezcla de preocupación e incredulidad en los ojos de Tye —como si a pesar de su propia naturaleza protectora, el macho no pudiera imaginar que a alguien le importara lo que le sucediera— me oprime el pecho. Sacudiéndose, Tye me pone un nudillo bajo la barbilla y me levanta el rostro; las comisuras de sus labios se contraen con picardía mientras su tono se aligera—. También me he dado cuenta de que ahora mismo eres incapaz de moverte ni para salvar el pellejo. —El pulgar que había trazado mi pómulo momentos antes presiona ahora un músculo del cuello tan dolorido que me pongo de puntillas, un dolor repentino y exquisito que se extiende desde el contacto de Tye.

—Por todos los astros. —Miro mal al macho—. Eso ha sido un golpe bajo.

Tye silba.

—Olvida lo de dolorida. Estás medio tullida, nena. —Aliviando la presión, los dedos de Tye se extienden hasta mis hombros, encontrando todo un campo de bolas llenas de agonía bajo mi piel. Ignorando mis chillidos, Tye trabaja los nudos durante unos minutos antes de negar con la cabeza con un suspiro—. No hay ni la más remota posibilidad de que por la mañana, en el entrenamiento, te muevas como algo parecido a un ser humano. Dicho esto, creo que podríamos conseguir que imites un poco mejor a un monigote antes de que Coal arremeta contra ti. Ven, voy a estirarte un poco.

—Ah, no, eso sí que no —retrocedo un paso—. La última vez que Tye me hizo estirar —por orden del Consejo de que dirigiera un entrenamiento serio—, el dolor fue suficiente para hacerme llorar. Por muy dulce que pueda ser el macho, también lleva cualquier cosa atlética al absurdo. De una forma extraña, Coal es más delicado.

Un ceño fruncido revolotea por el perfecto rostro de Tye y, por un segundo, me pregunto si está recordando el mismo ejercicio. Luego sacude su melena pelirroja, y el recuerdo, si es que alguna vez estuvo ahí, desaparece de su mirada.

—Ya me lo agradecerás, te lo prometo —dice mientras sus largos brazos me recogen con facilidad. Me da la vuelta hasta que mi espalda está hacia él y desliza sus manos por mis brazos con una lentitud tentadora.

—Respira hondo —dice Tye, abriéndome los brazos como alas, su duro cuerpo presionando mi espalda. Sus labios me rozan la oreja, el susurro hipnótico cosquilleándome la sensible piel de dentro—. Veinte. Diecinueve. Dieciocho. —La presión aumenta con cada latido, oscilando entre el dolor y un placer fundido—. Diecisiete. Dieciséis.

Un suave gemido se me escapa. Luego, un siseo cuando la presión sigue aumentando. Dolor. Definitivamente, nos dirigimos hacia el dolor. Mis hombros. Mis brazos. Mi pecho. Todo.

—Me duele. —Lucho contra el agarre de Tye, descubriendo que es tan inflexible como el hierro—. Suéltame.

El muy cabrón se ríe entre dientes.

—He visto piedras más flexibles, ¿sabes?

—Pues vete a atormentarlas a ellas. —Mis palabras salen entre dientes, solo la sólida sensación del cuerpo de Tye contra mi espalda me ancla a la seguridad.

—Respira, nena —murmura Tye, con una firme nota de mando bajo el tono compasivo—. Ya vamos por la mitad. —Las caderas de Tye presionan mi espalda baja, arqueándome como un arco—. Nueve. Ocho. Sie…

—¿que el árbol lo estaba mirando? —grita una voz masculina desde el exterior, el ruido acercándose a los establos—. ¿También lo persiguió y lo mordió?

Me aparto de Tye con un chillido ahogado, de repente dolorosamente consciente de lo poco que parezco estar trabajando en este momento; por lo que sé, River también mide el cambio en los niveles de estiércol.

—Eso no es lo que he dicho —responde un hombre más joven, su voz adolescente quebrada y tensa—. Solo me he sentido observado. Y luego ha pasado esto.

Liberándome, Tye me masajea los brazos mientras me los devuelve a los costados. Para cuando las puertas del establo se abren, tanto el macho como yo estamos ocupados distribuyendo copos de heno a los caballos, con el pecho y los hombros hormigueando durante la recuperación. Los siento mejor, aunque no pienso decírselo a Tye.

—Dime una cosa, Rusty, ¿por qué será que las cosas *simplemente pasan* solo a los novatos? —Un guardia alto, de bigote negro y unos cuarenta años, se hace a un lado para dejar pasar a Rusty, y sus caballos los siguen. Los ojos azules del joven guardia brillan, todo su cuerpo se encorva alrededor de uno de sus brazos mientras lucha por mantener una cara estoica. Su pelo rubio rojizo está empapado en sudor y su cara tiene un color gris enfermizo. El guardia mayor le da un capón en la nuca—. Descubrirá que aquí a nadie le gustan las historias fantásticas, así que más le vale que diga la verdad. ¿Qué estáis haciendo aquí los dos? —Lo último lo ladra hacia Tye y hacia mí.

—La nena está aquí por un castigo del director River —dice Tye, dejando caer el último fardo de heno que llevaba en brazos en el puesto de Sprite—. Y yo ando por aquí para intentar meterme bajo sus faldas. —Tye sonríe tan ampliamente que por un momento, tanto los guardias como yo nos quedamos parpadeando como búhos. Para cuando volvemos en sí, Tye ya ha cogido el caballo de Rusty y ha maniobrado sutilmente su cuerpo entre él y el guardia mayor, creando una ilusión de privacidad—. ¿Qué te ha pasado, muchacho?

—N-nada. —El chico, de unos dieciséis años, cambia el peso de un pie a otro, trazando claramente una ruta de escape que sé que Tye no piensa permitirle.

—Estupideces —grita el otro guardia, resoplando mientras va a guardar su montura—. Si mezclas la falta de ingenio con una abundancia de imaginación, puedes inventarte cualquier cosa.

Tye enarca una ceja, su mirada fija en el tenso rostro de Rusty.

Acercándome al otro lado de Rusty, siento un agudo rastro de corrupción que me cosquillea la nariz, similar a lo que olí en los sclices hace dos días —cuando su propio hedor a basura podrida no lo dominaba—, pero también diferente. Algo propio. Un rápido vistazo a Tye muestra sus propias fosas nasales dilatándose delicadamente, su mirada esmeralda preocupada tras una máscara de despreocupada desenvoltura. Lo *nada* que le ha pasado a Rusty no pertenece al reino mortal. Otro síntoma del resquebrajamiento de las protecciones y el desgarro del tejido. Mi corazón se acelera.

Invocando la sonrisa más brillante que la temprana mañana me permite, alargo la mano hacia el brazo del chico.

—¿Me permite echar un vistazo?

—No es nada. Como ha dicho Mic. —Rusty se tensa, preparándose para salir corriendo. Sus ojos azules se han vuelto aún más vidriosos en el corto tiempo que hemos pasado con él, moviéndose alocadamente.

—Rusty —dice Tye arrastrando las palabras, inclinando la barbilla hacia mí—. ¿Qué dirías que es mejor en la cadete: los pechos o el trasero?

—¿Qué? —decimos Rusty y yo al unísono.

La mirada de Tye se clava en la mía durante un instante, conteniendo una advertencia y una disculpa a la vez, y se desvía hacia el brazo de Rusty. Para cuando la orden silenciosa se registra, el macho ya ha vuelto a parpadear conspiradoramente a Rusty.

—Yo diría que los pechos, pero con esas curvas, es una decisión difícil.

La cara del chico enrojece.

Ignorando una conversación por la que castraré a Tye más tarde, le subo la manga a Rusty. Manchas de piel amarillenta y con ampollas cubren el antebrazo del chico, parecidas a quemaduras de un color incorrecto. Varias de las llagas crecen ante mis ojos, el pus

que supuran desprende un hedor corrompido que me revuelve el estómago.

—El maestro Shade me advirtió que tuviera cuidado con la hiedra venenosa por esta zona —dice Tye, lo suficientemente alto como para asegurarse de que el compañero del chico lo oiga—. Yo no me arriesgaría a la ira de Shade por ocultarle esto, pero allá cada cual.

—Eso no es hiedra venenosa —murmuro una vez que la pareja de guardias se marcha—. Eso es… —No termino la frase. *Eso* es exactamente el lío del que necesito mantenerme alejada hasta que alguien que sepa diferenciar su culo de su codo —mágicamente hablando— pueda dibujarme un maldito mapa. Con mi historial, terminaría esparciendo el *eso* por toda la Academia.

—Le pasaré el recado a Shade sobre Rusty —dice Tye, con voz queda—. Si el muchacho no encuentra la enfermería, la enfermería lo encontrará a él. Pero hasta ahí llego. Han prohibido a aspirantes participar en las Pruebas de Habilidad por razones menores que meterse en asuntos de los fae.

—Las Pruebas de Habilidad son… —Me interrumpo en seco, el grito lleno de agonía de Coal resonando de nuevo en mi memoria. Estaba a punto de soltar algo irreparable, de decirle a Tye que su camino hacia las Pruebas de Habilidad no es más que una ilusión tejida.

—Son ¿qué? —inquiere Tye.

—Son después de las celebraciones de Ostera, ¿verdad? —recuperando mi horca, me ocupo en limpiar un puesto, respirando hondo contra un pánico repentino. Esto es una prueba más de que tengo que tener cuidado, mucho cuidado. Quizás mantenerme alejada de los machos hasta que pueda controlar mi lengua. La magia del velo no es ninguna broma. Así como mi velo mantuvo vivos los recuerdos de Zake en la nueva historia de Leralynn, el velo de Tye no inventó las Pruebas de Habilidad para él: se basó en heridas ya existentes.

Una vez, antes de que el vínculo del quinteto lo uniera a River y a los demás, Tye estaba destinado al máximo título atlético de Lunos. Él y su familia habían renunciado a todo por el entrenamiento de Tye, incluyendo su conexión con el tigre en el que su alma

anhelaba transformarse. Tye era un plebeyo nacido de la nada, cuyo talento, entrenamiento y sacrificio le permitieron desafiar al mismísimo príncipe heredero. O le habrían permitido, si la noche antes del desafío final, el príncipe —en un mensaje dejado con la sangre y los huesos rotos de la madre de Tye— no hubiera obligado a Tye a abandonar la competición para siempre.

Sí, el Tye que está ante mí no recuerda nada de eso, pero las heridas no han desaparecido. Las Pruebas de Habilidad son el sustituto de la magia, y arrancarle a Tye de ellas podría desgarrar su alma en jirones sangrientos.

Al darme cuenta de que Tye está esperando que diga algo, me aclaro la garganta.

—Las Pruebas de Habilidad son importantes. No te culpo por hacer lo que debes.

Tye retrocede hacia la pared, aunque evita apoyarse completamente en ella. Durante un rato, ninguno de los dos dice una palabra mientras yo vuelvo a mi trabajo. Recoger estiércol. Echarlo en la carretilla. Contener la mueca de dolor que el movimiento provoca. Repetir.

Finalmente, Tye se aclara la garganta.

—No me estoy acostando con la Princesa Katita, por si te lo estás preguntando.

Mi corazón da un vuelco.

—No me lo estaba preguntando.

Sonríe, pero puedo sentir la tensión detrás de la broma.

—Claro que sí.

Le hago un gesto obsceno a Tye, lo que solo le hace sonreír más y saltar de nuevo a la barra superior, esta vez levantando y manteniendo las piernas en ángulo recto con el suelo.

—Tampoco voy a acostarme contigo —añade, con la atención puesta en su barra.

Mis manos se aprietan en la horca. En lugar de limpiar el puesto de Sprite, fijo mi vista en uno más lejano y camino hacia él con determinación. Simplemente no hay respuesta para esa muestra de presunción, especialmente cuando resulta ser cierta. No vamos a acostarnos, y no solo por las razones que él se haya inventado.

—Nena. —Cuando miro por encima del hombro, veo a Tye todavía colgando del suelo, intentando, y casi consiguiendo, mantener su expresión arrogante. Casi. Conozco demasiado bien al macho como para creerme la ligereza y las sonrisas, no cuando mis propios sentidos inmortales me permiten ver la pesadumbre detrás de su mirada sin importar lo lejos que esté en el pasillo del establo —. No es nada en tu contra —dice, y la razón de esta visita matutina de repente se vuelve clara. Un agradecimiento. Un reconocimiento. Y una línea trazada en la arena. Se aclara la garganta, sus vibrantes ojos verdes de repente ensombrecidos—. Mi entrenamiento y mis enredos no son compatibles. Confía en mí, lo he intentado. Es mejor decir algunas cosas de frente. Lo que hicimos la otra noche… Eso no puede volver a pasar.

Aprieto los dientes y me obligo a encogerme de hombros, ignorando el reguero de ácido en mi garganta. Por supuesto que no puede volver a pasar; yo ya he llegado a la misma conclusión. El beso y lo demás contra ese árbol no habían sido reales, y me permití disfrutarlo de todos modos. No me arrepiento. Pero me quema oírselo decir, como si fuera solo su decisión. Como si no hubiera sido yo quien le advirtió que no le diera ninguna importancia al beso.

Y de repente, con un arranque de ira que me hierve la sangre, me doy cuenta de que he cometido otro error de cálculo, más grave. Mientras me preguntaba si los machos seguirían queriéndome sin el vínculo de la magia, había pasado por alto el hecho de que a mí podrían no importarme ellos. Y este Tye, que cree que su beso es un regalo de agradecimiento que yo debería saborear, no me gusta ni un pelo.

Llegando al otro extremo del establo, miro a Tye por encima de las gruesas púas de metal de mi horca.

—Mensaje recibido. Ahora, te agradecería que escogieras otro lugar para tentar la ira de Shade. A diferencia de la Princesa Katita y sus damas, a mí me divierte muy poco verte pavonearte como un gallo al amanecer y ακόμα menos tener que explicarle a River por qué no he terminado mi trabajo.

LERA



Creo que puede que de verdad me mueva mejor para cuando atravieso el césped pulcramente cortado y la arena rastrillada del patio de entrenamiento en dirección a la clase de combate de Coal. Los grupos de estudiantes vestidos de gris y los instructores que gritan se desdibujan en mi visión periférica. Me pregunto si Tye también asiste a las prácticas matutinas y qué pensará de él el pobre humano a su cargo. Falta de cualificación..., ese es un problema que *mi* instructor de combate desde luego no tiene.

Yo, en cambio, sí. Lo que —normalmente— tengo de destreza física, lo compenso con una desesperada falta de preparación académica. Puede que el velo haya convencido a la Academia de que he tenido una educación noble e instruida, pero no se ha dignado a hacer que leyera mejor o que hiciera sumas sin la ayuda de los dedos. Ya he oído murmullos a ese respecto; mi oído, demasiado agudo, capta con avidez fragmentos hirientes. Levanto la cara y dejo que el cálido sol y el cielo despejado me levanten el ánimo. Después del empapado desastre de ayer, al menos el tiempo parece estar de mi parte hoy.

Sin embargo, el tiempo no tarda en revelarse como mi *único* aliado. En cuanto empieza la clase, la diferencia entre «moverse mejor» y «seguirle el ritmo a Coal» queda meridianamente clara. Mi mente funciona un poco mejor, incapaz de quitarme a Tye y a River de la cabeza, haga lo que haga: la engreída suposición del primero

de que, para empezar, yo querría acostarme con él, que era *él* quien me hacía el favor de rechazarme a *mí*. La fría mirada del segundo a través del patio por la mañana, con unos ojos grises tan neutros que casi no reconocí a mi propio comandante en ellos. ¿Dónde termina la magia del velo y empieza la verdadera naturaleza de los machos? ¿Dónde estaba esa línea cuando la magia nos unió en Lunos? ¿Cómo están...?

—¡Osprey! —espeta Coal justo cuando mi espada de práctica rebota lastimosamente en la hoja que Katita ha levantado—. ¿La está atacando o le está dando un puñetero masaje? —Me mira con unos penetrantes ojos azules, tan profesoral y distante como si lo de ayer no hubiera ocurrido nunca. Ataviado con su habitual cuero negro, desafiando cualquier uniforme, y envuelto en su masculino aroma metálico, se cruza de brazos sobre su ancho pecho; el mismo pecho que sentí contra mi piel ayer, cuando la poderosa bestia que Coal mantiene a raya se enredó con la mía.

Un calor espontáneo me inunda las entrañas, mi sexo se contrae en torno al vacío que hace tan poco palpitaba alrededor de Coal. *Instructor. Cadete. No va a pasar, a no ser que quieras volver a retorcerte ante River. O algo peor. No estás en Lunos y no lo estarás hasta que llegue la ayuda.*

La princesa sonríe, mostrando unos dientes blancos en un rostro perfecto.

—Debe de ser lo segundo, señor —dice Katita, trazando un amplio arco con su espada antes de ensartarla como una aguja entre mi cuerpo y el brazo con el que empuño el arma. Con los brazos así envueltos, Katita tira de mí lo suficiente como para susurrarme al oído—: Aunque prefiero que mis damas de compañía se bañen en agua, no en meados de caballo. Para que lo sepa en el futuro.

Me tambaleo cuando Katita se aparta de mí de un empujón, su rostro fríamente hermoso cambia a un respetuoso acatamiento más rápido que el golpe de cualquier guerrero cuando mira a Coal.

—¿Podría usted entrenar conmigo hoy, señor? Llevo un tiempo con dificultades en una secuencia de ataque con embestida y nada de lo que hago parece solucionarlo.

La brillante mirada azul de Coal me sopesa. Se me hace un nudo en la garganta ante el desastre que sé que ve. Un uniforme arrugado y demasiado grande, manchado de sudor y estiércol de la cuadra; unos brazos temblorosos que no dejan de soltar la espada; el hombro encogido para proteger mi dolorido cuerpo. Peor aún, conmigo de pie junto a la princesa, cuya cada línea rezuma poder y confianza en sí misma, el parecido entre un servidor y una rata ahogada es difícil de pasar por alto.

Incluso sabiéndolo todo, me duele que Coal asienta hacia Katita y me arranque la espada de práctica de la mano.

—Osprey, únase a Arisha para los ejercicios básicos de fuerza —dice el guerrero, señalando hacia donde mi amiga y segregada compañera de cuarto intenta dominar las flexiones. Sin esperar mi respuesta, Coal se coloca frente a Katita, con la mirada fija en el movimiento de la princesa mientras esta le muestra la problemática combinación.

Con el rostro pétreo, busco un sitio junto a Arisha y me dejo caer al suelo sin ninguna gracia. Ella gira la cabeza para mirarme, con el ceño fruncido y húmedo de sudor, y el pelo castaño saliéndole alborotado de la cabeza en dos trenzas deshechas. Sonrío compadeciéndome, pero ella se limita a apartar la mirada rápidamente, concentrándose en sus brazos temblorosos. Reprimo una punzada de dolor. Desde que volví a nuestro dormitorio anoche, ha estado actuando de forma diferente: más callada, sin mirarme de frente. Casi como… casi como si me tuviera miedo.

—Arisha…

—Silencio en el campo —anuncia Coal sin detener sus movimientos.

Mientras me coloco en una posición básica de flexión, me cuesta decir qué duele más, si mis músculos quejumbrosos o ver a Coal y a Katita danzar con las espadas. Sus cabellos rubios a juego brillan a la luz del sol —el de Katita ondea a su espalda en una coleta, el de Coal en un moño apretado—, su belleza conjunta es casi dolorosa de contemplar. Puedo sentir cómo los hombres de nuestro grupo intentan no mirar a Katita con la misma determinación con la que yo intento no mirar a Coal. Su terso vientre se muestra cada vez que

para un golpe alto, sus caderas sobresalen en perfecta proporción desde su esbelta cintura.

Observando las estocadas nítidas y precisas de Katita, de repente desearía que la hija del rey Zenith y heredera al trono de Ckridel estuviera menos entrenada, fuera menos diligente, menos puñeteramente perfecta al enfrentarse a uno de los mejores luchadores de Lunos sin una pizca de miedo. Cuando Coal asesta golpes punzantes en los hombros, las costillas y los muslos de la princesa, Katita se toma los rapapolvos con gentiles asentimientos de reconocimiento, aunque la hagan hacer una mueca. Maldita sea. Ese es *nuestro* baile, el de Coal y el mío.

O tal vez no. Tal vez cruzar espadas con Coal era especial para mí, pero para él —para el macho que ha vivido con una espada durante siglos—, siempre he sido solo otra novata a la que entrenar.

Intento estirar los brazos demasiado rápido, las palmas me resbalan y caigo de bruces en la arena. Se me llenan la boca y los ojos de granos de arena, lo cual —a juzgar por el sonido de las risitas cercanas— debe de tener el mismo aspecto que siento. La única clase del día en la que la cadete Leralynn de Osprey tiene algo de valor que ofrecer, y estoy fracasando hasta en eso. Delante de Coal.

Me incorporo a duras penas, con la espalda hundida en una postura tan deficiente que hasta un niño la señalaría. Con la cara ardiéndome, observo a Coal cambiar de ejercicio y continuar por la fila de cadetes para corregir la postura. Cada vez que las musculosas manos del guerrero alinean los hombros de un estudiante o se posan en las caderas de un cadete para girarlas a la posición correcta, con sus ojos azules como un muro de profesionalidad, una garra me araña el pecho. Apenas ayuda que las mujeres del grupo no puedan ocultar su placer ante la atención de Coal. Una, una estudiante de primer año, menuda y de pelo negro, incluso parece restregarse contra las manos de Coal como una gata ronroneante.

En Lunos, Autumn bromeó una vez con que podía nombrar a una docena de hembras que probablemente alcanzarían el clímax con solo ver al cabrón desnudo; está claro que el atractivo de Coal no es menos fuerte en las tierras mortales. La masculinidad emana de él

en su aroma, sus rasgos cincelados, sus brazos desnudos y musculosos. Brazos que no dudaron en darme la vuelta y tomarme por detrás ayer mismo…

—Es un instructor —dice Arisha, con la voz tan baja que apenas puedo oírla. Encogiéndose para tocarse los codos con las rodillas, espera a que yo imite la posición, con las mejillas arreboladas bajo su constelación de pecas.

Me da un vuelco el corazón, mis músculos abdominales protestan tan vívidamente que veo estrellas en el brillante cielo azul.

—¿Qué?

—El maestro Coal. Es un instructor. Los instructores enseñan. —Arisha sigue mi mirada hasta donde Coal está de pie detrás de una de las cadetes, con sus anchas palmas sujetándole los brazos mientras guía la parte superior de su cuerpo para que siga el movimiento de un golpe—. Lo que digo es que no significa nada más que eso.

Mi cuerpo se tensa, mi piel arde. Es imposible que Arisha haya olido lo que pasó entre Coal y yo ayer, lo que significa que mi anhelo actual es lo bastante patético como para que se haya dado cuenta.

—Mientras no me tenga en el punto de mira, poco me importa lo que haga. —Digo las palabras bruscamente, y al instante desearía poder retirarlas. Puede que Arisha no sea capaz de cruzar la calle corriendo sin quedarse sin aliento, pero la chica no es tonta. Se merece algo mejor. Suspiro—. No soy ciega a los cuerpos bellos. Mientras mantenga la fantasía y la realidad bien separadas, no hay mucho daño en mirar.

—Mmm… —La chica hace un sonido evasivo. Me excuso para ir a por agua antes de que Arisha pueda compartir más de sus pensamientos demasiado acertados.

COAL



Coal le dio la espalda a Lera para que no descubriera el atisbo de diversión que le hizo torcer la comisura de los labios.

Después de la fluida y atlética danza de espadas de la tarde anterior, hoy la chica no podía ni levantar los brazos. Sus suaves curvas y delgados músculos eran un desastre de rigidez y tensión. Cualquiera que hubiera entrenado duro conocía bien esa sensación, lo que hacía entretenido ver a otra persona pasar por el mismo calvario.

De nuevo sobre la arena frente a él, la princesa Katita adoptó la posición de guardia con su espada de práctica, sus penetrantes ojos de color cerceta en busca de una oportunidad que Coal supuso que debía concederle. Dejar que la princesa intentara lanzar un ataque. Quizás ver qué tal se le daba a Katita dividir su atención entre el ataque y la defensa cuando el ritmo se acelerara. La princesa, desde luego, se estaba esforzando, entregándose en cuerpo y alma. Merecía algo más que la displicente condescendencia de Coal, por muy bien que supiera ocultarla.

Coal apretó la mandíbula, irritado consigo mismo. Tenía dos docenas de reclutas en el corral y, sin embargo, no podía evitar que sus pensamientos giraran en torno a Lera, que ni siquiera estaba entrenando hoy.

Ante él, Katita aprovechó el punto débil que le ofreció y atacó, su cuerpo moviéndose con toda la técnica que un maestro de

entrenamiento podía exigir. Era evidente que la princesa no solo había tenido buenos instructores, sino que también se había esforzado para complementar la instrucción. Y, aun así, en lo que respecta a una *conversación* de espadas, Coal tenía poco que decirle a los movimientos de manual de Katita.

Sobre todo después de haber cruzado su espada con la de Leralynn la tarde anterior.

Y después de haber hecho algo más. Sin buscarlo, el recuerdo de Lera moviéndose bajo él en el aire húmedo de la cueva atenazó la polla de Coal. Incluso ahora, no podía evitar ver cómo los pechos generosos de Lera se agitaban con sus movimientos, su tórax subiendo y bajando con respiraciones desesperadas, sus tensas piernas enroscadas en su cintura como un tornillo de banco. Casi parecía que le hubiera ocurrido a otra persona, como si la polla de otro hombre hubiera estado enterrada hasta la empuñadura en toda aquella calidez con aroma a lilas; sobre todo porque nunca podría volver a ocurrir.

Incapaz de evitarlo, Coal miró hacia donde Lera estaba haciendo un entrenamiento de fuerza básico con Arisha. Su densa trenza pelirroja se balanceó sobre su hombro mientras bajaba para hacer flexiones, el movimiento entrecortado, habitualmente etéreo, tan absurdamente impropio de ella que Coal tuvo que hacer un esfuerzo para no esbozar una sonrisa; especialmente cuando Lera se desplomó a mitad de una flexión, aterrizando de cara en la arena. Al verla incorporarse y quitarse la tierra, Coal esperó la sarta de maldiciones coloridas que seguro que saldría de su boca.

En cambio, la piel de la chica se sonrojó mientras volvía a duras penas a la posición de plancha, con la mandíbula tensa por la humillación.

La diversión se desvaneció del pecho de Coal tan deprisa que casi le dejó un verdugón en el hombro desprotegido de Katita sin más motivo que su propia distracción. Seguro que Lera entendía que sentir agujetas después de la ordalía de ayer era normal. No una señal de debilidad. No una señal de nada más allá del esfuerzo que había hecho para soportar el suplicio al que él la había sometido.

El color de la piel de Leralynn decía lo contrario. Apretó los dientes mientras comenzaba a moverse de nuevo a trompicones, el orgullo herido y la frustración emanaban de ella en oleadas. Que las estrellas se lo llevaran. ¿Qué esperaba la chica? Sin embargo, aun sabiendo que las exigencias de Lera para consigo misma eran poco realistas, Coal ya no podía encontrar ningún humor amable en su predicamentro. Ni perdonarse por no haber estado más atento, por haber anticipado una reacción de una chica que era de todo menos predecible.

Sobre todo después de que River le contara a Coal lo que había hecho la noche anterior.

Lera había intentado protegerlo. Se había ofrecido a enfrentarse a algo aterrador, solo para evitarle el trago a Coal: el hombre que acababa de castigarla. ¿Qué mujer hacía eso? Había desconcertado a River lo suficiente como para que le contara a Coal la conversación, junto con su sospecha de que alguien había herido a Lera antes. Habiendo visto las cicatrices que el antiguo maestro de Lera le había dejado, Coal sabía que la suposición de River era correcta. Cuando fuera el momento adecuado, cuando la confianza se hubiera reconstruido, Coal tendría que trabajar con ella para superar eso. Un luchador no podía quedarse paralizado de terror ante la idea de ser golpeado: una circunstancia similar podría surgir con demasiada facilidad en la batalla.

¡Rotad! —gritó Coal en el campo de entrenamiento, volviendo el rostro hacia el viento mientras los reclutas corrían hacia nuevas posiciones. Se había portado como un idiota. *Otra vez.* Debería haber anticipado las expectativas poco realistas de Lera sobre su cuerpo, haber hecho algo para aliviar sutilmente su dolor. En cambio, Coal había dejado que toda la clase la viera hacer el ridículo.

La maldita realidad era que Coal se merecía precisamente aquello de lo que Lera lo había librado. Era un instructor. Había sido responsable de cada aliento que ella tomó ayer. Y en lugar de proteger a la chica, Coal había dejado que su polla pensara por él. Leralynn había estado débil, herida y agotada. No pensaba con claridad, pero él debería haberlo hecho.

Una oleada de calor recorrió el interior de Coal, haciendo que su polla se contrajera al recordar el sexo ardiente y apretado de Lera. Desde luego, ayer no *había estado* pensando; había estado… reaccionando. El olor de la excitación de Lera había despertado algo primitivo en su interior, la fuerza que irradiaba de ella correspondía al poder enroscado en su propia alma. El encuentro no había sido tierno. Había sido crudo y estimulante, y lo había hecho sentirse más vivo que nunca desde que escapó de los isleños.

Así era como Coal había imaginado que sería acostarse con la mujer que lo había ayudado a sobrevivir al cautiverio.

«Aquí no ha pasado nada de importancia hoy», le había dicho Leralynn a Coal en la cueva. Puede que para ella fuera cierto, pero no para él. Coal la había deseado tan profundamente que su alma aullaba de necesidad. Y todavía aullaba. Pero daba igual.

El sonido de la madera al quebrarse y los gritos ahogados de los reclutas devolvieron la atención de Coal al corral. Sobresaltado, se dio cuenta de que no solo había arremetido contra un poste de entrenamiento, sino que había golpeado la madera con la fuerza suficiente para hacer añicos la espada de práctica. Que las estrellas se lo llevaran. —¿Se os ofrece algo? —exigió, y al instante los reclutas se dispersaron para volver a sus posiciones.

Cogiendo una espada nueva, Coal echó un último vistazo hacia donde Lera estaba haciendo flexiones de nuevo. La había herido. Muchas veces. Y ahora no podía ofrecerle ningún consuelo. Porque no era su lugar. Y porque no sabía cómo.

Poner distancia entre ellos era el único camino a seguir. —Rik, Puckler —llamó Coal, esperando a que los corpulentos primos de Katita se colocaran frente a él. Los gemelos habían heredado gran parte del estatus y la arrogancia de la princesa, pero no su ingenio ni su ética de trabajo. Alzando la punta de su espada, Coal decidió ver cuántas veces podía hacer que el par chocara entre sí antes de que sonara la campana.

LERA



Tardo tres días enteros en poder volver a moverme con normalidad y me sorprende descubrir con qué facilidad he vuelto a caer en la invisibilidad que me salvó durante la mayor parte de mi vida antes de conocer a los varones. Aparte de la incómoda conversación sobre Coal, Arisha sigue manteniendo las distancias conmigo, buscando excusas para salir de la habitación siempre que estoy en ella y leyendo durante las comidas. Intento que no me duela demasiado, pero la echo de menos. Incluso en el poco tiempo que la conozco, su amabilidad natural y torpe era un bálsamo bienvenido contra la frialdad de la Academia. Quizá haya descubierto que atraigo demasiados problemas. Apenas puedo culparla por ello, sobre todo porque Tye, Coal y River han llegado a la misma conclusión y también se mantienen alejados de mí. Como no tengo ninguna herida de la que quejarme, no veo a Shade en absoluto.

Al menos no estoy empeorando las cosas para los demás, lo que debería contar algo.

A medida que se acerca la cena, la fortaleza ha izado un estandarte de un intenso color dorado en lugar del rojo de la mañana, marcando el cambio diario de la Academia de un protocolo militar a la atmósfera cortesana palaciega de la noche. A mi alrededor, los cuidados senderos del patio están llenos de cadetes con atuendos acordes a su alta cuna: largos vestidos de raso y

tafetán de todos los colores del arcoíris, rostros cuidadosamente maquillados y cabello reluciente. Grupos de mujeres jóvenes se dirigen juntas hacia el comedor, riendo y cuchicheando mientras miran a grupos similares de hombres con impecables trajes de noche. Levanto el rostro hacia la brisa que parece recorrer eternamente los espacios abiertos de esta expuesta colina e inspiro el aroma a hierba joven y a arbustos recién cortados, mientras el vestido de raso magenta que he elegido se desliza con frialdad sobre mis caderas.

Frunzo el ceño ante mi elección de vestuario. La espalda descubierta y la abertura hasta el muslo no dan a las mangas largas ninguna oportunidad de ofrecer protección contra los elementos, que se deleitan perversamente en erizarme los pezones, un hecho del que me doy cuenta al mismo tiempo que un chico que camina hacia mí, cuya mirada se desliza por mi pecho y mis caderas. Me aprieto los libros contra el pecho para poner fin al espectáculo; mi cuerpo es demasiado nuevo y extraño para sentirme cómoda en él.

Si Autumn estuviera aquí, disfrutaría observando las diferentes modas de los reinos de la Alianza Continental, desde las vaporosas faldas con varillas de bambú que favorecen a las damas del norte hasta las sedas sensuales y reveladoras de los reinos del sur. Si Autumn estuviera aquí, probablemente me vestiría de punta en blanco como una muñeca nueva cada día. Pero no lo está.

—¿Quizá Osprey sea débil de mente? —dice la voz de una chica. Por un momento, creo que hay alguien a mi lado, pero rápidamente me doy cuenta de que mis oídos inmortales son demasiado hábiles para captar conversaciones; esta proviene de un grupo de damas a diez pasos de distancia.

—Creo que es lo bastante lista —responde la compañera de la chica, pensativa—. Es otra cosa.

Ah, ese debe de ser el creciente comentario sobre mi rendimiento en clase.

Una tercera chica chasquea la lengua. —Es simplemente una mimada. Se le ha permitido entretenerse con espadas y caballos sin prestar atención a los tutores. Tengo un hermano del mismo palo.

Lástima por ella que el maestro River no tolerará semejante tontería por mucho tiempo.

Acelero el paso para alejarme y no oírlas; la mera mención del nombre de River me provoca un incómodo escalofrío. Apenas lo he visto en tres días y, cuando lo he hecho, se ha mostrado tan distante como siempre. Tiemblo al imaginar su respuesta cuando mi falta de educación previa llegue finalmente a su conocimiento. Mi intento de asistir a una de las sesiones de tutoría de Arisha con Tye disipó cualquier deseo de volver a intentarlo por esa vía, y no solo porque mi cuerpo y mi mente no se ponían de acuerdo sobre si quería matar al varón o besarlo. La realidad es que, con unas habilidades matemáticas que apenas van más allá de las sumas y una capacidad de lectura suficiente para entender instrucciones, todo el embrollo fue tan humillante como inútil. Mi incapacidad para entregar un trabajo para la clase del maestro Erik, *Comprensión de los Objetivos y Estrategias de los Isleños*, ya me ha valido trabajo extra, que no tengo forma de completar. Para finales de semana, estaré en el mismo aprieto con las matemáticas del maestro Briar.

¿Cómo diablos se supone que voy a permanecer en la Academia el tiempo suficiente para que Lunos envíe ayuda cuando no puedo ni con los trabajos más básicos? Quiero arrancarme el amuleto del cuello y reducirlo a polvo en la tierra. ¿Por qué me dio una identidad de estudiante si no tenía la capacidad de serlo? ¿Por qué no convertirme en algo más adecuado? Una fregona, quizá, o una moza de cuadra.

Los dormitorios están desiertos para cuando llego, ya que todo el mundo está en la cena. Sostengo mis libros en alto como una explicación preparada por si algún extraño se pregunta por qué camino en la dirección equivocada, subo las escaleras exteriores de piedra hasta mi planta y luego recorro rápidamente el pasillo iluminado por antorchas hasta mi dormitorio. Quizá hoy pueda saltarme la cena, haciendo compañía a la habitación vacía y ahorrándole a Arisha una conversación incómoda.

Al introducir la llave en la cerradura, siento que mi cuerpo se tensa por la falta de resistencia. La puerta está abierta. El corazón se me acelera, mis sentidos se despiertan. Arisha habría sido la última

en salir y ella *nunca* se olvida de cerrar una puerta. Ni de doblar una camisa. Ni de nada, excepto de cómo hacer trenzas y blandir una espada.

Voy a desenvainar el cuchillo de la bota que Coal me regaló en Lunos, pero encuentro la funda vacía y maldigo en voz baja. Usé el cuchillo en los establos para cortar el cordel y, después de distraerme con Czar, que armó un escándalo porque Sprite estaba en celo, nunca volví a guardar el arma. Maldita sea. Obligándome a respirar, abro lentamente la puerta e inspiro el hedor a terror puro.

Arisha. Corro adentro y encuentro a la chica apretada contra una de las altas paredes blancas del dormitorio, con su pequeño rostro pecoso sin una gota de sangre.

—¿Arisha…?

—Shhh. —Parece que no quiere —o no puede— mover un músculo, ni siquiera para girar la cabeza en mi dirección. Vestida solo con ropa interior —un sujetador blanco y calzones—, con su uniforme gris cuidadosamente doblado sobre la cama, la chica parece haber estado cambiándose para la cena cuando…

¿Cuando qué?

Dejo caer los libros al suelo, examino la habitación… y no veo nada. Con el olor del miedo de Arisha tan denso, tampoco puedo percibir mucho más por ese lado.

—Detrás de ti —susurra Arisha, sin mover un músculo. Sus ojos azules están muy abiertos, su pecho sube y baja con respiraciones cortas y rápidas—. Debajo de la cama. Muévete muy, muy despacio o se… —Jadea cuando un gruñido grave llena la habitación—. No le gusta el movimiento.

Mi espalda se tensa, mi cuerpo se interpone protectoramente entre Arisha y la cama mientras busco un arma con la mirada. —¿Qué *es*? —pregunto con una voz demasiado tranquila para ser la mía.

—No lo sé. —Traga saliva—. Pero tiene dientes. Y ojos amarillos. Y… una cola. Gris.

Ojos, dientes, cola. Una pizca de incredulidad me recorre la espina dorsal. Dándome la vuelta, entrecierro los ojos hacia la oscuridad bajo la cama.

—Grrrrr. —La oscuridad responde con un quejido lupino que conozco demasiado bien.

LERA



Se me abren los ojos como platos, el corazón se me para un instante y luego se me sale del pecho. El anhelo instintivo e insoportable de echarle los brazos al cálido cuello de Shade me atraviesa el alma, pero un terror helado me frena en seco. Arisha ya piensa que me pasa algo raro. ¿Cómo le explico que hay un maldito lobo en nuestra habitación? Si me acusa… Si Arisha me acusa, no será solo mi cabeza la que penda de la soga. River pondrá a toda la guardia a buscar al lobo de Shade. Y si él sigue siendo así de imprudente, al final lo encontrarán.

Piensa, me ordeno a mí misma, tomando aire disimuladamente. *Piensa, piensa, piensa.*

Los hechos se agolpan en mi mente, cambiantes como las reglas de una fórmula matemática. Shade está debajo de mi cama. No, el *lobo* de Shade está debajo de mi cama. Arisha ha visto al animal y no puedo hacer que se olvide de que lo ha visto.

—Es mi perro —suelto de sopetón para llenar el silencio atronador—. Rizo. No pensé que me seguiría desde Osprey. Siento mucho que te haya asustado, Arisha.

La chica señala a mi cama con un dedo tembloroso. —Esa cosa no es un perro.

—Quiero decir que es manso. *Como* un perro. —Tengo que esforzarme más—. ¿Cómo se consigue que un lobo gigantesco parezca inofensivo? —Cojo una jarra de agua del pequeño estante

que cuelga en la habitación y me dirijo al escondite de Shade—. Mira. Te lo demostraré.

Antes de poder reconsiderar la sensatez de lo que estoy a punto de hacer, balanceo la jarra y vacío el líquido frío en la gruñente oscuridad.

El chillido agudo de Arisha me hiere los oídos. Por suerte, el ruido cesa un instante después, cuando un enorme lobo de ojos amarillos sale arrastrándose sobre el vientre de debajo de mi cama y se sacude, lanzando cientos de diminutas gotas de agua hacia mí y hacia la ropa de cama.

El lobo de Shade ladea la cabeza como si el concepto de una chica parlante le resultase fascinantemente curioso, y su hocico negro se abre en un jadeo dócil y afable. Luego, con una gran y pesada pereza, la bestia arquea la espalda hacia abajo, disfrutando de un largo estiramiento.

Arisha suelta un gemido.

—¿Ves? Es simpático. —Las palabras se me escapan de la boca y ruego a las estrellas que las hagan ciertas. El amuleto que llevo al cuello permanece frío, sin tejer ningún velo para explicar la aparición de Shade. Al fin y al cabo, un lobo pertenece al mundo de los mortales. Aunque sea cazado—. Mi voz se vuelve desesperada—. Por favor. Deja que te lo presente. No te hará daño. Ni a nadie. Pero no sé qué podrían hacer los maestres River y Sage si lo encuentran.

—Espera. —Arisha cierra los ojos y respira hondo varias veces, y su respiración forzada llena el silencio. Cuando vuelve a abrirlos, sus hombros están rectos en una buena imitación de valentía, aunque se retuerce las manos hasta que se le quedan los nudillos blancos—. Es que… Estrellas. No puedo. —Niega con la cabeza—. No debería decir…

Al otro lado de la habitación, Shade da vueltas en círculo, con su nariz húmeda persiguiendo su cola, que se mueve lentamente. Sin embargo, cuando Arisha da un paso, el lobo hace castañear los dientes y ella se encoge contra la pared. Me trago una maldición. El lobo de Shade huele mi miedo y, al no haber nadie más en la habitación, ha llegado a la conclusión de que la causa es Arisha.

—Para ya —le espeto a Shade. Me vuelvo hacia Arisha y extiendo las manos en un gesto apaciguador—. ¿Qué ibas a decir?

—¿Es tu fa… familiar? —pregunta Arisha rápidamente.

—¿Un familiar? —parpadeo, desconcertada—. ¿Como en los cuentos de brujas para niños?

Ella asiente y la cara se le enrojece.

—No soy una bruja. —Me aclaro la garganta, sin saber cómo reaccionar—. Las brujas no existen. Quiero decir, que yo sepa. —En defensa de Arisha, las brujas figuran en los cuentos y leyendas humanas tanto como los fae, con la diferencia de que estos últimos no son ficción.

—No. Claro que no. Ya lo sé —dice Arisha rápidamente, y luego hace una mueca ante sus propias palabras—. Quiero decir, no soy ninguna ingenua… solo que no quería dar nada por sentado.

—Que conste que te he entendido tan poco como entiendo mis deberes de matemáticas.

Arisha se frota la cara. —Bueno, tenemos pruebas de que existen los fae y no las brujas, pero ¿cómo se puede probar que algo no existe? Es como probar un negativo. No se puede probar un negativo. Y eso no es un perro. Tiene que…

—Estás divagando —le digo a Arisha.

—Y tú eres una fae —replica ella—. Así que estamos en paz.

El silencio se instala en la habitación. Arisha se abraza a sí misma. Yo me cruzo de brazos sobre el pecho, con la cabeza fría y en blanco. Shade gruñe. El silencio se vuelve más espeso, más pesado. Fuera de nuestra alta ventana abierta, el sol, que se oculta lentamente, arroja una cálida luz anaranjada sobre el atardecer primaveral, un extraño contraste con la tensión de la habitación.

Algo. Tengo que hacer algo. Decir algo. ¿Pero qué?

Arisha se tapa la cara con las manos y se frota la frente. Cuando habla, su voz tiembla ligeramente, como si luchara contra su propio buen juicio. —Gavriel es mi tío. Así que lo sé… todo. —Baja las manos—. No son solo cotilleos. Me estoy entrenando para el Gremio, así que tenía buenas razones para contármelo. Y sí, *sé* que está prohibido interferir, pero quienquiera que escribiera esa norma no estaba encerrada en una habitación con… —hace un gesto con la

mano hacia el lobo de Shade, que ahora le lanza una dentellada a una mosca que se atreve a zumbar alrededor de su cabeza— Rizo.

Me dejo caer en mi cama, sentándome justo encima de un Shade todavía muy mojado, que de alguna manera se las ha arreglado para despatarrarse sobre las sábanas cuando no estaba prestando atención. El lobo resopla su descontento antes de apartarse. Un zumbido hueco me llena los oídos, como si alguien acabara de golpearme en la cabeza con una porra. —¿Desde cuándo? —pregunto.

Arisha se mira los pies descalzos. —Dos días después de que llegaras. Cuando estabas con Coal.

—¿Es por eso que tú…? —me detengo cuando el resto de las palabras que Arisha ha dicho por fin llegan a mi cerebro—. ¿Qué has dicho de no interferir?

—Se supone que el Gremio no debe hacer nada que influya en ningún fae que pueda cruzar, es uno de los principios del Gremio —dice Arisha, recuperando claramente el aplomo con la oportunidad de ofrecer información, recordándome tanto a Autumn por un instante que se me oprime el pecho—. Los antiguos dejaron muy claro que no querían confraternización entre los mundos, de ahí las barreras, Bosque Umbrío y todo eso. Y, a efectos prácticos, mantiene la paz. Sin el voto de no interferencia, todo el Gremio maniobraría para intentar influir en la Protectora en lugar de cooperar y compartir conocimientos.

—Espera. —Levanto la mano—. Lo que describes no es Gavriel.

—A mí me lo vas a contar —dice con un resoplido—. Por eso el Gremio lo expulsó… No te contó esa parte, ¿verdad?

—No.

Arisha se sonroja. —Parece que no soy mucho mejor. Estrellas. Todas las reglas tienen mucho sentido sobre el pergamino, pero la realidad nunca es tan clara.

—¿Por eso me has estado evitando? —pregunto, mordiéndome el labio—. No me había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos la amistad de Arisha hasta este momento.

La oleada de alivio que me recorre al ver a Arisha asentir me hace hundirme en el pelaje de Shade.

Shade.

Me enderezo, recordando de repente cómo habíamos llegado a esta conversación. —Bueno, sobre el lobo. ¿Podrías no mencionárselo, digamos, a *nadie*?

Arisha mira a Shade con recelo. Con la cabeza apoyada en las peludas patas, el lobo parece seguir la conversación, moviendo una larga oreja de vez en cuando. Con la nueva atención repentinamente sobre él, Shade levanta su hocico negro y estornuda, lanzando al aire una nueva nube de pelo gris y babas de lobo.

—¿Es de verdad una mascota de Lunos? —pregunta Arisha, con el rostro lleno de curiosidad momentánea antes de que sus ojos se abran de nuevo como platos. Con un chillido, se apresura a coger la colcha de su catre, cubriendo apresuradamente su cuerpo todavía semidesnudo—. Es uno de ellos, ¿verdad? Uno de los cuatro varones. Estrellas. ¿Coal? ¿Está Coal en nuestra habitación? ¿Le has echado una jarra de agua al puñetero *Coal?* Ya me iba bastante mal en sus clases…

—No es Coal —digo rápidamente—. Te lo prometo.

Arisha entorna la mirada. —¿Pero es uno de ellos?

Hago una mueca. Adiós a pasar desapercibida hasta que llegue el rescate. —Shade.

—Nunca más volveré a entrar en la enfermería sin ponerme tan roja que le prenda fuego a las paredes —susurra Arisha con voz ronca.

—Si te sirve de consuelo, Shade no será consciente de esto. Es decir, la versión de Shade que crees conocer no sabe que es un fae, y mucho menos que se convierte en lobo de vez en cuando. —Me dejo caer de espaldas en el colchón, ignorando el gruñido de indignación del lobo. Si quiere ocupar todo el colchón, no puede quejarse de que lo use como reposapiés—. Es un lío por todas partes.

Arisha ladea la cabeza con aire pensativo. —De acuerdo. ¿Le dirás a Shade la verdad? Me imagino que despertarse con la barriga llena de carne —o lo que sea que hace con los dientes esa bestia que estás usando de almohada— debe de ser bastante desconcertante.

—Si te acusara de ser una fae y al mismo tiempo afirmara que todo lo que crees saber de tu vida es una mentira absoluta y que en secreto te conviertes en una bestia salvaje, ¿qué harías?

—En el mejor de los casos, pensaría que estás loca. En el peor… pensaría que estás inventando una acusación como amenaza, que estás pensando en denunciarme a los inquisidores. —Arisha hace una mueca—. Y para cuando esos cabrones inquisidores terminen de buscar pruebas… Espera. Pruebas. ¿Y si tuvieras pruebas?

—Lo intenté —digo, relatando lo que ocurrió cuando obligué a Coal a tocarse su propia oreja, con el estómago revuelto al recordar sus gritos fantasmales—. La magia del velo está luchando por su supervivencia y creo que ataca cuando se ve acorralada. Eso significa que debo mantenerme alejada de cualquier cosa que pueda provocarla hasta que venga alguien que sepa lo que hace.

—Vale. —Arisha asiente lentamente—. Por lo que sabemos, cada vez que el velo reacciona, podría fortalecerse, como un músculo. De acuerdo, así que nada de colocar a los varones en el fuego cruzado entre la verdad real y la verdad de la magia del velo.

Me muerdo el labio. —¿Y si no le dijera a Shade que *él* es un fae, sino que me quitara el amuleto para mostrarle quién soy yo?

—Probablemente te delataría, Lera —dice Arisha—. O, si no, estaría en peligro solo por saber la verdad. Parece que cuando los varones absorbieron sus amuletos del velo, heredaron de verdad los personajes ficticios. Si el amuleto está luchando por mantener viva la ilusión del velo, bien podría obligar a Shade a delatarte, solo para protegerse.

Maldigo en voz baja. Arisha tiene razón.

—Ya lo solucionaremos —dice en voz baja.

Me tenso y giro la cabeza para encontrar su mirada. —¿Solucionaremos?

—Solucionaremos. —Arisha se pone en pie, enderezando los hombros antes de recordar que sigue medio desnuda y suelta un gritito al coger la sábana—. Si voy a romper *algunas* de las reglas del Gremio, más vale que las rompa todas. A no ser que prefieras que no…

Me levanto de un salto de la cama y le echo los brazos a Arisha, sujetando su esbelto cuerpo con tanta fuerza que no estoy segura de que la chica pueda respirar. —Quiero que seamos *nosotras* —le digo a Arisha apoyada en su hombro, y no me doy cuenta de que me escuecen los ojos hasta que parpadeo para contener la humedad —. Quiero que haya un «nosotras», muchísimo.

El *dong* de la campana de la cena nos separa con un recordatorio lejano de que la vida de la Academia sigue fluyendo, estemos listas o no. A pesar de mi seguridad de que Shade no recordará nada de lo que ve su lobo, Arisha insiste en que yo lo distraiga mientras ella se viste para la noche.

—Ve tirando —le digo a Arisha, mientras la ayudo a atar los lazos traseros de su vestido azul medianoche—. Quiero pasar unos momentos más con esta bestia.

Un cuarto de hora más tarde, estoy a poca distancia del comedor —los olores a cordero asado y manzanas al horno hacen que me ruja el estómago— cuando el relincho lejano de un caballo me recuerda el cuchillo que olvidé en el establo. Al instante, siento la bota sin arma demasiado ligera. Le prometo a mi estómago que el cordero no tardará en llegar y bajo por un estrecho sendero del patio hacia la alta hilera de laureles de montaña en flor que separa los lados este y oeste de la Academia. La densa fragancia de las plantas me envuelve al pasar.

Mis delicadas botas de caña alta y mi vestido magenta con la espalda descubierta parecen tan fuera de lugar en los senderos de tierra como los uniformes grises de entrenamiento de los cadetes en el lujoso comedor. Me ruge el estómago. Acelero el paso y me apresuro hacia los establos; los vastos corrales de entrenamiento, perfectamente segados y rastrillados para la mañana siguiente, me rodean como fantasmas. Todo el mundo está comiendo: cadetes, guardias, mozos de cuadra. Todo el mundo menos yo.

Me quedo helada y corrijo rápidamente mi apreciación.

Todo el mundo menos yo y quienquiera que esté chillando dentro del granero.

LERA

Al abrir la puerta del establo, me preparo para encontrarme con un semental desbocado tirando a algún desgraciado contra la pared. En lugar de eso, entre el heno de dulce aroma y el cálido olor de los caballos, me encuentro a los tres primos de la princesa Katita —los gemelos morenos y corpulentos, Puckler y Rik, y el ligeramente mayor lord Nolan— rodeando al escuálido paje al que todos llaman Rabbit. Con Nolan agarrándolo por el cuello de la camisa, el muchacho de nueve años se pone de puntillas, temblando en una buena imitación de su tocayo. Un cardenal amoratado que asoma bajo la tela raída de su túnica va a juego con las riendas de cuero que Puckler sostiene en su puño carnoso.

Una furia ardiente me recorre, la cara y los músculos me arden mientras mi magia se revuelve contra sus grilletes.

Puckler vuelve a alzar el cuero y Nolan maniobra con el chico para convertirlo en un blanco mejor.

Rabbit se encoge, preparándose para el golpe mientras de su garganta escapan pequeños sollozos entrecortados.

—¡Alto ahí! —mi bramido resuena por el establo, haciendo que se giren cabezas, tanto humanas como equinas por igual—. Con los puños cerrados a los lados de mi vestido vaporoso, avanzo hacia el grupo. La rabia que siento es tan fuerte que la oigo silbar en mis oídos. Dentro de mí, la magia de tierra encadenada de River golpea

con la ferocidad suficiente como para derribar el establo si tuviera la oportunidad.

Lord Nolan, sin soltar la camisa de Rabbit, se gira para mostrarme una dentadura torcida. —Si te hubieras molestado en mirar antes de hablar, sabrías que le estamos haciendo un favor al chaval. —Nolan, el más alto del grupo, tiene un fino bigote rubio, una nariz demasiado puntiaguda para su cara y una chaqueta cara cortada para realzar sus facciones delgadas. La mirada del cadete se desliza por mi cuerpo antes de encontrar mi cara. Casi puedo sentir el rastro grasiento que dejan sus duros ojos verdes. Sacándose del bolsillo un pesado sello de oro, Nolan me lo enseña—. El muy cabrón me ha birlado esto del bolsillo. Y ahora lo va a pagar. A menos, claro, que creas que debería informar al comandante River, ¿no? —¿a los ojos pequeños de Nolan les brilla una chispa al mirar al chico —. ¿Qué le parecería una paliza del subdirector, muchacho? Justo antes de que lo eche de la Academia con el resto de la basura.

Rabbit solloza, negando con la cabeza. —No. Por favor.

—Parece que Rabbit ha aprendido la lección que tan generosamente le habéis enseñado —les digo a los tres. Con el trueno aún resonando en mis oídos, cojo con indiferencia una horca que está apoyada en la pared del establo. Mi mente me grita que esto es todo lo contrario a no meterme en líos. La ignoro—. Como hoy todo el mundo está de humor para hacer favores, yo también ofreceré uno. Dejad marchar al chico *ahora* y no os romperé la nariz.

Nolan, que es el que está más cerca de mí, suelta a Rabbit y cambia el peso de su cuerpo para cargar el puño derecho. El movimiento, muy obvio, indica que pelear no es el punto fuerte del lord, e imagino que su repentina valentía proviene de ser una cabeza más alto que yo. La mirada dubitativa que los gemelos le dirigen a Nolan es absurdamente satisfactoria. Y muy fugaz.

Nolan lanza un puñetazo a mi cabeza.

Yo golpeo con el mango de la horca la parte de atrás de sus rodillas.

Rabbit aprovecha la conmoción para escabullirse.

Mi golpe a Nolan impacta primero, y sus piernas se doblan bajo él mientras cae hacia atrás. Aterriza en el suelo del establo con un

golpe sordo, un montón de estiércol fresco amortiguándole la cabeza. Retrocedo rápidamente, agachándome en guardia.

—Zorra asquerosa —grita Nolan entre los gruñidos de aprobación de los otros, que ahora se me acercan por ambos lados con la mirada centelleante—. Te arrepentirás de esto.

Construidos como barriles, los gemelos tienen unos ojos brillantes del color exacto de los de Katita y el pelo negro y muy tirante hacia atrás. La brutalidad en sus idénticas miradas me provoca un escalofrío por la espalda. Estaban *disfrutando* al hacerle daño a Rabbit y, al habérselo quitado, no parecen querer irse con las manos vacías. Puede que yo sea una fae y ellos humanos, pero aún me estoy adaptando a mi nuevo cuerpo de fae —un cuerpo bastante más pequeño que los suyos— y tres contra una no son buenas probabilidades.

A mi derecha, Puckler blande las riendas de cuero que usó con Rabbit, y el grueso material produce un silbido al cortar el aire. A mi izquierda, Rik ha encontrado otra horca, aunque, a diferencia de mí, la sostiene con las puntas afiladas hacia delante. Al otro lado del pasillo, Sprite cocea la puerta de su box, e incluso Czar, el caballo de Coal, relincha su desaprobación.

Rik ataca primero con la horca, los dientes de metal centelleando hacia mi cabeza.

Me agacho y me deslizo hacia un lado, dejando que el impulso de Rik lo lleve a tropezar contra la pared. Justo en ese momento, una línea de fuego me explota en las costillas izquierdas. Puckler. Suelto un gemido de dolor y me retuerzo para verlo echar las riendas de cuero hacia atrás para otro golpe. El silbido hace que se me encoja el estómago; mis recuerdos evocan las palizas de Zake y sé que solo me he salvado de toda la fuerza del golpe porque me estaba moviendo cuando me azotó. La próxima vez no tendré tanta suerte.

Fuera. Tengo que salir de aquí.

Recorro con la vista a los tres cadetes. El establo. Los caballos. Hay boxes a ambos lados del largo y ancho pasillo donde estamos peleando, y las dos puertas en cada extremo están tan lejos de mí como la luna. Peor aún, estoy en medio de los chicos, con los gemelos cortándome la ruta de salida sur y Nolan la norte. El hedor

penetrante de la furia de Nolan es más fuerte que los desechos de una letrina.

Pero Nolan es el más débil del grupo. Si consigo pasar a su lado, lo pondré entre los gemelos y yo.

Lanzo mi horca a Rik, ganando tiempo para preparar mi ataque. Respirando de forma constante, bajo mi centro de gravedad. Apunto con el hombro a la cadera de Nolan. Impulso con las piernas. Exploto.

Mi hombro golpea el huesudo cuerpo de Nolan con un satisfactorio «pum», y el cuerpo del lord cede ante mi fuerza. Nolan se queja mientras cae hacia atrás por segunda vez en cuestión de minutos.

No me detengo ni un instante.

Saltando por encima de la forma retorcida de Nolan, corro hacia la puerta, mi vestido agitándose torpemente alrededor de mis piernas. Mis botas blandas golpean el suelo de madera, mis pulmones toman bocanadas de aire con aroma a heno. Detrás de mí, los chicos se levantan, sus maldiciones me apremian. Más rápido. Necesito ir más rápido. Los diez pasos que quedan entre la puerta y yo me parecen kilómetros. Ocho pasos. Cinco.

Voy a conseguirlo. Lo sé por la distancia del sonido que se acerca por detrás. Solo uno más…

Piso el dobladillo de mi vestido y, de repente, mi rodilla choca con la tela. Con una maldición, caigo de rodillas; el escozor del impacto no es nada comparado con la desolación de una mano cerrándose alrededor de mi tobillo. Un fuerte tirón de uno de los chicos me aplasta contra el suelo y la áspera madera me raspa la cara.

—¿Ibas a algún sitio, zorra? —La voz grave de Puckler me golpea la nuca un momento antes de que su considerable peso se asiente sobre mí. El hedor de un perfume demasiado fuerte me inunda las fosas nasales—. ¿Creías que tenías permiso para agredir a miembros de la corte del rey Zenith?

Me muevo por instinto, perfeccionado tras demasiados minutos aplastada bajo el cuerpo implacable de Coal. Poniéndome sobre las rodillas y los codos, me encojo para proteger mi estómago y mi

cabeza. Espero mi oportunidad. Comparado con el guerrero inmortal, Puckler es un torpe saco de piedras, pero es grande y son tres. No puedo permanecer mucho tiempo en esta posición.

Ahí. El ligero cambio de peso de Puckler es todo lo que necesito para retorcerme y salir de debajo de él.

En el momento en que lo hago, Rik aparece, obligándome a volver a ponerme a cuatro patas mientras su hermano vuelve a montarse sobre mi espalda. Los dos intentos de fuga fallidos me pesan tanto como el considerable peso de Puckler.

—Vaya, qué oportuno, ¿no? —La voz fina y nasal de Nolan tiene una nota de diversión despiadada—. Me encanta domar a una potra. Vamos a ponerle un bocado en la boca.

El tintineo de una brida al ser preparada me atraviesa los nervios. Me encabrito para quitarme de encima a Puckler, teniendo que esperar pacientemente un cambio de peso. Una oportunidad. Puckler no se mueve.

Al momento siguiente, algo cruje en mi trasero; el azote del cuero es una mezcla ácida de dolor y humillación. Un segundo latigazo.

Sobre mí, Puckler me agarra del pelo mientras la palma de la mano de Nolan, cubierta de estiércol, me mete un bocado a la fuerza.

La acometida de furia que se apodera de mí es suficiente para rivalizar con una tormenta.

TYE



Mientras los demás estaban ocupados cenando, Tye se balanceaba en la barra fija, en el centro de un tranquilo campo de entrenamiento, mientras el sol se hundía lentamente tras el muro de la Academia. Ganaba más impulso con cada flexión de su cuerpo. Con una suave exhalación, se dio un último impulso y voló por los aires.

El aire fresco le pellizcó el rostro y el giro de su cuerpo desafiando a la gravedad le provocó un torrente de euforia. En ese instante, suspendido sobre la barra, manteniéndose en el aire solo gracias al control de su cuerpo y a la confianza en el impulso, Tye sintió esa esquiva plenitud.

Se sentía *vivo*, con el corazón latiéndole con fuerza para celebrar únicamente el ahora.

El momento terminó cuando Tye agarró la barra al bajar, y su hombro, dislocado hacía muy poco, gritó en señal de protesta. Reprimiendo una mueca de dolor, Tye se dejó caer, aterrizando con pulcritud sobre la blanda arena. Después del subidón de volar por los aires, la vuelta al suelo fue desoladora.

Plas. Plas. Plas.

Tye se giró hacia los aplausos con una sonrisa ensayada en el rostro mientras saludaba a quienquiera que fuese. Katita. Otra vez. A Tye se le tensó la mandíbula. Guapa, inteligente y despiadada, Katita era la heredera del rey Zenith y la futura reina del Reino de Ckridel:

el reino de Tye. A pesar de que los uniformes y las normas de la Academia convertían técnicamente al veterano Tye en un superior de Katita, que era de primer año, no se podía negar la realidad del poder. Ckridel era suyo y, por extensión, Tye también.

—Impresionante —dijo Katita, dejando de aplaudir—. Aunque no estoy segura de lo que diría el maestro Shade sobre forzar ese hombro. —Ataviada con unos pantalones negros anchos y una chaqueta corta plateada que dejaba entrever una franja de vientre plano, y con el pelo rubio recogido en un elaborado nido de tirabuzones y trenzas, Katita estaba acostumbrada a atraer las miradas de todos los hombres de la Academia. Sin embargo, su cuerpo tonificado no lograba cautivar a Tye en lo más mínimo. No es que fuera educado —ni prudente— decírselo en voz alta.

Tye esbozó una sonrisa lo suficientemente amplia como para saber que hacía que sus ojos verdes parecieran danzar, lo que solía confundir a la gente el tiempo suficiente para que él pudiera escapar. No le gustaba abusar del efecto que causaba en los demás, pero a veces merecía la pena. —¿Qué va a saber el maestro Shade si usted no se lo cuenta? No estará de humor para delatar a un amigo, ¿verdad, Kit?

—Me llamo Katita. —Una mezcla de fastidio y placer.

—¿Ah, sí? —Tye saltó de nuevo a la barra, lo que tenía el doble beneficio de poner fin a la conversación y hacer que le ardiera el hombro. Al menos el dolor era una sensación. Algo.

Últimamente, sentir era un privilegio. Por mucha gente que rodeara a Tye, por mucho que riera o bromeara, una gran parte de su alma parecía seguir atrapada en una mazmorra. Y por mucho que Tye aporreara la puerta, no podía alcanzarla. No podía sentir toda la gama de emociones, salvo en esos gloriosos momentos de vuelo.

Con una notable excepción.

El aroma a lilas de Leralynn despertaba el alma de Tye como solo lo hacía volar sobre la tierra; su corazón y su respiración se aceleraban con el más mínimo cambio de viento si este traía consigo aquel olor. Lo embriagaba. Por desgracia, también lo volvía estúpido. Sobre todo en el tiempo que siguió a aquel primer e incómodo encuentro en el patio, cuando siguió a Lera al bosque y dejó que su

polla pensara demasiado por él. La parte en cuestión se crispaba incluso ahora con el puñetero recuerdo.

Al menos Tye se había armado de valor hacía unos días y le había expuesto la cruda realidad a Lera. Tye no podía involucrarse. Con nadie. Y cada vez que se sentía tentado, solo tenía que recordar lo que pasó con su prometida Tiga, y el deseo fuera de lugar se disolvía en la realidad.

A diferencia de los otros estudiantes de la Academia, Tye era de origen plebeyo, y solo su talento para el atletismo lo había puesto en contacto con sus superiores. El atletismo era su vida; eso y la apasionada y fogosa Tiga, con quien estaba prometido desde la infancia. Ahora que ambos se estaban haciendo mayores, Tiga había estado segura de que las competiciones de Tye quedarían atrás. Al fin y al cabo, no había lugar adonde pudiera ir un campesino de origen plebeyo.

Hasta que la Academia de Great Falls invitó a Tye a matricularse y a representarlos en las Pruebas de Proeza. Hasta que Tye aceptó, manteniéndose firme ante las lágrimas y súplicas de Tiga.

La mañana después de la discusión, Tye se despertó y encontró una nota en la almohada que lo liberaba de todas sus obligaciones. Sin destino, sin dirección, sin promesa de regreso. *Tú tomaste tu decisión,* rezumaba dolor la caligrafía enrevesada de Tiga. *Y ahora yo he tomado la mía. Espero que creas que ha merecido la pena.*

Una semana después, Tye regresó de una agotadora carrera y se enteró de que un aldeano había encontrado el cuerpo de Tiga en el fondo de un barranco. Una nota metida en su corpiño decía adiós a nadie en particular.

No. Tye no volvería a hacerle eso a nadie. No se involucraría con nadie a quien no quisiera hacer daño. El entrenamiento y las relaciones no mezclaban en absoluto. *Él* y las relaciones no mezclaban.

Lo que, aun así, dejaba el vacío que Tye luchaba por llenar con lo que podía. Desafiando a la gravedad, tentando al destino, incluso tentando a River. Volvería a saltar el muro de la Academia en cualquier momento, sin importar cuántas palizas le supusiera. Sentir dolor era mejor que no sentir nada, y la emoción de la nerviosa

excitación de Lera —la primera que había sentido con una mujer desde Tiga— valía cualquier tipo de incomodidad. Tye todavía podía sentir el calor del cuerpo de Lera, su pulso latiendo tan fuerte que se oía, sus ojos dilatándose mientras él deslizaba las manos por sus caderas.

Lera, esa pequeña y gloriosa chica lila, estaba tan viva que incluso el alma encerrada de Tye cantaba en su presencia. Su parecido físico con Tiga tampoco ayudaba.

Métete la polla en los pantalones, cabronazo, se dijo Tye a sí mismo mientras completaba una serie de veinte dominadas y saltaba de nuevo a la arena blanda. *Las flores son para saborearlas, no para pisotearlas.*

La última campana de la cena sonó desde la torre del homenaje, y el estómago de Tye emitió un gruñido de insatisfacción por estar allí fuera cuando la comida estaba en otra parte. Bueno, podía unirse a su polla en las quejas; Tye todavía tenía cosas que hacer. Para empezar, correr. Luego, más trabajo de fuerza y flexibilidad. Siempre podría convencer a un cocinero para que le diera unos bannocks más tarde, pero con los demás ocupados comiendo, no había nadie que le dijera lo que debía y no debía hacer con su hombro. Katita podría chasquear la lengua y adularlo, pero no interferiría. Y, desde luego, no iba a correr con él.

Mientras se ataba los cordones, Tye miró hacia el foso de árboles plantados para crear la ilusión de un bosque en lugar de un muro, y su atención se fijó en un pequeño cuerpo que corría tan rápido como una ardilla asustada, pasando junto a Katita y entrando en el corral de entrenamiento.

No, no era una ardilla: era Rabbit.

TYE



Tye atrapó al chiquillo y se acuclilló a su lado. El niño, pequeño y de pelo rizado, jadeaba, y el rastro de las lágrimas era bien visible en su cara sucia.

—¿Qué te impide ir a cenar? —preguntó Tye, clavando la mirada en los hombros temblorosos de Rabbit. De niño, Tye también había sido pequeño y sabía de primera mano que solo algo de suma importancia podía hacer que el chiquillo se saltara una comida—. ¿Te han estado dando la lata los guardias?

Sin familia alguna, Rabbit se las había apañado a base de labia para conseguir un puesto de paje en la Academia, principalmente como recadero por todo el recinto. Como no había ningún otro niño empleado, los adultos tenían ideas dispares sobre cuál debería ser la función exacta del muchacho, sobre todo porque, a pesar de llevar meses comiendo con regularidad, Rabbit no podía evitar sustraer el contenido de los bolsillos de quienquiera que fuese lo bastante descuidado como para dejar allí objetos de valor.

Tye también entendía eso y, como era de la opinión de que todo lo que merece la pena hacerse merece la pena hacerse bien, era poco probable que fuera una buena influencia.

—Le… Leralynn. Nolan y los suyos… Rodeada —El pecho flacucho de Rabbit se agitaba con jadeos que lo hacían tambalearse—. Puckler. Rik también.

Un escalofrío recorrió la espalda de Tye y el mundo a su alrededor se volvió repentinamente silencioso. Irrelevante. —¿Dónde?

—En el establo, supongo —La respuesta displicente vino de Katita, que ahora estaba de pie junto a ellos, con sus fríos ojos turquesa y su pelo rubio reluciendo bajo el sol poniente. Agarró a Rabbit de la oreja para apartarlo—. Al menos ahí es donde mis primos llevaron a esta basura para discutir sus recientes actividades. Debe de haberse escapado.

Un arrebato de ira le encendió la sangre a Tye. —Suéltalo.

Para alivio de Tye, Katita soltó la oreja de Rabbit y su mirada se tornó ligeramente divertida mientras se cruzaba de brazos. —¿Mejor?

—Sí —Apartando a la princesa de un empujón, Tye se dirigió hacia los establos.

—Detente —La diversión en la voz de Katita había desaparecido. Se interpuso en el camino de Tye y le apretó la mano contra el centro del pecho—. Leralynn debe de haberse entrometido. Deja que la realeza lo gestione como considere oportuno.

—¿Estás loca? —Tye luchó contra el impulso de agarrar y romperle aquella delgada muñeca. Su mente iba a mil por hora, su mirada saltaba de la princesa al establo—. Ven conmigo y pon fin a lo que sea que esté pasando, Katita.

—No —Acortó la distancia, su movimiento desprovisto de sensualidad por una vez—. Leralynn se ha entrometido con *miembros de la realeza,* Tyelor. Después de lo de hoy, imagino que no volverá a cometer el mismo error —Bajó la voz, y la suave amenaza sonó como el rascar de unas uñas en una pizarra—. No cometas el mismo error que acaba de cometer ella.

Tye irrumpió en los establos justo a tiempo para oír un agudo alarido masculino. Provenía de un lord Nolan doblado por la mitad, quien, a juzgar por sus ojos desorbitados y sus cuerdas vocales en tensión, no iba a engendrar ningún hijo en un futuro próximo. Ni nunca.

Justo detrás del derribado Nolan, Lera tenía a Puckler sujeto por la espalda, con el brazo rodeando el grueso cuello del cadete. Incapaz de llegar al suelo, Lera se aferraba a la presa de estrangulamiento mientras Puckler la zarandeaba como un oso furioso. El gemelo de Puckler, Rik, daba vueltas alrededor de la pareja buscando un hueco que su propio hermano no le ofrecía. Cierto es que, dado el rostro cada vez más amoratado de Puckler por la falta de aire, sus movimientos espasmódicos e insensatos eran comprensibles.

Cielos. Lera medía la mitad que cualquiera de ellos y mantenía el tipo mejor de lo que lo habría hecho cualquier guardia de la Academia.

Por un instante, la oleada de orgullo que Tye sintió por aquel pequeño y fiero tsunami le hizo dudar si intervenir. Entonces Puckler se giró.

Verdugones y moratones asomaban por los desgarros del andrajoso vestido magenta de Lera, y trozos de estiércol cubrían su vibrante pelo y su piel sonrojada. Otro moratón le recorría la boca; tenía los labios hinchados y ensangrentados. No había estado ganando; había estado sobreviviendo. Y estaba herida.

Tye ya se estaba moviendo desde el otro lado del establo cuando Rik por fin consiguió agarrar a Lera del pelo y arrancársela de encima a Puckler. En ese mismo movimiento, Rik la estampó de pecho contra la pared con tal fuerza que los tablones crujieron. Acto seguido, Puckler agarró el brazo libre de Lera con una mano, mientras se frotaba el cuello enrojecido con la otra. Con Puckler y Rik inmovilizando a Lera contra la pared, lord Nolan cogió una gruesa cincha de cuero de un gancho.

Leralynn se quedó paralizada, y el olor de su terror repentino inundó el aire, desatando una explosión de violencia primaria en el interior de Tye.

La visión de Tye se oscureció. Todavía estaba a un paso de distancia cuando Nolan blandió la cincha, justo en el momento en que Puckler se dio cuenta de que ya no estaban solos y gritó una advertencia.

Tye no distinguió ni las palabras de Puckler ni la respuesta de su gemelo. No oía nada más que los latidos de su propio corazón mientras agarraba el espeso pelo rubio de Nolan y le hundía la cabeza al cabrón en el abrevadero de los caballos. Y entonces lo mantuvo allí, bajo el agua, mientras el alto lord se retorcía inútilmente. Indignado. Aterrado. Desesperado por un aire que Tye no iba a dejarle tomar jamás.

Los ojos de los gemelos se abrieron de par en par y el entusiasmo justiciero de sus rostros se desvaneció, dando paso a la incredulidad.

Puckler gritó algo. Levantó las manos. Se apartó de Lera.

Tye no supo lo que dijo Puckler. No lo oyó. No le importó. No con el aterrado aroma de Lera todavía embotándole la cabeza, con la visión de aquella criatura maravillosa y etérea que se había enfrentado a tres de los miembros de la realeza más corpulentos de la Academia siendo reducida a la vulnerabilidad.

Bajo el agarre de Tye, Nolan pataleaba frenéticamente. Al ver los espasmos de su primo, Puckler lanzó un puño del tamaño de un martillo hacia la mandíbula de Tye.

Tye sacó la cabeza de lord Nolan del abrevadero y usó el rostro del lord para interceptar el golpe de Puckler. El crujido de huesos y el salpicar de la sangre helaron el aire del establo. Por un momento, nadie se movió; Nolan se sujetaba la nariz rota mientras Puckler se miraba su propio puño ensangrentado.

Tye, con la mano ahora libre para cerrarse en un puño, se giró en medio de la escena de la batalla, listo para acabar con aquellos machos. Para arrancarles la garganta con los dientes.

—Márchense —La voz queda de Lera resonó por el establo. No iba dirigida a Tye, se dio cuenta él a través de la neblina de sus instintos protectores, sino a la realeza—. Muévanse despacio. Sin correr. Sin movimientos bruscos.

Los primos de la realeza intercambiaron una sola mirada antes de obedecer, y Tye tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para contenerse y no abalanzarse sobre aquellas figuras patéticas y despedazarlas a zarpazos. Su pecho subía y bajaba con agitación. Sí.

Ansiaba darles caza. Matarlos. Proteger a Leralynn de cualquiera que osara hacerle daño.

LERA



Ahogando el dolor y el miedo que todavía me llenan los pulmones, espero a que las puertas se cierren tras los cadetes que escapan para acercarme a Tye. El pecho del feérico sube y baja con fuerza, su pelo de fuego está húmedo de sudor y sus ojos verdes aún brillan con una furia primigenia. La furia es tanto de Tye como del tigre en el que no sabe que se convierte; el tigre con el que solo ha empezado a conectar este año.

—¿Tye? —digo en voz baja.

El feérico encuentra mi mirada, la suya aún desenfocada. Aún primigenia y salvaje, y tan oscura como la sangre que brotó de la nariz rota de Nolan. A diferencia de Tye, cuya mente velada no recuerda nada de mí, el tigre debe de sentir todavía el vínculo de unión tirando de su alma. Igual que el lobo de Shade.

Se me corta la respiración. A diferencia del lobo de Shade, la forma de tigre de Tye no recuerda nada de su compañera feérica ni siquiera en Lunos. Con las tierras mortales ahogando aún más la magia, si Tye llegara a transformarse, el depredador resultante no dudaría en hacer trizas a media Academia y comérselos crudos. No puedo permitir que eso ocurra.

—¿Tye? E-estoy bien. —Trago saliva, forzando una sonrisa en mi mentira. Apoyándome en la pared para sostenerme, intento ignorar el palpitante dolor mientras los verdugones y los cortes se hacen notar por toda mi piel—. Estoy bien. Ya ha pasado.

Tye niega con la cabeza y su melena de pelo rojo se agita a su alrededor. Cuando se acerca, sus ojos vidriosos recuperan lentamente la razón. De lejos, me doy cuenta de que, a diferencia de mí, no va vestido para la cena; parece que ha venido directamente del entrenamiento, con una guerrera de uniforme gris recortada y pantalones negros.

Me quedo muy quieta. Sin hacer nada que pueda despertar más al depredador.

Tye vuelve a parpadear, con la mirada lúcida, y hago todo lo que puedo para no hundir la cabeza en su hombro. Como si toda la fuerza y el valor que había tomado prestados se hubieran desvanecido de repente. Eso es lo que haría con mi Tye, pero este no es mi Tye.

—Leralynn. —Tye se agacha a mi lado y sus manos me rozan la muñeca. Sus facciones perfectas están afiladas por la concentración, su pendiente de plata reluce en la tenue luz del granero. La preocupación y la ansiedad emanan de él en oleadas de un cálido aroma, la mirada que momentos antes era asesina ahora se centra por completo en sondear mi piel con delicadeza—. ¿Cómo estás, muchacha?

—Hecha polvo. Jodidamente hecha polvo. —El burdo intento de los cabrones de convertirme en un poni me viene a la memoria, haciendo que apriete la mandíbula—. Lo que más me duele es el orgullo.

—¿Por qué será que no te creo? —pregunta Tye, y su pulgar limpia una gota de sangre de mi labio inferior. Sus penetrantes ojos verdes recorren mi cuerpo, viendo cada rasgón, cada verdugón y cada corte. Su aroma limpio a pino y cítricos se mezcla con el sudor… y la determinación.

Antes de que pueda apartarme, Tye me rodea con sus brazos y me levanta en el aire. Jadeo, debatiéndome mientras me encuentro sujeta con fuerza contra el ancho pecho del feérico.

—P-puedo caminar. —Debería caminar.

Los brazos de Tye se tensan y su corazón late con tanta fuerza que lo oigo a través de su pecho. —Ahora mismo llevas puestas tiras de seda magenta —dice, con su voz suave en total contradicción con

los latidos de su corazón—. Aunque sin duda la Academia disfrutaría del espectáculo, me gustaría guardarme este pequeño secreto para mí por ahora.

Abro la boca para protestar, para preguntar adónde cree Tye que me lleva, pero la cierro sin decir nada. Me duele todo. Y por ahora, que me cuiden es suficiente.

Con casi todo el mundo en el comedor, los terrenos están casi desiertos. Dondequiera que Nolan y los gemelos huyeran, no veo rastro de la realeza mientras Tye se mueve por las convenientes hileras de árboles y setos que claramente tiene experiencia usando para ocultarse. Cinco giros después, hasta yo estoy perdida sobre nuestro destino, hasta que la casa de baños baja de piedra se alza ante nosotros. La casa de baños de *hombres*.

—¡Espera! —Mi protesta llega demasiado tarde mientras Tye abre la puerta de un empujón, cruza una antecámara con taquillas y nos mete en una sala grande, tenuemente iluminada, llena de extensas piscinas. Desde una piscina muy humeante en una esquina hasta una pequeña y redonda impregnada de artemisa —lo que le daba aproximadamente el olor y el color del té negro—, pasando por una piscina profunda y clara que parecía no estar climatizada y era lo suficientemente larga como para hacer largos. El vapor denso y húmedo me acaricia la piel e inhalo una bocanada de aire deliciosamente cálido. A diferencia de los baños femeninos, donde jarrones con flores de primavera proporcionan manchas de color en un interior blanco, los baños masculinos tienen dibujos de cantos rodados lisos incrustados en las paredes de azulejos verdes y alrededor de estanterías con jabón y toallas. El suelo inclinado aprovecha una rama ingeniosamente canalizada del río Great Falls para hacer circular el agua con facilidad, mientras que unos braseros siempre encendidos mantienen el agua caliente fácilmente accesible.

Dejándome en el borde de la piscina más lejana, Tye cierra el desagüe y vierte un chorro de agua hirviendo para que se mezcle con el líquido fresco que ya borbotea allí. Sus músculos se flexionan y se mueven bajo su piel a la luz tenue de los faroles. Una vez lista el agua de la piscina, Tye se quita primero sus botas y luego las

mías, sus hábiles manos se mueven con la destreza de siglos desvistiendo a mujeres.

—¿Cómo sabías que había problemas? —pregunto. Junto a los movimientos perfectamente ágiles de Tye y su pelo revuelto por el sudor, que su estado salvaje solo hacía más perfecto, parezco una rata andrajosa revolcada en el fango.

—Estaba entrenando cerca y Rabbit fue a buscarme. A Katita no le hizo ninguna gracia —añade Tye esto último en voz baja, como si las palabras fueran más para él que para mí—. Enfrentarte tú sola a tres miembros de la realeza… No sé si eso te convierte en la cadete más valiente o en la más temeraria de Great Falls. Y que sepas que actualmente ostento el título del más temerario, y preferiría no renunciar a él.

Tye estaba con Katita. Una punzada de dolor que no tengo derecho a sentir me retuerce el estómago. Libre de los lazos mágicos, este Tye es amable, inteligente y valiente; pero no es mío. Lo ha dejado bastante claro. Lo cual es *bueno*. Cuanto más nos alejemos el uno del otro, menos posibilidades habrá de que yo provoque al amuleto.

Quitándose todo menos los calzoncillos, Tye se mete en el agua y se coloca entre mis muslos abiertos. Hago todo lo posible por no mirarle el torso desnudo —el amplio contorno de sus pectorales y hombros, las duras crestas de su abdomen, abultadas incluso en reposo, bronceado por el sol tras muchas sesiones de entrenamiento sin camisa—, pero es una batalla perdida. Su mano callosa me acaricia la mejilla con suavidad. —Veamos el estropicio, muchacha. Por lo poco que he visto al final, tienes algo que mostrar del encuentro.

Abro la boca, pero no me salen las palabras.

Tomando mi silencio como consentimiento, Tye tira de los jirones que aún sujetan la parte superior de mi vestido a mis hombros, dejando mis pechos al descubierto; lo que, en lugar de enfurecerme con razón, me recorre la piel con un escalofrío de excitación. El agua tibia se arremolina alrededor de mis piernas, subiendo por mi pantorrilla. Cuando levanto los brazos para cubrirme los pechos, Tye

me dedica una rápida sonrisa. —¿Sabes que eso solo hace que quiera mirar más de cerca?

Sintiendo cómo me ardía la cara, me concentro en el vapor que se eleva sobre el agua en pequeños rizos. Rizos que se parecían tanto al vello áspero que sabía que rodeaba la polla de mi acompañante que rápidamente me doy cuenta de que tengo que mirar a otra parte. ¿Pero adónde?

Los dedos de Tye me palpan las costillas, su intensa mirada verde tan centrada en mi cuerpo que se me corta la respiración. Un canino blanco, desafilado por la magia del amuleto del velo, roza su labio inferior mientras se concentra. Cuando sus manos se deslizan hacia el frente, por debajo de mis sensibles pechos, me muerdo el labio e intento apartarme.

Tye niega con la cabeza, desestimando mis esfuerzos. —No creo que tengas nada roto —dice, mientras gotas de agua perladas recorren los surcos de sus músculos esculpidos. La concentración de su mirada hace que el resto de su cuerpo ancho y entrenado sea aún más hermoso, la tensión cantando bajo su piel envía vibraciones directamente a mi punto más sensible. Su tacto se vuelve más suave —. Pero tienes algunos moratones que hacen juego con el cielo nocturno.

—Para. —Empujando a Tye, reúno mi dignidad y me deslizo desde el borde de la piscina al agua, lo que tiene el efecto contrario al que pretendía. En lugar de cubrirme más, el agua, que a Tye solo le llega a la cintura, ahora me golpea suavemente los pechos, cuyo suave rebote le arranca a Tye un claro trago. Para colmo de males, lo que queda de la parte inferior de mi vestido cede a la presión del agua y se hincha hasta mi cintura. Los verdugones de mi trasero escuecen, pero no me atrevo a frotarlos ahora mismo. No me atrevo a hacer nada que pueda acercarnos a la línea que hemos decidido no cruzar.

Amigos. Somos amigos. Ni siquiera eso ya. Conocidos. Cómplices. Tye ha acudido en mi ayuda igual que yo acudí en la de Rabbit. No hay nada más que eso.

Con una suave maldición, Tye levanta la vista hacia el techo y respira hondo varias veces. Cuando su atención vuelve a mí, el

feérico me sujeta la cintura. Sentándose en un banco sumergido, me atrae para que me quede de pie entre sus piernas. Con él sentado y yo entre esos muslos fibrosos, nuestras caras están a la misma altura. —Eres preciosa, muchacha —gruñe en voz baja—. Tanto que un hombre no puede evitar preguntarse si sabrás tan bien como te ves.

La línea. No estás ayudando.

La idea de la boca de Tye en mi sexo es suficiente para que se contraiga. Ignorando la humedad que cubre lentamente el interior de mi conducto, apoyo la mano en el ancho pecho de Tye, sintiendo la piel cálida y aterciopelada húmeda por el vapor, los músculos contrayéndose bajo mis dedos. —Eres un impertinente, Tye. ¿O es que has olvidado que no tenemos interés en acostarnos?

Una sombra cruza el rostro de Tye, desapareciendo tan rápido que no estoy segura de haberla visto. —Sí, pero si dejo de ser un capullo, podrías darte cuenta de que he estado ocupado quitándote el resto de la ropa.

Parpadeo, dándome cuenta de que el feérico, en efecto, ha estado ocupado con mi vestido, y ahora levanta la tela restante por encima de mi cabeza. Me echo hacia atrás bruscamente, lo que resulta ser un error cuando las grandes manos de Tye se cierran a ambos lados de mi magullado trasero.

Chillo.

La diversión en el rostro del feérico se desvanece, todo su cuerpo se tensa al contemplar el resultado completo de la fechoría de la realeza. —Voy a descuartizarlos miembro por miembro.

Cojo el jabón, decidida a llevar al menos algo puesto, aunque solo sean burbujas. —No creo que la princesa Katita te lo agradezca.

—Esa podría ser la mejor parte —dice Tye, su pendiente brilla peligrosamente, a juego con las motas plateadas de sus ojos. Tan cerca, puedo ver su constelación de pecas y de repente anhelo recorrerlas con mis labios como solía hacer en Lunos. Sus dedos trazan el sensible moratón alrededor de las curvas de mis mejillas, y mi estremecimiento resultante no tiene nada que ver con el dolor—. ¿Quieres saber en qué estoy pensando ahora? —susurra con voz ronca.

—No. —Mi voz sale en un graznido. Mi sexo se contrae alrededor de su vacío interior, todo mi cuerpo anhela a Tye, el Tye de verdad, mi compañero. Anhelo terminar lo que empezamos contra el árbol. El calor que se acumula entre mis muslos es suficiente para calentar el baño sin ayuda del brasero. Mi pulso se acelera, el dolor a lo largo de la cara interna de mis muslos se irradia por mi centro y consume todo el sentido común.

Los dientes de Tye relucen y se inclina hasta que sus labios tocan mi oreja. —Estoy pensando que no soporto el olor de esos miembros de la realeza en tu piel. Y que si no me sumerjo en un baño helado ahora mismo, voy a perder la batalla por reemplazar su olor con el mío. Muy, muy a fondo.

TYE



¿Qué demonios creía Tye que estaba diciendo?

La verdad.

La verdad equivocada. La verdad inaceptable. Bajo el agua, la polla de Tye se tensó tanto que llegó a palpitar al compás de los crecientes latidos de su corazón. Los moratones que cubrían la piel de la chica parecían aún más amoratados que antes, y la idea de que alguien —algún hombre— le hubiera puesto las manos encima despertaba una bestia primigenia en el pecho de Tye. La misma bestia que olía la excitación de Lera mientras se cernía sobre su pequeña figura, recorriendo sus curvas con su mirada hambrienta. Un momento más y Tye perdería el control por completo.

Y eso no sería justo. No después de lo que le había hecho a Tiga.

Soltando a Lera rápidamente, Tye agarró el borde de la piscina. Con la barbilla apuntando al techo, se obligó a llenar los pulmones de aire. Se concentró en los sonidos del suave murmullo del agua y el goteo de la condensación que resonaban en las paredes de azulejos. Cualquier cosa para aliviar la presión en su miembro.

No funcionó. No. De repente, todo en Tye exigía su aroma —sí, *aroma*— por toda la chica que tenía delante. Lo necesitaba. Y la parte de su mente a la que le quedaba algún pensamiento racional, la que le decía que los hombres no hacían tales cosas, estaba perdiendo rápidamente toda relevancia.

Tenía que irse. Huir. Era la única forma de que aquello terminara sin él dentro de Lera, tomándola con tanta fuerza que sus gritos resonaran en las paredes de los baños.

Lera dio un paso adelante y su rodilla chocó contra el palpitante miembro de Tye. La repentina sacudida de sensación hizo que se pusiera en pie de un salto.

Una mirada vidriosa se posó en los ojos de Lera, de un profundo color chocolate. Sus fosas nasales se dilataron delicadamente con su respiración acelerada, sus pezones erectos eran tentadores sobre sus pechos, que botaban suavemente. Incluso el ligero toque de pecas a lo largo de sus pómulos perfectos era jodidamente excitante. Había estado tan ardiente cuando la había tocado contra el árbol que la idea de cómo se sentiría ese interior alrededor de su miembro le robó el aliento a Tye.

—¿Tye? —susurró Lera mientras sus dedos le tocaban la cresta de la cadera. La sensación se le fue directa a la polla erecta.

—No bromeaba con lo del aroma —dijo Tye sin aliento.

—Lo sé —la forma en que Leralynn lo dijo hizo pensar a Tye que de verdad lo sabía. Que lo entendía de una manera que él mismo no podía.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. El poco autocontrol que le quedaba a Tye se desmoronó cuando un profundo instinto posesivo le hizo agarrar la cabeza de Lera.

Tye apretó su boca contra la de Lera, cuyos labios se separaron con avidez para dejar que la lengua de Tye se deslizara dentro. Esa era su intención. Planeaba saborear su dulce gusto a lilas. Demorarse ahí y luego armarse de control y retirarse. Justo hasta que Tye saboreó la gota de sangre del labio partido de Lera y sintió que su mundo se desdibujaba en los bordes.

Tye le ahuecó la cara a Lera, sujetándola con firmeza mientras se hundía en su dulce boca, reclamando cada sabor tentador de ella. Suya. Suya. Suya. Tye profundizó la toma de Lera, tragándose el gemido que se escapó de la boca de la chica, un sonido que vibró a través de sus nervios excitados.

Los dedos de ella se clavaron en su espalda, atrayéndolo hacia sí. El calor ardiente de la boca de Lera llegó tan dentro de él que el

corazón de Tye se aceleró, tropezando con su propio latido. Más profundo. Lo bastante profundo como para encender una llama que había permanecido fría desde la muerte de Tiga.

Ahuecando los exuberantes muslos de Lera, Tye la alzó hasta su cintura. Las piernas de la chica se enroscaron instintivamente alrededor de sus caderas; sus músculos tonificados unían sus cuerpos como piezas de un puzle perfecto. *Estrellas.* Qué criatura tan pequeña, fuerte y vibrante.

El pie de Lera golpeó la parte superior de los calzones de Tye, luchando por quitarle la tela mojada. Con la lengua todavía saboreando su boca, Tye soltó una mano para aflojar la bragueta; su polla se liberó con tanta fuerza que tanto él como Lera inspiraron de golpe ante el repentino chasquido.

Con la mano aún baja, Tye la deslizó por la entrada de Lera, descubriendo una humedad cálida y resbaladiza que le hizo gemir de necesidad. Apretando el brazo que sujetaba a Lera contra él, Tye hundió un dedo en su interior.

El gemido de necesidad que aquello provocó fue el sonido más hermoso que Tye había oído jamás.

Su segundo dedo entró, tentando y estirando su ardiente estrechez. Un tercero.

Con su interior apretándose a su alrededor, la chica rompió el beso con un gruñido frustrado. —Te. Deseo. *A ti.*

Tye intentó soltar una risita —se enorgullecía de hacer que las mujeres tocaran el cielo, de prolongar su placer y frustración para un clímax que destrozara su mundo—, pero el intento le salió ronco y forzado. No podía jugar. Necesitaba tomarla. Ahora. Rápido, duro y para siempre. No era solo su polla, con su miembro congestionado palpitando de angustia, sino algo mucho más profundo lo que exigía que conectara. Que se *apareara,* como si fuera un depredador salvaje en lugar de un hombre.

Jadeando, levantó la vista hacia el rostro de Lera. Tenía los músculos tensos, el corazón le latía con tanta fuerza que podía ver el pulso en el lado de su cuello. Una gota de sudor perlaba su sien, cerca de sus vidriosos ojos marrones. La idea de estar dentro de

todo ese calor y poder enloquecía a Tye tanto como el aroma a lilas de Lera, que espoleaba su corazón cada vez que inspiraba.

Mostrando los dientes, Lera inclinó la cabeza y mordió la oreja de Tye. Fuerte.

Él rugió, su voz resonando en la habitación de azulejos, y se enterró profundamente en Lera de una sola embestida.

LERA



Boqueo, de repente incapaz de llenar los pulmones. A pesar de anhelar la misma verga que de pronto está dentro de mí, el puro tamaño de la intrusión de Tye hace que todo mi cuerpo se tense. Demasiado grande. Demasiado larga. Quiero gritar, a pesar de que mis caderas se mecen ávidamente contra el macho. Mi sexo se contrae alrededor de su grueso, grueso miembro, por fin lleno tras días de un anhelo irracional.

Las manos de Tye me agarran las nalgas con brusquedad; el escozor repentino cuando me levanta y me baja a lo largo de su cuerpo se convierte en un placer ardiente que hace que se me encojan los dedos de los pies. Echo las caderas hacia delante, ansiosa por más fricción. Una conocida e innegable necesidad de mantener la conexión entre Tye y yo consume mi cuerpo y se refleja en los ojos dilatados de Tye.

No es un capricho. No es un deseo. Sino una *necesidad* de la conexión de pareja, de esa clase que interrumpía muchas veladas por lo demás productivas en Lunos. También rompía muchas camas. La imposibilidad de sentir el vínculo de apareamiento a través del velo revolotea en mi cabeza como una pequeña mosca cojonera. A mi cuerpo poco le importa lo que es posible, solo lo que existe.

Inspiro el aroma a pino y cítricos del poderoso macho que tengo dentro, mientras el *chap, chap, chap* de la piel húmeda contra la piel resuena por la sala de baño. Cada embestida golpea un punto tan

profundo que las vibraciones se extienden como una telaraña por mi centro y me elevan a una mayor altura desde la que caer. Mi corazón se acelera al ritmo de la palpitante verga que se clava en mi interior.

Embestida. Embestida. Embestida. Con fuerza. Con rapidez. Con profundidad.

Y, aun así, no es suficiente. Sigue sin ser suficiente.

—Tye. —No sé si pronuncio su nombre como una súplica o una orden. Solo sé que, después de tanto tiempo separados, la parte primal de mi alma está muy voraz.

Los ojos vidriosos del macho parpadean y, en respuesta, reclama mi boca en un choque de lenguas y labios. Me da una palmada en el trasero, el sorprendente escozor magnificado por el agua y la piel maltratada, y absorbe mi gemido gutural, sin aminorar nunca sus profundas embestidas. Mis tensas terminaciones nerviosas cabalgan la ola de sensación, un tsunami que convierte el dolor en placer y en una necesidad desesperada.

Intento retirarme de la acometida. Tye me sujeta con firmeza y embiste más profundo que nunca.

Mis músculos sufren un espasmo y se cierran en torno a su verga. Mi mente se queda en blanco; la inminente liberación es inevitable. Con el siguiente latido, la ola que cabalgo finalmente se rompe. Ondas palpitantes de placer vertiginoso irradian de mi sexo palpitante, haciendo que mi respiración se acelere. El calor espeso de Tye llena mi interior.

—Estrellas. —Quiero gritar, pero las palabras salen como un jadeo entrecortado. Los brazos de Tye se alzan para sostenerme, sus labios rozan los míos en un beso tan dulce que me dejo relajar en él, saboreándolo…*ay.*

—Me has mordido. —Me aparto, mirando indignada al macho.

—¿Ah, sí? —La diversión baila en los ojos de Tye, su mirada vidriosa se agudiza hasta convertirse en un enfoque esmeralda y pícaro. Una campana de advertencia resuena en el fondo de mi mente y se hace más fuerte cuando intento bajarme y me encuentro atrapada contra el musculoso macho, con sus brazos tan implacables como el acero. Tye se lame los labios, su mirada recorre mi cuerpo

desnudo—. Acabo de recordar que quería saborearte, pequeña. Creo que me voy a dar ese capricho ahora.

Mi mente aturdida intenta sin éxito seguir el significado de Tye. ¿Ahora? ¿Qué quiere decir con ahora? Después del clímax de hace un momento, todo mi cuerpo se siente como un trozo de masa. Mi sexo exhausto se remueve y… Abro los ojos de par en par. No solo el miembro de Tye sigue dentro de mi interior, sino que se está endureciendo de nuevo.

Boqueo cuando Tye me saca del agua y me tumba boca arriba en el borde liso de la piscina, con el trasero colgando sobre el borde. Las fuertes manos de Tye me acarician la piel del interior de los muslos, ahuecándome las nalgas con suavidad antes de separarme las rodillas y acariciar los pliegues de mi sexo expuesto. Se lame los dedos lentamente.

—Mmm —dice Tye.

Con esa rapidez, quiero su dureza de vuelta en mi interior.

Con los ojos verdes bailando con una llama pícara, Tye me sube las piernas a sus musculosos hombros y sopla un largo aliento caliente sobre mi clítoris. Descargas de sensación recorren mis muslos, pantorrillas y dedos de los pies, haciéndome retorcer.

Las manos de Tye se cierran en mis muslos, inmovilizándome. Un instante después, su lengua reemplaza el aliento, deslizándose lujosamente por mis pliegues. Pasando la punta de la lengua por el capuchón que cubre mi clítoris, Tye la hace girar como si saboreara un dulce.

Una diminuta vibración comienza en lo profundo del pecho de Tye y, de repente, me doy cuenta de que el macho está ronroneando. Él o el tigre, enroscado con tanta fuerza bajo los grilletes de la magia que no puede escapar, pero aun así desea compartir el placer de su compañera. Todos nuestros placeres.

Dejo escapar un suspiro de satisfacción. En el momento en que lo hago, el cabrón que tengo entre los muslos me roza los dientes por el clítoris hinchado.

El mundo parpadea. Mis nervios se despiertan con una intensa necesidad que me deja sin aliento. Me humedece tanto que la humedad cosquillea cálidamente mientras se desliza por mi muslo.

Mi sexo se contrae, el fuego que explota entre mis pliegues es insoportable después de la liberación que he tenido antes. Flexiono las caderas. Muevo el trasero. Me arqueo.

El agarre de hierro de Tye me mantiene en mi sitio y un mordisquito adicional de castigo en la cara interna del muslo me advierte que no me retuerza más. Me ordena que soporte cada glorioso y enloquecedor *lametón, lametón, lametón* de su hábil lengua. *Estrellas.* La palpitación dentro de mí ya resuena a lo largo de mi columna. ¿Cómo puede mi cuerpo soportar más?

No es que a Tye parezca importarle, su lengua se mueve despiadadamente sobre mí. Lado izquierdo de mi clítoris. Derecha. Cada toque envía descargas de intensa sensación. Izquierda otra vez, otra vez y otra vez antes de detenerse a una sola pasada brusca de despeñarme por el borde del abismo al que me aferro.

Mis manos se clavan inútilmente en el suelo, sin encontrar agarre. Con los poderosos brazos de Tye sujetando mis piernas contra sus hombros, no puedo moverme. No puedo hacer nada más que sentir cada uno de los toques. Y lametones. Y *succiones*.

Una mezcla de grito y gemido escapa de mis pulmones, la necesidad arañando cada centímetro de mi piel. La presión dentro de mí es tan intensa que mis músculos tiemblan sin control, mi respiración llega en pequeños y rápidos jadeos que no puedo ralentizar. Una pasada más de la lengua de Tye y sé que volveré a caer en el abismo. Me preparo.

La pasada nunca llega. En su lugar, los dedos de Tye reclaman mi interior.

Con un gemido frustrado, me cierro ávidamente alrededor de la intrusión. Los hábiles dedos callosos estimulan mi interior y llevan mi desesperación aún más alto, pero siempre se detienen a un pelo de la liberación, por mucho que intente mecerme contra ellos.

—Por favor —gimo finalmente—. No puedo. Tye, por favor.

Tye devuelve su lengua a mi clítoris con un gruñido, sus dedos todavía deslizándose de un lado a otro dentro de mí. *Lametón-embestida, lametón-embestida.* El dúo de lengua y dedos me toca como un violín afinado, arrancando una nueva sensación con cada toque preciso. Mis muslos presionan hacia adentro, bloqueados por

los anchos hombros de Tye. *Lametón-embestida. Lametón-embestida.*

El abismo que se acerca abre sus fauces. Todo mi cuerpo tiembla.

—Ahora —dice Tye contra mi clítoris. Con un gruñido de autosatisfacción, el macho coge todo mi clítoris hinchado entre sus labios y succiona.

La necesidad explota en fragmentos de aullante dicha, un resplandor que tensa cada músculo de mi cuerpo. Una y otra vez. Los espasmos vienen en oleadas, una estrellándose sobre la siguiente hasta que apenas puedo respirar con los pulmones contraídos. El calor ardiente entre mis piernas se extiende por mi trasero y mi columna vertebral, bajando por la parte posterior de mis piernas con un placer tan intenso que duele. La cabeza me da vueltas, mi centro está saciado hasta el más mínimo resquicio, incluso mientras mi cuerpo se estremece con las réplicas.

Cuando la última réplica amaina, me doy cuenta de que Tye me ha apartado del borde y ahora me acuna suavemente contra su pecho. La sensación de su cálida mejilla descansando sobre mi cabeza es tan perfecta que sé que podría quedarme así para siempre y ser absolutamente feliz.

Y, sin embargo, ambos sabemos que no puedo.

LERA



—En defensa de Tye, dijo que no se *acostaría* contigo —dice Arisha a la mañana siguiente, con la mirada fija a propósito en el revoltijo de papeles de su escritorio, mientras un leve sonrojo le tiñe las mejillas—. Me ha contado que los cadetes se emparejan en la Academia a todas horas, a pesar de que técnicamente va en contra de las normas; lo que no lo hace menos escandaloso para mi compañera de habitación, que es de las que siguen las normas a rajatabla—. Y parece que no había ninguna cama a la vista. ¿Significa eso que vosotros dos estáis…?

—No. Somos amigos. Posiblemente amigos. Quizá de los que disfrutan de un revolcón de vez en cuando. —Me estremezco al pensar en la mirada fulminante que Katita nos echó a Tye y a mí desde el otro lado del patio empedrado cuando salimos a hurtadillas de los baños de hombres; nuestros ojos vidriosos por el sexo nos condenaban con tanta certeza como la ropa que me habían prestado en los baños—. ¿Fue simple mala suerte que la princesa se topara con nosotros cuando la Academia se retiraba a dormir… o algo más? La idea de que Katita pudiera haber estado esperando, observándonos, me llena de un nuevo tipo de pavor. Llevo menos de una semana en las tierras mortales y ya me he cruzado con una de las personas más poderosas de aquí. Para ser una intrusa que se supone que debe mantener un perfil bajo, lo estoy haciendo rematadamente mal. Me aclaro la garganta, de repente seca—. En

fin, este Tye no me conoce lo suficiente como para plantearse siquiera otra cosa. Ahora, ¿qué tal estoy?

Dando una vuelta en el centro de nuestro estrecho dormitorio, muestro el uniforme de gala que el mensajero del intendente me entregó para la revista de la Academia. El chaleco rojo de talle corto se ajusta a mi pecho, con el ribete dorado brillando entre la doble fila de botones. Más abajo, los pantalones se ensanchan en un guiño a la sensualidad femenina, y la tela se mueve al compás de cada movimiento. Una mezcla gloriosa de disciplina militar y elegancia cortesana. Ninguna de las cuales demostré anoche.

—Perfecta. Resalta tu labio hinchado de la mejor manera posible. —La cabeza de Arisha no se levanta de las notas y bocetos que cubren su escritorio—. No entiendo por qué demonios gente normalmente cuerda y razonable pierde el juicio un día al mes para que toda la Academia se presente con el uniforme de gala en el césped del patio. No se consigue absolutamente nada, salvo ver si los malditos pantalones todavía te valen.

—Algo bueno tendrá reunir a todo el mundo —digo, recordando la ceremonia de coronación de River en Slait hace unos meses. A pesar de la estoica tolerancia de River hacia la elaborada planificación de Autumn, cuando finalmente se dirigió al estrado para prestar juramento, la energía de la corte vibró con tal fuerza que hizo cantar mi propia sangre. Y no solo mi sangre. Me giro rápidamente, no sea que Arisha levante la vista y lea demasiados recuerdos deliciosos en mi cara; entre ellos, la imagen de River volviendo a la antecámara, con las charreteras reluciendo con el mismo calor fundido que sus ojos.

—Algo bueno tendrá ver a Tyelor con su uniforme rojo de gala. —Arisha remueve sus diarios—. Volvamos a lo que pasó entre vosotros dos anoche. Para un estudio científico.

Entrecierro los ojos.

—¿Solo buscas detalles morbosos o esto de verdad es útil para resolver el problema del velo?

—Ambas cosas. —Esta vez, Arisha sí que me dedica una sonrisa pícara—. Además, como no espero acostarme con nadie —y mucho menos con el próximo campeón de Proeza— a corto plazo… ni

nunca, tengo derecho a vivir la vida a través de ti. —Frunce el ceño —. Espera, no. Ser tú significaría lidiar con los cuatro, ¿no? Porque no quiero pasar ni un segundo más en una habitación con Coal o River, y mucho menos en una cama. En cuanto a Shade… Bueno, era para babear, pero ahora no puedo mirar al sanador sin recordar los pelos que su lobo soltó sobre la ropa de cama limpia. —Se remueve en la silla—. Ahora que lo pienso, salgo ganando con el trato.

—No son como parecen —digo, haciéndome una gruesa trenza en el lado izquierdo de la cabeza. A pesar de todo lo que pasó el día anterior, me siento mejor que en mucho tiempo. Con energía. Viva —. Durante un momento ayer, Tye y yo conectamos como se supone que debemos hacerlo. Fue lo mismo con Coal. El acoplamiento siempre ha despertado una magia más profunda entre nosotros, incluso cuando yo era humana. Así fue como pude canalizar mi poder por primera vez.

—Bueno, ¿escribo «acostarse con el director a menudo» en el primer puesto de nuestra lista de tareas o te acuerdas tú sola? —Arisha parpadea con inocencia y yo le lanzo una camiseta desde la cómoda. Cae demasiado corta, enganchándose en el poste de su cama. Su sonrisa traviesa se desvanece al darse cuenta de algo, y chasquea la lengua—. Me pregunto si no hemos estado enfocando esto de la manera equivocada.

—He estado enfocando las cosas de manera tan equivocada que las leyes de la probabilidad dicen que ya debería haberme topado con algo correcto —mascullo—. ¿A qué te refieres?

—A lo que acabas de decir, sobre que los varones no son como parecen. Todo lo que he leído sobre el amuleto del velo y lo que me has contado de ti misma contradice esa afirmación. El velo no cambia la esencia de alguien, solo la explicación que le dan. Tanto la Lera de Lunos como la Lera de Osprey tuvieron la misma experiencia emocional en la infancia; solo que vestida con ropas diferentes.

—¿Y?

—Y que, en lugar de esperar a que los varones recuperen sus recuerdos, quizá debas aceptar sus personalidades tal como son. Deja de llamarlas «no reales» y forja lazos con estos varones que están aquí ahora, por aterrador que sea. Puede que los cinco

necesitéis la fuerza de unos y otros mucho antes de que una llave mágica caiga del cielo para revertir el velo.

—Me lo pensaré —digo, intentando y fracasando en mi intento de sonar indiferente. Tye tiene razón. Soy un libro abierto. Todo en la teoría de Arisha es condenadamente razonable, excepto la única laguna que es tan grande que ni siquiera la destreza atlética de Tye puede saltarla: las nuevas personalidades de los varones no tienen sitio para mí en sus ajetreadas vidas. La energía que gané anoche empieza a desvanecerse.

—Deberías hablar con River —dice Arisha.

Trago saliva y mi mirada busca otro lugar donde posarse en este momento. Afuera, en las ramas que se mecen, o quizá en el libro de mi escritorio, por si de repente me entraran unas ganas tremendas de estudiar. Me tenso a mi pesar y la sonrisa que fuerzo en mi cara parece agrietar mis labios secos. Estúpida. Me aclaro la garganta.

—¿Hablar con él sobre qué?

—Sobre el hecho de que todos sabéis —desde la primera vez que saltaste el muro— que hay amenazas mágicas para la Academia. Que quieres ser parte de la solución. No puede contarle a otros lo de la magia por miedo a atraer una atención no deseada sobre la Academia —o peor, a ser perseguido por cazadores de faes—, así que eso limita sus opciones. Deja que te invite… —Se detiene, con los ojos clavados en mi cara, en el sonrojo que probablemente me está subiendo—. River le intimida a usted.

—No le tengo miedo a mi propio compañero. —Aprieto la mandíbula, la única defensa que tengo contra mi corazón desbocado —. Me niego a tenerlo. —Hago una pausa—. Es solo que, aunque River siempre ha sido el comandante de nuestro quinteto, hasta ahora, eso solo significaba que tenía la última palabra en nuestras misiones, no sobre a qué hora tengo que estar en mi habitación.

Levantándose de su silla, Arisha me rodea con sus brazos. Su pelo encrespado me hace cosquillas en la mejilla mientras su reconfortante aroma a pergamino y tinta me calma los nervios.

—Ahora, escúchame, Leralynn de… de dondequiera que seas — dice, apartándome lo suficiente para mirarme por encima de sus gafas redondas—. River es el mejor subdirector que esta Academia

ha tenido jamás. No sabes cómo era esto solo con ese miserable de Sage aquí. Lo que digo es que River es un buen hombre, además de un buen varón. Esa es la primera.

Algo que no sabía que estaba en carne viva dentro de mi alma se calma mientras asiento.

—¿Cuál es la segunda?

Arisha me aprieta el hombro, sus pequeñas y afiladas facciones se suavizan con amabilidad.

—La segunda es que ahora eres de verdad una cadete. No estás al mismo nivel que River. Y a *todos* nos aterroriza un poco el subdirector. Que sientas lo mismo que el resto de nosotros solo significa que el velo funciona como es debido, no que algo vaya mal contigo, o con él, o con los lazos que teníais en Lunos. Lo que me lleva a la tercera cosa.

—Te encantan las listas, ¿verdad?

—La tercera cosa —continúa Arisha como si yo no hubiera hablado—, es que si pretendes escarbar en las pesadillas de Coal, en el tiempo perdido de Shade y en todas las otras pequeñas y oscuras heridas supurantes que incomodan a los varones, es probable que ellos también escarben en las tuyas. Así que date por avisada.

—Sí, señora. —La sonrisa que le dedico a Arisha debe de ser sincera, porque la chica asiente y vuelve a sus libros.

—Ahora, en el lado menos romántico de las cosas, creo que hay un árbol yocklol cerca de la Academia.

—¿Hay alguna razón por la que debería importarme un árbol? —Me acerco para ver el dibujo de Arisha.

Arisha no me mira a los ojos.

—No es realmente un árbol. Solo lo parece —dice, extendiendo varios dibujos a lápiz que muestran quemaduras similares a las que vi en el antebrazo de Rusty, así como un boceto de un tronco de aspecto amarillento con un ojo en el medio—. Pero se mueve.

Un escalofrío repentino me recorre la espalda mientras miro la plaga. Es precisamente el tipo de corrupción mágica que le dije a Gavriel que no combatiría. Que no podía combatir. No sin los otros.

—Si estoy en lo cierto, el yocklol es lo que quemó a un guardia hace poco —continúa Arisha—. Shade tuvo que amputarle el brazo

anoche.

Me tapo la boca con la mano y se me oprime el pecho. Rusty. El joven guardia de las cuadras que olía a maldad. Cuando le dije a Gavriel que no tenía intención de ir pavoneándome por ahí para apagar los fuegos mágicos que encontrara, no había pensado en el coste. Parece que es imposible ganar. Si me convierto en una operación de sigilo de una sola mujer, me estaré enfrentando a los varones en lugar de trabajar para reunirnos. Si no hago nada, los inocentes salen heridos.

Extendiendo el brazo por encima del hombro de Arisha, junto los papeles en un montón con más brusquedad de la que pretendía.

—No deberías tener esto fuera de la biblioteca. Primero, es asqueroso. Y segundo, es de todo menos seguro. Si la persona equivocada ve tus dibujos… —Ni siquiera tengo que terminar la frase para que la comprensión ilumine el rostro de Arisha. A veces se parece tanto a Autumn que duele: la chica puede pensar en una forma de salir de una caja cerrada, pero luego tropezar con esa misma caja al salir de la habitación—. De hecho, dejaremos este tesoro de horrores con Gavriel antes de la revista.

Tomando los papeles de mis manos, Arisha los golpea hábilmente contra la mesa, ordenándolo todo en una pila impecable que a mí me habría llevado un cuarto de hora replicar. ¿Cómo puede una chica que tiene un sitio para cada bolígrafo y cada hoja de papel ser igualmente incapaz de domar su pelo en algo que se parezca a una trenza? A regañadientes, cojo mi amuleto del escritorio —con Arisha al tanto, ha sido un alivio tomarme descansos de él en nuestro dormitorio— y me lo abrocho al cuello. El peso de la magia se asienta sobre mí al instante, haciendo que mi piel se sienta demasiado tirante, mi cuerpo demasiado pesado y torpe.

Rodeando las paredes densamente cubiertas de hiedra del jardín de meditación, Arisha y yo salimos al gran patio empedrado y lo encontramos ya lleno de un mar de uniformes rojos de gala esperando a que comience la ceremonia. Las voces resuenan alegremente en los altos muros de piedra que nos rodean, pues la revista aún no ha obligado a todos a guardar silencio. La brillante luz del sol de la mañana destella en las numerosas ventanas de la

fortaleza, y las banderas de los diez reinos de la Alianza Continental ondean en sus cornisas. Los gorriones que revolotean de tejado en tejado le dan a todo el ambiente desenfadado de un festival.

Mi vista inmortal me permite distinguir los detalles de River de pie en la gran escalinata de la fortaleza, sobresaliendo por encima de todos los que lo rodean, especialmente del director Sage, que está de pie con los hombros encogidos y tose en un pañuelo, con su cabeza calva casi brillando bajo la luz. Cada vez que alguien se acerca a la escalinata, el momento en que se percata de la presencia de River se hace evidente por el ligero titubeo en sus pasos y las reverencias apresuradas.

Arisha y yo bordeamos el patio, dirigiéndonos a la biblioteca antes de que el cuerno anuncie el comienzo de la ceremonia; una ceremonia que no tengo ni idea de cómo seguir.

—Requiere tan poco esfuerzo que hasta Rik y Puckler pueden hacerlo —promete Arisha—. Ponerse bien derechos en una línea mientras los instructores se pavonean como… bueno, como *él*. —Pone los ojos en blanco hacia el varón que se acerca.

—Trenzas, ¿te acuerdas de mi solución para los cálculos de suministros de la semana pasada? —Acercándose a nosotras con la versión masculina del uniforme de gala rojo, Tye está impresionante con un frac que resalta su vientre tenso y su amplio pecho. Cuando su mirada se posa en mi cara, traga saliva, y su silencio es una sarta de recuerdos de anoche cargada de tensión. Parece que dormir no ha hecho que Tye se sienta más cómodo con la intensidad de nuestro acoplamiento de lo que estaba en la oscuridad de la noche, fuera de los dormitorios. Aclarándose la garganta, Tye me hace una reverencia y su atención vuelve a Arisha—. Porque tu pelo tiene el mismo aspecto.

Se me calienta la sangre. Si Tye se arrepiente de nuestra noche juntos, no tiene derecho a pagarlo con mi amiga. Me interpongo en su camino.

Tye me esquiva con un movimiento felino.

—Date la vuelta —le dice a Arisha, mientras sus dedos, que conozco demasiado bien, le sueltan la cinta del pelo—. A ver si puedo hacer algo mejor.

La cara de Arisha se vuelve del color de su chaleco, y su mezcla de sorpresa y placer me hace tantas cosquillas en la nariz que estornudo, parpadeando con mi propio desconcierto. ¿Qué se trae Tye entre manos ahora?

Sin mostrar nada más que su arrogancia característica, Tye pasa sus diestros dedos entre los mechones castaños y encrespados de Arisha, separando el pelo en tres mechones bien definidos.

—Quizá podamos probar con una sola trenza hoy —dice—. Te quedará bien. Y quizá sea más fácil de… eh… contar. Solo recuerda, todo lo que no esté dentro de la trenza está fuera de lugar.

Arisha se encoge de hombros como si no le importara, pero lucha por mantener los ojos abiertos bajo la relajante presión de las manos de Tye. Conociendo esos dedos —y exactamente lo que pueden hacer—, casi puedo sentirlos en mi propio cuero cabelludo.

…Y el asomo de sonrisa en los labios de Tye dice que el muy cabrón lo sabe.

Abro la boca para llamar cabrón a Tye, pero la cierro rápidamente al ver la figura que se acerca.

—Vaya, qué bonito —dice Katita, con la seda roja de sus pantalones meciéndose en sus largas piernas y caderas perfectas. Con sus pestañas de un negro azabache y su reluciente pelo rubio, la princesa parece tan femenina como poderosa—. Su labio ensangrentado le va bien con ese uniforme, Osprey. Quizá debería llevar marcas más a menudo.

—¿Necesitaba algo? —Avanzo, cortándole el paso a Katita.

—Necesito saber qué parte de mantener las manos alejadas de mis cosas su mente vacía no ha entendido. —Katita sonríe, acercándose tanto que su perfume a rosas me pica en la nariz. Baja la voz—. Cometió usted un grave error ayer. —La mirada de Katita se desvía de mi labio al espacio sobre mi hombro derecho, donde oigo a Arisha discutir con Tye sobre las cintas—. Y habrá una sanción por ello.

—Anotado —digo, pasando por delante de Katita como si acabara de advertirme de un nuevo bache en el camino—. Con permiso.

—No he terminado. —Katita me agarra del brazo, con una presa firme y entrenada. Para una humana. Para alguien que no ha tenido

a Coal como instructor durante el último año, sin importar lo que su amuleto del velo le diga.

—Sí, ha terminado. —Sujetándole la muñeca a Katita, pongo el pulgar entre sus dos primeros nudillos y retuerzo. El corazón me late con fuerza y constancia, y la furia latente se condensa en hielo.

La chica cae de rodillas bajo la presión. Se le escapa un grito mientras intenta liberarse de mi agarre. Un intento fallido de golpe rebota en mi muslo. El siguiente…

—¡Arisha! —Mi advertencia llega al mismo tiempo que la salvaje zancadilla de Katita. Me falla por completo, pero pilla a Arisha a medio paso mientras corre en mi ayuda.

Con un jadeo, Arisha agita los brazos para mantener el equilibrio, y los libros y papeles que lleva en las manos salen volando por los aires antes de desparramarse por los adoquines. Papeles con dibujos de eslices y árboles yocklol y faes. Papeles tan peligrosos que hice que Arisha los trajera con nosotras para dejarlos en la biblioteca por su propia seguridad; todos revoloteando abiertos en la fría brisa ante la princesa de Ckridel. Se me para el corazón.

LERA



El rostro de Arisha palidece. Se apresura a recoger los documentos caídos y, en el proceso, tropieza con sus propios pantalones bombachos. Cuando Tye se acerca al trote para ayudarla, las imágenes que quedan a la vista transforman su olor de preocupación en una furia absoluta y desenfrenada. *A los aspirantes se les ha prohibido participar en las Pruebas de Proeza por motivos menores que inmiscuirse en artes feéricas*, me había dicho Tye en el establo. No había querido ni siquiera hablar de la herida de Rusty, y mucho menos que lo pillaran codeándose con simpatizantes de los fae.

Bajo mi agarre, distingo la mirada de Katita, que también sigue los documentos a través de un velo de dolor. La crueldad altiva en los ojos de la princesa se congela, transformándose lentamente en un tipo de odio muy diferente.

—Artes feéricas —sisea Katita a Arisha mientras Tye le encaja el resto de los libros en el pecho a mi amiga y retrocede—. Sabía que eras veneno.

—Katita… —Mi voz es un susurro; el corazón me late con tanta fuerza que me cuesta pensar. Idear una explicación. Una súplica. Lo que sea. *Estrellas.* No era así como se suponía que debía ir mi plan de mantenerme alejada de la magia, con otros arrastrados a la línea de fuego.

—Veré una soga alrededor de su cuello. ¡AH! —aúlla Katita por encima de un suave chasquido que siento tanto como oigo bajo mis manos. Mi fuerza feérica sobrenatural haciendo acto de presencia justo cuando menos la necesitaba.

Jadeando, suelto la muñeca que acabo de romperle por accidente y me alejo de la princesa, que ahora está acurrucada sobre su mano. La sangre que me ruge en los oídos suena tan fuerte como una cascada. Por el rabillo del ojo, veo a los guardias corriendo hacia nosotras y oigo a alguien gritar pidiendo ayuda. Siento el patio atónito y silencioso a nuestro alrededor mientras nuestra conmoción se extiende entre la multitud y los rostros sombríos se agolpan por todos lados.

—En formación de desfile, todos vosotros —grita uno de los instructores a la masa de uniformes perfectos. El otro repite la orden para que los cadetes formen filas y se mantengan ocupados a pesar de las miradas que intentan lanzarnos. Cuando Tye da un paso para unirse a las filas, Katita le enseña los dientes.

—Tú te quedas —dice la princesa, asintiendo a un guardia que le corta el paso a Tye—. Tú también eres parte de esto.

Por un segundo, mis instintos me rugen que eche a correr, pero entonces un par de manos duras como el hierro me agarran las muñecas por detrás. El olor metálico de Coal me informa que no voy a ninguna parte.

—Vaya a buscar al comandante River —le espeta Coal a uno de los guardias que se acercan—. Y a Shade.

—Y al director Sage —dice Katita, alzando el rostro—. Tengo un asunto para él. Por favor, dígale que convoco un tribunal.

En cuestión de minutos, cruzamos el patio frente a doscientos pares de ojos pesados y curiosos, y subimos los anchos y amplios escalones del torreón. Una procesión de instructores, guardias y nosotras. Coal camina a mi lado como si estuviera listo para placarme al menor paso en falso, un eco irónico de nuestra marcha por el bosque hace cuatro días.

Mi mente me dice que estoy en problemas —en problemas muy serios—, aunque mi corazón susurra que no es así. Que no puede ser. Mis machos están aquí, me conocen en lo más profundo de su ser, me reconocerán cuando más importe.

Un paso por delante, Arisha solloza, con la respiración entrecortada por la mezcla de miedo y la interminable subida por las empinadas escaleras de caracol hasta la cima de la torre. Desearía poder consolarla de alguna manera, tocarle la mano, lo que fuera, pero estamos separadas por un grupo de altos cuerpos acorazados. Katita, que se ha negado a que la lleven a la enfermería de inmediato, está pálida pero mantiene la espalda recta mientras dos guardias la sujetan con delicadeza. Tye está en silencio.

Los minutos que pasan solo están marcados por pensamientos acelerados y respiraciones agitadas mientras una docena de pares de pies suben a su destino. A la cabeza del grupo, Sage tose en su pañuelo y se detiene en varios rellanos para aclararse los pulmones antes de continuar. Al llegar al último piso, un par de guardias se adelanta para abrir la puerta doble que da a lo que debe ser el equivalente de la Academia a la sala del trono.

En contraste con el estudio ordenado y práctico de River, con sus paneles de madera y su pequeña chimenea crepitante, el despacho del director Sage exhibe paredes cubiertas de tapices, sillas doradas intrincadamente talladas y un pesado escritorio tan pulido que refleja los apliques con antorchas que bañan la habitación en una luz cambiante. Sentado detrás de su escritorio, Sage señala un punto desgastado en la alfombra, donde se supone que debemos colocarnos Arisha, Katita, Tye y yo.

Cuando Tye no se mueve, Coal lo empuja hacia la alfombra. Dirigiéndome una mirada fría, Tye se aleja de mí tanto como el espacio se lo permite. Como si fuera mi culpa que esté metido en todo esto. Y quizá lo es. Si no le hubiera dado la espalda a Gavriel, habría sabido lo que Arisha estaba investigando. Lo habría mantenido fuera de nuestra habitación. Me habría ocupado del maldito árbol Yocklol.

River hace un gesto con la cabeza a los guardias y despeja la habitación de nuestros escoltas. Coal se apoya en la puerta, con los

brazos cruzados sobre su ancho pecho. Su rostro cincelado es duro. Frío. River retrocede para colocarse junto a la silla de Sage; sus tormentosos ojos grises y su hermoso rostro esculpido, tan implacables como siempre. Para ellos, solo soy otra alumna indisciplinada; quizá la más indisciplinada con la que han tenido el disgusto de lidiar.

Antes de que nadie pueda hablar, unos golpes seguros suenan dos veces en el marco de la puerta. Shade entra tras recibir el ladrido de asentimiento de Sage. El sanador lleva un zurrón colgado al hombro; el dorado de su uniforme de gala resalta el bronce de su piel besada por el sol y la longitud de sus pestañas oscuras, demasiado hermosas para un macho. Shade lleva el pelo reluciente recogido en una trenza, y sus ojos amarillos, de algún modo, añaden calidez a la habitación sin siquiera intentarlo.

—Con su permiso, director Sage —Shade me rodea para posar una mano suave en el hombro de Katita—, me gustaría que la muchacha se sentara mientras se desarrolla este asunto, sea lo que sea.

—Por supuesto, cuide de la princesa —dice Sage con su voz aguda y sibilante—. Sin embargo, como es ella quien ha convocado un tribunal, necesitaré que hable. —Cambia de postura en su asiento para dirigirse mejor a Katita, que ahora intenta rechazar la insistencia de Shade en que se siente en un puf—. Princesa Katita. Es de lo más… inusual… que una cadete solicite una reunión así. Yo, por supuesto, no siento más que el mayor de los respetos por el rey Zenith y su trono. ¿Cómo puedo serle de utilidad a su hija?

River cambia el peso de su cuerpo; el movimiento es casi imperceptible, salvo por las oleadas de disgusto que emanan de él. —Si me lo permite —dice con voz serena—, parece que dos cadetes han tenido un altercado hace un momento, lo que ha provocado la herida que vemos. Un incidente que, por desgracia, no es único entre los jóvenes. En aras de la coherencia de la disciplina de la Academia —y para evitar la apariencia de un trato especial que los estudiantes de otros reinos podrían interpretar de esta reunión—, ¿puedo proponer que yo supervise el asunto?

—Mi solicitud no tiene nada que ver con la riña, señores —dice Katita rápidamente, restando importancia a su muñeca rota como si apenas fuera relevante para el asunto que nos ocupa—. He descubierto que Leralynn de Osprey se inmiscuye en artes feéricas y parece haber cooptado a Arisha de Tallie y a Tyelor de Blair en el mismo camino. Pido que sean entregados a las autoridades de Grayson para una mayor investigación.

Se me corta la respiración. A mi lado, Arisha suelta una especie de jadeo forzado. Sage carraspea en su pañuelo durante tanto tiempo que estoy segura de que está ganando tiempo para pensar. Solo el rostro de River permanece completamente desprovisto de expresión mientras junta las manos a la espalda y mira a Katita. —¿Sus pruebas? —pregunta con ecuanimidad.

—Mis sospechas iniciales se despertaron hace cuatro días, cuando Leralynn de Osprey reclamó la posesión de un medallón con lo que me parecieron runas de artesanía feérica —dice Katita con fluidez—. Descarté la idea en ese momento, ya que usted, comandante River, pareció reconocer el disco.

A mi lado, Arisha contiene el aliento.

Lanzando una rápida mirada a Arisha, Katita vuelve a centrar su atención en River. —El efecto antinatural que Leralynn parecía tener sobre Tyelor de Blair me preocupó aún más, señor. En retrospectiva, creo que Leralynn pudo haber usado artes feéricas para coaccionarlo a asociarse con el disco, así como para tomar otras decisiones que benefician a Leralynn en detrimento de Tyelor. Sin embargo, eso fue solo la semilla de mi sospecha. La prueba llegó hace apenas unos momentos, cuando pillé a la compañera de cuarto de Leralynn llevando documentos de artes feéricas. Si no se la controla, temo que invocará a las bestias representadas.

Katita señala los papeles de Arisha, que River toma de las manos de mi amiga. Durante unos instantes, nadie dice una palabra; los bocetos extendidos sobre el escritorio de Sage hablan por sí solos. Finalmente, River da un golpecito con el dedo en uno de los dibujos de los sclice, con las cejas oscuras fruncidas en señal de reflexión. —Esto es un retrato de las bestias-jabalí que Leralynn de Osprey nos ayudó a abatir hace unos días, señor —dice River—. Estoy de

acuerdo en que las criaturas no son de este mundo y cuestiono el juicio de Leralynn al describírselas a su artística compañera de cuarto, pero ciertamente no está tratando de invocar a esos seres.

Gracias, River. La oleada de alivio que me invade es tan fuerte que casi me tambaleo.

La barbilla de Katita se alza. —¿Quiere decir que esas cosas parecidas a jabalíes ya han aparecido cerca de aquí?

—Sí —dice River.

—No —dice Sage, antes de fruncir los labios ante el evidente conflicto de palabras—. Lo que quiero decir es que ya no hay ningún problema, Alteza. La situación se manejó con rapidez, sin dejar ningún peligro para los estudiantes. El rey Zenith puede estar seguro de ello.

—Con el debido respeto, señores, entonces este es el *segundo* incidente confirmado de artes feéricas que está directamente ligado a Leralynn de Osprey —dice Katita—. Después de dos siglos sin problemas, tenemos dos en la semana posterior a su llegada.

—¿El segundo? —pregunta Sage, mordiendo el anzuelo.

—Tengo la costumbre de visitar a los guardias heridos, señor —dice Katita. La sorprendente similitud con lo que River y Autumn hacen en Slait me atraviesa las entrañas, aunque imagino que los motivos de Katita pueden ser algo más calculados—. Esta mañana, hablé con el joven llamado Rusty que perdió el brazo. Parece que hace varios días, Rusty se arañó el brazo mientras patrullaba. Al regresar al establo, Rusty se topó con Leralynn, que estaba limpiando establos como parte de su castigo. Rusty admitió haber actuado de una manera impropia de un caballero, haciendo comentarios groseros sobre el cuerpo de Leralynn. Como represalia, Leralynn insistió en manipular la pequeña herida que había sufrido, la cual comenzó a empeorar ante los propios ojos del guardia. Empeorar de forma antinatural. La propagación de la corrupción de raíz mágica continuó hasta que el chico perdió el brazo a última hora de la tarde de ayer. Tyelor estaba en el establo en ese momento. Imagino que puede dar fe de lo ocurrido, a menos que desempeñara un papel mayor que el de testigo en los acontecimientos.

—No. —La sangre me hierve, mis manos se cierran en puños—. Rusty estaba herido, y su compañero estaba presionando al chico para que le restara importancia a la herida. —Mi voz se eleva con cada palabra, y controlo mi tono con un gran esfuerzo de voluntad —. Le eché un vistazo a la herida. Yo no la causé. Y Tye ayudó a asegurar que el chico fuera a la enfermería.

Sage tosió en su pañuelo, revolviendo los papeles extendidos ante él. —Y, sin embargo, su compañera de cuarto lleva imágenes de la herida, junto con predicciones de su propagación y notas sobre la magia que causa la plaga. —Levanta una mano—. Comandante River, ¿no emitió usted un decreto por el que ni siquiera la palabra *fae* debía pronunciarse en mi Academia?

—Así es, señor —dice River.

Sage suspira, frotándose la cara. —Entonces, es de suponer que no se trata de una investigación accidental.

La bilis me sube por la garganta.

Katita asiente; un manto de triunfo se posa sobre sus hombros mientras recorre la habitación con una mirada regia antes de volver a centrar su atención en el hombrecillo sentado detrás del gran escritorio. —Con todo eso, director Sage, solicito que Leralynn de Osprey sea llevada ante un magistrado para una mayor investigación y juicio de inmediato. Creo que Arisha y Tyelor son probablemente víctimas de sus artimañas y no verdaderos cómplices, pero eso lo determinará el tribunal. —Katita levanta su delicada barbilla, erguida a pesar de su palidez. Su voz baja—. Para que quede claro, mis señores. Hablo ahora no como una cadete de la Academia, sino como la heredera al trono de Ckridel, al que todos habéis jurado vuestras vidas.

—Nada de esto es verdad —me oigo decir. ¿Qué diablos se supone que debo decir? Se me corta la respiración; la tensión en la sala vibra como la cuerda de un violín. Los machos —*mis* machos— están en silencio. Dispuestos a protegerme tanto como yo estuve dispuesta a proteger el reino mortal.

No. Algo. Tengo que poder hacer algo para salvar a Arisha y a Tye, al menos. Haré algo.

A mi lado, Arisha me agarra las manos; las suyas están húmedas de sudor. —No puedes hacer nada, Lera —susurra, con la voz temblorosa—. Katita es la heredera al trono. Puede hacer lo que quiera.

—Teniente Coal —dice Sage, su voz nasal llenando la cámara—. Póngalos bajo custodia. Somos un cuerpo académico, no un tribunal. El magistrado puede resolver esto.

Coal da un paso adelante, y sus ojos azules, llenos de hielo, se encuentran con los míos. Me pregunto qué pensará de haberse acostado conmigo en la cueva. Si se arrepiente ahora de ese enredo. Si siente algo en absoluto. La mano de Coal se extiende hacia mi muñeca.

El rugido que suena desde el fondo de la cámara no tiene nada de humano. Se me para el corazón. La sala queda en un silencio momentáneo. Luego, Arisha, Katita y Sage gritan al unísono mientras un gran lobo gris se abalanza sobre el pecho de Coal, apartando al macho de un golpe.

LERA

Coal retrocede de un traspié y desenvaina la espada en un solo movimiento mientras un nuevo terror me recorre. Se alzan voces para dar explicaciones. Katita grita, Sage jadea, River ladra órdenes para que nadie se mueva. El amuleto contra mi pecho se calienta, intentando forzar una explicación en mi mente nublada.

Shade ha salido a por suministros médicos. El lobo acaba de entrar por una puerta abierta.

El lobo de Shade enseña los dientes y sus ojos amarillos fulminan a Coal. Lo rodea. Le lanza mordiscos al brazo de la espada y a los tobillos.

Coal blande su acero con un movimiento preciso; no una hoja de práctica sin filo, sino un borde afilado como una navaja que apunta a la yugular de Shade.

—¡No! —Con un grito, me lanzo en medio de los dos y hundo los dedos en el cálido pelaje de Shade. Bajo mi agarre, los costados del animal vibran con gruñidos que le hacen temblar la carne—. No peleéis.

La mirada de Coal se vuelve bruscamente hacia mí y me taladra los ojos como si buscara respuestas.

Tengo la boca seca y el corazón me late tan deprisa que me falta el aliento. El lobo de Shade mantiene su posición contra mi muslo, con el lomo erizado.

Conoces a este lobo, le grito a Coal en mi mente. *Recuérdalo. Maldita sea, recuérdalo.*

—Artesanía feérica —la voz de Katita rompe el silencio—. Osprey ha invocado un lobo en su ayuda.

—Ha entrado por la puerta. —Junto a Katita, la voz apenas audible de Arisha suena casi como un susurro. Cuando las miradas se vuelven hacia ella, la chica palidece, pero se mantiene firme—. El lobo no ha sido conjurado. Ha entrado por la puerta abierta. Todos lo hemos visto.

Mi amuleto se calienta, concordando con las palabras de Arisha. Lentamente, los demás asienten a su pesar. No pueden evitarlo. El velo les dice qué creer y Arisha le sigue el juego al velo.

Arisha traga saliva. —Y no ha aparecido de la nada. Es la mascota de Lera. Ruffle. Lo he visto antes.

El amuleto permanece frío. Esa ficción me la he inventado yo solita.

—No importa. Solo una feérica tendría un lobo como mascota —dice Katita, siendo la primera en recobrar la compostura—. Acabe con él, maestre Sage.

—No puede hacer eso —jadeo, aferrándome desesperadamente al espeso pelaje gris de Shade. La bilis me sube por la garganta y mis ojos recorren la habitación en busca de una sola cara cuerda. No puede. No puedo permitirlo.

—No creo que entienda cómo funciona este reino, Lera —dice Katita.

—*Katita es la heredera al trono* —me recuerda la voz de Arisha—. *Puede hacer lo que desee.*

Mi vista se dirige a River, a sus inteligentes ojos grises que me observan. Que observan a todos. Como siempre hace. Observando, pensando, evaluando, cargando con el peso de una responsabilidad que aplastaría a un ser inferior. Puede que Katita sea la princesa de un reino pequeño, pero River es el rey de una corte inmortal.

Y River no puede hacer lo que desea. Nunca ha podido.

Jadeo. La súbita comprensión ralentiza el mundo a mi alrededor. Veo la habitación en la que estoy —River frunce el ceño, Sage manosea su pañuelo, los leños crepitan en el fuego—, pero mi

mente está demasiado ocupada para prestar atención. ¿Qué es más poderoso que el rey de la corte de Slait, tan poderoso que hace que el propio rey doble la rodilla? Es el bienestar del propio Slait.

—No —susurro, volviéndome para encarar a Katita, sabiendo el movimiento que debo hacer. Mi *único* movimiento—. No, sí que entiendo cómo funciona su reino, Su Alteza. Por eso mismo no puede entregarme al magistrado. Ni a Arisha. Ni a Tye. No sin anunciar a toda la Alianza Continental que Ckridel ha sido corrompido por la magia. Que la misma Academia a la que han enviado a sus hijos lleva semanas bajo el asedio de esas bestias jabalí y sus oficiales lo han mantenido en secreto.

Soltando a Shade, avanzo hacia Katita; mi voz se vuelve más poderosa con cada palabra.

—Hombres y mujeres de todo el continente han sido torturados y ejecutados por cargos tan frívolos que hacen que las pruebas que ha presentado hoy sean un caso digno de las gacetillas. Pero ese es el problema, Katita. En todos esos otros lugares no hay ninguna brecha mágica. Ninguna plaga mágica. Ninguna bestia jabalí. Solo acusaciones de «artesanía feérica» contra gente que nunca ha visto la magia. Pero aquí, en *su* reino, en *su* famosa Academia que lleva doscientos años en pie, hay un peligro real. Tanto que, si la alianza se entera de su secreto, Ckridel podría quedarse completamente sola. Así que esto es lo que va a hacer, Katita de Ckridel, heredera del trono del rey Zenith: se pondrá de rodillas y rogará a todos en esta habitación que guarden ese secreto.

El rostro de Katita se ha vuelto blanco. Sé hasta la médula que nunca en su vida le han dado una orden semejante. El peligro de lo que estoy haciendo me retumba en las sienes, pero me mantengo firme.

Las fosas nasales de Katita se abren y su mano sana se abre y se cierra a su costado. Sus grandes ojos de color cerceta me estudian; el puro odio que hay en ellos solo se ve atenuado por una incipiente comprensión.

Doy otro paso más cerca. —Y después de eso, Su Alteza —digo, con mi voz resonando por la habitación—, rogará que sigamos aunando nuestras espadas, nuestras mentes y nuestra investigación

para averiguar cómo sacar a su reino de esta plaga. Porque esos dibujos y teorías son todo lo que se interpone entre las tierras mortales y el desastre.

Esto último no es verdad. El reino mortal tiene algo más que dibujos y teorías. El reino mortal me tiene a *mí*.

COAL



—¿Y bien? —le preguntó Shade a Coal, con su voz suave colándose por encima del estruendo de las conversaciones del comedor—. ¿Se arrodilló Katita?

El tintineo de los cubiertos contra la porcelana resonaba con delicadeza por el gran comedor, de paredes cubiertas de tapices, mientras las arañas de cristal del techo esparcían la luz de las velas sobre los comensales elegantemente vestidos que se encontraban abajo.

—Sí. —Coal clavó el tenedor en una loncha de cerdo asado. No le supo a nada —aunque eso no le impidió comerse hasta el último bocado—, y ahora estaba concentrado en ello con más ahínco del que la tarea requería. Por mucho que girara la silla, no podía evitar ver a Lera al otro extremo del salón, con su vestido rojo, tan brillante como el fuego que ardía en su interior. Era un palabra de honor, ceñido al pecho y al torso, que luego caía desde su cintura en ondas texturizadas de un carmesí sedoso. Comía. Hablaba. Le sonreía a Arisha como si no tuviera ni idea de lo que ese vestido les provocaba a todos los hombres del comedor; y, conociéndola, probablemente no la tenía. El vestido, la blancura de sus hombros y su clavícula, su pelo de fuego, la V sombreada de su escote que invitaba a la mirada a bajar más y más. Era suficiente para volver loco a un hombre.

Pero Lera no se daba cuenta. Seguía adelante con su vida, haciendo todas las cosas normales que a Coal le parecían casi imposibles tras el casi horror de la mañana.

Coal todavía no sabía qué habría hecho si un lobo ensangrentado no hubiera entrado en los aposentos de Sage justo cuando el director le ordenó que apresara a Lera. Hasta dónde habría dejado que llegaran las cosas antes de sacar a la chica de allí, costase lo que costase. Coal quería pensar que era porque nadie merecía ser víctima de las cacerías feéricas que asolaban el continente, pero sabía que era más que eso. Coal no se había sentido *preocupado* ni *inquieto* mientras la princesa Katita exponía sus acusaciones mortales; había estado aterrorizado hasta la médula.

—Leralynn. Por las estrellas —dijo Shade en voz baja, negando con la cabeza—. No tengo ni la más remota idea de qué se le puede pasar por la cabeza a esa chica. Y hablando de Katita..., de verdad tiene la muñeca rota. No dejes que la fuerce.

Coal asintió, hizo una pausa y luego forzó la voz para que sonara tranquila y despreocupada. —¿Cuando te fuiste a buscar material para entablillarla, adónde fuiste?

Shade se movió, con sus ojos dorados cuidadosamente impasibles. —A la enfermería.

—No, no fuiste. —Coal agarró a Shade por la muñeca antes de que el hombre pudiera apartarse—. Fui a buscarte después y nadie te había visto por allí. Puede que pasaras por la enfermería, pero no es ahí donde acabaste. —Coal hizo una pausa al ver un ligero tic en la mandíbula de Shade. Por un momento, se sostuvieron la mirada, con su silencio lleno de los sonidos de un comedor ajeno a todo. Luego, Coal soltó lentamente la muñeca de Shade y se apartó del oficial de mayor rango—. Tienes un maldito problema gordo, Shade. Déjame ayudarte.

Inclinándose hacia delante, en el espacio que Coal acababa de dejar, Shade enseñó los dientes. —Te contaré lo que es perder la noción del tiempo justo después de que me detalles cómo fue estar cautivo. A menos que quieras poner eso sobre la mesa, mantente al margen de mis asuntos.

Coal le sostuvo la mirada, dejando que el silencio se filtrara entre ellos.

—¿Está todo bien? —preguntó River, cuya llegada hizo que Coal y Shade se pusieran en pie. Dejando su plato, el comandante frunció el ceño—. ¿Interrumpo algo?

—En absoluto, señor —dijo Shade—. Coal me estaba poniendo al día de lo que pasó en el tribunal. Parece que me fui justo antes de que las cosas se pusieran interesantes.

—Creo que debería sacar a Leralynn de mi equipo de entrenamiento —dijo Coal, dirigiéndose a River—. Después de lo que pasó hace unos días, sería mejor poner algo de distancia entre nosotros.

—De acuerdo. —La brusca respuesta de River escoció a pesar de tener razón. Suspirando, River bajó el tenedor sin haber probado bocado y se pasó una mano por su corto pelo castaño; su única muestra de agitación interna—. Salvo que no puedo. Esta mañana esa chica ha puesto de rodillas a una princesa, me ha desafiado en mitad de la enfermería hace cuatro días y —si los rumores que me llegan son ciertos— ayer empezó una pelea con tres miembros de la realeza que la doblan en tamaño en un intento de proteger a Rabbit. No tengo a nadie más que pueda con ella, Coal. La chica tiene razón en lo de aprovechar sus conocimientos de magia, pero es una *cadete*. Un hecho que ella —y nosotros— necesitamos recordar muy claramente.

A Coal se le encogió el estómago. Todo lo que River había dicho sobre Lera era cierto —dolorosamente cierto—, excepto una cosa. Coal no era la persona adecuada para lidiar con ella. No cuando el simple olor de la chica sumía su mente y su cuerpo en el caos, trayéndole recuerdos que apenas reconocía como suyos. Pero ¿cómo podía decirle una palabra de esto a River sin meterse en un hoyo aún más profundo?

River lo observó, esperando una respuesta. Entonces, algo cambió en los ojos del comandante mientras estudiaba el rostro de Coal, probablemente viendo mucho más de lo que Coal pretendía. —*Lo* siento, Coal —dijo River.

Coal se encogió de hombros.

—¿Y lo del lobo? —preguntó Shade—. No podemos tener un animal salvaje vagando por la Academia.

—Para eso, tendríais que atraparlo primero. —Coal se volvió hacia su comida. Era el único que comía—. Ya había visto a la bestia antes. Estaba con Leralynn cuando se me escapó mientras corríamos. Vino y se fue. Como hoy. Arisha tiene razón, el animal no es del todo salvaje.

—¿Y a cuántos cadetes propones que dejemos que despedace antes de concederle esa distinción? —preguntó Shade.

—¿De verdad quieres una respuesta? —inquirió Coal.

—El día no para de mejorar. —Apartando su plato, River inclinó la cabeza hacia el sonido de la campana de la Academia y se levantó—. Tengo que ir a calmar a Sage para que no le dé un ataque de apoplejía después de esta mañana —dijo, abrochándose de nuevo su impecable chaqueta de cena. Apoyando ambas manos en la mesa, River bajó la voz a un tono de dura autoridad—. Por si no he sido claro antes: quiero a Lera bajo estrecha vigilancia, no vaya a ser que se gradúe de protectora de lobos, niños e instructores a una fuerza unipersonal que nos proteja del mundo inmortal.

OTHER BOOKS BY ALEX LIDELL

BOOKS IN THE WORLD OF LUNOS

Reverse Harem Romance

POWER OF FIVE

1. POWER OF FIVE
2. MISTAKE OF MAGIC
3. TRIAL OF THREE
4. LERA OF LUNOS
5. VEIL OF MEMORY
6. ROGUE OF GREAT FALLS ROGUE
7. BELL OF TRUTH

IMMORTALS OF TALONSWOOD

1. LAST CHANCE ACADEMY
2. LAST CHANCE REFORM
3. LAST CHANCE WITCH
4. LAST CHANCE WORLD*

Contains Power of Five cross-over. Can be considered Power o Five book 8.

HER ROYAL DRAGON PACK

1. DRAGONS' CAPTIVE
2. DRAGONS' BRIDE
3. DRAGONS' MATE
4. DRAGONS' FUTURE

FATED TO DRAKEN RIDERS

1. POWER OF DRAKEN

2. FATED TO FLURRY

* * *

TRIDENT RESCUE (Writing as A.L. Lidell)

Contemporary Enemies-to-Lovers Romance

ENEMY ZONE

ENEMY CONTACT

ENEMY LINES

ENEMY HOLD

ENEMY CHASE

ENEMY STAND

* * *

SIGN UP FOR NEW RELEASE NOTIFICATIONS at https://links.alexlidell.com/News

🇺🇸 ABOUT THE AUTHOR

Alex Lidell is an Amazon Top 100 romance author best known for the *Power of Five* fantasy romance series. When she's not writing about broody heroes and fierce heroines, Alex enjoys horseback riding—and always eats dessert first. She writes under both **Alex Lidell** and **A.L. Lidell**.

📬 **Join the newsletter** for new releases, bonus scenes, and sneak peeks: https://links.alexlidell.com/News

🌐 **Learn more at:** www.alexlidell.com

📧 **Email:** alex@alexlidell.com

